



Arthur Conan Doyle

Las Aventuras
de Sherlock
Holmes

E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

LAS AVENTURAS DE SHERLOCK HOLMES

ARTHUR CONAN DOYLE

**PUBLICADO: 1892
FUENTE: PROJECT GUTENBERG
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA**

Traducido al castellano por Elejandría desde su publicación original The Adventures of Sherlock Holmes (1892) disponible en Project Gutenberg.

ÍNDICE DE RELATOS

Un escándalo en bohemia

I

II

III

La Liga de los Pelirrojos

Un caso de identidad

El misterio del valle Boscombe

Las cinco semillas de naranja

El hombre del labio torcido

El carbunclo azul

La banda de lunares

El dedo pulgar del ingeniero

El aristócrata solterón

La diadema de berilos

El misterio de Copper Beeches

UN ESCÁNDALO EN BOHEMIA

I

Para Sherlock Holmes ella es siempre la mujer. Rara vez le he oído mencionarla con otro nombre. A sus ojos, ella eclipsa y predomina el conjunto de su género. No es que sintiera ninguna emoción parecida al amor por Irene Adler. Todas las emociones, y esa en particular, eran aborrecibles para su mente fría y precisa, pero admirablemente equilibrada. Era, creo, la máquina de razonar y observar más perfecta que el mundo haya visto, pero como amante se habría colocado en una posición errónea.

Nunca hablaba de las pasiones más débiles, salvo con una burla y una mofa. Eran cosas admirables para el observador, excelentes para descorder el velo de los motivos y las acciones de los hombres. Pero para el razonador entrenado admitir tales intrusiones en su propio temperamento delicado y finamente ajustado era introducir un factor de distracción que podría arrojar una duda sobre todos sus resultados mentales. La arenilla en un instrumento sensible, o una grieta en una de sus propias lentes de alta potencia, no serían más perturbadoras que una fuerte emoción en una naturaleza como la suya. Y, sin embargo, no había más que una mujer para él, y esa mujer era la difunta Irene Adler, de dudosa y cuestionable memoria.

Últimamente había visto poco a Holmes. Mi matrimonio nos había alejado el uno del otro. Mi propia y completa felicidad, y los intereses centrados en el hogar que surgen en torno al hombre que se encuentra por primera vez dueño de su propio hogar, eran suficientes para absorber toda mi atención, mientras que Holmes, que detestaba toda forma de sociedad con toda su alma bohemia, permanecía en nuestro alojamiento de Baker Street, enterra-

do entre sus viejos libros, y alternando de semana en semana entre la cocaína y la ambición, la somnolencia de la droga y la feroz energía de su propia y aguda naturaleza. Seguía, como siempre, profundamente atraído por el estudio del crimen, y ocupaba sus inmensas facultades y sus extraordinarios poderes de observación en seguir esas pistas y en esclarecer esos misterios que la policía oficial había abandonado por considerarlos imposibles. De vez en cuando oía algún relato vago de sus actividades: de su convocatoria a Odessa en el caso del asesinato de Trepoff, de su aclaración de la singular tragedia de los hermanos Atkinson en Trincomalee y, por último, de la misión que había cumplido con tanta delicadeza y éxito para la familia reinante de Holanda. Sin embargo, más allá de estos indicios de su actividad, que yo sólo compartía con todos los lectores de la prensa diaria, poco sabía de mi antiguo amigo y compañero.

Una noche -fue el veinte de marzo de 1888- regresaba de un viaje a un paciente (pues ahora había vuelto a la práctica civil), cuando mi camino me llevó por Baker Street. Al pasar por la bien recordada puerta, que siempre estará asociada en mi mente con mi cortejo y con los oscuros incidentes del Estudio en Escarlata, me invadió un vivo deseo de volver a ver a Holmes y de saber cómo empleaba sus extraordinarios poderes. Sus habitaciones estaban brillantemente iluminadas y, cuando levanté la vista, vi pasar dos veces su alta y sobria figura en una oscura silueta contra la persiana. Se paseaba por la habitación con rapidez y entusiasmo, con la cabeza hundida en el pecho y las manos juntas detrás de él. Para mí, que conocía cada uno de sus estados de ánimo y sus hábitos, su actitud y sus modales contaban su propia historia. Estaba trabajando de nuevo. Se había levantado de sus sueños creados por la droga y estaba al acecho de un nuevo problema. Llamé al timbre y me hicieron pasar a la habitación que antes había sido en parte mía.

Sus modales no eran efusivos. Rara vez lo eran, pero creo que se alegró de verme. Sin pronunciar apenas una palabra, pero con una mirada amable, me hizo un gesto para que me acercara a un sillón, me lanzó su caja de puros y me indicó una caja de licores y un gasógeno en un rincón. Luego se paró frente al fuego y me miró con su singular estilo introspectivo.

"El matrimonio te sienta bien", comentó. "Creo, Watson, que has engordado dos kilos y medio desde que te vi".

"¡Siete!" Respondí.

"De hecho, debería haber pensado que un poco más. Sólo un poco más, creo, Watson. Y en la práctica de nuevo, observo. Usted no me dijo que tenía la intención de volver al trabajo".

"Entonces, ¿cómo lo sabes?"

"Lo veo, lo deduzco. ¿Cómo sé que se ha mojado usted mucho últimamente, y que tiene una sirvienta de lo más torpe y descuidada?"

"Mi querido Holmes", dije, "esto es demasiado. De haber vivido hace algunos siglos, sin duda te habrían quemado. Es cierto que el jueves salí a pasear por el campo y volví a casa terriblemente desaliñado, pero como me he cambiado de ropa no puedo imaginar cómo lo deduce usted. En cuanto a Mary Jane, es incorregible, y mi esposa le ha dado un aviso, pero ahí, de nuevo, no veo cómo lo deduces".

Se rió para sí mismo y se frotó sus largas y nerviosas manos.

"Es muy sencillo", dijo, "mis ojos me dicen que en el interior de su zapato izquierdo, justo donde la luz del fuego incide, el cuero está marcado con seis cortes casi paralelos. Evidentemente, han sido causados por alguien que ha raspado con mucho descuido los bordes de la suela para quitarle el barro encostrado. De ahí, como ve, mi doble deducción de que usted había salido a la calle con mal tiempo, y de que tenía un ejemplar especialmente dañino de Londres que rasca las botas de mala forma. En cuanto a su práctica, si un caballero entra en mis habitaciones oliendo a yodoformo, con una marca negra de nitrato de plata en su dedo índice derecho, y un bulto en el lado derecho de su sombrero de copa para mostrar dónde ha segregado su estetoscopio, debo ser torpe, en verdad, si no lo pronuncio como un miembro activo de la profesión médica."

No pude evitar reírme de la facilidad con la que explicó su proceso de deducción. "Cuando le oigo dar sus razones", comenté, "la cosa siempre me parece tan ridículamente simple que yo mismo podría hacerlo fácilmente, aunque en cada instancia sucesiva de su razonamiento me siento desconcertado hasta que usted explica su proceso. Y sin embargo, creo que mis ojos son tan buenos como los tuyos".

"Así es", contestó él, encendiendo un cigarrillo y tirándose en un sillón. "Usted ve, pero no observa. La distinción es clara. Por ejemplo, usted ha

visto con frecuencia los escalones que suben desde el vestíbulo hasta esta habitación".

"Frecuentemente".

"¿Con qué frecuencia?"

"Bueno, algunos cientos de veces".

"Entonces, ¿cuántas hay?"

"¿Cuántas? No lo sé".

"¡Claro que sí! No has observado. Y, sin embargo, has visto. Ese es mi punto de vista. Ahora, sé que hay diecisiete pasos, porque he visto y observado. Por cierto, ya que te interesan estos pequeños problemas, y ya que eres lo suficientemente bueno como para hacer una crónica de una o dos de mis insignificantes experiencias, puede que te interese esto". Arrojó una hoja de papel grueso, de color rosa, que estaba abierta sobre la mesa. "Me llegó por el último correo", dijo. "Léala en voz alta".

La nota no tenía fecha, ni firma ni dirección.

"Esta noche, a las ocho menos cuarto, le visitará un caballero que desea consultarle sobre un asunto de suma importancia. Sus recientes servicios a una de las casas reales de Europa han demostrado que puede confiarse en usted para asuntos de una importancia que difícilmente puede exagerarse. Hemos recibido esta descripción de usted de todas partes. Esté entonces en su habitación a esa hora, y no tome a mal que su visitante lleve una máscara".

"Esto es realmente un misterio", comenté. "¿Qué crees que significa?"

"Todavía no tengo datos. Es un error capital teorizar antes de tener datos. Insensiblemente uno empieza a retorcer los hechos para adaptarlos a las teorías, en lugar de que las teorías se adapten a los hechos. Pero la nota en sí misma. ¿Qué deduce usted de ella?"

Examiné detenidamente la nota y el papel en el que estaba escrita.

"El hombre que la escribió era, presumiblemente, de buena condición", comenté, tratando de imitar los procesos de mi compañero. "Un papel así no podría comprarse por menos de media corona el paquete. Es particularmente fuerte y rígido".

"Peculiar, ésa es la palabra", dijo Holmes. "No es en absoluto un papel inglés. Sosténgalo a la luz".

Así lo hice, y vi una E grande con una g pequeña, una P y una G grande con una t pequeña entretejidas en la textura del papel.

"¿Qué te parece eso?", preguntó Holmes.

"El nombre del fabricante, sin duda; o su monograma, más bien".

"En absoluto. La "G" con la "t" minúscula significa "Gesellschaft", que en alemán significa "Compañía". Es una contracción habitual, como nuestro "Co". La P, por supuesto, significa "Papier". Y ahora, la "Eg". Echemos un vistazo a nuestro Gazetteer continental". Sacó un pesado volumen marrón de sus estantes. "Eglow, Eglonitz... aquí estamos, Egria. Está en un país de habla alemana, en Bohemia, no muy lejos de Carlsbad. Notable por ser el escenario de la muerte de Wallenstein, y por sus numerosas fábricas de vidrio y papel. Ja, ja, muchacho, ¿qué te parece eso?" Sus ojos brillaron y su cigarrillo emitió una gran nube azul de triunfo.

"El papel se fabricó en Bohemia", dije.

"Precisamente. Y el hombre que escribió la nota es alemán. Fíjese en la peculiar construcción de la frase: "Hemos recibido de todas partes este informe sobre usted". Un francés o un ruso no podrían haber escrito eso. Es el alemán quien es tan descortés con sus verbos. Por lo tanto, sólo queda descubrir qué es lo que quiere este alemán que escribe en papel de Bohemia y que prefiere llevar una máscara a mostrar su rostro. Y aquí viene, si no me equivoco, a resolver todas nuestras dudas".

Mientras hablaba se oyó el sonido agudo de los cascos de los caballos y el rechinar de las ruedas contra el bordillo, seguido de un fuerte tirón de la campana. Holmes silbó.

"Un par, por el sonido", dijo. "Sí", continuó, mirando por la ventana. "Un pequeño y bonito brougham y un par de bellezas. Ciento cincuenta guineas cada uno. Hay dinero en este caso, Watson, si no hay nada más".

"Creo que será mejor que me vaya, Holmes".

"Ni un ápice, doctor. Quédese donde está. Estoy perdido sin mi Boswell. Y esto promete ser interesante. Sería una pena perderselo".

"Pero su cliente..."

"No te preocupes por él. Puede que yo quiera su ayuda, y él también. Aquí viene. Siéntese en ese sillón, doctor, y preste su mejor atención".

Un paso lento y pesado, que se había escuchado en las escaleras y en el pasillo, se detuvo inmediatamente frente a la puerta. Luego se oyó un golpe fuerte y autoritario.

"¡Adelante!", dijo Holmes.

Entró un hombre que difícilmente podía medir menos de un metro ochenta, con el pecho y los miembros de un Hércules. Su vestimenta era de una riqueza que en Inglaterra se consideraría de mal gusto. Pesadas bandas de astracán cruzaban las mangas y la parte delantera de su abrigo de doble botonadura, mientras que la capa azul oscuro que se echaba sobre los hombros estaba forrada de seda de color fuego y se aseguraba en el cuello con un broche que consistía en un único berilo llameante. Unas botas que le llegaban hasta la mitad de las pantorrillas y que estaban adornadas en la parte superior con una rica piel marrón, completaban la impresión de opulencia bárbara que sugería todo su aspecto. Llevaba un sombrero de ala ancha en la mano, mientras que en la parte superior de la cara, que se extendía hasta más allá de los pómulos, llevaba una máscara de lagarto negro, que aparentemente se había ajustado en ese mismo momento, ya que su mano todavía estaba levantada hacia ella cuando entró. Por la parte inferior de la cara parecía un hombre de carácter fuerte, con un labio grueso y colgante, y una barbilla larga y recta que sugería una determinación llevada al extremo de la obstinación.

"¿Recibió usted mi nota?", preguntó con una voz áspera y profunda y un acento alemán muy marcado. "Te dije que te llamaría". Miró de uno a otro de nosotros, como si no supiera a quién dirigirse.

"Por favor, tomen asiento", dijo Holmes. "Este es mi amigo y colega, el doctor Watson, que a veces tiene la bondad de ayudarme en mis casos. ¿A quién tengo el honor de dirigirme?"

"Puede dirigirse a mí como el Conde Von Kramm, un noble bohemio. Tengo entendido que este caballero, su amigo, es un hombre de honor y discreción, al que puedo confiar un asunto de extrema importancia. Si no es así, preferiría comunicarme con usted a solas".

Me levanté para irme, pero Holmes me agarró por la muñeca y me empujó hacia mi silla. "O ambos, o ninguno", dijo. "Puede usted decir ante este caballero todo lo que pueda decirme a mí".

El Conde se encogió de hombros. "Entonces debo empezar -dijo- por obligaros a ambos a guardar absoluto secreto durante dos años; al cabo de ese tiempo el asunto no tendrá ninguna importancia. Por el momento no es excesivo decir que es de tal peso que puede tener una influencia en la historia europea."

"Lo prometo", dijo Holmes.

"Y yo".

"Disculpe esta máscara", continuó nuestro extraño visitante. "La augusta persona que me emplea desea que su agente sea desconocido para usted, y puedo confesar de inmediato que el título por el que acabo de llamarme no es exactamente el mío".

"Era consciente de ello", dijo Holmes con sequedad.

"Las circunstancias son muy delicadas, y hay que tomar todas las precauciones para sofocar lo que podría convertirse en un inmenso escándalo y comprometer gravemente a una de las familias reinantes de Europa. Hablando claro, el asunto implica a la gran Casa de Ormstein, reyes herederos de Bohemia".

"Yo también lo sabía", murmuró Holmes, acomodándose en su sillón y cerrando los ojos.

Nuestro visitante miró con cierta sorpresa aparente la figura lánguida y relajada del hombre que, sin duda, se le había descrito como el razonador más incisivo y el agente más enérgico de Europa. Holmes volvió a abrir lentamente los ojos y miró con impaciencia a su enorme cliente.

"Si su majestad se dignara a exponer su caso", comentó, "podría aconsejarle mejor".

El hombre saltó de su silla y se paseó por la habitación con una agitación incontrolable. Luego, con un gesto de desesperación, se arrancó la máscara de la cara y la arrojó al suelo. "Tienes razón", gritó, "soy el Rey. ¿Por qué debería intentar ocultarlo?"

"¿Por qué, ciertamente?", murmuró Holmes. "Su Majestad no había hablado antes de que yo fuera consciente de que me dirigía a Wilhelm Gottsreich Sigismond von Ormstein, Gran Duque de Cassel-Felstein y Rey heredero de Bohemia".

"Pero puede usted comprender -dijo nuestro extraño visitante, sentándose una vez más y pasándose la mano por su alta y blanca frente-, puede usted comprender que no estoy acostumbrado a hacer tales negocios en mi propia persona. Sin embargo, el asunto era tan delicado que no podía confiárselo a un agente sin ponerme en su poder. He venido de incógnito desde Praga con el propósito de consultarle".

"Entonces, por favor, consulte", dijo Holmes, cerrando los ojos una vez más.

"Los hechos son brevemente estos: Hace unos cinco años, durante una larga visita a Varsovia, conocí a la conocida aventurera Irene Adler. El nombre sin duda le es familiar".

"Tenga la amabilidad de buscarla en mi índice, doctor", murmuró Holmes sin abrir los ojos. Desde hacía muchos años había adoptado un sistema de anotar todos los párrafos relativos a los hombres y las cosas, de modo que era difícil nombrar un tema o una persona sobre la que no pudiera proporcionar información de inmediato. En este caso, encontré su biografía intercalada entre la de un rabino hebreo y la de un comandante de Estado Mayor que había escrito una monografía sobre los peces de aguas profundas.

"¡Déjame ver!", dijo Holmes. "¡Hum! Nació en Nueva Jersey en el año 1858. Contralto, ¡hum! La Scala, ¡hum! Prima donna de la Ópera Imperial de Varsovia, ¡sí! Retirada de los escenarios de ópera, ¡ja! Viviendo en Londres... ¡muy bien! Su Majestad, según tengo entendido, se vio enredado con esta joven, le escribió algunas cartas comprometedoras, y ahora está deseando recuperar esas cartas."

"Precisamente eso. Pero cómo..."

"¿Hubo un matrimonio secreto?"

"Ninguno".

"¿Ningún documento legal o certificado?"

"Ninguno."

"Entonces no entiendo a su Majestad. Si esta joven presentara sus cartas para chantaje u otros fines, ¿cómo va a probar su autenticidad?"

"Ahí está la escritura".

"¡Pooh, pooh! Falsificación".

"Mi papel de notas privado".

"Robado".

"Mi propio sello."

"Imitado".

"Mi fotografía".

"Comprada".

"Los dos salimos en la fotografía".

"¡Oh, querido! ¡Eso está muy mal! Su Majestad ha cometido una indiscreción".

"Estaba loco, loco."

"Te has comprometido seriamente".

"Entonces sólo era el Príncipe Heredero. Era joven. Ahora ya tengo treinta años".

"Debe recuperarse".

"Lo hemos intentado y hemos fracasado".

"Su Majestad debe pagar. Debe ser comprada".

"Ella no venderá".

"Robado, entonces".

"Se han hecho cinco intentos. Dos veces ladrones a mi cargo saquearon su casa. Una vez desviamos su equipaje cuando viajaba. Dos veces ha sido asaltada. No ha habido ningún resultado".

"¿Ninguna señal de ella?"

"Absolutamente ninguna".

Holmes se rió. "Es un pequeño y bonito problema", dijo.

"Pero uno muy serio para mí", respondió el Rey con reproche.

"Muy, en efecto. ¿Y qué propone hacer ella con la fotografía?"

"Arruinarme".

"¿Pero cómo?"

"Estoy a punto de casarme".

"Eso he oído."

"Con Clotilde Lothman von Saxe-Meningen, segunda hija del rey de Escandinavia. Debes conocer los estrictos principios de su familia. Ella misma es el alma de la delicadeza. Una sombra de duda sobre mi conducta pondría fin al asunto".

"¿Y Irene Adler?"

"Amenaza con enviarles la fotografía. Y lo hará. Sé que lo hará. Usted no la conoce, pero tiene un alma de acero. Tiene la cara de la más bella de las mujeres, y la mente del más decidido de los hombres. Antes de que yo me case con otra mujer, no hay nada a lo que ella no llegue, nada".

"¿Estás seguro de que aún no lo ha enviado?"

"Estoy seguro".

"¿Y por qué?"

"Porque ha dicho que la enviará el día en que se proclamen públicamente los esponsales. Eso será el próximo lunes".

"Oh, entonces tenemos todavía tres días", dijo Holmes con un bostezo.
"Eso es muy afortunado, ya que tengo uno o dos asuntos de importancia que examinar en este momento. ¿Su Majestad se quedará, por supuesto, en Londres por el momento?"

"Ciertamente. Me encontrará en el Langham bajo el nombre del Conde Von Kramm".

"Entonces le enviaré una carta para informarle de cómo progresamos".

"Le ruego que lo haga. Seré todo ansiedad".

"Entonces, ¿en cuanto al dinero?"

"Entonces, ¿en cuanto al dinero?"

"Tienes carta blanca".

"¿Absolutamente?"

"Te digo que daría una de las provincias de mi reino por tener esa fotografía".

"¿Y para los gastos actuales?"

El Rey sacó una pesada bolsa de piel de gamuza de debajo de su capa y la puso sobre la mesa.

"Hay trescientas libras en oro y setecientas en billetes", dijo.

Holmes garabateó un recibo en una hoja de su cuaderno y se lo entregó.

"¿Y la dirección de Mademoiselle?", preguntó.

"Es Briony Lodge, avenida Serpentine, St. John's Wood".

Holmes tomó nota de ello. "Otra pregunta", dijo. "¿La fotografía es de tamaño de exposición?".

"Lo era".

"Entonces, buenas noches, Majestad, y confío en que pronto tengamos buenas noticias para usted. Y buenas noches, Watson", añadió, mientras las ruedas del carruaje real rodaban por la calle. "Si tiene la bondad de venir mañana por la tarde a las tres, me gustaría hablar de este pequeño asunto con usted".

II

A las tres en punto me encontraba en Baker Street, pero Holmes aún no había regresado. La casera me informó de que había salido de la casa poco después de las ocho de la mañana. Sin embargo, me senté junto al fuego con la intención de esperarle, por mucho que tardara. Ya estaba profundamente interesado en su investigación, porque, aunque no estaba rodeada de ninguno de los rasgos sombríos y extraños que se asociaban con los dos crímenes que ya he registrado, sin embargo, la naturaleza del caso y la exaltada posición de su cliente le daban un carácter propio. En efecto, aparte de la naturaleza de la investigación que mi amigo tenía entre manos, había algo en su magistral comprensión de la situación, y en su agudo e incisivo razonamiento, que hacía que fuera un placer para mí estudiar su sistema de trabajo, y seguir los rápidos y sutiles métodos con los que desentrañaba los más intrincables misterios. Estaba tan acostumbrado a su éxito constante que la posibilidad de que fallara había dejado de rondar por mi cabeza.

Eran casi las cuatro cuando se abrió la puerta, y un mozo de cuadra con aspecto de borracho, desaliñado y con el bigote de lado, con el rostro inflamado y ropas de mala reputación, entró en la habitación. Acostumbrado como estaba a los sorprendentes poderes de mi amigo en el uso de los disfraces, tuve que mirar tres veces antes de estar seguro de que era él. Con un movimiento de cabeza, desapareció en el dormitorio, de donde salió en cinco minutos vestido de traje respetable, como antaño. Metiendo las manos en los bolsillos, estiró las piernas frente al fuego y se rió con ganas durante unos minutos.

"¡Bueno, de verdad!", gritó, y luego se atragantó y volvió a reírse hasta que se vio obligado a recostarse, inerte e indefenso, en la silla.

"¿Qué pasa?"

"Es demasiado divertido. Estoy seguro de que nunca podrías adivinar cómo he empleado mi mañana, o lo que he terminado haciendo".

"No puedo imaginarlo. Supongo que has estado observando los hábitos, y quizás la casa, de la señorita Irene Adler".

"Así es; pero la secuela fue bastante inusual. Sin embargo, se lo diré. Salí de la casa un poco después de las ocho de la mañana con el personaje de un mozo de cuadra sin trabajo. Hay una maravillosa simpatía y masonería entre los hombres del caballo. Sé uno de ellos y sabrás todo lo que hay que

saber. Pronto encontré Briony Lodge. Es un chalet de lujo, con un jardín en la parte trasera, pero construido en el frente hasta la carretera, de dos pisos. Cerradura tipo Chubb en la puerta. Una gran sala de estar en el lado derecho, bien amueblada, con largas ventanas casi hasta el suelo, y esos absurdos cierres de ventana ingleses que un niño podría abrir. Detrás no había nada destacable, salvo que la ventana del pasillo se podía alcanzar desde la parte superior de la cochera. La rodeé y la examiné detenidamente desde todos los puntos de vista, pero sin observar nada más de interés.

"Luego bajé a la calle y descubrí, como esperaba, que había una callejuela que bajaba por una de las paredes del jardín. Les eché una mano a los mozos de cuadra para que frotaran sus caballos, y recibí a cambio dos peniques, un vaso cerveza mitad rubia y mitad oscura, dos cargas de tabaco de lana, y toda la información que pude desear sobre la señorita Adler, por no hablar de otra media docena de personas de la vecindad por las que no tenía el menor interés, pero cuyas biografías me vi obligado a escuchar."

"¿Y qué hay de Irene Adler?" pregunté.

"Oh, ella ha hecho que todos los hombres bajen la cabeza en esa parte. Es la criatura más delicada bajo un gorro en este planeta. Eso dicen los del barrio del barrio de Serpentine-mews, para los hombres. Vive tranquilamente, canta en los conciertos, sale a las cinco todos los días y vuelve a las siete en punto para cenar. Rara vez sale a otras horas, excepto cuando canta. Sólo tiene un visitante masculino, aunque acude bastante. Es moreno, guapo y apuesto, y nunca llama menos de una vez al día, y a menudo dos. Es el Sr. Godfrey Norton, del Inner Temple. Vea las ventajas de un taxista como confidente. Le habían llevado a casa una docena de veces desde Serpentine-mews, y lo sabían todo sobre él. Cuando hube escuchado todo lo que tenían que decir, comencé a caminar de arriba abajo cerca de Briony Lodge una vez más, y a pensar en mi plan de campaña.

"Este Godfrey Norton era evidentemente un factor importante en el asunto. Era un abogado. Eso sonaba siniestro. ¿Cuál era la relación entre ellos, y cuál el objeto de sus repetidas visitas? ¿Era ella su cliente, su amiga o su amante? Si era lo primero, probablemente le había cedido la fotografía. Si era lo segundo, era menos probable. De la respuesta a esta pregunta dependía si debía continuar mi trabajo en Briony Lodge o dirigir mi atención al bufete del caballero en el Temple. Era un punto delicado, y ampliaba el

campo de mi investigación. Me temo que le aburro con estos detalles, pero tengo que hacerle ver mis pequeñas dificultades, si quiere entender la situación."

"Te sigo de cerca", le contesté.

"Todavía estaba haciendo balance del asunto en mi mente cuando un taxi llegó a Briony Lodge, y un caballero se bajó. Era un hombre extraordinariamente apuesto, moreno, aguileño y con bigote, evidentemente el hombre del que había oído hablar. Parecía tener mucha prisa, gritó al taxista que esperara y pasó por delante de la criada que le abrió la puerta con el aire de un hombre que se siente completamente a gusto.

"Estuvo en la casa alrededor de media hora, y pude verle en las ventanas del salón, caminando de un lado a otro, hablando con entusiasmo y agitando los brazos. De ella no pude ver nada. Al cabo de un rato salió, con un aspecto aún más nervioso que antes. Cuando se acercó al taxi, sacó un reloj de oro del bolsillo y lo miró seriamente. "Conduce a toda prisa -gritó-, primero a Gross & Hankey's en Regent Street, y luego a la iglesia de Santa Mónica en Edgeware Road. Media guinea si lo haces en veinte minutos".

"Se pusieron en marcha, y yo me preguntaba si no haría bien en seguirlos, cuando subió por la calle un pequeño y elegante landó (un tipo de coche de caballos), cuyo cochero llevaba el abrigo sólo a medio abrochar y la corbata bajo la oreja, mientras todas las etiquetas de su arnés sobresalían de las hebillas. No se había detenido antes de que ella saliera disparada por la puerta del vestíbulo y entrara en él. Sólo la vislumbré en ese momento, pero era una mujer encantadora, con un rostro por el que un hombre podría morir.

"La iglesia de Santa Mónica, John", gritó, "y medio soberano si llegas a ella en veinte minutos".

"Esto era demasiado bueno para perderlo, Watson. Estaba sopesando si debía correr a por ella o si debía colocarme detrás de su landó cuando llegó un taxi a la calle. El conductor me miró dos veces ante una tarifa tan baja, pero me subí antes de que pudiera objetar. La iglesia de Santa Mónica -dije-, y medio soberano si llega a ella en veinte minutos". Eran las doce menos veinticinco minutos, y por supuesto estaba bastante claro lo que estaba en el aire.

"Mi taxista conducía rápido. No creo que haya conducido nunca más rápido, pero los demás llegaron antes que nosotros. El taxi y el landó con sus caballos humeantes estaban frente a la puerta cuando llegué. Pagué al hombre y me apresuré a entrar en la iglesia. No había ni un alma, salvo los dos a los que había seguido y un clérigo con sobrepelliz, que parecía estar discutiendo con ellos. Los tres estaban formando un grupo frente al altar. Yo me movía por el pasillo lateral como cualquier otro ocioso que se ha dejado caer por una iglesia. De repente, para mi sorpresa, los tres que estaban en el altar se volvieron hacia mí, y Godfrey Norton vino corriendo tan fuerte como pudo hacia mí.

"Gracias a Dios", gritó. "Tú lo harás. Ven. ¡Ven!"

"¿Qué sucede?" Pregunté.

"Ven, hombre, ven, sólo tres minutos, o no será legal".

"Fui medio arrastrado hasta el altar, y antes de saber dónde estaba me encontré murmurando respuestas que me susurraban al oído, y dando fe de cosas de las que no sabía nada, y, en general, ayudando a la unión firme de Irene Adler, soltera, con Godfrey Norton, soltero. Todo se hizo en un instante, y allí estaban el caballero dándome las gracias por un lado y la dama por otro, mientras el clérigo me sonreía por delante. Fue la situación más absurda en la que me he encontrado en mi vida, y fue el pensamiento de ello lo que me hizo reír ahora mismo. Al parecer, había habido cierta informalidad en su permiso, que el clérigo se negó rotundamente a casarlos sin un testigo de algún tipo, y que mi afortunada aparición evitó que el novio tuviera que salir a la calle en busca de un padrino. La novia me regaló un soberano, y pienso llevarlo en la cadena de mi reloj en recuerdo de la ocasión".

"Este es un giro muy inesperado de los asuntos", dije; "¿y entonces qué?"

"Bueno, encontré mis planes seriamente amenazados. Parecía que la pareja iba a marcharse inmediatamente, y que por lo tanto era necesario tomar medidas muy rápidas y enérgicas por mi parte. En la puerta de la iglesia, sin embargo, se separaron, él conduciendo de vuelta al Temple, y ella a su propia casa. Saldré al parque a las cinco, como de costumbre", dijo al dejarle. No oí nada más. Se marcharon en direcciones diferentes, y yo me fui a hacer mis propios preparativos".

"¿Cuáles son?"

"Un poco de carne fría y un vaso de cerveza", respondió él, tocando el timbre. "He estado demasiado ocupado para pensar en la comida, y es probable que lo esté aún más esta noche. Por cierto, doctor, necesitaré su colaboración".

"Estaré encantado".

"¿No le importa infringir la ley?"

"En absoluto".

"¿Ni correr el riesgo de ser arrestado?"

"No por una buena causa".

"¡Oh, la causa es excelente!"

"Entonces soy su hombre."

"Estaba seguro de que podía confiar en usted."

"¿Pero qué es lo que desea?"

"Cuando la Sra. Turner haya traído la bandeja se lo aclararé. Ahora", dijo mientras se volcaba hambriento en la sencilla comida que nuestra casera había proporcionado, "debo discutirlo mientras como, porque no tengo mucho tiempo. Ya son casi las cinco. En dos horas debemos estar en el lugar de la acción. La señorita Irene, o más bien la señora, vuelve de su viaje a las siete. Debemos estar en Briony Lodge para recibirla".

"¿Y entonces qué?"

"Debes dejarme eso a mí. Ya he organizado lo que va a ocurrir. Sólo hay un punto en el que debo insistir. No debes interferir, pase lo que pase. ¿Entiendes?"

"¿Debo ser neutral?"

"No debes hacer nada. Probablemente habrá algún pequeño disgusto. No participes en él. Terminará cuando me lleven a la casa. Cuatro o cinco minutos después se abrirá la ventana del salón. Debes colocarte cerca de esa ventana abierta".

"Sí."

"Debes observarme, porque seré visible para ti."

"Sí."

"Y cuando yo levante la mano, arrojarás a la habitación lo que yo te dé para arrojar y, al mismo tiempo, lanzarás el grito de fuego. ¿Me sigues completamente?"

"Completamente".

"No es nada muy temible", dijo, sacando un largo rollo en forma de cigarro de su bolsillo. "Es un cohete de humo ordinario, provisto de un tapón en cada extremo para que se encienda solo. Tu tarea se limita a eso. Cuando lances el grito de fuego, será captado por un buen número de personas. Entonces podrás caminar hasta el final de la calle, y me reuniré contigo en diez minutos. Espero que haya quedado claro".

"Debo permanecer neutral, acercarme a la ventana, vigilarte, y a la señal lanzar este objeto, luego dar el grito de fuego, y esperarte en la esquina de la calle".

"Precisamente".

"Entonces puedes confiar plenamente en mí".

"Eso es excelente. Creo que, tal vez, ya es hora de que me prepare para el nuevo papel que tengo que desempeñar".

Desapareció en su dormitorio y regresó a los pocos minutos con el carácter de un amable y sencillo clérigo no conformista. Su amplio sombrero negro, sus pantalones anchos, su corbata blanca, su sonrisa simpática y su aspecto general de curiosidad observadora y benévola eran algo que sólo el señor John Hare podría haber igualado. No se trataba simplemente de que Holmes hubiera cambiado su traje. Su expresión, sus modales, su propia alma parecían variar con cada nuevo papel que asumía. El escenario ha perdido un buen actor, al igual que la ciencia ha perdido un agudo razonador, cuando se ha hecho especialista en crímenes.

Eran las seis y cuarto cuando salimos de Baker Street, y todavía faltaban diez minutos para la hora cuando nos encontramos en Serpentine Avenue. Ya había anochecido y las lámparas se acababan de encender cuando nos paseamos de un lado a otro frente a Briony Lodge, esperando la llegada de su ocupante. La casa era tal y como me la había imaginado por la breve des-

cripción de Sherlock Holmes, pero el lugar parecía ser menos privado de lo que esperaba. Por el contrario, para ser una calle pequeña en un barrio tranquilo, estaba notablemente animada. Había un grupo de hombres mal vestidos que fumaban y reían en una esquina, un afilador de tijeras con su rueda, dos guardias que coqueteaban con una enfermera, y varios jóvenes bien vestidos que holgazaneaban de un lado a otro con cigarros en la boca.

" Verás -comentó Holmes, mientras nos paseábamos de un lado a otro frente a la casa-, este matrimonio simplifica bastante las cosas. La fotografía se convierte ahora en un arma de doble filo. Lo más probable es que ella sea tan reacia a que la vea el señor Godfrey Norton como nuestro cliente lo es a que llegue a los ojos de su princesa. Ahora la pregunta es: ¿Dónde vamos a encontrar la fotografía?"

"¿Dónde, de hecho?"

"Es muy poco probable que la lleve consigo. Es del tamaño de exposición. Demasiado grande para ocultarla fácilmente en el vestido de una mujer. Ella sabe que el Rey es capaz de hacer que la asalten y la registren. Ya se han hecho dos intentos de este tipo. Podemos suponer, entonces, que no lo lleva consigo".

"¿Dónde, entonces?"

"Su banquero o su abogado. Existe esa doble posibilidad. Pero me inclino a pensar que no. Las mujeres son naturalmente reservadas, y les gusta hacer su propio secreto. ¿Por qué debería entregarlo a alguien más? Podía confiar en su propia tutela, pero no podía saber qué influencia indirecta o política podría ejercerse sobre un hombre de negocios. Además, recuerda que había resuelto utilizarlo dentro de unos días. Debe estar donde ella pueda poner sus manos. Debe estar en su propia casa".

"Pero ha sido robada dos veces".

"¿Pshaw! No supieron buscar".

"¿Pero cómo vas a buscar?"

"No voy a mirar".

"¿Entonces qué?"

"Haré que me lo enseñe".

"Pero ella se negará".

"No será capaz de hacerlo. Pero oigo el ruido de las ruedas. Es su carruaje. Ahora cumple mis órdenes al pie de la letra".

Mientras hablaba, el brillo de las luces laterales de un carruaje llegó a la curva de la avenida. Era un pequeño y elegante landó que se acercó a la puerta de Briony Lodge. Cuando se detuvo, uno de los holgazanes de la esquina se precipitó a abrir la puerta con la esperanza de ganarse un cobre, pero otro holgazán, que se había acercado con la misma intención, le dio un codazo. Se desató una feroz disputa, acrecentada por los dos guardias, que tomaron partido por uno de los holgazanes, y por el afilador de tijeras, que estaba igualmente acalorado por el otro bando. Se produjo un golpe, y en un instante la dama, que había bajado de su carruaje, fue el centro de un pequeño nudo de hombres enrojecidos y que luchaban, que se golpeaban salvajemente con sus puños y palos. Holmes se lanzó entre la multitud para proteger a la dama; pero, justo cuando la alcanzó, dio un grito y cayó al suelo, con la sangre corriendo libremente por su rostro. Al ver su caída, los guardias se lanzaron en una dirección y los vagabundos en la otra, mientras que un número de personas bien vestidas, que habían observado la refriega sin participar en ella, se agolparon para ayudar a la dama y atender al hombre herido. Irene Adler, como aún la llamaré, se había apresurado a subir los escalones; pero se quedó en la cima con su magnífica figura perfilada contra las luces del vestíbulo, mirando hacia la calle.

"¿Está muy herido el pobre caballero?", preguntó.

"Está muerto", gritaron varias voces.

"¡No, no, tiene vida!", gritó otra. "Pero se habrá ido antes de que puedan llevarlo al hospital".

"Es un tipo valiente", dijo una mujer. "Habrían conseguido el bolso y el reloj de la señora de no ser por él. Eran una pandilla, y una ruda. Ah, ahora está respirando".

"No puede estar en la calle. ¿Podemos traerlo, señora?"

"Por supuesto. Llévenlo al salón. Hay un cómodo sofá. Por aquí, por favor".

Lenta y solemnemente lo llevaron a Briony Lodge y lo acostaron en la habitación principal, mientras yo seguía observando el proceso desde mi puesto junto a la ventana. Las lámparas estaban encendidas, pero no se habían bajado las persianas, por lo que pude ver a Holmes tumbado en el sofá. No sé si en aquel momento le asaltó el remordimiento por el papel que estaba desempeñando, pero sé que nunca en mi vida me he sentido más avergonzado de mí mismo que cuando vi a la hermosa mujer contra la que estaba conspirando, o la gracia y la amabilidad con que atendía al hombre herido. Y, sin embargo, sería la más negra traición a Holmes retirarse ahora del papel que me había confiado. Endurecí mi corazón y saqué el cohete de humo de debajo de mi chaleco. Después de todo, pensé, no la estamos hirviendo. Sólo estamos impidiendo que hiera a otra persona.

Holmes se había sentado en el sofá y le vi moverse como un hombre que necesita respirar. Una criada se apresuró a abrir la ventana. En el mismo instante le vi levantar la mano y a la señal lancé mi cohete a la habitación con un grito de "¡Fuego!". La palabra no había salido de mi boca cuando toda la multitud de espectadores, tanto los bien vestidos como los mal vestidos, caballeros, posaderos y sirvientes, se unieron en un grito general de "¡Fuego!". Gruesas nubes de humo se extendieron por la habitación y salieron por la ventana abierta. Alcancé a ver unas figuras que se apresuraban, y un momento después la voz de Holmes desde el interior asegurando que era una falsa alarma. Deslizándome entre la multitud que gritaba, me dirigí a la esquina de la calle, y en diez minutos me alegré de encontrar el brazo de mi amigo entre los míos, y de alejarme de la escena del alboroto. Caminó con rapidez y en silencio durante algunos minutos hasta que doblamos por una de las tranquilas calles que conducen a Edgeware Road.

"Lo ha hecho usted muy bien, doctor", comentó. "Nada podría haber sido mejor. Todo está bien".

"¿Tiene la fotografía?"

"Sé dónde está".

"¿Y cómo lo has averiguado?"

"Ella me la mostró, como te dije que lo haría".

"Todavía estoy en la incertidumbre".

"No quiero hacer un misterio", dijo él, riendo. "El asunto era perfectamente sencillo. Usted, por supuesto, vio que todos en la calle eran cómplices. Todos estaban comprometidos para la noche".

"Lo supuse".

"Cuando estalló la pelea, tenía un poco de pintura roja húmeda en la palma de mi mano. Me precipité hacia delante, me caí, me llevé la mano a la cara y me convertí en un espectáculo lamentable. Es un viejo truco".

"Eso también pude entenderlo".

"Entonces me llevaron dentro. Ella estaba obligada a llevarme dentro. ¿Qué otra cosa podía hacer? Y en su sala de estar, que era la misma habitación que yo sospechaba. Estaba entre esa habitación y su dormitorio, y yo estaba decidido a descubrir cuál era. Me tumbaron en un sofá, pedí aire, se vieron obligados a abrir la ventana, y usted tuvo su oportunidad".

"¿Cómo te ayudó eso?"

"Fue muy importante. Cuando una mujer piensa que su casa se está incendiando, su instinto es correr hacia lo que más valora. Es un impulso perfectamente dominante, y más de una vez me he aprovechado de él. En el caso del escándalo de la sustitución de Darlington me fue útil, y también en el asunto del castillo de Arnsworth. Una mujer casada se aferra a su bebé; una soltera busca su joyero. Ahora estaba claro para mí que nuestra dama de hoy no tenía nada en la casa más valioso para ella que lo que estamos buscando. Se apresuraría a asegurarlo. La alarma de incendio estaba admirablemente realizada. El humo y los gritos fueron suficientes para hacer temblar unos nervios de acero. Ella respondió maravillosamente. La fotografía está en un hueco detrás de un panel deslizante, justo encima del tirador de la campana derecha. Ella estaba allí en un instante, y yo alcancé a verla mientras la sacaba a medias. Cuando grité que se trataba de una falsa alarma, la volvió a colocar en su sitio, miró el cohete, salió corriendo de la habitación y no la he vuelto a ver. Me levanté y, presentando mis excusas, escapé de la casa. Dudé si intentar asegurar la fotografía de inmediato; pero el cochero había entrado, y como me observaba con atención, me pareció más seguro esperar. Un poco de exceso de precipitación puede arruinar todo".

"¿Y ahora?" pregunté.

"Nuestra búsqueda está prácticamente terminada. Mañana iré a ver al Rey, y a ti, si quieres venir con nosotros. Nos harán pasar al salón para esperar a la señora, pero es probable que cuando llegue no nos encuentre ni a nosotros ni a la fotografía. Podría ser una satisfacción para su Majestad recuperarla con sus propias manos".

"¿Y cuándo llamará?"

"A las ocho de la mañana. Ella no estará levantada, así que tendremos el campo libre. Además, debemos ser rápidos, ya que este matrimonio puede significar un cambio completo en su vida y en sus costumbres. Debo telegrafiar al Rey sin demora".

Habíamos llegado a Baker Street y nos habíamos detenido en la puerta. Estaba buscando la llave en sus bolsillos cuando alguien que pasaba dijo:

"Buenas noches, señor Sherlock Holmes".

Había varias personas en la acera en ese momento, pero el saludo parecía provenir de un joven delgado con un ulster que se había apresurado a pasar.

"He oído esa voz antes", dijo Holmes, mirando la calle poco iluminada. "Ahora me pregunto quién demonios podría ser".

III

Aquella noche dormí en Baker Street, y por la mañana estábamos ocupados con nuestras tostadas y nuestro café cuando el Rey de Bohemia entró corriendo en la habitación.

"¡Lo has conseguido de verdad!", gritó, agarrando a Sherlock Holmes por ambos hombros y mirándole ansiosamente a la cara.

"Todavía no".

"¿Pero tienes esperanzas?"

"Tengo esperanzas".

"Entonces, venga. Estoy impaciente por irme".

"Debemos tomar un taxi."

"No, mi carruaje está esperando."

"En ese caso, eso simplificará las cosas." Bajamos y partimos una vez más hacia Briony Lodge.

"Irene Adler está casada", comentó Holmes.

"¿Casada! ¿Cuándo?"

"Ayer".

"¿Pero con quién?"

"Con un abogado inglés llamado Norton".

"Pero ella no puede amarlo."

"Tengo la esperanza de que lo haga."

"¿Y por qué tiene esperanzas?"

"Porque le evitaría a Su Majestad todo temor a futuras molestias. Si la dama ama a su marido, no ama a su Majestad. Si no ama a su Majestad, no hay razón para que interfiera con el plan de su Majestad".

"Es cierto. Y sin embargo... ¡Bueno! ¡Desearía que hubiera sido de mi misma condición! Qué reina habría sido". Se sumió en un malhumorado silencio, que no se rompió hasta que llegamos a Serpentine Avenue.

La puerta de Briony Lodge estaba abierta, y una mujer mayor estaba de pie en los escalones. Nos observó con una mirada burlona mientras bajábamos del carruaje.

"¿El señor Sherlock Holmes, creo?", dijo.

"Yo soy el señor Holmes", contestó mi compañero, mirándola con una mirada interrogativa y algo asustada.

"¡Claro que sí! Mi señora me dijo que era probable que usted viniera. Ha salido esta mañana con su marido en el tren de las cinco y cuarto de Cha-

ring Cross hacia el continente".

"¡Qué!" Sherlock Holmes se tambaleó, blanco de disgusto y sorpresa. "¿Quiere decir que ha abandonado Inglaterra?"

"Para no volver jamás".

"¿Y los papeles?", preguntó el Rey con voz ronca. "Todo está perdido".

"Ya veremos". Pasó por delante del criado y se precipitó en el salón, seguido por el Rey y por mí. Los muebles estaban desparramados en todas direcciones, con estantes desmantelados y cajones abiertos, como si la dama los hubiera saqueado apresuradamente antes de huir. Holmes se abalanzó sobre el tirador del timbre, arrancó una pequeña persiana corrediza y, hundiendo la mano, sacó una fotografía y una carta. La fotografía era de la propia Irene Adler en traje de noche, y la carta estaba escrita a nombre de "Sherlock Holmes, Esq. Para ser dejada hasta que sea requerida". Mi amigo la abrió y los tres la leímos juntos. Estaba fechada en la medianoche de la noche anterior y decía lo siguiente

"Mi querido Sr. Sherlock Holmes: lo ha hecho usted muy bien. Me ha acogido usted por completo. Hasta después de la alarma de incendio, no tuve ninguna sospecha. Pero luego, cuando descubrí cómo me había traicionado, me puse a pensar. Me habían advertido contra ti hace meses. Me habían dicho que, si el Rey empleaba a un agente, seguramente sería usted. Y me habían dado su dirección. Sin embargo, con todo esto, me hiciste revelar lo que querías saber. Incluso después de sospechar, me resultaba difícil pensar mal de un viejo clérigo tan querido y amable. Pero, ya sabe, yo misma me he formado como actriz. El disfraz masculino no es nada nuevo para mí. A menudo me aprovecho de la libertad que me da. Envié a John, el cochero, a vigilarle, subí las escaleras, me puse mi ropa de paseo, como yo la llamo, y bajé justo cuando te ibas.

Bien, le seguí hasta su puerta, y así me aseguré de que realmente yo era un objeto de interés para el célebre señor Sherlock Holmes. Luego, de forma bastante imprudente, le deseé buenas noches y me dirigí al Temple para ver a mi marido.

Ambos pensamos que el mejor recurso era la huida, cuando nos persigue un antagonista tan formidable; así que encontrará el nido vacío cuando venga mañana. En cuanto a la fotografía, su cliente puede descansar en paz.

Amo y soy amada por un hombre mejor que él. El Rey puede hacer lo que quiera sin impedimentos de alguien a quien ha perjudicado cruelmente. La guardo sólo para protegerme y para conservar un arma que me proteja siempre de cualquier medida que él pueda tomar en el futuro. Dejo una fotografía que podría interesarle; y sigo adelante, querido señor Sherlock Holmes,

Muy sinceramente suya,

Irene Norton, de soltera Adler."

"¡Qué mujer, oh, qué mujer!", gritó el rey de Bohemia, cuando los tres habíamos leído esta carta. "¿No te he dicho lo rápida y decidida que era? ¿No habría sido una reina admirable? ¿No es una lástima que no estuviera a mi nivel?"

"Por lo que he visto de la dama, parece, en efecto, estar en un nivel muy diferente al de su Majestad", dijo Holmes con frialdad. "Lamento no haber podido llevar el asunto de su Majestad a una conclusión más satisfactoria".

"Al contrario, mi querido señor", gritó el Rey; "nada podría ser más exitoso. Sé que su palabra es inviolable. La fotografía está ahora tan segura como si estuviera en el fuego".

"Me alegra oír a su Majestad decir eso".

"Estoy inmensamente en deuda con usted. Le ruego que me diga de qué manera puedo recompensarle. Este anillo..." Deslizó un anillo de serpiente de esmeralda de su dedo y lo extendió sobre la palma de su mano.

"Su Majestad tiene algo que debería valorar aún más", dijo Holmes.

"No tiene más que nombrarlo".

"¡Esta fotografía!"

El Rey lo miró con asombro.

"¡La fotografía de Irene!", gritó. " Por supuesto, si lo desea".

"Le agradezco a su Majestad. Entonces no hay más que hacer en este asunto. Tengo el honor de desearle muy buenos días". Se inclinó y, dándose la vuelta sin observar la mano que el Rey le había tendido, partió en mi compañía hacia sus aposentos.

Y así fue como un gran escándalo amenazó con afectar al reino de Bohemia, y cómo los mejores planes del señor Sherlock Holmes fueron vencidos por el ingenio de una mujer. Solía alegrarse de la inteligencia de las mujeres, pero últimamente no le he oído hacerlo. Y cuando habla de Irene Adler, o cuando se refiere a su fotografía, es siempre bajo el honorable título de la mujer.

LA LIGA DE LOS PELIRROJOS

Un día del otoño del año pasado visité a mi amigo, el señor Sherlock Holmes, y lo encontré en una profunda conversación con un caballero anciano, corpulento y de rostro pálido, con un cabello rojo intenso. Con una disculpa por mi intromisión, estaba a punto de retirarme cuando Holmes me arrastró bruscamente a la habitación y cerró la puerta tras de sí.

"No podría haber llegado en mejor momento, mi querido Watson", dijo cordialmente.

"Temía que estuvieras ocupado".

"Así es. Mucho".

"Entonces puedo esperar en la habitación de al lado".

"En absoluto. Este caballero, el Sr. Wilson, ha sido mi compañero y ayudante en muchos de mis casos más exitosos, y no me cabe duda de que me será de gran utilidad también en el suyo."

El corpulento caballero se levantó a medias de su silla y saludó con un movimiento de cabeza, con una rápida mirada interrogativa desde sus pequeños ojos rodeados de grasa.

"Pruebe en el sofá -dijo Holmes, volviéndose a sentar en su sillón y juntando las puntas de los dedos, como era su costumbre cuando estaba de buen humor. "Sé, mi querido Watson, que comparte usted mi amor por todo lo que es extraño y está fuera de las convenciones y la monótona rutina de la vida cotidiana. Ha demostrado su gusto por ello con el entusiasmo que le

ha llevado a relatar, y, si me disculpa, a embellecer en cierto modo muchas de mis pequeñas aventuras."

"Sus casos han sido, en efecto, del mayor interés para mí", observé.

"Recordará usted que el otro día comenté, justo antes de entrar en el sencillísimo problema presentado por la señorita Mary Sutherland, que para conseguir efectos extraños y combinaciones extraordinarias debemos acudir a la vida misma, que es siempre mucho más atrevida que cualquier esfuerzo de la imaginación."

"Una proposición que me tomé la libertad de dudar".

"Lo hizo, doctor, pero de todas formas debe aceptar mi punto de vista, porque de lo contrario seguiré acumulando hechos sobre hechos hasta que su razón se derrumbe bajo ellos y reconozca que tengo razón. Ahora bien, el señor Jabez Wilson ha tenido la amabilidad de visitarme esta mañana y de comenzar una narración que promete ser una de las más singulares que he escuchado en algún tiempo. Ya me han oído comentar que las cosas más extrañas y singulares suelen estar relacionadas no con los delitos mayores, sino con los menores, y en ocasiones, de hecho, cuando cabe la duda de si se ha cometido algún delito concreto. Por lo que he oído, me es imposible decir si el presente caso es un caso de crimen o no, pero el curso de los acontecimientos es ciertamente uno de los más singulares que he escuchado. Tal vez, Sr. Wilson, tendría la gran amabilidad de recomenzar su relato. Se lo pido no sólo porque mi amigo el doctor Watson no ha oído la primera parte, sino también porque la peculiar naturaleza de la historia me hace desear tener todos los detalles posibles de sus labios. Por regla general, cuando he oído algún ligero indicio del curso de los acontecimientos, puedo guiarme por los miles de otros casos similares que se me ocurren. En el presente caso me veo obligado a admitir que los hechos son, a mi entender, únicos."

El corpulento cliente hinchó el pecho con una apariencia de cierto orgullo y sacó un periódico sucio y arrugado del bolsillo interior de su abrigo. Mientras echaba un vistazo a la columna de anuncios, con la cabeza adelantada y el periódico aplastado sobre su rodilla, eché un buen vistazo al hombre y me esforcé, a la manera de mi compañero, en leer los indicios que pudieran presentar su vestimenta o su aspecto.

Sin embargo, no conseguí mucho con mi inspección. Nuestro visitante tenía todas las características de un comerciante británico común y corriente, obeso, pomposo y lento. Llevaba unos pantalones grises a cuadros de pastor bastante holgados, un abrigo negro no demasiado limpio, desabrochado por delante, y un chaleco gris con una pesada cadena de latón de Albert y un trozo de metal cuadrado que colgaba como adorno. Un sombrero de copa deshilachado y un abrigo marrón desteñido con el cuello de terciopelo arrugado yacían sobre una silla a su lado. En conjunto, mire lo que mire, no había nada destacable en aquel hombre, salvo su cabeza de color rojo intenso y la expresión de extrema contrariedad y descontento de sus facciones.

La rápida mirada de Sherlock Holmes se fijó en mi ocupación, y sacudió la cabeza con una sonrisa al notar mis miradas interrogantes. "Aparte de los hechos obvios de que ha realizado alguna vez trabajos manuales, que toma rapé, que es masón, que ha estado en China y que últimamente ha escrito bastante, no puedo deducir nada más".

El señor Jabez Wilson se incorporó en su silla, con el dedo índice sobre el papel, pero con los ojos puestos en mi acompañante.

"¿Cómo, en nombre de la buena suerte, supo usted todo eso, señor Holmes?", preguntó. "¿Cómo sabía usted, por ejemplo, que yo realizaba trabajos manuales? Es tan cierto como el evangelio, pues comencé como carpintero de barcos".

"Sus manos, mi querido señor. Su mano derecha es bastante más grande que la izquierda. Has trabajado con ella, y los músculos están más desarrollados".

"Bueno, ¿el rapé, entonces, y la masonería?"

"No voy a insultar tu inteligencia diciéndote cómo he leído eso, especialmente porque, bastante en contra de las estrictas reglas de tu orden, usas un peto de arco y compás".

"Ah, por supuesto, lo había olvidado. ¿Pero la escritura?"

"¿Qué otra cosa puede indicar ese puño derecho tan reluciente por cinco pulgadas, y el izquierdo con el parche liso cerca del codo donde lo apoyas sobre el escritorio?"

"Bueno, ¿pero China?"

"El pez que tienes tatuado inmediatamente por encima de la muñeca derecha sólo podría haber sido hecho en China. He hecho un pequeño estudio de las marcas de tatuajes e incluso he contribuido a la literatura del tema. Ese truco de teñir las escamas de los peces de un delicado color rosa es bastante peculiar de China. Cuando, además, veo una moneda china colgada de la cadena de su reloj, el asunto se simplifica aún más".

El señor Jabez Wilson se rió con fuerza. "¡Bueno, yo nunca!", dijo. "Al principio pensé que había hecho usted algo ingenioso, pero veo que, después de todo, no había nada en ello".

"Empiezo a pensar, Watson", dijo Holmes, "que me equivoco al explicarlo. "Omne ignotum pro magnifico", ya sabe, y mi pobre y pequeña reputación, tal como es, naufragará si soy tan sincero. ¿No puede encontrar el anuncio, Sr. Wilson?"

"Sí, lo tengo ya", contestó con su grueso dedo rojo plantado a mitad de la columna. "Aquí está. Esto es lo que empezó todo. Léalo usted mismo, señor".

Le quitó el papel y leí lo siguiente:

"A la Liga de los Pelirrojos: A causa del legado del difunto Ezekiah Hopkins, de Lebanon, Pennsylvania, Estados Unidos, hay ahora otra vacante abierta que da derecho a un miembro de la Liga a un salario de 4 libras a la semana por servicios puramente simbólicos. Todos los hombres pelirrojos sanos de cuerpo y mente y mayores de veintiún años, son elegibles. Solicite en persona el lunes, a las once, a Duncan Ross, en las oficinas de la Liga, 7 Pope's Court, Fleet Street".

"¿Qué diablos significa esto?" exclamé después de haber leído dos veces el extraordinario anuncio.

Holmes se rió y se retorció en su silla, como era su costumbre cuando estaba de buen humor. "Es un poco fuera de lo común, ¿no es así?", dijo. "Y ahora, señor Wilson, láncese y cuéntenos todo sobre usted, su casa y el efecto que este anuncio ha tenido en su fortuna. Anote primero, doctor, el periódico y la fecha".

"Es el Morning Chronicle del 27 de abril de 1890. Hace apenas dos meses".

"Muy bien. ¿Ahora, Sr. Wilson?"

"Bueno, es tal como se lo he contado, señor Sherlock Holmes", dijo Jabez Wilson, secándose la frente, "tengo un pequeño negocio de empeño en Coburg Square, cerca de la City. No es un negocio muy grande, y en los últimos años no ha hecho más que permitirme vivir. Antes podía mantener a dos ayudantes, pero ahora sólo mantengo a uno; y no tendría trabajo para pagarle si no estuviera dispuesto a venir por medio sueldo para aprender el negocio."

"¿Cómo se llama este joven tan servicial?", preguntó Sherlock Holmes.

"Se llama Vincent Spaulding, y tampoco es tan joven. Es difícil decir su edad. No desearía un ayudante más inteligente, señor Holmes; y sé muy bien que podría superarse y ganar el doble de lo que yo puedo darle. Pero, después de todo, si él está satisfecho, ¿por qué habría de meterle ideas en la cabeza?"

"¿Por qué, en efecto? Parece usted muy afortunado por tener un empleado que se encuentra por debajo del precio de mercado. No es una experiencia común entre los empresarios de esta época. No sé si su asistente no es tan notable como su anuncio".

"Oh, también tiene sus defectos", dijo el señor Wilson. "Nunca fue un tipo tan bueno para la fotografía. Se pone a disparar con una cámara cuando debería estar trabajando en su mente, y luego se sumerge en el sótano como un conejo en su madriguera para revelar sus fotos. Ese es su principal defecto, pero en general es un buen trabajador. No hay ningún vicio en él".

"¿Supongo que sigue con usted?"

"Sí, señor. Él y una chica de catorce años, que hace un poco de cocina sencilla y mantiene el lugar limpio; eso es todo lo que tengo en la casa, pues soy viudo y nunca tuve familia. Vivimos muy tranquilos, señor, los tres; y mantenemos un techo sobre nuestras cabezas y pagamos nuestras deudas, si no hacemos nada más.

"Lo primero que nos molestó fue ese anuncio. Spaulding, vino a la oficina justo este día ocho semanas, con este mismo papel en la mano, y dice:

"Le pido a Dios, Sr. Wilson, que yo fuera pelirrojo".

"¿Por qué eso?" le pregunté.

" 'Porque', dice él, 'aquí hay otro puesto vacante en la Liga de los Pelirrojos. El valor de la vacante es una pequeña fortuna para el hombre que la obtenga, y tengo entendido que hay más vacantes que hombres, de modo que los administradores no saben qué hacer con el dinero. Si mi pelo cambiara de color, aquí hay una bonita cuna lista para que entre en ella".

"¿Por qué, qué es, entonces?" pregunté. "Verá, señor Holmes, yo soy un hombre muy hogareño, y como mi negocio vino a mí en vez de tener que ir a él, a menudo estuve semanas enteras sin poner el pie sobre el felpudo. Por eso no me enteraba mucho de lo que ocurría fuera, y siempre me alegraba un poco con las noticias.

"¿Nunca has oído hablar de la Liga de los Pelirrojos?, le preguntó con los ojos abiertos.

"Nunca."

"Vaya, me extraña, porque tú mismo eres elegible para una de las vacantes".

"¿Y cuánto dinero valen?", pregunté.

"Oh, simplemente un par de cientos al año, pero el trabajo es ligero, y no tiene que interferir mucho con las otras ocupaciones".

"Bueno, puedes pensar fácilmente que eso me hizo levantar las orejas, ya que el negocio no ha sido muy bueno desde hace algunos años, y un par de cientos extra habrían sido muy útiles."

"Cuéntamelo todo" -dije-.

"Bueno", dijo, mostrándome el anuncio, "puedes ver por ti mismo que la Liga tiene una vacante, y ahí está la dirección donde debes solicitar los detalles. Por lo que he podido averiguar, la Liga fue fundada por un millonario americano, Ezekiah Hopkins, que era muy peculiar en sus costumbres. Él mismo era pelirrojo, y sentía una gran simpatía por todos los hombres pelirrojos; así que, cuando murió, se descubrió que había dejado su enorme fortuna en manos de fideicomisarios, con instrucciones de aplicar los intereses

a la provisión de camas sencillas a los hombres con el cabello de ese color. Por lo que he oído, es una paga espléndida y muy poco que hacer".

"Pero", dije yo, "habría millones de hombres pelirrojos que lo solicitarían".

"No tantos como usted cree", respondió. "Verá que en realidad se limita a los londinenses y a los hombres adultos". Este americano había salido de Londres cuando era joven, y quería hacer un buen favor a la vieja ciudad. Por otra parte, he oído que no sirve de nada que te presentes si tu pelo es rojo claro, o rojo oscuro, o cualquier otra cosa que no sea un rojo brillante y ardiente. Ahora bien, si le interesara solicitarlo, señor Wilson, entraría sin más; pero tal vez no valga la pena que se quite de en medio por unos cuantos cientos de libras".

"Ahora bien, es un hecho, señores, como pueden ver por sí mismos, que mi pelo es de un tinte muy abundante y lleno, de modo que me pareció que si debía competir en el asunto tenía tan buena oportunidad como cualquier hombre que hubiera conocido. Vincent Spaulding parecía saber tanto sobre el tema que pensé que podría ser útil, así que le ordené que levantara las persianas por ese día y que viniera enseguida conmigo. Él estaba muy dispuesto a tener unas vacaciones, así que cerramos el negocio y nos pusimos en marcha hacia la dirección que se nos había dado en el anuncio."

"No espero que vuelva a ver un espectáculo así, señor Holmes. Desde el norte, el sur, el este y el oeste, todos los hombres que tenían un matiz de rojo en el pelo habían acudido a la ciudad para responder al anuncio. Fleet Street estaba atestada de gente pelirroja, y Pope's Court parecía la carretilla naranja de un costero. No hubiera creído que hubiera tantos en todo el país como los que reunió aquel único anuncio. Los había de todos los colores: paja, limón, naranja, ladrillo, hígado, arcilla; pero, como dijo Spaulding, no había muchos que tuvieran el verdadero y vivo color de las llamas. Cuando vi la cantidad de personas que esperaban, me habría dado por vencido, pero Spaulding no quiso ni oír hablar de ello. No puedo imaginar cómo lo hizo, pero empujó y tiró y golpeó hasta que me hizo pasar entre la multitud y llegar a los escalones que conducían a la oficina. Había un doble flujo en la escalera, algunos subiendo con esperanza y otros volviendo abatidos; pero nos metimos como pudimos y pronto nos encontramos en la oficina."

"Su experiencia ha sido de lo más entretenida", comentó Holmes mientras su cliente hacía una pausa y refrescaba su memoria con un enorme pellizco de rapé. "Le ruego que continúe con su interesante declaración".

"En el despacho no había nada más que un par de sillas de madera y una mesa de trato, detrás de la cual se sentaba un hombrecillo con la cabeza aún más roja que la mía. Decía unas palabras a cada candidato a medida que se acercaba, y luego siempre se las arreglaba para encontrar algún defecto en ellos que los descalificara. Después de todo, conseguir una vacante no parecía ser un asunto tan fácil. Sin embargo, cuando llegó nuestro turno, el hombrecillo se mostró mucho más favorable a mí que a cualquiera de los otros, y cerró la puerta cuando entramos, para poder hablar con nosotros en privado.

"Este es el señor Jabez Wilson", dijo mi asistente, "y está dispuesto a ocupar una vacante en la Liga".

"Y es admirablemente adecuado para ello", respondió el otro. Tiene todos los requisitos. No recuerdo haber visto algo tan bueno". Dio un paso hacia atrás, ladeó la cabeza y me miró el pelo hasta que me sentí bastante avergonzado. Luego, de repente, se lanzó hacia delante, me apretó la mano y me felicitó calurosamente por mi éxito.

"Sería una injusticia dudar", dijo. "Sin embargo, estoy seguro de que me disculpará por tomar una precaución obvia". Con esto, me agarró el pelo con las dos manos y tiró de él hasta que grité de dolor. Tienes los ojos llenos de lágrimas -dijo al soltarme-. Percibo que todo es como debería ser. Pero tenemos que tener cuidado, porque nos han engañado dos veces con pelucas y una vez con pintura. Podría contarle historias de cera de zapatero que le repugnarían a la naturaleza humana". Se acercó a la ventana y gritó a través de ella con toda su voz que la vacante estaba cubierta. Se oyó un gemido de decepción desde abajo, y toda la gente se alejó en distintas direcciones hasta que no se vio más pelirrojo que el mío y el del gerente".

"Mi nombre" -dijo- "es el señor Duncan Ross, y yo mismo soy uno de los pensionistas del fondo dejado por nuestro noble benefactor. ¿Es usted un hombre casado, señor Wilson? ¿Tiene usted familia?"

"Respondí que no".

"Su cara cayó inmediatamente".

" ¡Caramba!. dijo gravemente, "¡eso es muy grave! Lamento oírle decir eso. El fondo estaba destinado, por supuesto, a la propagación y difusión de los pelirrojos, así como a su manutención. Es muy desafortunado que usted sea soltero".

"Mi cara se alargó ante esto, señor Holmes, pues pensé que, después de todo, no iba a tener la vacante; pero después de pensarlo durante unos minutos dijo que no habría problema".

"En el caso de cualquier otra persona -dijo-, la objeción podría ser fatal, pero debemos hacer un esfuerzo a favor de un hombre con una cabellera como la suya. ¿Cuándo podrá usted empezar a desempeñar sus nuevas funciones?"

"Bueno, es un poco incómodo, porque ya tengo un negocio", dije.

"¡Oh, no se preocupe por eso, señor Wilson!", dijo Vincent Spaulding. "Yo podría ocuparme de eso por usted".

"¿Cuál sería el horario?", pregunté.

"De diez a dos".

"Ahora bien, el negocio de un prestamista se hace sobre todo por la noche, señor Holmes, especialmente los jueves y viernes por la noche, que es justo antes del día de pago; así que me vendría muy bien ganar un poco por las mañanas. Además, sabía que mi ayudante era un buen hombre y que se encargaría de todo lo que surgiera."

"Eso me vendría muy bien" dije. "¿Y la paga?"

"Son 4 libras a la semana".

"¿Y el trabajo?"

"Es puramente testimonial".

"¿A qué llamas puramente testimonial?"

"Bueno, tienes que estar en la oficina, o al menos en el edificio, todo el tiempo. Si te vas, pierdes tu puesto para siempre. El testamento es muy claro en ese punto. No cumples con las condiciones si te mueves de la oficina durante ese tiempo".

"Son sólo cuatro horas al día, y no se me ocurriría irme", dije.

"No hay excusa que valga", dijo el Sr. Duncan Ross; "ni enfermedad, ni negocios, ni nada. Debes quedarte allí, o perderás tu billete".

"¿Y el trabajo?"

"Es copiar la Enciclopedia Británica. Hay un primer volumen en esa imprenta. Debes conseguir tu propia tinta, bolígrafos y papel secante, pero nosotros te proporcionamos esta mesa y esta silla. ¿Estará listo mañana?"

"Por supuesto", respondí.

"Entonces, adiós, señor Jabez Wilson, y permítame felicitarle una vez más por el importante puesto que ha tenido la suerte de conseguir". Me hizo una reverencia para que saliera de la habitación y me fui a casa con mi ayudante, casi sin saber qué decir o hacer, estaba tan satisfecho de mi propia suerte.

"Estuve pensando en el asunto durante todo el día, y por la noche volví a tener el ánimo por los suelos, ya que me había convencido de que todo el asunto debía ser un gran engaño o fraude, aunque no podía imaginar cuál era su objetivo. Parecía imposible creer que alguien pudiera hacer semejante testamento, o que pagara semejante suma por hacer algo tan simple como copiar la Enciclopedia Británica. Vincent Spaulding hizo lo que pudo para animarme, pero a la hora de acostarme ya me había desanimado. Sin embargo, por la mañana decidí echarle un vistazo de todos modos, así que compré un frasco de tinta de un centavo y, con una pluma y siete hojas de papel de imprenta, me dirigí a Pope's Court.

"Para mi sorpresa y deleite, todo estaba tan bien como era posible. La mesa estaba preparada para mí, y el señor Duncan Ross estaba allí para ver que me ponía a trabajar. Me puso a trabajar en la letra A, y luego me dejó; pero pasaba de vez en cuando para ver que todo estaba bien conmigo. A las dos me dio los buenos días, me felicitó por la cantidad que había escrito y cerró la puerta de la oficina tras de mí".

"Esto sucedió día tras día, señor Holmes, y el sábado el director vino y me dio cuatro soberanos de oro por mi trabajo de la semana. Lo mismo ocurrió la semana siguiente, y lo mismo la siguiente. Todas las mañanas estaba allí a las diez, y todas las tardes me iba a las dos. Poco a poco, el señor Duncan Ross empezó a venir sólo una vez por la mañana, y luego, después de un tiempo, no vino en absoluto. Sin embargo, nunca me atreví a dejar la

habitación ni un instante, porque no estaba seguro de cuándo podría venir, y el puesto era tan bueno y me convenía tanto que no quería arriesgarme a perderlo.

"Pasaron así ocho semanas, y yo había escrito sobre los abades y la arquería y la armadura y la arquitectura y el Ática, y esperaba con diligencia que podría llegar a la B antes de mucho tiempo. Me costó algo en papel de imprenta, y casi había llenado una estantería con mis escritos. Y de repente todo el asunto llegó a su fin".

"¿Terminó?"

"Sí, señor. Y no más tarde de esta mañana. Fui a mi trabajo como de costumbre a las diez, pero la puerta estaba cerrada con llave, con un pequeño cuadrado de cartón clavado en el centro del panel con una tachuela. Aquí está, y puede leerlo usted mismo".

Levantó un trozo de cartón blanco del tamaño de una hoja de papel. Decía así

La Liga de los Pelirrojos se disuelve. 9 de octubre de 1890.

Sherlock Holmes y yo examinamos este anuncio y el rostro compungido que había detrás, hasta que el lado cómico del asunto superó por completo cualquier otra consideración y ambos estallamos en una carcajada.

"No veo que haya nada muy divertido", gritó nuestro cliente, sonrojado hasta las raíces de su flamante cabeza. "Si no puedes hacer nada mejor que reírte de mí, puedo ir a otra parte".

"No, no", gritó Holmes, empujándolo de nuevo a la silla de la que se había levantado a medias. "No me perdería su caso por nada del mundo. Es muy refrescante y poco habitual. Pero hay, si me permite decirlo, algo un poco raro en él. ¿Qué hizo cuando encontró la tarjeta en la puerta?"

"Me quedé perplejo, señor. No sabía qué hacer. Luego llamé a las oficinas de alrededor, pero ninguna parecía saber nada al respecto. Finalmente, me dirigí al propietario, que es un contable que vive en la planta baja, y le pregunté si podía decirme qué había sido de la Liga de los Pelirrojos. Me dijo que nunca había oído hablar de ese organismo. Luego le pregunté quién era el señor Duncan Ross. Me contestó que ese nombre era nuevo para él".

"Bueno", dije, "el caballero del número 4".

"¿Qué, el pelirrojo?"

"Sí."

"Oh," dijo él, "su nombre era William Morris. Era un abogado y estaba usando mi habitación como un alojamiento temporal hasta que su nuevo local estuviera listo. Se mudó ayer".

"¿Dónde podría encontrarlo?"

"Oh, en sus nuevas oficinas. Me dijo la dirección. Sí, el 17 de King Edward Street, cerca de St. Paul".

"Me puse en marcha, señor Holmes, pero cuando llegué a esa dirección era una fábrica de rótulas ortopédicas, y nadie en ella había oído hablar ni del señor William Morris ni del señor Duncan Ross".

"¿Y qué hizo entonces?", preguntó Holmes.

"Me fui a casa, a la plaza de Saxe-Coburg, y seguí el consejo de mi ayudante. Pero él no pudo ayudarme en nada. Sólo pudo decirme que si esperaba tendría noticias por correo. Pero eso no era suficiente, señor Holmes. No quería perder una plaza así sin luchar, así que, como había oído que usted era lo bastante bueno como para aconsejar a los pobres que lo necesitaban, acudí enseguida a usted."

"Y ha hecho usted muy sabiamente", dijo Holmes. "Su caso es muy notable, y estaré encantado de estudiarlo. Por lo que me ha contado, creo que es posible que se trate de asuntos más graves de lo que parece a primera vista."

"¡Suficientemente grave!", dijo el Sr. Jabez Wilson. "Vaya, he perdido cuatro libras a la semana".

"En lo que a usted se refiere personalmente -observó Holmes-, no veo que tenga ningún agravio contra esta extraordinaria liga. Por el contrario, según tengo entendido, es usted más rico en unas 30 libras, por no hablar de los minuciosos conocimientos que ha adquirido sobre todos los temas que aparecen bajo la letra A. No ha perdido nada con ellos".

"No, señor. Pero quiero saber sobre ellos, quiénes son y cuál era su objetivo al gastar esta broma, si es que era una broma, contra mí. Fue una broma bastante cara para ellos, pues les costó dos y treinta libras".

"Intentaremos aclarar estos puntos para usted. Y, primero, una o dos preguntas, señor Wilson. Este ayudante suyo que le llamó la atención por primera vez sobre el anuncio, ¿cuánto tiempo llevaba con usted?"

"Alrededor de un mes entonces".

"¿Cómo llegó?"

"En respuesta a un anuncio".

"¿Fue el único solicitante?"

"No, tuve una docena".

"¿Por qué lo eligió?"

"Porque era hábil y era barato".

"A mitad de sueldo, de hecho".

"Sí."

"¿Cómo es este Vincent Spaulding?"

"Pequeño, de complexión robusta, muy rápido en sus formas, sin pelo en la cara, aunque no le faltan treinta años. Tiene una mancha blanca de ácido en la frente".

Holmes se sentó en su silla con gran excitación. "Ya me lo imaginaba", dijo. "¿Ha observado que tiene las orejas perforadas para hacer pendientes?"

"Sí, señor. Me dijo que un gitano se lo había hecho cuando era un muchacho".

"¡Hum!", dijo Holmes, hundiéndose en sus pensamientos. "¿Todavía está con usted?"

"Oh, sí, señor; acabo de dejarlo".

"¿Y se han atendido sus asuntos en su ausencia?"

"Nada de lo que quejarse, señor. Nunca hay mucho que hacer por la mañana".

"Eso es todo, Sr. Wilson. Estaré encantado de darle una opinión sobre el tema en el transcurso de un día o dos. Hoy es sábado, y espero que el lunes

podamos llegar a una conclusión".

"Bien, Watson", dijo Holmes cuando nuestro visitante se hubo marchado, "¿qué opina de todo esto?"

"No entiendo nada", respondí con franqueza. "Es un asunto de lo más misterioso".

"Por regla general -dijo Holmes-, cuanto más extraña es una cosa, menos misteriosa resulta. Son los crímenes comunes y sin rasgos los que resultan realmente desconcertantes, del mismo modo que un rostro común es el más difícil de identificar. Pero debo ser rápido en este asunto".

"¿Qué vas a hacer, entonces?" pregunté.

"Fumar", respondió. "Es un problema de tres pipas, y le ruego que no me hable durante cincuenta minutos". Se acurrucó en su silla, con sus delgadas rodillas recogidas hasta su nariz de halcón, y allí se sentó con los ojos cerrados y su pipa de arcilla negra sobresaliendo como el pico de un extraño pájaro. Yo había llegado a la conclusión de que se había quedado dormido y, de hecho, yo mismo estaba cabeceando, cuando de repente se levantó de la silla con el gesto de un hombre que ha tomado una decisión y dejó la pipa sobre la repisa de la chimenea.

"Sarasate actúa esta tarde en el St. James's Hall", comentó. "¿Qué le parece, Watson? ¿Podrían tus pacientes prescindir de ti durante unas horas?"

"No tengo nada que hacer hoy. Mi consulta nunca es muy absorbente".

"Entonces póngase el sombrero y venga. Voy a pasar primero por la ciudad y podemos almorzar por el camino. Observo que hay mucha música alemana en el programa, que es más de mi gusto que la italiana o la francesa. Es introspectiva, y yo quiero introspección. Acompáñame".

Viajamos en el metro hasta Aldersgate; y un corto paseo nos llevó a Saxe-Coburg Square, el escenario de la singular historia que habíamos escuchado por la mañana. Era un lugar pequeño y cutre, en el que cuatro líneas de casas de ladrillo de dos pisos daban a un pequeño recinto enrejado, donde un césped de hierba y unos pocos arbustos de laurel descolorido luchaban contra una atmósfera cargada de humo y poco agradable. Tres bolas doradas y un tablero marrón con "Jabez Wilson" en letras blancas, sobre una casa de la esquina, anunciaban el lugar donde nuestro pelirrojo cliente

llevaba a cabo su negocio. Sherlock Holmes se detuvo frente a ella con la cabeza a un lado y lo miró todo, con los ojos brillando entre los párpados fruncidos. Luego caminó lentamente calle arriba, y luego bajó de nuevo hasta la esquina, mirando todavía con agudeza las casas. Finalmente, regresó a la casa de empeño y, tras golpear enérgicamente el pavimento con su bastón dos o tres veces, se acercó a la puerta y llamó. Al instante le abrió un joven de aspecto brillante y bien afeitado, que le pidió que pasara.

"Gracias", dijo Holmes, "sólo quería preguntarle cómo iría de aquí al Strand".

"Tercera a la derecha, cuarta a la izquierda", respondió el ayudante con prontitud, cerrando la puerta.

"Un tipo inteligente", observó Holmes mientras nos alejábamos. "Es, a mi juicio, el cuarto hombre más inteligente de Londres, y por atrevimiento no estoy seguro de que no tenga derecho a ser el tercero. He conocido algo de él antes".

"Evidentemente", dije yo, "el asistente del señor Wilson tiene mucho que ver con este misterio de la Liga de los Pelirrojos. Estoy seguro de que usted ha investigado su camino simplemente para poder verlo".

"A él no".

"¿Entonces qué?"

"Las rodillas de sus pantalones".

"¿Y qué viste?"

"Lo que esperaba ver".

"¿Por qué golpeaste el pavimento?"

"Mi querido doctor, este es un momento para observar, no para hablar. Somos espías en un país enemigo. Sabemos algo de de Saxe-Coburg Square. Exploremos ahora las partes que se encuentran detrás de ella".

La calle en la que nos encontrábamos al doblar la esquina de la retirada Saxe-Coburg Square presentaba un contraste tan grande con ella como el frente de un cuadro con el fondo. Era una de las principales arterias que conducían el tráfico de la ciudad hacia el norte y el oeste. La calzada estaba bloqueada por la inmensa corriente de comercio que fluía en una doble ma-

rea hacia el interior y el exterior, mientras que las aceras estaban ennegrecidas por el apresurado enjambre de peatones. Resultaba difícil darse cuenta, al contemplar la hilera de tiendas elegantes y locales comerciales majestuosos, de que realmente colindaban al otro lado con la plaza descolorida y estancada que acabábamos de abandonar.

"A ver -dijo Holmes, parándose en la esquina y mirando a lo largo de la línea-, me gustaría recordar el orden de las casas aquí. Es una de mis aficiones tener un conocimiento exacto de Londres. Ahí están Mortimer, el estanco, la pequeña tienda de periódicos, la sucursal de Coburg de la City and Suburban Bank, el restaurante vegetariano y el depósito de carros de McFarlane. Eso nos lleva a la otra manzana. Y ahora, doctor, hemos hecho nuestro trabajo, así que es hora de jugar. Un sándwich y una taza de café, y luego a la tierra del violín, donde todo es dulzura, delicadeza y armonía, y no hay clientes pelirrojos que nos molesten con sus enigmas".

Mi amigo era un músico entusiasta, siendo él mismo no sólo un intérprete muy capaz, sino un compositor de mérito no ordinario. Toda la tarde estuvo sentado en el patio de butacas envuelto en la más perfecta felicidad, agitando suavemente sus largos y delgados dedos al compás de la música, mientras su rostro suavemente sonriente y sus ojos lánguidos y soñadores eran tan distintos a los de Holmes el sabueso, Holmes el implacable, agudo y presto agente del crimen, como era posible concebir. En su singular carácter se imponía alternativamente la doble naturaleza, y su extrema exactitud y astucia representaban, como he pensado a menudo, la reacción contra el talante poético y contemplativo que a veces predominaba en él. Los vaivenes de su naturaleza le llevaban de la languidez más absoluta a una energía devoradora; y, como yo sabía muy bien, nunca era tan verdaderamente formidable como cuando, durante días y días, había estado descansando en su sillón entre sus improvisaciones y sus ediciones en letra negra. Entonces le invadía de repente el ansia de persecución, y su brillante capacidad de razonamiento se elevaba al nivel de la intuición, hasta que los que no conocían sus métodos le miraban con recelo como a un hombre cuyos conocimientos no eran los del resto de los mortales. Cuando le vi aquella tarde tan enfrascado en la música del St. James 's Hall sentí que un mal momento podía estar llegando a aquellos a los que se había propuesto dar caza.

"Sin duda quieres ir a casa, doctor", comentó cuando salimos.

"Sí, sería lo mejor".

"Y tengo algunos asuntos que hacer que me llevarán algunas horas. Este asunto de la Coburg Square es serio".

"¿Por qué serio?"

"Se está contemplando un crimen considerable. Tengo todas las razones para creer que llegaremos a tiempo para detenerlo. Pero el hecho de que hoy sea sábado complica bastante las cosas. Necesitaré su ayuda esta noche".

"¿A qué hora?"

"Las diez es suficiente".

"Estaré en Baker Street a las diez".

"Muy bien. Y, digo, doctor, puede haber algún pequeño peligro, así que tenga la amabilidad de guardar el revólver del ejército en tu bolsillo". Agitó la mano, giró sobre sus talones y desapareció en un instante entre la multitud.

Confío en no ser más denso que mis vecinos, pero siempre me oprimió la sensación de mi propia estupidez en mis relaciones con Sherlock Holmes. Aquí había oído lo que él había oído, había visto lo que él había visto y, sin embargo, de sus palabras se desprendía que él veía claramente no sólo lo que había sucedido sino lo que estaba a punto de suceder, mientras que para mí todo el asunto seguía siendo confuso y grotesco. Mientras me dirigía a mi casa de Kensington pensé en todo, desde la extraordinaria historia del copiador pelirrojo de la Enciclopedia hasta la visita a Saxe-Coburg Square, y las ominosas palabras con las que se había despedido de mí. ¿Qué era esta expedición nocturna y por qué debía ir armado? ¿Adónde íbamos y qué íbamos a hacer? Holmes me había dado la pista de que el ayudante del prestamista, de rostro suave, era un hombre formidable, un hombre que podría jugar un juego profundo. Intenté descifrarlo, pero abandoné el asunto con desesperación y lo dejé de lado hasta que la noche nos diera una explicación.

Eran las nueve y cuarto cuando salí de casa y me dirigí al otro lado del parque y, a través de Oxford Street, a Baker Street. Dos hombres estaban en la puerta, y cuando entré en el pasillo oí el sonido de voces procedentes de arriba. Al entrar en su habitación, encontré a Holmes en una animada con-

versación con dos hombres, uno de los cuales reconocí como Peter Jones, el agente oficial de la policía, mientras que el otro era un hombre largo, delgado y de rostro triste, con un sombrero muy brillante y un abrigo de aspecto muy respetable.

"¡Ja! Nuestro grupo está completo", dijo Holmes, abotonando su chaquetón y cogiendo su pesada fusta de caza del perchero. "Watson, creo que conoce al señor Jones, de Scotland Yard. Permítame presentarle al señor Merryweather, que será nuestro compañero en la aventura de esta noche".

"Volvemos a cazar en pareja, doctor, ya ve", dijo Jones a su manera consecuenta. "Nuestro amigo es un hombre maravilloso para iniciar una persecución. Todo lo que quiere es un perro viejo que lo ayude a correr".

"Espero que un ganso salvaje no resulte ser el fin de nuestra persecución", observó sombríamente el señor Merryweather.

"Puede confiar bastante en el señor Holmes, señor", dijo el agente de policía con altivez. "Tiene sus propios métodos, que son, si no le importa que se lo diga, un poco demasiado teóricos y fantásticos, pero tiene madera de detective. No es demasiado decir que una o dos veces, como en el asunto del asesinato de Sholto y el tesoro de Agra, ha estado más cerca de acertar que la fuerza oficial".

"Oh, si usted lo dice, señor Jones, está bien", dijo el forastero con deferencia. "Aun así, confieso que echo de menos jugar al rubber. Es la primera noche de sábado desde hace siete y veinte años que no tengo mi partida de rubber".

"Creo que descubrirá", dijo Sherlock Holmes, "que esta noche jugará por una apuesta más alta de lo que ha hecho hasta ahora, y que la jugada será más emocionante. Para usted, señor Merryweather, la apuesta será de unas 30.000 libras esterlinas; y para usted, Jones, será el hombre sobre el que desee poner sus manos."

"John Clay, el asesino, ladrón, desmenuzador y falsificador. Es un hombre joven, Sr. Merryweather, pero está a la cabeza de su profesión, y preferiría tener mis esposas sobre él que sobre cualquier criminal en Londres. El joven John Clay es un hombre extraordinario. Su abuelo fue un duque real, y él mismo ha estado en Eton y Oxford. Su cerebro es tan astuto como sus dedos, y aunque encontramos señales de él a cada paso, nunca sabemos

dónde encontrarlo. En una semana asalta una casa en Escocia y a la siguiente recauda dinero para construir un orfanato en Cornualles. Hace años que le sigo la pista y nunca lo he visto".

"Espero tener el placer de presentarle esta noche. Yo también he tenido una o dos pequeñas visitas con el Sr. John Clay, y estoy de acuerdo con usted en que está a la cabeza de su profesión. Son más de las diez, sin embargo, y es hora de que empecemos. Si ustedes dos toman el primer coche, Watson y yo iremos en el segundo".

Sherlock Holmes no se mostró muy comunicativo durante el largo trayecto y se recostó en el taxi tarareando las melodías que había escuchado por la tarde. Atravesamos un interminable laberinto de calles iluminadas con gas hasta que salimos a la calle Farrington.

"Ya estamos cerca", comentó mi amigo. "Este tipo, Merryweather, es director de un banco y está personalmente interesado en el asunto. He pensado que es mejor que Jones esté también con nosotros. No es un mal tipo, aunque es un absoluto imbécil en su profesión. Tiene una virtud positiva. Es tan valiente como un bulldog y tan tenaz como una langosta si pone sus garras sobre alguien. Aquí estamos, y nos están esperando".

Habíamos llegado a la misma calle atestada de gente en la que nos habíamos encontrado por la mañana. Nuestros taxis se despidieron y, siguiendo las indicaciones del señor Merryweather, pasamos por un estrecho pasillo y por una puerta lateral, que él nos abrió. Dentro había un pequeño pasillo que terminaba en una enorme puerta de hierro. Ésta también se abrió y conducía a un tramo de escalones de piedra sinuosos, que terminaban en otra formidable puerta. El señor Merryweather se detuvo para encender una linterna, y luego nos condujo por un pasillo oscuro y con olor a tierra, y así, después de abrir una tercera puerta, a una enorme bóveda o bodega, que estaba apilada por todas partes con cajas y cajones macizos.

"No es muy accesible desde lo alto", observó Holmes mientras levantaba la linterna y miraba a su alrededor.

"Tampoco desde abajo -dijo el señor Merryweather, golpeando con su bastón las banderas que cubrían el suelo-. "¡Caramba, suena muy hueco!", observó, levantando la vista con sorpresa.

"¡De verdad que debo pedirle que se calle un poco más!", dijo Holmes con severidad. "Ya ha puesto usted en peligro todo el éxito de nuestra expedición. ¿Podría tener la bondad de sentarse en una de esas cajas y no interferir?"

El solemne señor Merryweather se encaramó a un cajón, con una expresión muy dolida en el rostro, mientras Holmes se arrodillaba en el suelo y, con la linterna y una lente de aumento, comenzaba a examinar minuciosamente las grietas entre las piedras. Unos pocos segundos bastaron para satisfacerlo, pues se puso de pie de nuevo y guardó la lupa en el bolsillo.

"Tenemos por lo menos una hora por delante -comentó-, pues difícilmente podrán dar algún paso hasta que el buen prestamista esté a salvo en la cama. Entonces no perderán ni un minuto, pues cuanto antes hagan su trabajo, más tiempo tendrán para escapar. Nos encontramos en este momento, doctor -como sin duda habrá adivinado-, en el sótano de la sucursal de la City de uno de los principales bancos de Londres. El señor Merryweather es el presidente de los directores, y le explicará que hay razones para que los criminales más audaces de Londres tengan un interés considerable en esta bodega en estos momentos."

"Es nuestro oro francés", susurró el director. "Hemos recibido varios avisos de que podrían atacar contra él".

"¿Su oro francés?"

"Sí. Hace unos meses tuvimos ocasión de reforzar nuestros recursos y pedimos prestados para ello 30.000 napoleones al Banco de Francia. Se ha sabido que nunca hemos tenido ocasión de desembolsar el dinero, y que todavía está en nuestro sótano. El cajón sobre el que me siento contiene 2.000 napoleones empaquetados entre capas de papel de plomo. Nuestra reserva de lingotes es mucho mayor en la actualidad de lo que se suele guardar en una sola sucursal, y los directores han tenido recelos al respecto."

"Que estaban muy bien justificados", observó Holmes. "Y ahora es el momento de organizar nuestros pequeños planes. Espero que dentro de una hora los asuntos lleguen a un punto crítico. Mientras tanto, señor Merryweather, debemos poner la cortina sobre esa oscura lámpara".

"¿Y sentarse en la oscuridad?"

"Me temo que sí. Había traído una baraja de cartas en el bolsillo, y pensé que, como éramos un grupo de cuatro personas, podría tener su partida después de todo. Pero veo que los preparativos del enemigo han llegado tan lejos que no podemos arriesgarnos a tener una luz. Y, en primer lugar, debemos elegir nuestras posiciones. Estos son hombres atrevidos, y aunque los tomaremos en desventaja, pueden hacernos algún daño si no tenemos cuidado. Yo me colocaré detrás de esta caja, y vosotros os ocultaréis detrás de aquellas. Entonces, cuando les dé una luz, acérquense rápidamente. Si disparan, Watson, no tengas reparos en abatirlos".

Coloqué mi revólver, armado, en la parte superior de la caja de madera detrás de la cual me agaché. Holmes tiró la cortinilla por la parte delantera de su farol y nos dejó en la más absoluta oscuridad, una oscuridad tan absoluta como nunca antes había experimentado. El olor a metal caliente seguía asegurándonos que la luz seguía allí, lista para encenderse de un momento a otro. Para mí, con los nervios a flor de piel, había algo desalentador en la repentina oscuridad y en el aire frío y húmedo de la bóveda.

"Sólo tienen una salida", susurró Holmes. "Es volver a través de la casa a la plaza de Saxe-Coburg. Espero que haya hecho lo que le pedí, Jones".

"Tengo un inspector y dos oficiales esperando en la puerta principal".

"Entonces hemos detenido todos los agujeros. Y ahora debemos guardar silencio y esperar".

¡Qué tiempo pareció! Si comparamos las notas que tomé después, no fue más que una hora y cuarto, pero me pareció que la noche casi se había ido y que el amanecer estaba llegando. Mis extremidades estaban cansadas y agarradas, pues temía cambiar de posición; sin embargo, mis nervios estaban en el más alto grado de tensión, y mi oído era tan agudo que no sólo podía oír la suave respiración de mis compañeros, sino que podía distinguir la inspiración más profunda y pesada del voluminoso Jones de la fina y suspirante nota del director del banco. Desde mi posición podía mirar por encima del maletín en dirección al suelo. De repente, mis ojos captaron el destello de una luz.

Al principio no era más que una chispa escabrosa sobre el pavimento de piedra. Luego se alargó hasta convertirse en una línea amarilla, y entonces, sin ninguna advertencia ni sonido, pareció abrirse un corte y apareció una

mano, una mano blanca, casi femenina, que palpó en el centro de la pequeña zona de luz. Durante un minuto o más, la mano, con sus dedos retorcidos, sobresalió del suelo. Luego se retiró tan súbitamente como había aparecido, y todo volvió a estar oscuro, salvo la única chispa escurridiza que marcaba un resquicio entre las piedras.

Su desaparición, sin embargo, fue momentánea. Con un sonido desgarrador, una de las anchas y blancas piedras se volcó sobre su lado y dejó un agujero cuadrado y abierto, a través del cual fluía la luz de una linterna. Por encima del borde se asomó un rostro limpio y juvenil, que miró atentamente a su alrededor y luego, con una mano a cada lado de la abertura, se acercó a la altura de los hombros y de la cintura, hasta que una rodilla se apoyó en el borde. En otro instante se situó al lado del agujero y arrastró tras de sí a un compañero, ágil y pequeño como él, con la cara pálida y un mechón de pelo muy rojo.

"Está todo despejado", susurró. "¿Tienes el cincel y las bolsas? ¡Gran Scott! ¡Salta, Archie, salta, y me lanzaré a por él!"

Sherlock Holmes salió disparado y agarró al intruso por el cuello. El otro se zambulló en el agujero, y oí el sonido de la tela rasgada cuando Jones se aferró a sus faldas. La luz brilló sobre el cañón de un revólver, pero la fusta de caza de Holmes cayó sobre la muñeca del hombre y la pistola tintineó sobre el suelo de piedra.

"Es inútil, John Clay", dijo Holmes con suavidad. "No tienes ninguna posibilidad".

"Ya veo", respondió el otro con la mayor frialdad. "Me imagino que mi amigo está bien, aunque veo que tú le has cogido el tranquillo".

"Hay tres hombres esperándole en la puerta", dijo Holmes.

"¡Ah, sí! Parece que ha hecho usted la faena de forma muy completa. Debo felicitarle".

"Y yo a usted", respondió Holmes. "Tu idea del pelirrojo fue muy novedosa y efectiva".

"Volverás a ver a tu amigo pronto", dijo Jones. "Es más hábil que yo para bajar por los agujeros. Aguanta mientras ajusto las esposas".

"Le ruego que no me toque con sus sucias manos", comentó nuestro prisionero mientras las esposas sonaban en sus muñecas. "Tal vez no sepas que tengo sangre real en mis venas. Tenga también la bondad, cuando se dirija a mí, de decir siempre "señor" y "por favor". "

"Muy bien", dijo Jones con una mirada y una risita. "Bien, ¿podría, por favor, señor, marchar arriba, donde podemos conseguir un taxi para llevar a su Alteza a la estación de policía?"

"Así está mejor", dijo John Clay con serenidad. Hizo una amplia reverencia a los tres y se alejó tranquilamente bajo la custodia del detective.

"Realmente, señor Holmes", dijo el señor Merryweather mientras los seguíamos desde el sótano, "no sé cómo el banco puede agradecerle o recompensarle. No hay duda de que ha detectado y derrotado de la manera más completa uno de los intentos más decididos de robo de bancos que han pasado por mi experiencia."

" Tenía una o dos pequeñas cuentas que saldar con el señor John Clay", dijo Holmes. "He tenido un pequeño gasto por este asunto, que espero que el banco me reembolse, pero más allá de eso me veo ampliamente recompensado por haber tenido una experiencia que en muchos aspectos es única, y por haber escuchado la muy notable narración de la Liga de los Pelirrojos".

"Verá, Watson -explicó en las primeras horas de la mañana, mientras nos sentábamos a tomar un vaso de whisky con soda en Baker Street-, era perfectamente obvio desde el principio que el único objeto posible de este negocio más bien fantástico de la publicidad de la Liga, y de la copia de la Enciclopedia, debía ser sacar a este no demasiado brillante prestamista durante un número de horas cada día. Era una forma curiosa de hacerlo, pero, en realidad, sería difícil sugerir una mejor. El método fue sin duda sugerido a la ingeniosa mente de Clay por el color del pelo de su cómplice. Las cuatro libras semanales eran un señuelo que debía atraerlo, y ¿qué era para ellos, que jugaban por miles? Pusieron el anuncio, uno de los bribones tenía la oficina temporal, el otro incitaba al hombre a solicitarla, y juntos se las arreglaban para asegurar su ausencia todas las mañanas de la semana. Desde que me enteré de que el ayudante había venido por medio sueldo, me pareció obvio que tenía algún motivo de peso para asegurarse la situación."

"¿Pero cómo pudo adivinar cuál era el motivo?"

"Si hubiera habido mujeres en la casa, habría sospechado una mera intriga ordinaria. Sin embargo, eso estaba fuera de lugar. El negocio del hombre era pequeño, y no había nada en su casa que pudiera justificar unos preparativos tan elaborados y un gasto tan grande como el que tenían. Por lo tanto, debía ser algo fuera de la casa. ¿Qué podría ser? Pensé en la afición del ayudante a la fotografía y en su truco de desaparecer en el sótano. ¡El sótano! Ahí estaba el final de esta enrevesada pista. Entonces hice averiguaciones sobre este misterioso ayudante y descubrí que tenía que lidiar con uno de los criminales más geniales y atrevidos de Londres. Estaba haciendo algo en el sótano, algo que le llevaba muchas horas al día durante meses. ¿Qué podía ser, una vez más? No se me ocurría nada, salvo que estaba haciendo un túnel hacia algún otro edificio.

"Hasta aquí había llegado cuando fuimos a visitar el lugar de la acción. Te sorprendí golpeando el pavimento con mi bastón. Estaba averiguando si el sótano se extendía por delante o por detrás. No estaba delante. Entonces toqué el timbre y, como esperaba, el ayudante respondió. Habíamos tenido algunas escaramuzas, pero nunca nos habíamos visto antes. Apenas le miré a la cara. Sus rodillas eran lo que deseaba ver. Usted mismo habrá observado lo gastadas, arrugadas y manchadas que estaban. Hablaban de aquellas horas de excavación. Lo único que faltaba era saber para qué escarbaban. Doblé la esquina, vi que el City and Suburban Bank colindaba con los locales de nuestro amigo, y sentí que había resuelto mi problema. Cuando volví a casa después del concierto, llamé a Scotland Yard y al presidente de los directores del banco, con el resultado que has visto".

"¿Y cómo pudiste saber que harían su intento esta noche?" pregunté.

"Bueno, cuando cerraron sus oficinas de la Liga fue una señal de que ya no les importaba la presencia del señor Jabez Wilson, es decir, que habían completado su túnel. Pero era esencial que lo utilizaran pronto, ya que podría ser descubierto, o los lingotes podrían ser retirados. El sábado les convendría más que cualquier otro día, ya que les daría dos días para escapar. Por todas estas razones esperaba que vinieran esta noche".

"Lo has razonado muy bien", exclamé con admiración sincera. "Es una cadena tan larga y, sin embargo, cada eslabón suena a verdad".

"Me ha salvado del aburrimiento", respondió, bostezando. "¡Ay! Ya siento que se acerca a mí. Mi vida se ha convertido en un largo esfuerzo por escapar de los lugares comunes de la existencia. Estos pequeños problemas me ayudan a hacerlo".

"Y usted es un benefactor de la humanidad", dije.

Se encogió de hombros. "Bueno, tal vez, después de todo, sirva de algo", comentó. "L'homme c'est rien-l'oeuvre c'est tout", como escribió Gustave Flaubert a George Sand".

UN CASO DE IDENTIDAD

"Querido amigo -dijo Sherlock Holmes mientras nos sentábamos a ambos lados del fuego en su alojamiento de Baker Street-, la vida es infinitamente más extraña que cualquier cosa que la mente del hombre pueda inventar. No nos atreveríamos a imaginar las cosas que en realidad son simples hechos cotidianos de la vida. Si pudiéramos salir volando por esa ventana de la mano, sobrevolar esta gran ciudad, retirar suavemente los tejados y asomarnos a las cosas extrañas que ocurren, a las extrañas coincidencias, a los planes, a los propósitos cruzados, a las maravillosas cadenas de acontecimientos, que funcionan a través de las generaciones y que conducen a los resultados más extravagantes, haría que toda la ficción, con sus convencionalismos y sus conclusiones previstas, fuera de lo más rancia y poco provechosa."

"Y sin embargo, no estoy convencido de ello", respondí. "Los casos que salen a la luz en los periódicos son, por regla general, lo suficientemente escuetos y vulgares. Tenemos en nuestros informes policiales el realismo llevado a sus límites extremos, y sin embargo el resultado no es, hay que confesarlo, ni fascinante ni artístico."

"Hay que utilizar cierta selección y discreción para producir un efecto realista", comentó Holmes. "Esto falta en el informe policial, donde se hace más hincapié, quizás, en los tópicos del magistrado que en los detalles, que para un observador contienen la esencia fundamental de todo el asunto. No hay nada tan poco natural como los hechos cotidianos".

Sonreí y negué con la cabeza. "Puedo entender que piense así", dije. "Por supuesto, en su posición de asesor no oficial y ayudante de todos los que están absolutamente perplejos, a lo largo de tres continentes, usted está en contacto con todo lo que es extraño y bizarro. Pero aquí" -recogí el periódico de la mañana del suelo- "vamos a ponerlo a prueba en la práctica. Este es el primer título que he encontrado. "La crueldad de un marido con su mujer". Hay media columna de letra, pero sé, sin leerlo, que todo me resulta perfectamente familiar. Está, por supuesto, la otra mujer, la bebida, el empujón, el golpe, la contusión, la hermana comprensiva o la casera. El más burdo de los escritores no podría inventar nada más burdo".

"En efecto, su ejemplo es desafortunado para su argumento", dijo Holmes, tomando el papel y echando un vistazo a él. "Se trata del caso de la separación de Dundas y, por casualidad, me ocupé de aclarar algunos pequeños puntos en relación con él. El marido era abstemio, no había otra mujer, y la conducta denunciada era que había adquirido el hábito de terminar cada comida sacando su dentadura postiza y lanzándosela a su mujer, lo cual, como usted comprenderá, no es una acción que se le ocurra a la imaginación del narrador medio. Tome un pellizco de rapé, doctor, y reconozca que le he dado un buen golpe con su ejemplo".

Le tendió su tabaquera de oro viejo, con una gran amatista en el centro de la tapa. Su esplendor contrastaba tanto con sus formas hogareñas y su vida sencilla que no pude evitar comentarlo.

"Ah", dijo, "me olvidé de que no te había visto durante algunas semanas. Es un pequeño recuerdo del rey de Bohemia a cambio de mi ayuda en el caso de los documentos de Irene Adler".

"¿Y el anillo?" pregunté, echando un vistazo a un notable brillante que brillaba en su dedo.

"Era de la familia reinante de Holanda, aunque el asunto en el que les serví era de tal delicadeza que no puedo confiárselo ni siquiera a usted, que ha tenido la bondad de hacer la crónica de uno o dos de mis pequeños problemas".

"¿Y tienes alguno a mano ahora mismo?" pregunté con interés.

"Unos diez o doce, pero ninguno que presente alguna particularidad de interés. Son importantes, como comprenderá, sin ser interesantes. De hecho,

he comprobado que, por lo general, es en los asuntos sin importancia donde hay campo para la observación y para el rápido análisis de causa y efecto que da el atractivo a una investigación. Los crímenes más grandes suelen ser los más sencillos, porque cuanto más grande es el crimen, más obvio es, por regla general, el motivo. En estos casos, salvo un asunto bastante intrincado que me han remitido desde Marsella, no hay nada que presente rasgos de interés. Es posible, sin embargo, que tenga algo mejor antes de que pasen unos minutos, ya que este es uno de mis clientes, o estoy muy equivocado."

Se había levantado de su silla y estaba de pie entre las persianas separadas, mirando hacia la calle londinense, de tonos neutros y apagados. Mirando por encima de su hombro, vi que en la acera de enfrente había una mujer grande con una pesada bufanda de piel alrededor del cuello y una gran pluma roja rizada en un sombrero de ala ancha que estaba inclinado a la manera coqueta de la Duquesa de Devonshire sobre su oreja. Debajo de esta gran panoplia, miraba de forma nerviosa y vacilante hacia nuestras ventanas, mientras su cuerpo oscilaba hacia adelante y hacia atrás, y sus dedos jugueteaban con los botones de sus guantes. De repente, con una zambullida, como la del nadador que abandona la orilla, se apresuró a cruzar la calle, y oímos el agudo tañido del timbre.

"He visto esos síntomas antes", dijo Holmes, arrojando su cigarrillo al fuego. "La oscilación en la acera siempre significa un affaire de coeur. Le gustaría recibir un consejo, pero no está segura de que el asunto no sea demasiado delicado para comunicarlo. Y sin embargo, incluso aquí podemos discriminar. Cuando una mujer ha sido gravemente perjudicada por un hombre ya no oscila, y el síntoma habitual es un hilo de timbre roto. Aquí podemos entender que hay un asunto de amor, pero que la doncella no está tan enfadada como perpleja, o apenada. Pero aquí viene en persona a resolver nuestras dudas".

Mientras hablaba se oyó un golpecito en la puerta, y el chico de botones entró para anunciar a la señorita Mary Sutherland, mientras la propia dama se asomaba detrás de su pequeña figura negra como un mercante a toda vela detrás de un diminuto barco piloto. Sherlock Holmes le dio la bienvenida con la naturalidad que le caracterizaba y, tras cerrar la puerta y sentarla en un sillón, la observó con la minuciosidad y abstracción que le eran propias.

"¿No te parece", dijo, "que con tu corta vista es un poco difícil escribir a máquina?"

"Al principio sí", respondió ella, "pero ahora sé dónde están las letras sin mirar". Entonces, al darse cuenta de repente de todo el significado de sus palabras, dio un violento sobresalto y levantó la vista, con miedo y asombro en su amplio y bienhumorado rostro. "Ha oído hablar de mí, señor Holmes", exclamó, "si no, ¿cómo podría saber todo eso?"

"No importa", dijo Holmes, riendo; "es mi trabajo saber cosas. Tal vez me haya entrenado para ver lo que otros pasan por alto. Si no es así, ¿por qué ha venido a consultarme?"

"He venido a consultarle, señor, porque he oído hablar de usted por la señora Etherege, cuyo marido encontró con tanta facilidad cuando la policía y todo el mundo lo había dado por muerto. Oh, señor Holmes, me gustaría que hiciera lo mismo por mí. No soy rica, pero aun así tengo cien al año por derecho propio, además de lo poco que gano con la máquina, y lo daría todo por saber qué ha sido del señor Hosmer Angel."

"¿Por qué ha venido a consultarme con tanta prisa?", preguntó Sherlock Holmes, con las puntas de los dedos juntas y los ojos hacia el techo.

De nuevo una mirada de asombro apareció en el rostro algo vacío de la señorita Mary Sutherland. "Sí, salí corriendo de la casa -dijo ella-, porque me enfureció ver la forma tan fácil en que el señor Windibank -es decir, mi padre- se lo tomó todo. No quiso acudir a la policía ni a usted, así que al final, como no quiso hacer nada y siguió diciendo que no se había producido ningún daño, me enfadé, y seguí con mis asuntos y vine enseguida a verle a usted."

"Tu padre", dijo Holmes, "tu padrastro, seguramente, ya que el nombre es diferente".

"Sí, mi padrastro. Le llamo padre, aunque también suena raro, pues sólo tiene cinco años y dos meses más que yo."

"¿Y tu madre está viva?"

"Oh, sí, mamá está viva y bien. No me hizo mucha gracia, señor Holmes, que se casara de nuevo tan pronto después de la muerte de padre, y con un hombre casi quince años más joven que ella. Padre era fontanero en Totten-

ham Court Road, y dejó un prolijo negocio, que madre llevó adelante con el señor Hardy, el capataz; pero cuando llegó el señor Windibank la obligó a vender el negocio, pues él era un hombre muy superior, ya que era un viajero de los vinos. Obtuvieron cuatro mil setecientas libras por el fondo de comercio y los intereses, lo que no era ni de lejos lo que habría conseguido padre si hubiera estado vivo."

Yo había esperado ver a Sherlock Holmes impaciente bajo esta narración farragosa e intrascendente, pero, por el contrario, había escuchado con la mayor concentración de atención.

"Sus pequeños ingresos", preguntó, "¿salen del negocio?"

"Oh, no, señor. Es algo independiente y me lo dejó mi tío Ned en Auckland. Está en acciones de Nueva Zelanda, que pagan el 4½ por ciento. Dos mil quinientas libras era la cantidad, pero sólo puedo tocar los intereses".

"Me interesa muchísimo", dijo Holmes. "Y ya que saca usted una suma tan grande como cien al año, con lo que gana en el negocio, no cabe duda de que viaja un poco y se da todos los gustos. Creo que una dama soltera puede arreglárselas muy bien con unos ingresos de unas sesenta libras".

"Podría arreglármelas con mucho menos que eso, señor Holmes, pero comprenderá que mientras viva en casa no quiero ser una carga para ellos, y por eso tienen el uso del dinero sólo mientras me quedo con ellos. Por supuesto, eso es sólo por el momento. El señor Windibank cobra mis intereses cada trimestre y se los paga a mi madre, y me parece que me va bastante bien con lo que gano escribiendo a máquina. Me da dos peniques por hoja, y a menudo puedo hacer de quince a veinte hojas en un día."

"Me ha dejado usted muy clara su situación", dijo Holmes. "Este es mi amigo, el doctor Watson, ante quien puede usted hablar con tanta libertad como ante mí. Tenga la amabilidad de contarnos ahora todo sobre su relación con el señor Hosmer Angel".

El rostro de la señorita Sutherland se ruborizó y se atusó nerviosamente los flecos de su chaqueta. "Lo conocí en el baile de los instaladores de gas", dijo. "Solían enviar entradas a papá cuando estaba vivo, y después se acordaban de nosotros y se las enviaban a mamá. El Sr. Windibank no quería que fuéramos. Nunca quiso que fuéramos a ningún sitio. Se enfadaba mucho si yo quería ir a una fiesta de la escuela dominical. Pero esta vez estaba

decidida a ir, y lo haría, pues ¿qué derecho tenía a impedirlo? Decía que no nos convenía conocer a la gente, cuando todos los amigos de papá iban a estar allí. Y dijo que yo no tenía nada que ponerme, cuando tenía mi felpa púrpura que nunca había sacado del cajón. Al final, cuando ya no pudo hacer otra cosa, se marchó a Francia por asuntos de la empresa, pero nosotros fuimos, madre y yo, con el señor Hardy, que solía ser nuestro capataz, y fue allí donde conocí al señor Hosmer Angel."

"Supongo", dijo Holmes, "que cuando el señor Windibank volvió de Francia se sintió muy molesto porque usted hubiera ido al baile".

"Oh, bueno, se portó muy bien al respecto. Se rió, recuerdo, y se encogió de hombros, y dijo que era inútil negarle nada a una mujer, pues se saldría con la suya."

"Ya veo. Entonces en el baile de los instaladores de gas conociste, según tengo entendido, a un caballero llamado Sr. Hosmer Angel".

"Sí, señor. Lo conocí esa noche, y llamó al día siguiente para preguntar si habíamos llegado bien a casa, y después de eso nos encontramos con él, es decir, señor Holmes, me encontré con él dos veces para pasear, pero después de eso padre volvió de nuevo, y el señor Hosmer Angel no pudo venir más a la casa."

"¿No?"

"Bueno, usted sabe que a padre no le gustaba nada de eso. No quería recibir visitas si podía evitarlo, y solía decir que una mujer debía ser feliz en su propio círculo familiar. Pero entonces, como yo le solía decirle a mi madre, una mujer quiere su propio círculo para poder empezar, y yo todavía no había conseguido el mío."

"¿Pero qué hay del señor Hosmer Angel? ¿No hizo ningún intento de verte?"

"Bueno, padre se iba a Francia de nuevo en una semana, y Hosmer escribió y dijo que sería más seguro y mejor no vernos hasta que él se hubiera ido. Podíamos escribirnos mientras tanto, y él solía hacerlo todos los días. Yo llevaba las cartas por la mañana, así que no había necesidad de que padre lo supiera".

"¿Estaba usted comprometida con el caballero en ese momento?"

"Oh, sí, señor Holmes. Nos comprometimos después del primer paseo que dimos. Hosmer -el señor Angel- era cajero en una oficina de Leadenhall Street..."

"¿Qué oficina?"

"Eso es lo peor, señor Holmes, no lo sé".

"¿Dónde vivía, entonces?"

"Dormía en el local".

"¿Y no sabe su dirección?"

"No, excepto que era la calle Leadenhall".

"¿A dónde dirigía sus cartas, entonces?"

"A la Oficina de Correos de Leadenhall Street, para dejarlas hasta que las reclamaran. Decía que si las enviaba a la oficina, todos los demás empleados se burlarían de él por tener cartas de una dama, así que me ofrecí a escribirlas a máquina, como él hacía con las suyas, pero no quiso, porque decía que cuando yo las escribía parecían venir de mí, pero que cuando estaban mecanografiadas siempre sentía que la máquina se había interpuesto entre nosotros. Eso le demostrará el cariño que me tenía, señor Holmes, y las pequeñas cosas que se le ocurrían".

"Era de lo más sugerente", dijo Holmes. "Hace tiempo que es un axioma mío que las pequeñas cosas son infinitamente las más importantes. ¿Puede recordar alguna otra pequeña cosa del señor Hosmer Angel?"

"Era un hombre muy tímido, señor Holmes. Prefería pasear conmigo por la noche que a la luz del día, porque decía que odiaba llamar la atención. Era muy reservado y caballeroso. Incluso su voz era suave. Me dijo que cuando era joven había padecido de quinina y de glándulas inflamadas, lo que le había dejado una garganta débil y una forma de hablar vacilante y susurrante. Siempre iba bien vestido, muy pulcro y sencillo, pero sus ojos eran débiles, como los míos, y llevaba gafas tintadas contra el resplandor."

"Bueno, ¿y qué pasó cuando el señor Windibank, tu padrastro, regresó a Francia?"

"El señor Hosmer Angel volvió a la casa y propuso que nos casáramos antes de que regresara padre. Se puso muy serio y me hizo jurar, con mis

manos sobre el Testamento, que pasara lo que pasara siempre le sería fiel. Mamá dijo que tenía mucha razón al hacerme jurar, y que era una señal de su pasión. Mi madre se mostró desde el principio a favor de él y le tenía más cariño que yo. Luego, cuando hablaron de casarse dentro de una semana, empecé a preguntar por mi padre; pero ambos dijeron que no me preocupara por él, sino que se lo dijera después, y mi madre dijo que lo arreglaría todo con él. Eso no me gustó nada, señor Holmes. Me pareció curioso que le pidiera permiso, ya que sólo era unos años mayor que yo; pero no quería hacer nada a escondidas, así que escribí a padre a Burdeos, donde la empresa tiene sus oficinas francesas, pero la carta me fue devuelta la misma mañana de la boda."

"¿No la recibió, entonces?"

"Sí, señor; porque él había partido hacia Inglaterra justo antes de que llegara".

"¡Ja! eso fue desafortunado. Su boda fue organizada, entonces, para el viernes. ¿Iba a ser en la iglesia?"

"Sí, señor, pero con mucha discreción. Iba a ser en St. Saviour, cerca de King's Cross, y íbamos a desayunar después en el Hotel St. Pancras. Homer vino a buscarnos en un carruaje, pero como éramos dos, nos metió a los dos en él y se subió él mismo a un coche de cuatro ruedas, que resultaba ser el único taxi que había en la calle. Llegamos primero a la iglesia, y cuando el coche de cuatro ruedas se acercó, esperamos a que se bajara, pero nunca lo hizo, y cuando el taxista bajó de la cabina y comprobó que no había nadie. El taxista dijo que no podía imaginar lo que le había ocurrido, pues lo había visto entrar con sus propios ojos. Eso fue el viernes pasado, señor Holmes, y desde entonces no he visto ni oído nada que arroje luz sobre lo que fue de él".

"Me parece que ha sido usted objeto de un trato muy vergonzoso", dijo Holmes.

"¡Oh, no, señor! Era demasiado bueno y amable para dejarme así. Durante toda la mañana me dijo que, pasara lo que pasara, yo debía ser fiel; y que aunque ocurriera algo imprevisto que nos separara, yo debía recordar siempre que estaba comprometida con él, y que él reclamaría su compromiso

tarde o temprano. Parecía un discurso extraño para una mañana de bodas, pero lo que ha sucedido desde entonces le da un significado".

"Ciertamente lo hace. ¿Su propia opinión es, entonces, que le ha ocurrido alguna catástrofe imprevista?"

"Sí, señor. Creo que previó algún peligro, pues de lo contrario no habría hablado así. Y entonces creo que lo que previó ocurrió".

"¿Pero no tiene ninguna idea de lo que pudo ser?"

"Ninguna."

"Una pregunta más. ¿Cómo se tomó tu madre el asunto?"

"Se enfadó y me dijo que no volviera a hablar del asunto".

"¿Y tu padre? ¿Se lo contaste?"

"Sí; y parecía pensar, conmigo, que algo había pasado, y que debía volver a saber de Hosmer. Como él dijo, ¿qué interés podía tener alguien en llevarme a las puertas de la iglesia, y luego abandonarme? Ahora bien, si hubiera tomado mi dinero prestado, o si se hubiera casado conmigo y tuviera mi dinero a su cargo, podría haber alguna razón, pero Hosmer era muy independiente en cuanto al dinero y nunca miraría un chelín mío. Y sin embargo, ¿qué pudo haber pasado? ¿Y por qué no pudo escribir? Oh, me vuelve medio loca pensar en ello, y no puedo pegar ojo por la noche". Sacó un pequeño pañuelo de su manguito y comenzó a sollozar fuertemente en él.

"Voy a examinar el caso por usted -dijo Holmes, levantándose- y no me cabe duda de que llegaremos a algún resultado definitivo. Deje que el peso del asunto recaiga sobre mí ahora, y no deje que su mente siga dándole vueltas. Sobre todo, procure que el señor Hosmer Angel desaparezca de su memoria, como lo ha hecho de su vida."

"Entonces, ¿no cree que lo volveré a ver?"

"Me temo que no".

"Entonces, ¿qué le ha pasado?"

"Dejarás esa pregunta en mis manos. Me gustaría tener una descripción exacta de él y cualquier carta suya que pueda usted dar."

"Lo publiqué en el Chronicle del sábado pasado", dijo ella. "Aquí está el resguardo y aquí hay cuatro cartas tuyas".

"Gracias. ¿Y su dirección?"

"No. 31 Lyon Place, Camberwell".

"La dirección del Sr. Angel nunca la tuviste, entiendo. ¿Dónde está el lugar de trabajo de su padre?"

"Viaja para Westhouse & Marbank, los grandes importadores de clarete de Fenchurch Street".

"Gracias. Ha hecho su declaración muy bien. Deje los papeles aquí y recuerde el consejo que le he dado. Deje que todo el incidente sea un secreto, y no permita que afecte a su vida".

"Es usted muy amable, señor Holmes, pero no puedo hacer eso. Seré fiel a Hosmer. Me encontrará preparada cuando vuelva".

A pesar del absurdo sombrero y del rostro vacío, había algo noble en la sencilla fe de nuestra visitante que nos obligaba a respetarla. Dejó su pequeño fajo de papeles sobre la mesa y se marchó, con la promesa de volver cuando la llamaran.

Sherlock Holmes permaneció sentado en silencio durante unos minutos, con las yemas de los dedos todavía apretadas, las piernas estiradas delante de él y la mirada dirigida hacia el techo. Luego bajó del estante la vieja y aceitosa pipa de arcilla, que le servía de consejera, y, tras encenderla, se recostó en su silla, con las gruesas coronas de nubes azules girando hacia arriba, y una mirada de infinita languidez en su rostro.

"Un estudio bastante interesante, el de esa joven", observó. "La encontré más interesante que su pequeño problema, que, por cierto, es bastante trivial. Encontrará casos paralelos, si consulta mi índice, en Andover en el 77, y hubo algo parecido en La Haya el año pasado. Sin embargo, por muy antigua que sea la idea, había uno o dos detalles que eran nuevos para mí. Pero la propia doncella fue muy instructiva".

"Pareció leer en ella muchas cosas que para mí eran invisibles", comenté.

"No invisible, sino inadvertido, Watson. No sabías dónde mirar, y por eso te perdiste todo lo importante. Nunca podré hacer que se dé cuenta de la im-

portancia de las mangas, de lo sugestivo de las uñas de los pulgares o de los grandes temas que pueden colgar de un cordón de bota. Ahora, ¿qué has deducido de la apariencia de esa mujer? Descríbelo".

"Bueno, tenía un sombrero de paja de color pizarra y ala ancha, con una pluma de un rojo ladrillo. Su chaqueta era negra, con abalorios negros cosidos sobre ella, y una franja de pequeños adornos de azabache negro. Su vestido era marrón, más oscuro que el color café, con un poco de felpa púrpura en el cuello y las mangas. Sus guantes eran grisáceos y estaban desgastados en el dedo índice derecho. No observé sus botas. Llevaba unos pequeños pendientes de oro redondos y colgantes, y un aire general de ser bastante pudiente de una manera vulgar, cómoda y despreocupada."

Sherlock Holmes dio una suave palmada y se rió.

"Mi palabra, Watson, es que está usted muy acertado. Realmente lo ha hecho muy bien. Es cierto que ha pasado por alto todo lo importante, pero ha dado con el método y tiene un ojo rápido para el color. Nunca confíe en las impresiones generales, muchacho, sino concéntrese en los detalles. Mi primera mirada es siempre a la manga de una mujer. En un hombre, tal vez sea mejor mirar primero la rodilla del pantalón. Como observa, esta mujer llevaba felpa en las mangas, que es un material muy útil para mostrar las huellas. La doble línea un poco por encima de la muñeca, donde la mecanógrafa presiona contra la mesa, estaba bellamente definida. La máquina de coser, de tipo manual, deja una marca similar, pero sólo en el brazo izquierdo, y en el lado más alejado del pulgar, en lugar de estar justo en la parte más ancha, como era ésta. Entonces le miré la cara y, al observar la marca de las gafas a cada lado de la nariz, me aventuré a hacer un comentario sobre la vista corta y la escritura a máquina, que pareció sorprenderla."

"Me sorprendió".

"Pero, seguramente, era obvio. Entonces me sorprendió y me interesó mucho al mirar hacia abajo y observar que, aunque las botas que llevaba no eran diferentes entre sí, eran realmente extrañas; una tenía la puntera ligeramente decorada y la otra era lisa. Una estaba abrochada sólo en los dos botones inferiores de los cinco, y la otra en el primero, el tercero y el quinto. Ahora bien, cuando uno ve que una joven, por lo demás pulcramente vestida, ha salido de casa con unas botas extrañas, a medio abrochar, no es una gran deducción decir que salió con prisa."

"¿Y qué más?" pregunté, muy interesado, como siempre, por el incisivo razonamiento de mi amigo.

"Observé, de pasada, que había escrito una nota antes de salir de casa, pero después de estar completamente vestida. Usted observó que su guante derecho estaba roto a la altura del dedo índice, pero al parecer no vio que tanto el guante como el dedo estaban manchados de tinta violeta. Había escrito con prisa y había mojado demasiado la pluma. Debe haber sido esta mañana, o la marca no quedaría clara en el dedo. Todo esto es divertido, aunque bastante elemental, pero debo volver a los negocios, Watson. ¿Le importaría leerme la descripción publicada del señor Hosmer Angel?"

Extendí el pequeño papel impreso a la luz.

"Desaparecido", decía, "en la mañana del día catorce, un caballero llamado Hosmer Angel. Mide aproximadamente un metro setenta y cinco de estatura, es de complexión fuerte, tiene el pelo negro, un poco calvo en el centro, bigotes y barbas negras; lleva gafas tintadas y tiene una ligera dificultad para hablar. Cuando se le vio por última vez, llevaba un abrigo negro forrado de seda, un chaleco negro, una cadena dorada de Albert y unos pantalones grises de tweed Harris, con polainas marrones sobre botas elásticas. Se sabe que trabajaba en una oficina de Leadenhall Street. Cualquiera que traiga..."

"Eso es todo", dijo Holmes. "En cuanto a las cartas -continuó, echando un vistazo a ellas-, son muy comunes. No hay absolutamente ninguna pista sobre el señor Angel, salvo que cita a Balzac una vez. Sin embargo, hay un punto notable que sin duda le llamará la atención".

"Están escritas a máquina", comenté.

"No sólo eso, sino que la firma está escrita a máquina. Fíjese en el pequeño y pulcro "Ángel Hosmer" que aparece al final. Hay una fecha, como ves, pero no hay ninguna superinscripción, excepto la de Leadenhall Street, que es bastante vaga. El punto de la firma es muy sugerente; de hecho, podemos llamarlo concluyente."

"¿De qué?"

"Mi querido amigo, ¿es posible que no vea lo mucho que influye en el caso?"

"No puedo decir que lo vea, a menos que quisiera poder negar su firma si se iniciara una acción por incumplimiento de la promesa".

"No, esa no era la cuestión. Sin embargo, voy a escribir dos cartas, que deberían resolver el asunto. Una es para una empresa de la ciudad, la otra es para el padraastro de la joven, el señor Windibank, preguntándole si puede reunirse con nosotros mañana a las seis de la tarde. Es mejor que hagamos negocios con los familiares masculinos. Y ahora, doctor, no podemos hacer nada hasta que lleguen las respuestas a esas cartas, de modo que podemos dejar nuestro pequeño problema en el tintero por el momento."

Había tenido tantas razones para creer en los sutiles poderes de razonamiento de mi amigo y en su extraordinaria energía en la acción, que sentí que debía tener alguna base sólida para el comportamiento seguro y sencillo con el que trataba el singular misterio que se le había pedido que desentrañara. Sólo una vez le había visto fracasar, en el caso del Rey de Bohemia y de la fotografía de Irene Adler; pero cuando volví a pensar en el extraño asunto del Signo de los Cuatro y en las extraordinarias circunstancias relacionadas con el Estudio en Escarlata, sentí que sería una extraña maraña que no podría desentrañar.

Le dejé entonces, todavía dando una calada a su pipa de arcilla negra, con la convicción de que cuando volviera a la noche siguiente descubriría que tenía en sus manos todas las pistas que conducirían a la identidad del desaparecido novio de la señorita Mary Sutherland.

Un caso profesional de gran gravedad ocupaba mi atención en ese momento, y todo el día siguiente estuve ocupado junto a la cama de la víctima. Hasta casi las seis de la tarde no me encontré libre y pude subirme a un coche de alquiler y conducir hasta Baker Street, temiendo a veces llegar demasiado tarde para asistir al desenlace del pequeño misterio. Sin embargo, encontré a Sherlock Holmes solo, medio dormido, con su forma larga y delgada acurrucada en los recovecos de su sillón. Un formidable conjunto de frascos y tubos de ensayo, con el penetrante y limpio olor del ácido clorhídrico, me indicó que había pasado el día en el trabajo químico que tanto le gustaba.

"Bueno, ¿lo has resuelto?" pregunté al entrar.

"Sí. Era el bisulfato de barita".

"¡No, no, el misterio!" grité.

"¡Ah, eso! Pensé en la sal en la que he estado trabajando. Nunca hubo ningún misterio en el asunto, aunque, como dije ayer, algunos de los detalles son de interés. El único inconveniente es que no hay ley, me temo, que pueda tocar al canalla".

"¿Quién era, entonces, y cuál era su objetivo al abandonar a la señorita Sutherland?"

La pregunta apenas había salido de mi boca, y Holmes aún no había abierto los labios para responder, cuando oímos una fuerte pisada en el pasillo y un golpe en la puerta.

"Es el padrastro de la niña, el señor James Windibank", dijo Holmes. "Me ha escrito para decirme que estaría aquí a las seis. Pase".

El hombre que entró era un tipo robusto y de mediana estatura, de unos treinta años de edad, bien afeitado y de piel pálida, con unos modales insinuantes y un par de ojos grises maravillosamente agudos y penetrantes. Nos dirigió una mirada interrogativa a cada uno de nosotros, colocó su brillante sombrero de copa sobre el aparador y, con una leve inclinación, se sentó en la silla más cercana.

"Buenas noches, señor James Windibank -dijo Holmes-. "Creo que esta carta mecanografiada es de usted, en la que ha concertado una cita conmigo para las seis".

"Sí, señor. Me temo que llego un poco tarde, pero no soy del todo mi propio dueño, ya sabe. Lamento que la señorita Sutherland le haya molestado con este pequeño asunto, pues creo que es mucho mejor evitar que se haga público. Fue en contra de mis deseos que viniera, pero es una chica muy impulsiva y excitable, como habrá notado, y no es fácil de controlar cuando se ha decidido por una cuestión. Por supuesto, no me importaba tanto, ya que usted no está relacionado con la policía oficial, pero no es agradable que una desgracia familiar como ésta se difunda en el extranjero. Además, es un gasto inútil, pues ¿cómo podría usted encontrar a ese Ángel Hosmer?"

"Al contrario", dijo Holmes tranquilamente; "tengo todos los motivos para creer que conseguiré descubrir al señor Hosmer Angel".

El señor Windibank dio un violento respingo y dejó caer sus guantes. "Estoy encantado de oírlo", dijo.

"Es curioso -observó Holmes- que una máquina de escribir tenga realmente tanta individualidad como la letra de un hombre. A menos que sean muy nuevas, no hay dos que escriban exactamente igual. Algunas letras se desgastan más que otras, y algunas se desgastan sólo por un lado. Ahora bien, usted observa en esta nota suya, señor Windibank, que en todos los casos hay algún pequeño deslizamiento de la e, y un ligero defecto en la cola de la r. Hay otras catorce características, pero esas son las más evidentes."

"Hacemos toda nuestra correspondencia con esta máquina en la oficina, y sin duda está un poco gastada", respondió nuestro visitante, mirando agudamente a Holmes con sus pequeños y brillantes ojos.

"Y ahora le mostraré lo que es realmente un estudio muy interesante, señor Windibank", continuó Holmes. "Pienso escribir otra breve monografía algún día de estos sobre la máquina de escribir y su relación con el crimen. Es un tema al que he dedicado un poco de atención. Tengo aquí cuatro cartas que supuestamente proceden del hombre desaparecido. Todas están escritas a máquina. En cada una de ellas, no sólo las e están arrastradas y las r no tienen cola, sino que observará usted, si se molesta en utilizar mi lupa, que las otras catorce características a las que he aludido también están ahí."

El señor Windibank se levantó de su silla y recogió su sombrero. "No puedo perder el tiempo con este tipo de conversaciones fantásticas, señor Holmes", dijo. "Si puede atrapar al hombre, atrápelo, y avíseme cuando lo haya hecho".

"Desde luego", dijo Holmes, acercándose y girando la llave en la puerta. "¡Le hago saber, entonces, que lo he atrapado!"

"¿Qué? ¿Dónde?", gritó el señor Windibank, poniéndose blanco hasta los labios y mirando a su alrededor como una rata en una trampa.

"Oh, no funcionará, realmente no funcionará", dijo Holmes con suavidad. "No hay forma de evitarlo, señor Windibank. Es demasiado transparente, y fue un muy mal cumplido cuando dijo usted que me era imposible resolver una cuestión tan sencilla. ¡Así es! Siéntese y hablemos de ello".

Nuestro visitante se desplomó en una silla, con un rostro espantoso y un brillo de humedad en su frente. "No es procesable", tartamudeó.

"Me temo que no lo es. Pero, entre nosotros, Windibank, fue un truco tan cruel, egoísta y despiadado como jamás se me ocurrió. Ahora, permítame repasar el curso de los acontecimientos, y usted me contradecirá si me equivoco".

El hombre se sentó acurrucado en su silla, con la cabeza hundida en el pecho, como quien está totalmente aplastado. Holmes apoyó los pies en la esquina de la repisa de la chimenea y, echándose hacia atrás con las manos en los bolsillos, empezó a hablar, más bien para sí mismo, según parecía, que para nosotros.

"El hombre se casó con una mujer mucho mayor que él por su dinero - dijo-, y disfrutó del dinero de la hija mientras ella vivió con ellos. Era una suma considerable, para gente de su posición, y su pérdida habría supuesto una gran diferencia. Merecía la pena hacer un esfuerzo para conservarlo. La hija era de buena disposición, afable, pero cariñosa y afectuosa a su manera, de modo que era evidente que con sus buenas ventajas personales y sus escasos ingresos, no se le permitiría permanecer soltera por mucho tiempo. Ahora bien, su matrimonio significaría, por supuesto, la pérdida de cien dólares al año, así que ¿qué hace su padrastro para evitarlo? Toma la medida obvia de mantenerla en casa y prohibirle que busque la compañía de personas de su edad. Pero pronto se dio cuenta de que eso no sería suficiente para siempre. Ella se inquieta, insiste en sus derechos y finalmente anuncia su intención de ir a un baile. ¿Qué hace entonces su inteligente padrastro? Concibe una idea más digna de su cabeza que de su corazón. Con la connivencia y la ayuda de su esposa se disfrazó, cubrió esos ojos agudos con gafas tintadas, enmascaró la cara con un bigote y un par de bigotes tupidos, hundió esa voz clara en un susurro insinuante, y doblemente protegido a causa de la corta vista de la chica, se presenta como el señor Hosmer Angel, y aleja a otros amantes al enamorarla él mismo."

"Al principio sólo era una broma", gimió nuestro visitante. "Nunca pensamos que se hubiera dejado llevar tanto".

"Es muy probable que no. Sea como fuere, la joven se dejó llevar muy decididamente, y, habiéndose hecho a la idea de que su padrastro estaba en Francia, la sospecha de traición no se le pasó por la cabeza ni un instante.

Se sintió halagada por las atenciones del caballero, y el efecto se incrementó por la admiración expresada en voz alta por su madre. Entonces el señor Angel comenzó a llamar, pues era obvio que había que llevar el asunto lo más lejos posible si se quería producir un efecto real. Hubo reuniones, y un compromiso, que finalmente aseguraría que los afectos de la chica no se dirigieran hacia nadie más. Pero el engaño no podía mantenerse para siempre. Estos supuestos viajes a Francia eran bastante engorrosos. Lo que había que hacer era, evidentemente, poner fin al asunto de una manera tan dramática que dejara una impresión permanente en la mente de la joven y le impidiera mirar a cualquier otro pretendiente durante algún tiempo. De ahí aquellos votos de fidelidad exigidos en un testamento, y de ahí también las alusiones a la posibilidad de que algo ocurriera la misma mañana de la boda. James Windibank deseaba que la señorita Sutherland estuviera tan ligada a Hosmer Angel y tan insegura en cuanto a su destino, que durante diez años, al menos, no escuchara a otro hombre. La llevó hasta la puerta de la iglesia y luego, como no podía ir más lejos, desapareció convenientemente mediante el viejo truco de entrar por una puerta de un vehículo de cuatro ruedas y salir por la otra. Creo que esa fue la cadena de acontecimientos, señor Windibank".

Nuestro visitante había recuperado algo de su seguridad mientras Holmes hablaba, y se levantó ahora de su silla con una fría mueca en su pálido rostro.

"Puede que sea así, o puede que no, señor Holmes -dijo-, pero si es usted tan agudo debería serlo lo suficiente para saber que es usted quien está infringiendo la ley ahora, y no yo. Yo no he hecho nada procesable desde el principio, pero mientras mantenga esa puerta cerrada se expone a una acción por agresión y coacción ilegal."

"La ley no puede, como usted dice, tocarle a usted", dijo Holmes, desbloqueando y abriendo de golpe la puerta, "sin embargo, nunca hubo un hombre que mereciera más el castigo. Si la joven tiene un hermano o un amigo, debería darle un latigazo en los hombros. Por Dios -continuó, enrojeciendo al ver la amarga mueca de desprecio en el rostro del hombre-, no forma parte de mis deberes para con mi cliente, pero aquí hay una fusta de caza a mano, y creo que voy a darme el gusto de..." Dio dos pasos rápidos hacia el látigo, pero antes de que pudiera agarrarlo hubo un salvaje estruendo de pasos en la escalera, la pesada puerta del vestíbulo golpeó, y desde la ventana

pudimos ver al señor James Windibank corriendo a toda velocidad por el camino.

"¡Ese es un canalla de sangre fría!", dijo Holmes, riendo, mientras se arrojaba una vez más a su silla. "Ese tipo irá de crimen en crimen hasta que haga algo muy malo y acabe en la horca. El caso, en ciertos aspectos, no ha estado del todo desprovisto de interés".

"Ahora no puedo ver del todo bien los pasos de su razonamiento", comenté.

"Bueno, por supuesto era obvio desde el principio que este señor Hosmer Angel debía tener algún motivo de peso para su curiosa conducta, y estaba igualmente claro que el único hombre que realmente se benefició del incidente, por lo que pudimos ver, fue el padrastro. Además, el hecho de que los dos hombres no estuvieran nunca juntos, sino que uno apareciera siempre cuando el otro estaba ausente, era sugestivo. También lo eran las gafas tintadas y la curiosa voz, que apuntaban a un disfraz, al igual que los tupidos bigotes. Mis sospechas se vieron confirmadas por su peculiar forma de escribir a máquina su firma, lo que, por supuesto, deducía que su letra le era tan familiar que reconocía hasta la más mínima muestra de ella. Como ve, todos estos hechos aislados, junto con muchos otros menores, apuntaban todos en la misma dirección."

"¿Y cómo los verificó?"

"Habiendo localizado a mi hombre, fue fácil conseguir la corroboración. Conocía la empresa para la que trabajaba este hombre. Una vez tomada la descripción impresa, eliminé de ella todo lo que pudiera ser resultado de un disfraz: los bigotes, las gafas, la voz, y la envié a la empresa, con la petición de que me informaran si respondía a la descripción de alguno de sus viajeros. Ya había notado las peculiaridades de la máquina de escribir, y escribí al propio hombre a su dirección comercial preguntándole si vendría aquí. Como esperaba, su respuesta estaba mecanografiada y revelaba los mismos defectos triviales pero característicos. El mismo correo me trajo una carta de Westhouse & Marbank, de Fenchurch Street, para decirme que la descripción coincidía en todos los aspectos con la de su empleado, James Windibank. Voilà tout!"

"¿Y la señorita Sutherland?"

"Si se lo digo no me creerá. Tal vez recuerde el viejo dicho persa: "Hay peligro para quien se lleva el cachorro de tigre, y peligro también para quien arrebató un engaño a una mujer". Hay tanto sentido común en Hafiz como en Horacio, y tanto conocimiento del mundo".

EL MISTERIO DEL VALLE BOSCOMBE

Una mañana estábamos sentados en el desayuno, mi mujer y yo, cuando la criada trajo un telegrama. Era de Sherlock Holmes y decía así:

"¿Tiene un par de días libres? Me acaban de llamar del oeste de Inglaterra en relación con la tragedia del valle de Boscombe. Estaré encantado de que venga conmigo. El aire y el paisaje son ideales. Salgo de Paddington a las 11:15".

"¿Qué dices, cariño?" dijo mi esposa, mirándome. "¿Vas a ir?"

"Realmente no sé qué decir. Tengo una agenda bastante larga en este momento".

"Oh, Anstruther haría el trabajo por ti. Últimamente estás un poco pálido. Creo que el cambio te vendría bien, y tú siempre estás tan interesado en los casos del señor Sherlock Holmes".

"Sería un desagradecido si no lo estuviera, viendo lo que he ganado con uno de ellos", contesté. "Pero si voy a ir, debo hacer las maletas de inmediato, pues sólo tengo media hora".

Mi experiencia en la vida de los campamentos de Afganistán había tenido al menos el efecto de convertirme en un viajero rápido y preparado. Mis necesidades eran pocas y sencillas, de modo que en menos del tiempo indicado estaba en un taxi con mi maleta, partiendo hacia la estación de Paddington. Sherlock Holmes se paseaba por el andén, con su alta y enjuta figura, aún más enjuta y alta por su larga capa de viaje gris y su gorra de tela ajustada.

"Es muy bueno que haya venido, Watson -dijo-. "Es una diferencia considerable para mí tener a alguien conmigo en quien pueda confiar plenamente. La ayuda local siempre es inútil o parcial. Si se queda con los dos asientos de las esquinas, compraré los billetes".

Teníamos el vagón para nosotros solos, salvo por una inmensa cantidad de papeles que Holmes había traído consigo. Entre ellos rebuscó y leyó, con intervalos para tomar notas y meditar, hasta que pasamos por Reading. Entonces, de repente, los hizo todos en una gigantesca bola y los arrojó a la estantería.

"¿Has oído algo del caso?", preguntó.

"Ni una palabra. No he visto un periódico desde hace varios días".

"La prensa londinense no ha dado muchas noticias. Acabo de revisar todos los periódicos recientes para conocer los detalles. Parece, por lo que deduzco, que se trata de uno de esos casos sencillos que son tan extremadamente difíciles."

"Eso suena un poco paradójico".

"Pero es profundamente cierto. La singularidad es casi siempre una pista. Cuanto más rasgos y lugares comunes tiene un crimen, más difícil es descubrirlo. En este caso, sin embargo, han establecido un caso muy grave contra el hijo del hombre asesinado."

"¿Es un asesinato, entonces?"

"Bueno, se conjetura que lo es. No daré nada por sentado hasta que tenga la oportunidad de investigarlo personalmente. Le explicaré el estado de las cosas, hasta donde he podido entenderlo, en muy pocas palabras.

"Boscombe Valley es un distrito rural no muy lejos de Ross, en Herefordshire. El mayor propietario de tierras en esa parte es un señor John Turner, que hizo su dinero en Australia y regresó hace algunos años al viejo país. Una de las fincas que poseía, la de Hatherley, fue arrendada al señor Charles McCarthy, también ex australiano. Los hombres se habían conocido en las colonias, por lo que no era extraño que cuando vinieran a establecerse lo hicieran lo más cerca posible el uno del otro. Al parecer, Turner era el hombre más rico, por lo que McCarthy se convirtió en su inquilino, aunque, al parecer, seguían en perfecta igualdad de condiciones, ya que estaban jun-

tos con frecuencia. McCarthy tenía un hijo, un muchacho de dieciocho años, y Turner tenía una única hija de la misma edad, pero ninguno de los dos tenía esposas vivas. Parece que evitaban la sociedad de las familias inglesas vecinas y llevaban una vida retirada, aunque los dos McCarthy eran aficionados al deporte y se les veía con frecuencia en las carreras del barrio. McCarthy tenía dos sirvientes, un hombre y una chica. Turner tenía una vivienda considerable, como mínimo media docena. Esto es todo lo que he podido reunir sobre las familias. Ahora los hechos.

"El 3 de junio, es decir, el lunes pasado, McCarthy salió de su casa en Hatherley a eso de las tres de la tarde y bajó hasta el estanque de Boscombe, que es un pequeño lago formado por la extensión del arroyo que baja por el valle de Boscombe. Había salido por la mañana con su criado de Ross, y le había dicho que debía darse prisa, pues tenía una cita importante a las tres. De esa cita nunca volvió con vida.

"Desde la granja Hatherley hasta el estanque de Boscombe hay un cuarto de milla, y dos personas lo vieron al pasar por este terreno. Una era una anciana, cuyo nombre no se menciona, y la otra era William Crowder, un guardabosques al servicio del Sr. Turner. Ambos testigos declaran que el Sr. McCarthy caminaba solo. El guardabosques añade que a los pocos minutos de ver pasar al Sr. McCarthy había visto a su hijo, el Sr. James McCarthy, ir en la misma dirección con una pistola bajo el brazo. En su opinión, el padre estaba a la vista en ese momento y el hijo le seguía. No pensó más en el asunto hasta que se enteró por la noche de la tragedia que había ocurrido.

"Los dos McCarthys fueron vistos después del momento en que William Crowder, el guardabosques, los perdió de vista. El estanque de Boscombe está densamente arbolado, con sólo una franja de hierba y juncos alrededor de la orilla. Una niña de catorce años, Patience Moran, hija del guardián de la finca del valle de Boscombe, estaba en uno de los bosques recogiendo flores. Afirma que, mientras estaba allí, vio, en el límite del bosque y cerca del lago, al Sr. McCarthy y a su hijo, y que parecían tener una violenta pelea. Oyó que el Sr. McCarthy, el mayor, se dirigía a su hijo con palabras muy fuertes y vio que éste levantaba la mano como si fuera a golpear a su padre. Estaba tan asustada por su violencia que salió corriendo y le dijo a su madre al llegar a casa que había dejado a los dos McCarthy discutiendo cerca de los estanques de Boscombe, y que temía que fueran a pelearse. Apenas había dicho esas palabras cuando el joven Sr. McCarthy llegó corriendo

a la cabaña para decir que había encontrado a su padre muerto en el bosque y para pedir la ayuda del guardián de la cabaña. Estaba muy alterado, sin su pistola ni su sombrero, y se observó que su mano y su manga derecha estaban manchadas de sangre fresca. Al seguirle, encontraron el cadáver extendido sobre la hierba junto al estanque. La cabeza había sido golpeada con algún arma pesada y contundente. Las heridas eran tales que bien podrían haber sido infligidas por la culata de la pistola de su hijo, que se encontró tirada en la hierba a pocos pasos del cuerpo. En estas circunstancias, el joven fue arrestado inmediatamente y, tras el veredicto de "asesinato intencional" emitido en la investigación del martes, fue llevado el miércoles ante los magistrados de Ross, que han remitido el caso a la próxima audiencia. Estos son los principales hechos del caso tal y como se presentaron ante el juez de instrucción y el tribunal de policía".

"Difícilmente podría imaginar un caso más condenatorio", comenté. "Si alguna vez las pruebas circunstanciales apuntan a un criminal, lo hacen aquí".

"Las pruebas circunstanciales son algo muy complicado", respondió Holmes pensativo. "Puede parecer que apuntan directamente a una cosa, pero si cambias un poco tu propio punto de vista, puedes encontrar que apuntan de manera igualmente implacable a algo completamente diferente. Hay que confesar, sin embargo, que el caso parece muy grave contra el joven, y es muy posible que sea realmente el culpable. Sin embargo, hay varias personas en la vecindad, y entre ellas la señorita Turner, la hija del terrateniente vecino, que creen en su inocencia, y que han contratado a Lestrade, a quien recordarán en relación con el Estudio en Escarlata, para que resuelva el caso en su interés. Lestrade, bastante desconcertado, me ha remitido el caso, y de ahí que dos caballeros de mediana edad estén volando hacia el oeste a ochenta kilómetros por hora en lugar de digerir tranquilamente sus desayunos en casa."

"Me temo", dije yo, "que los hechos son tan evidentes que encontrarán poco crédito en este caso".

"No hay nada más engañoso que un hecho obvio", respondió, riendo. "Además, es posible que demos con otros hechos obvios que no hayan sido en absoluto obvios para el señor Lestrade. Me conoce usted demasiado bien para pensar que estoy presumiendo cuando digo que confirmaré o destruiré

su teoría por medios que él es totalmente incapaz de emplear, o incluso de comprender. Por poner el primer ejemplo, veo claramente que en su dormitorio la ventana está a la derecha, y sin embargo me pregunto si el señor Lestrade se habría dado cuenta de algo tan evidente como eso".

"¿Cómo diablos...?"

"Mi querido amigo, te conozco bien. Conozco la pulcritud militar que te caracteriza. Te afeitas todas las mañanas, y en esta época te afeitas a la luz del sol; pero como tu afeitado es cada vez menos completo a medida que nos alejamos del lado izquierdo, hasta que se vuelve positivamente desaliñado al llegar al ángulo de la mandíbula, es sin duda muy claro que ese lado está menos iluminado que el otro. No podría imaginar a un hombre de sus hábitos mirándose a sí mismo bajo una luz igual y estando satisfecho con tal resultado. Sólo cito esto como un ejemplo trivial de observación e inferencia. Ahí está mi especialidad, y es posible que pueda servir de algo en la investigación que tenemos ante nosotros. Hay uno o dos puntos menores que salieron a relucir en la investigación, y que vale la pena considerar."

"¿Cuáles son?"

"Parece que su arresto no tuvo lugar de inmediato, sino después del regreso a la granja Hatherley. Cuando el inspector de la policía le informó de que estaba preso, comentó que no le sorprendía oírlo, y que no era más que su merecido. Esta observación suya tuvo el efecto natural de eliminar cualquier rastro de duda que pudiera haber quedado en la mente del jurado de instrucción."

"Fue una confesión", jaculé.

"No, porque fue seguida de una protesta de inocencia".

"Viniendo a la cabeza de una serie de acontecimientos tan condenatorios, fue al menos un comentario de lo más sospechoso".

"Por el contrario", dijo Holmes, "es la fisura más brillante que actualmente puedo ver en las nubes. Por muy inocente que fuera, no podía ser tan imbécil como para no ver que las circunstancias eran muy negras en su contra. Si hubiera parecido sorprendido por su propia detención, o hubiera fingido indignación por ella, lo habría considerado muy sospechoso, porque esa sorpresa o ese enfado no serían naturales dadas las circunstancias, y sin embargo podrían parecer la mejor política para un hombre conspirador. Su

franca aceptación de la situación lo señala como un hombre inocente, o bien como un hombre de considerable autocontrol y firmeza. En cuanto a su comentario sobre sus merecimientos, tampoco era antinatural si se tiene en cuenta que estaba junto al cadáver de su padre, y que no hay duda de que ese mismo día había olvidado tanto su deber de hijo como para discutir con él, e incluso, según la niña cuyo testimonio es tan importante, para levantar la mano como si fuera a golpearle. El autorreproche y la arrepentimiento que se muestran en su comentario me parecen los signos de una mente sana más que de una mente culpable".

Sacudí la cabeza. "Muchos hombres han sido ahorcados con pruebas mucho más ligeras", comenté.

"Así es. Y muchos hombres han sido ahorcados injustamente".

"¿Cuál es la versión del joven sobre el asunto?"

"Me temo que no es muy alentador para sus defensores, aunque hay uno o dos puntos en él que son sugerentes. Lo encontrará aquí, y puede leerlo usted mismo".

Sacó de su fajo un ejemplar del periódico local de Herefordshire y, tras bajar la hoja, señaló el párrafo en el que el desafortunado joven había dado su propia declaración de lo ocurrido. Me acomodé en un rincón del vagón y lo leí con mucha atención. Decía lo siguiente:

"El señor James McCarthy, único hijo del fallecido, fue llamado entonces y declaró lo siguiente: "Había estado fuera de casa durante tres días en Bristol, y acababa de regresar en la mañana del pasado lunes, día 3. Mi padre estaba ausente de la casa en el momento de mi llegada, y la criada me informó de que había ido a Ross con John Cobb, el mozo de cuadra. Poco después de mi regreso oí las ruedas de su carro en el patio y, al asomarme a la ventana, lo vi salir y caminar rápidamente fuera del patio, aunque no supe en qué dirección iba. Entonces cogí mi pistola y salí a pasear en dirección al estanque de Boscombe, con la intención de visitar la madriguera de conejos que hay al otro lado. En mi camino vi a William Crowder, el guardabosques, como había declarado en su declaración; pero se equivocó al pensar que yo seguía a mi padre. No tenía ni idea de que estuviera delante de mí. Cuando estaba a unos cien metros del estanque, oí un grito de "¡Cooee!", que era una señal habitual entre mi padre y yo. Entonces me

apresuré a avanzar y lo encontré de pie junto al estanque. Pareció sorprenderse mucho al verme y me preguntó con bastante brusquedad qué estaba haciendo allí. Se entabló una conversación que llevó a palabras altisonantes y casi a golpes, pues mi padre era un hombre de temperamento muy violento. Viendo que su pasión se volvía ingobernable, le dejé y volví hacia la granja de Hatherley. Sin embargo, no había avanzado más de 150 metros, cuando oí un horrible grito detrás de mí, que me hizo volver corriendo. Encontré a mi padre agonizando en el suelo, con la cabeza terriblemente herida. Dejé caer mi arma y lo sostuve en mis brazos, pero falleció casi instantáneamente. Me arrodillé junto a él durante algunos minutos, y luego me dirigí a la posada del señor Turner, cuya casa era la más cercana, para pedir ayuda. No vi a nadie cerca de mi padre cuando regresé, y no tengo idea de cómo llegó a sus heridas. No era un hombre popular, ya que era un poco frío y de carácter reservado, pero, por lo que sé, no tenía enemigos activos. No sé nada más del asunto.

El juez de instrucción: ¿Su padre le hizo alguna declaración antes de morir?

Testigo: Murmuró algunas palabras, pero sólo pude captar alguna alusión a una rata.

El juez de instrucción: ¿Qué entendió usted por eso?

Testigo: No me transmitió ningún significado. Pensé que estaba delirando.

El juez de instrucción: ¿Cuál fue el motivo por el que usted y su padre tuvieron esta última discusión?

Testigo: Preferiría no responder.

El juez de instrucción: Me temo que debo insistir.

Testigo: Es realmente imposible para mí decirle. Puedo asegurarle que no tiene nada que ver con la triste tragedia que siguió.

El juez de instrucción: Eso lo debe decidir el tribunal. No hace falta que le diga que su negativa a responder perjudicará considerablemente su caso en cualquier procedimiento futuro que pueda surgir.

Testigo: Aún así debo negarme.

El juez de instrucción: ¿Entiendo que el grito de 'Cooee' era una señal común entre usted y su padre?

Testigo: Lo era.

El juez de instrucción: ¿Cómo fue, entonces, que lo pronunció antes de verle a usted, y antes incluso de saber que había regresado de Bristol?

Testigo (con considerable confusión): No lo sé.

Un miembro del jurado: ¿No vio nada que despertara sus sospechas cuando regresó al oír el grito y encontró a su padre herido de muerte?

Testigo: Nada en concreto.

El juez de instrucción: ¿Qué quiere decir?

Testigo: Estaba tan perturbado y excitado mientras corría hacia el exterior, que no podía pensar en nada más que en mi padre. Sin embargo, tengo la vaga impresión de que mientras corría hacia adelante algo yacía en el suelo a mi izquierda. Me pareció que era algo de color gris, una especie de abrigo, o una tela escocesa tal vez. Cuando me levanté de mi padre, miré a mi alrededor para encontrarlo, pero ya no estaba.

'¿Quieres decir que desapareció antes de que fueras a pedir ayuda?'

'Sí, ya no estaba'

'¿No puedes decir qué era?'

'No, tenía la sensación de que había algo allí.'

'¿A qué distancia del cuerpo?'

'Una docena de metros más o menos.'

'¿Y a qué distancia del borde del bosque?'

'Más o menos lo mismo.'

'Entonces, si fue retirado fue mientras usted estaba a menos de una docena de metros de él'.

'Sí, pero de espaldas a él'.

Con esto concluyó el interrogatorio del testigo".

"Veo", dije mientras echaba un vistazo a la columna, "que el juez de instrucción, en sus observaciones finales, fue bastante severo con el joven McCarthy. Llama la atención, y con razón, sobre la discrepancia acerca de que su padre le hizo señas antes de verlo, también sobre su negativa a dar detalles de la conversación con su padre, y su singular relato de las últimas palabras de su padre. Todo ello, como él mismo señala, está muy en contra del hijo".

Holmes se rió suavemente para sí mismo y se estiró en el asiento acolchado. "Tanto usted como el juez de instrucción se han esforzado mucho - dijo- en señalar los puntos más sólidos en contra del joven. ¿No ve que le atribuyen por igual mucha y poca imaginación? Muy poca, si no pudo inventar un motivo de disputa que le diera la simpatía del jurado; demasiada, si sacó de su propia conciencia interior algo tan exagerado como una referencia moribunda a una rata, y el incidente del paño que se desvanece. No, señor, abordaré este caso desde el punto de vista de que lo que dice este joven es cierto, y veremos a dónde nos lleva esa hipótesis. Y ahora aquí está mi libro de Petrarca de bolsillo, y no diré ni una palabra más de este caso hasta que estemos en la escena de la acción. Almorzamos en Swindon, y veo que estaremos allí en veinte minutos".

Eran casi las cuatro cuando por fin, después de atravesar el hermoso valle de Stroud y el ancho y brillante Severn, nos encontramos en la pequeña y bonita ciudad de Ross. Un hombre delgado y con aspecto de hurón, furtivo y astuto, nos esperaba en el andén. A pesar del guardapolvo marrón claro y las polainas de cuero que llevaba en deferencia a su entorno rústico, no me resultó difícil reconocer a Lestrade, de Scotland Yard. Con él nos dirigimos al Hereford Arms, donde ya nos habían reservado una habitación.

"He pedido un carruaje", dijo Lestrade mientras nos sentábamos a tomar una taza de té. "Sabía de su carácter enérgico y que no estaría contento hasta que no hubiera estado en la escena del crimen".

"Fue muy amable y elogioso por su parte", respondió Holmes. "Es totalmente una cuestión de presión atmosférica".

Lestrade pareció sorprendido. "No lo entiendo del todo", dijo.

"¿Qué tal está el vaso? Veintinueve, por lo que veo. No hay viento ni una nube en el cielo. Tengo aquí una caja de cigarrillos que hay que fumar, y el

sofá es muy superior a la habitual abominación de los hoteles de campo. No creo que sea probable que utilice el carruaje esta noche".

Lestrade rió con indulgencia. "Sin duda, ya ha sacado usted sus conclusiones de los periódicos", dijo. "El caso es tan claro como una pica, y cuanto más se profundiza en él, más claro resulta. Sin embargo, no se puede rechazar a una dama, y además muy decidida. Ella ha oído hablar de usted y quiere saber su opinión, aunque le he dicho repetidamente que no hay nada que usted pueda hacer que yo no haya hecho ya. Bendita sea, aquí está su carruaje en la puerta".

Apenas había hablado cuando entró corriendo en la habitación una de las jóvenes más encantadoras que he visto en mi vida. Sus ojos violetas brillaban, sus labios se entreabrieron, un rubor rosado en sus mejillas, todo pensamiento de su natural discreción se perdió en su abrumadora excitación y preocupación.

"¡Oh, señor Sherlock Holmes!", gritó, mirando de uno a otro de nosotros, y finalmente, con la rápida intuición de una mujer, se fijó en mi compañero, "Me alegro mucho de que haya venido. He venido hasta aquí para decírtelo. Sé que James no lo hizo. Lo sé, y quiero que empieces tu trabajo sabiéndolo también. Nunca te permitas dudar sobre ese punto. Nos conocemos desde que éramos niños, y conozco sus defectos como nadie; pero tiene un corazón demasiado tierno para herir a una mosca. Tal acusación es absurda para cualquiera que lo conozca realmente".

"Espero que podamos exculparlo, señorita Turner", dijo Sherlock Holmes. "Puede confiar en que haré todo lo que pueda".

"Pero usted ha leído las pruebas. ¿Ha llegado a alguna conclusión? ¿No ve alguna laguna, algún defecto? ¿No cree usted que es inocente?"

"Creo que es muy probable".

"¡Ya está!", gritó ella, echando la cabeza hacia atrás y mirando desafiantemente a Lestrade. "¡Oye! Me da esperanzas".

Lestrade se encogió de hombros. "Me temo que mi colega se ha apresurado a sacar sus conclusiones", dijo.

"Pero tiene razón. Sé que tiene razón. James nunca lo hizo. Y en cuanto a la disputa con su padre, estoy seguro de que la razón por la que no quiso ha-

blar de ello al juez de instrucción fue porque yo estaba implicado en ella."

"¿En qué sentido?", preguntó Holmes.

"No es momento de ocultar nada. James y su padre tuvieron muchos desacuerdos sobre mí. El señor McCarthy estaba muy ansioso por que hubiera un matrimonio entre nosotros. James y yo siempre nos hemos querido como hermano y hermana; pero, por supuesto, él es joven y ha visto muy poco de la vida todavía, y... bueno, naturalmente no deseaba hacer algo así todavía. Así que hubo peleas, y ésta, estoy seguro, fue una de ellas".

"¿Y su padre?", preguntó Holmes. "¿Estaba a favor de esa unión?"

"No, también era reacio a ella. Sólo el señor McCarthy estaba a favor". Un rápido rubor recorrió su joven y fresco rostro cuando Holmes le lanzó una de sus agudas e inquisitivas miradas.

"Gracias por esta información", dijo él. "¿Puedo ver a su padre si voy mañana?"

"Me temo que el médico no lo permitirá".

"¿El médico?"

"Sí, ¿no te has enterado? El pobre padre nunca ha estado fuerte desde hace años, pero esto le ha destrozado por completo. Se ha metido en la cama, y el doctor Willows dice que está hecho polvo y que su sistema nervioso está destrozado. El Sr. McCarthy era el único hombre vivo que había conocido a papá en los viejos tiempos en Victoria".

"¡Ja! ¡En Victoria! Eso es importante".

"Sí, en las minas".

"Exactamente; en las minas de oro, donde, según tengo entendido, el Sr. Turner hizo su dinero".

"Sí, ciertamente".

"Gracias, Srta. Turner. Ha sido usted de gran ayuda para mí".

"Me dirá si tiene alguna noticia mañana. Sin duda irá a la prisión a ver a James. Oh, si lo hace, Sr. Holmes, dígame que sé que es inocente".

"Lo haré, Srta. Turner".

"Debo ir a casa ahora, porque papá está muy enfermo, y me echa de menos si le dejo. Adiós, y que Dios te ayude en tu empresa". Salió de la habitación tan impulsivamente como había entrado, y oímos las ruedas de su carruaje traquetear calle abajo.

"Me avergüenzo de usted, Holmes", dijo Lestrade con dignidad tras unos minutos de silencio. "¿Por qué ha de despertar esperanzas que está destinado a defraudar? No soy demasiado tierno de corazón, pero lo considero cruel".

"Creo que veo la manera de exculpar a James McCarthy", dijo Holmes. "¿Tiene usted una orden para verle en la cárcel?"

"Sí, pero sólo para usted y para mí".

"Entonces reconsideraré mi decisión de salir. ¿Tenemos aún tiempo para tomar un tren a Hereford y verlo esta noche?"

"De sobra".

"Entonces hagámoslo. Watson, me temo que te parecerá muy lento, pero sólo estaré fuera un par de horas".

Bajé con ellos a la estación, y luego deambulé por las calles de la pequeña ciudad, regresando finalmente al hotel, donde me tumbé en el sofá y traté de interesarme por una novela de lomo amarillo. Sin embargo, la insignificante trama de la historia era tan escasa en comparación con el profundo misterio por el que andábamos a tientas, y mi atención se desviaba tan continuamente de la acción a los hechos, que al final la arrojé al otro lado de la habitación y me entregué por completo a la consideración de los acontecimientos del día. Suponiendo que la historia de este infeliz joven fuera absolutamente cierta, ¿qué cosa infernal, qué calamidad absolutamente imprevista y extraordinaria pudo haber ocurrido entre el momento en que se separó de su padre y el momento en que, arrastrado por sus gritos, se precipitó en el claro? Era algo terrible y mortal. ¿Qué podría ser? ¿No podría la naturaleza de las heridas revelar algo a mis instintos médicos? Llamé al timbre y pedí el periódico semanal del condado, que contenía un relato literal de la investigación. En la declaración del cirujano se decía que el tercio posterior del hueso parietal izquierdo y la mitad izquierda del hueso occipital habían sido destrozados por un fuerte golpe con un arma contundente. Marqué el lugar en mi propia cabeza. Estaba claro que el golpe había sido asestado por

detrás. Eso favorecía en cierta medida al acusado, ya que cuando se le vio discutir estaba cara a cara con su padre. Sin embargo, no sirvió de mucho, ya que el hombre mayor podría haber dado la espalda antes de que cayera el golpe. Aun así, valdría la pena llamar la atención de Holmes al respecto. Luego estaba la peculiar referencia moribunda a una rata. ¿Qué podía significar eso? No podía ser un delirio. Un hombre que muere de un golpe repentino no suele delirar. No, era más probable que fuera un intento de explicar cómo encontró su destino. ¿Pero qué podría indicar? Me devané los sesos para encontrar alguna explicación posible. Y entonces el incidente de la tela gris vista por el joven McCarthy. Si eso era cierto, el asesino debió de dejar caer alguna parte de su vestido, presumiblemente su abrigo, en su huida, y debió de tener la osadía de volver y llevárselo en el momento en que el hijo estaba arrodillado de espaldas a menos de una docena de pasos. ¡Qué tejido de misterios e improbabilidades era todo el asunto! No me extrañaba la opinión de Lestrade y, sin embargo, tenía tanta fe en la perspicacia de Sherlock Holmes que no podía perder la esperanza mientras cada hecho nuevo pareciera reforzar su convicción de la inocencia del joven McCarthy.

Ya era tarde cuando Sherlock Holmes regresó. Volvió solo, ya que Lestrade se alojaba en el pueblo.

"El cristal todavía se encuentra muy alto", comentó mientras se sentaba. "Es importante que no llueva antes de que podamos recorrer el terreno. Por otra parte, un hombre debe estar en su mejor momento y con más ganas para un trabajo tan bonito como éste, y no quería hacerlo cuando estuviera mareado por un largo viaje. He visto al joven McCarthy".

"¿Y qué ha aprendido de él?"

"Nada.

"¿No pudo arrojar ninguna luz?"

"Ninguna en absoluto. Me inclinaba a pensar que sabía quién lo había hecho y lo estaba investigando, pero ahora estoy convencido de que está tan desconcertado como todos los demás. No es un joven muy inteligente, aunque de aspecto agradable y, creo, sano de corazón".

"No puedo admirar su gusto", comenté, "si es un cierto el hecho que era reacio a un matrimonio con una joven tan encantadora como esta señorita Turner".

"Ah, de ahí se desprende una historia bastante dolorosa. Este hombre está loco, locamente, enamorado de ella, pero hace unos dos años, cuando era sólo un muchacho, y antes de conocerla realmente, pues ella había estado cinco años en un internado, ¿qué hace el idiota sino caer en las garras de una camarera de Bristol y casarse con ella en un registro civil? Nadie sabe una palabra del asunto, pero puede imaginarse lo enloquecedor que debe ser para él ser reprendido por no hacer lo que daría sus propios ojos por hacer, pero que sabe que es absolutamente imposible. Fue un puro frenesí de este tipo lo que le hizo levantar las manos cuando su padre, en su última entrevista, le incitó a proponerle matrimonio a la señorita Turner. Por otra parte, no tenía medios para mantenerse, y su padre, que era a todas luces un hombre muy duro, lo habría echado por tierra de haber sabido la verdad. Había pasado los últimos tres días en Bristol con su esposa, la camarera, y su padre no sabía dónde estaba. Fíjese en este punto. Es importante. Sin embargo, del mal ha salido algo bueno, pues la camarera, al enterarse por los periódicos de que está en graves problemas y que es probable que lo cuelguen, se ha deshecho de él por completo y le ha escrito para decirle que ya tiene un marido en el astillero de las Bermudas, de modo que realmente no hay ningún vínculo entre ellos. Creo que esa noticia ha consolado al joven McCarthy por todo lo que ha sufrido".

"Pero si es inocente, ¿quién lo ha hecho?"

"¡Ah! ¿Quién? Quisiera llamar su atención muy particularmente sobre dos puntos. Uno es que el hombre asesinado tenía una cita con alguien en el estanque, y que ese alguien no podía ser su hijo, porque su hijo estaba fuera, y no sabía cuándo iba a volver. La segunda es que se oyó al hombre asesinado gritar "¡Cooee!" antes de saber que su hijo había regresado. Esos son los puntos cruciales de los que depende el caso. Y ahora hablemos de George Meredith, si le parece, y dejaremos todos los asuntos menores para mañana".

No llovió, como había predicho Holmes, y la mañana amaneció brillante y sin nubes. A las nueve, Lestrade nos llamó con el carruaje y partimos hacia la granja de Hatherley y el estanque de Boscombe.

"Esta mañana hay graves noticias", observó Lestrade. "Se dice que el señor Turner, de la mansión, está tan enfermo que su vida se ve amenazada".

"Un hombre mayor, supongo", dijo Holmes.

"Alrededor de sesenta años; pero su constitución ha sido destrozada por su vida en el extranjero, y su salud ha ido decayendo desde hace algún tiempo. Este asunto le ha afectado mucho. Era un viejo amigo de McCarthy y, debo añadir, un gran benefactor para él, pues he sabido que le cedió gratuitamente la granja de Hatherley."

"¡Claro! Eso es interesante", dijo Holmes.

"¡Oh, sí! Le ha ayudado de otras cien maneras. Todo el mundo por aquí habla de su amabilidad con él".

"¡De verdad! ¿No le parece a usted un poco singular que este McCarthy, que parece haber tenido poco en su haber, y haber estado bajo tales obligaciones con Turner, siga hablando de casar a su hijo con la hija de Turner, que es, presumiblemente, la heredera de la finca, y ello de una manera tan segura, como si se tratara simplemente de una propuesta y todo lo demás fuera a suceder? Es aún más extraño, ya que sabemos que el propio Turner era reacio a la idea. La hija nos lo dijo. ¿No deduce usted algo de eso?"

"Hemos llegado a las deducciones e inferencias", dijo Lestrade, guiñándome un ojo. "Ya me resulta bastante difícil abordar los hechos, Holmes, sin salir volando tras las teorías y las fantasías".

"Tienes razón", dijo Holmes con recato; "te resulta muy difícil abordar los hechos".

"De todos modos, he captado un hecho que a usted le parece difícil de abordar", respondió Lestrade con cierta calidez.

"Y es..."

"Que McCarthy padre se encontró con la muerte a manos de McCarthy hijo y que todas las teorías contrarias son mera luz de luna".

"Bueno, la luz de luna es algo más brillante que la niebla", dijo Holmes, riendo. "Pero estoy muy equivocado si esto no es la granja Hatherley a la izquierda".

"Sí, eso es". Era un edificio amplio y de aspecto confortable, de dos plantas, con tejado de pizarra y grandes manchas amarillas de líquenes en las paredes grises. Las persianas cerradas y las chimeneas sin humo, sin embargo, le daban un aspecto afligido, como si el peso de este horror siguiera pesando sobre el edificio. Llamamos a la puerta, y la criada, a petición de Hol-

mes, nos mostró las botas que llevaba su amo en el momento de su muerte, y también un par de las del hijo, aunque no el par que llevaba entonces. Después de haberlas medido con mucho cuidado desde siete u ocho puntos diferentes, Holmes deseó que lo condujeran al patio, desde donde todos seguimos el sinuoso camino que llevaba al estanque de Boscombe.

Sherlock Holmes se transformaba cuando se encontraba con un aroma como éste. Los hombres que sólo habían conocido al tranquilo pensador y lógico de Baker Street no lo habrían reconocido. Su rostro se sonrojó y oscureció. Sus cejas se dibujaron en dos duras líneas negras, mientras que sus ojos brillaban debajo de ellas con un resplandor acerado. Tenía la cara inclinada hacia abajo, los hombros arqueados, los labios comprimidos, y las venas destacaban como cuerdas de látigo en su largo y nervudo cuello. Sus fosas nasales parecían dilatarse con una lujuria puramente animal por la persecución, y su mente estaba tan absolutamente concentrada en el asunto que tenía ante sí que una pregunta o un comentario caían desatendidos en sus oídos o, a lo sumo, sólo provocaban un gruñido rápido e impaciente como respuesta. Rápido y silencioso, se dirigió por el sendero que atravesaba los prados, y así, a través del bosque, hacia el estanque de Boscombe. Era un terreno húmedo y pantanoso, como todo aquel distrito, y había marcas de muchos pies, tanto en el sendero como en la hierba corta que lo delimitaba a ambos lados. A veces Holmes se apresuraba a seguir adelante, a veces se detenía en seco, y una vez dio un pequeño rodeo hacia el prado. Lestrade y yo caminábamos detrás de él, el detective indiferente y despectivo, mientras yo observaba a mi amigo con el interés que se desprende de la convicción de que cada una de sus acciones estaba dirigida a un fin definido.

El estanque de Boscombe, que es una pequeña lámina de agua de unos cincuenta metros de ancho, está situado en el límite entre la granja de Hatherley y el parque privado del acaudalado señor Turner. Por encima de los bosques que la bordean en el lado más lejano podíamos ver los pináculos rojos que sobresalían y que marcaban el lugar donde vivía el rico terrateniente. En el lado de Hatherley del estanque, los bosques eran muy espesos y había un estrecho cordón de hierba anegada de veinte pasos de ancho entre el borde de los árboles y los juncos que bordeaban el lago. Lestrade nos mostró el lugar exacto en el que se había encontrado el cadáver y, en efecto, el suelo estaba tan húmedo que pude ver claramente las huellas que había

dejado la caída del hombre siniestrado. Para Holmes, como pude ver por su rostro ansioso y sus ojos penetrantes, había muchas otras cosas que leer en la hierba pisoteada. Corrió alrededor, como un perro que capta un olor, y luego se volvió hacia mi compañero.

"¿Por qué te metiste en el estanque?", preguntó.

"Busqué con un rastrillo. Pensé que podría haber algún arma u otro rastro. Pero cómo diablos..."

"¡Oh, tut, tut! No tengo tiempo. Ese pie izquierdo suyo con su giro hacia adentro está por todas partes. Un topo podría rastrearlo, y allí desaparece entre los juncos. Oh, qué sencillo habría sido todo si hubiera estado aquí antes de que llegaran como una manada de búfalos y se revolcaran por todo. Aquí es donde vino el grupo con el guardián de la cabaña, y han cubierto todas las huellas a lo largo de dos o tres metros alrededor del cuerpo. Pero aquí hay tres huellas separadas de los mismos pies". Sacó una lente y se acostó sobre su impermeable para tener una mejor visión, hablando todo el tiempo más bien para sí mismo que para nosotros. "Estos son los pies del joven McCarthy. Dos veces caminaba, y una vez corría velozmente, de modo que las suelas están profundamente marcadas y los talones apenas son visibles. Eso confirma su historia. Corrió cuando vio a su padre en el suelo. Entonces, aquí están los pies del padre mientras se pasea arriba y abajo. ¿Qué es esto, entonces? Es la culata del arma cuando el hijo estaba escuchando. ¿Y esto? ¡Ja, ja! ¿Qué tenemos aquí? ¡De puntillas! ¡De puntillas! Y botas cuadradas, bastante inusuales. Vienen, se van, vuelven a venir... por supuesto, eso fue por la capa. ¿De dónde han salido?" Corrió arriba y abajo, a veces perdiéndose, a veces encontrando la pista, hasta que estuvimos bien dentro del límite del bosque y bajo la sombra de una gran haya, el árbol más grande de la vecindad. Holmes trazó su camino hasta el lado más lejano de éste y se tumbó una vez más sobre su cara con un pequeño grito de satisfacción. Permaneció allí un largo rato, revolviendo las hojas y los palos secos, recogiendo lo que me parecía polvo en un sobre y examinando con su lente no sólo el suelo sino incluso la corteza del árbol hasta donde podía llegar. Entre el musgo había una piedra dentada, que también examinó y retuvo cuidadosamente. Luego siguió un camino a través del bosque hasta llegar a la carretera, donde se perdió todo rastro.

"Ha sido un caso de considerable interés", comentó, volviendo a su manera natural. "Me parece que esa casa gris de la derecha debe ser la posada. Creo que entraré y hablaré con Moran, y quizás escriba una pequeña nota. Una vez hecho esto, podemos volver a almorzar. Usted puede ir caminando hasta el taxi, y yo estaré con usted enseguida".

Pasaron unos diez minutos antes de que recuperáramos nuestro taxi y volviéramos a Ross, Holmes todavía llevaba consigo la piedra que había recogido en el bosque.

"Esto puede interesarle, Lestrade", comentó, mostrándola. "El asesinato se cometió con ella".

"No veo ninguna marca".

"No hay ninguna".

"¿Cómo lo sabes, entonces?"

"La hierba crecía debajo de ella. Sólo había estado allí unos días. No había señales de un lugar de donde había sido tomada. Se corresponde con las heridas. No hay señales de ninguna otra arma".

"¿Y el asesino?"

"Es un hombre alto, zurdo, cojea con la pierna derecha, lleva botas de tiro de suela gruesa y una capa gris, fuma puros indios, utiliza un portapuros y lleva una navaja roma en el bolsillo. Hay varios indicios más, pero estos pueden ser suficientes para ayudarnos en nuestra búsqueda."

Lestrade se rió. "Me temo que sigo siendo un escéptico", dijo. "Las teorías están muy bien, pero tenemos que lidiar con un jurado británico de cabeza dura".

"Nous verrons", respondió Holmes con calma. "Usted trabaja con su propio método y yo con el mío. Estaré ocupado esta tarde, y probablemente regresaré a Londres en el tren de la noche".

"¿Y dejar su caso sin terminar?"

"No, terminado".

"¿Pero el misterio?"

"Está resuelto".

"¿Quién era el criminal, entonces?"

"El caballero que describo".

"¿Pero quién es?"

"Seguramente no será difícil averiguarlo. Este no es un barrio tan poblado".

Lestrade se encogió de hombros. "Soy un hombre práctico", dijo, "y realmente no puedo comprometerme a recorrer el país en busca de un caballero zurdo con una pierna de caza. Me convertiría en el hazmerreír de Scotland Yard".

"De acuerdo", dijo Holmes con tranquilidad. "Le he dado la oportunidad. Aquí tiene su alojamiento. Adiós. Le enviaré unas líneas antes de irme".

Tras dejar a Lestrade en sus habitaciones, nos dirigimos a nuestro hotel, donde encontramos el almuerzo sobre la mesa. Holmes estaba callado y sumido en sus pensamientos, con una expresión de dolor en su rostro, como quien se encuentra en una situación desconcertante.

"Mire, Watson -dijo cuando se limpió el mantel-, siéntese en esta silla y deje que le sermonee un poco. No sé muy bien qué hacer y me gustaría recibir su consejo. Enciende un cigarro y déjame exponerlo".

"Le ruego que lo haga".

"Bien, ahora, al considerar este caso hay dos puntos de la narración del joven McCarthy que nos impresionaron a ambos al instante, aunque a mí me impresionaron a su favor y a ti en su contra. Uno fue el hecho de que su padre, según su relato, gritara "¡Cooee!" antes de verlo. La otra fue su singular referencia moribunda a una rata. Murmuró varias palabras, se entiende, pero eso fue todo lo que captó el oído del hijo. Ahora bien, desde este doble punto debe comenzar nuestra investigación, y la iniciaremos suponiendo que lo que dice el muchacho es absolutamente cierto."

"¿Y qué hay de ese '¡Cooee!' entonces?"

"Bueno, evidentemente no podía ir dirigido al hijo. El hijo, por lo que él sabía, estaba en Bristol. Fue mera casualidad que estuviera al alcance del oído. El "¡Cooee!" estaba destinado a atraer la atención de la persona con la que tenía la cita. Pero "Cooee" es un grito claramente australiano, que se

utiliza entre australianos. Hay una fuerte presunción de que la persona con la que McCarthy esperaba encontrarse en el estanque de Boscombe era alguien que había estado en Australia".

"¿Qué hay de la rata, entonces?"

Sherlock Holmes sacó un papel doblado de su bolsillo y lo aplanó sobre la mesa. "Este es un mapa de la Colonia de Victoria", dijo. "Anoche envié un telegrama a Bristol para obtenerlo". Puso la mano sobre parte del mapa. "¿Qué se lee?"

"Arat", leí.

"¿Y ahora?" Levantó la mano.

"Ballarat".

"Exactamente". Esa fue la palabra que pronunció el hombre, y de la que su hijo sólo captó las dos últimas sílabas. Intentaba pronunciar el nombre de su asesino. Fulano de tal, de Ballarat".

"¡Es maravilloso!" exclamé.

"Es evidente. Y ahora, como ve, había reducido el campo considerablemente. La posesión de una prenda gris era un tercer punto que, concediendo que la declaración del hijo fuera correcta, era una certeza. Hemos salido ahora de la mera vaguedad a la concepción definitiva de un australiano de Ballarat con una capa gris."

"Ciertamente."

"Y uno que estaba en su casa en el distrito, ya que al estanque sólo se puede llegar por la granja o por la finca, donde los extraños difícilmente podrían deambular".

"Así es."

"Entonces viene nuestra expedición de hoy. Examinando el terreno obtuve los insignificantes detalles que le di a ese imbécil de Lestrade, en cuanto a la personalidad del criminal."

"¿Pero cómo los obtuvo?"

"Usted conoce mi método. Se basa en la observación de nimiedades".

"Su estatura sé que se puede juzgar a grandes rasgos por la longitud de su zancada. Sus botas, también, se pueden saber por sus huellas".

"Sí, eran unas botas peculiares".

"¿Pero su cojera?"

"La impresión de su pie derecho era siempre menos clara que la del izquierdo. Ponía menos peso en él. ¿Por qué? Porque cojeaba, era cojo".

"Pero su zurdera".

"Usted mismo se sorprendió por la naturaleza de la lesión tal y como la registró el cirujano en la investigación. El golpe fue dado inmediatamente por detrás, y sin embargo fue en el lado izquierdo. Ahora, ¿cómo puede ser eso a menos que haya sido por un hombre zurdo? Había estado detrás de ese árbol durante la entrevista entre el padre y el hijo. Incluso había fumado allí. Encontré la ceniza de un puro, que mi especial conocimiento de las cenizas de tabaco me permite afirmar que es un puro indio. Como usted sabe, he dedicado cierta atención a esto, y he escrito una pequeña monografía sobre las cenizas de 140 variedades diferentes de tabaco de pipa, puro y cigarrillo. Tras encontrar la ceniza, miré a mi alrededor y descubrí el tocón entre el musgo donde lo había arrojado. Era un puro indio, de los que se enrollan en Rotterdam".

"¿Y el portapuros?"

"Pude ver que el extremo no había estado en su boca. Por lo tanto, utilizó un portapuros. La punta había sido cortada, no mordida, pero el corte no era limpio, por lo que deduje que se trataba de un cortaplumas romano."

"Holmes -dije-, ha tendido usted una red alrededor de este hombre de la que no puede escapar, y ha salvado una vida humana inocente tan verdaderamente como si hubiera cortado la cuerda que lo ahorcaba. Veo la dirección a la que apunta todo esto. El culpable es..."

"Señor John Turner", gritó el camarero del hotel, abriendo la puerta de nuestro salón y haciendo pasar a un visitante.

El hombre que entró era una figura extraña e impresionante. Su paso lento y renqueante y sus hombros inclinados daban la apariencia de decrepitud, y sin embargo sus rasgos duros, de líneas profundas y escarpadas, y sus enormes extremidades mostraban que poseía una fuerza inusual de cuerpo y

de carácter. Su barba enmarañada, su pelo canoso y sus sobresalientes cejas caídas se combinaban para dar un aire de dignidad y poder a su apariencia, pero su rostro era de un blanco ceniciento, mientras que sus labios y las comisuras de sus fosas nasales estaban teñidos de un tono azul. A primera vista, me pareció claro que padecía una enfermedad mortal y crónica.

"Siéntese en el sofá -dijo Holmes con suavidad-. "¿Tenías mi nota?"

"Sí, la trajo el portero. Dijo que deseaba verme aquí para evitar el escándalo".

"Siéntese en el sofá -dijo Holmes con suavidad-. "¿Tenías mi nota?"

"Sí, la trajo el portero. Dijo que deseaba verme aquí para evitar el escándalo".

"Pensé que la gente hablaría si iba al Salón".

"¿Y por qué querías verme?" Miró a mi compañero con desesperación en sus ojos cansados, como si su pregunta ya estuviera contestada.

"Sí", dijo Holmes, respondiendo a la mirada más que a las palabras. "Así es. Lo sé todo sobre McCarthy".

El anciano hundió la cara entre las manos. "¡Dios me ayude!", gritó. "Pero no habría dejado que el joven sufriera ningún daño. Le doy mi palabra de que habría hablado si fuera contra él en el juicio".

"Me alegra oírle decir eso", dijo Holmes con gravedad.

"Habría hablado ahora si no fuera por mi querida niña. Se le rompería el corazón... se le romperá el corazón cuando se entere de que me han arrestado".

"Puede que no se llegue a eso", dijo Holmes.

"¿Qué?"

"No soy un agente oficial. Tengo entendido que fue su hija quien requirió mi presencia aquí, y estoy actuando en su interés. Sin embargo, el joven McCarthy debe ser liberado".

"Soy un hombre moribundo", dijo el viejo Turner. "He tenido diabetes durante años. Mi médico dice que es una incógnita si viviré un mes. Sin embargo, prefiero morir bajo mi propio techo que en una cárcel".

Holmes se levantó y se sentó a la mesa con la pluma en la mano y un fajo de papeles ante él. "Díganos la verdad", dijo. "Yo anotaré los hechos. Usted lo firmará y Watson podrá ser testigo. Así podré presentar su confesión en el último momento para salvar al joven McCarthy. Le prometo que no la utilizaré a menos que sea absolutamente necesario".

"Está bien", dijo el anciano; "es una cuestión de si viviré hasta el juicio, así que me importa poco, pero me gustaría evitarle a Alice la sacudida. Y ahora le aclararé el asunto; ha estado mucho tiempo en la actuación, pero no me llevará mucho tiempo contarle.

"Usted no conocía a este hombre fallecido, McCarthy. Era un diablo encarnado. Eso te lo digo yo. Que Dios te mantenga alejado de las garras de un hombre como él. Su garra ha estado sobre mí estos veinte años, y ha arruinado mi vida. Te diré primero cómo llegué a estar en su poder.

"Fue a principios de los años 60 en las excavaciones. Yo era entonces un tipo joven, de sangre caliente y temerario, dispuesto a hacer cualquier cosa; me junté con malos compañeros, me aficioné a la bebida, no tuve suerte con mi demanda, me dediqué al monte y, en una palabra, me convertí en lo que aquí llamarían un salteador de caminos. Éramos seis, y llevábamos una vida salvaje y libre, asaltando una estación de vez en cuando, o parando los carros en el camino a las excavaciones. Black Jack de Ballarat era mi nombre, y nuestro grupo aún se recuerda en la colonia como la Pandilla de Ballarat.

"Un día, un convoy de oro bajó de Ballarat a Melbourne, y lo acechamos y atacamos. Había seis soldados y seis de nosotros, así que fue un asunto reñido, pero vaciamos cuatro de sus monturas a la primera andanada. Sin embargo, tres de nuestros muchachos murieron antes de que consiguiéramos el botín. Puse mi pistola en la cabeza del conductor de la carreta, que era este mismo hombre, McCarthy. Ojalá le hubiera disparado en ese momento, pero le perdoné la vida, aunque vi sus pequeños y malvados ojos fijos en mi cara, como si recordaran cada rasgo. Escapamos con el oro, nos convertimos en hombres ricos y nos dirigimos a Inglaterra sin que se sospechara de nosotros. Allí me separé de mis viejos amigos y decidí establecerme en una vida tranquila y respetable. Compré esta finca, que casualmente estaba en el mercado, y me propuse hacer un poco de bien con mi dinero, para compensar la forma en que lo había ganado. También me casé, y aunque mi esposa murió joven, me dejó a mi querida pequeña Alice. Incluso

cuando era sólo un bebé, su pequeña mano parecía guiarme por el camino correcto como ninguna otra cosa lo había hecho. En una palabra, pasé página e hice todo lo posible por compensar el pasado. Todo iba bien cuando McCarthy se apoderó de mí."

"Había subido a la ciudad por una inversión, y me lo encontré en Regent Street con apenas un abrigo a la espalda o una bota en el pie."

" 'Aquí estamos, Jack', dijo, tocándome en el brazo; 'seremos tan buenos como una familia para ti. Somos dos, mi hijo y yo, y puedes quedarte con nosotros. Si no lo haces, Inglaterra es un país bueno y respetuoso con la ley, y siempre hay un policía al alcance de la mano' .

"Bueno, llegaron al oeste del país, no hubo manera de quitárselos de encima, y allí han vivido gratis en mis mejores tierras desde entonces. No había descanso para mí, ni paz, ni olvido; me volviera donde me volviera, allí estaba su cara astuta y sonriente en mi codo. La situación empeoró a medida que Alice crecía, pues pronto vio que tenía más miedo de que ella conociera mi pasado que de la policía. Todo lo que quería debía tenerlo, y todo lo que era se lo daba sin rechistar, tierras, dinero, casas, hasta que por fin pidió algo que yo no podía dar. Pidió a Alice.

"Su hijo, como ves, había crecido, y también mi hija, y como se sabía que yo estaba débil de salud, le pareció un buen golpe que su hijo se hiciera cargo de toda la propiedad. Pero me mantuve firme. No quería que su maldita estirpe se mezclara con la mía; no es que me desagrade el muchacho, pero su sangre estaba en él, y eso era suficiente. Me mantuve firme. McCarthy me amenazó. Me atreví a hacer lo peor. Quedamos en encontrarnos en la piscina, a medio camino entre nuestras casas, para hablar de ello.

"Cuando bajé lo encontré hablando con su hijo, así que me fumé un cigarro y esperé detrás de un árbol hasta que se quedara solo. Pero mientras escuchaba su conversación, todo lo negro y amargo que había en mí parecía aflorar. Estaba instando a su hijo a casarse con mi hija con tan poca consideración por lo que ella pudiera pensar como si fuera una puta de la calle. Me volvía loco pensar que yo y todo lo que más apreciaba estuviéramos en poder de un hombre así. ¿No podía romper el vínculo? Ya era un hombre moribundo y desesperado. Aunque tenía la mente clara y los miembros bastante fuertes, sabía que mi propio destino estaba sellado. ¡Pero mi memoria y mi chica! Ambas podrían salvarse si pudiera silenciar esa sucia lengua. Lo

hice, Sr. Holmes. Lo haría de nuevo. Aunque he pecado profundamente, he llevado una vida de martirio para expiarlo. Pero que mi chica se enredara en las mismas redes que me retenían a mí era más de lo que podía sufrir. Le golpeé sin más reparo que si hubiera sido una bestia asquerosa y venenosa. Su grito hizo volver a su hijo; pero yo había ganado la cobertura del bosque, aunque me vi obligado a volver a buscar la capa que se me había caído en mi huida. Esa es la verdadera historia, señores, de todo lo ocurrido".

"Bueno, no me corresponde a mí juzgarle", dijo Holmes mientras el anciano firmaba la declaración que se había redactado. "Ruego que nunca nos veamos expuestos a semejante tentación".

"Ruego que no, señor. ¿Y qué piensa hacer?"

"En vista de su salud, nada. Usted mismo sabe que pronto tendrá que responder por su acto ante un tribunal superior al de la Audiencia. Guardaré su confesión, y si McCarthy es condenado, me veré obligado a utilizarla. Si no, nunca será vista por un ojo mortal; y tu secreto, estés vivo o muerto, estará a salvo con nosotros."

"Adiós, entonces", dijo el anciano solemnemente. "Tu propio lecho de muerte, cuando llegue, será más fácil por el pensamiento de la paz que has dado al mío". Tambaleándose y temblando en toda su gigantesca figura, salió a trompicones de la habitación.

"¡Que Dios nos ayude!", dijo Holmes tras un largo silencio. "¿Por qué el destino juega tales bromas con los pobres e indefensos gusanos? Nunca oigo hablar de un caso como éste sin pensar en las palabras de Baxter y decir: "Por la gracia de Dios, ahí va Sherlock Holmes". "

James McCarthy fue absuelto en el juicio por la fuerza de una serie de objeciones que habían sido elaboradas por Holmes y presentadas al abogado defensor. El viejo Turner vivió durante siete meses después de nuestra entrevista, pero ahora está muerto; y hay muchas posibilidades de que el hijo y la hija lleguen a vivir felizmente juntos ignorando la negra nube que se cierne sobre su pasado.

LAS CINCO SEMILLAS DE NARANJA

Cuando repaso mis notas y registros de los casos de Sherlock Holmes entre los años 82 y 90, me encuentro con tantos que presentan características extrañas e interesantes que no es fácil saber cuáles elegir y cuáles dejar. Algunos, sin embargo, ya han obtenido publicidad a través de los periódicos, y otros no han ofrecido un campo para esas cualidades peculiares que mi amigo poseía en tan alto grado, y que es el objeto de estos trabajos ilustrar. Algunos, también, han desconcertado su habilidad analítica, y serían, como narraciones, comienzos sin un final, mientras que otros han sido aclarados sólo parcialmente, y tienen sus explicaciones fundadas más bien en conjeturas y suposiciones que en esa prueba lógica absoluta que era tan querida por él. Sin embargo, hay uno de estos últimos que fue tan notable en sus detalles y tan sorprendente en sus resultados, que me siento tentado a dar cuenta de él a pesar del hecho de que hay puntos en relación con él que nunca han sido, y probablemente nunca serán, totalmente aclarados.

El año 87 nos proporcionó una larga serie de casos de mayor o menor interés, de los que conservo los registros. Entre mis epígrafes de estos doce meses encuentro un relato de la aventura de la Cámara Paradol, de la Sociedad de Mendicantes Aficionados, que celebraba un lujoso local en la cámara baja de un almacén de muebles, de los hechos relacionados con la pérdida de la barca británica Sophy Anderson, de las singulares aventuras de los Grice Paterson en la isla de Uffa, y finalmente del caso de envenenamiento de Camberwell. En este último, como se recordará, Sherlock Holmes pudo demostrar, dando cuerda al reloj del muerto, que se le había dado cuerda dos horas antes y que, por lo tanto, el fallecido se había ido a la cama en ese

tiempo, una deducción que fue de la mayor importancia para aclarar el caso. Todo esto lo podré esbozar en una fecha futura, pero ninguno de ellos presenta características tan singulares como la extraña serie de circunstancias que ahora tomo la pluma para describir.

Eran los últimos días de septiembre, y los vendavales equinocciales se habían desatado con una violencia extraordinaria. Durante todo el día el viento había chillado y la lluvia había golpeado contra las ventanas, de modo que incluso aquí, en el corazón del gran Londres artesanal, nos vimos obligados a levantar la cabeza por un instante de la rutina de la vida y a reconocer la presencia de esas grandes fuerzas elementales que chillan a la humanidad a través de los barrotes de su civilización, como bestias indómitas en una jaula. A medida que caía la tarde, la tormenta era cada vez más fuerte, y el viento lloraba y sollozaba como un niño en la chimenea. Sherlock Holmes se sentó con mal humor a un lado de la chimenea para revisar sus registros de crímenes, mientras que yo, al otro lado, me sumergí en una de las bellas historias de mar de Clark Russell, hasta que el aullido del vendaval que venía de fuera pareció mezclarse con el texto, y el chapoteo de la lluvia se alargó hasta convertirse en el largo oleaje del mar. Mi mujer estaba de visita en casa de su madre, y durante unos días volví a vivir en mi antigua casa de Baker Street.

"Vaya", dije, mirando a mi compañero, "seguramente era la campanilla. ¿Quién podría venir esta noche? ¿Algún amigo suyo, quizás?"

"Salvo usted, no tengo ninguno", respondió. "No aliento a las visitas".

"¿Un cliente, entonces?"

"Si es así, es un caso serio. Nada menos que un hombre que sale en tal día y a tal hora. Pero entiendo que es más probable que sea algún amigo de la propietaria".

Sin embargo, Sherlock Holmes se equivocó en su conjetura, porque se oyó un paso en el pasillo y un golpeteo en la puerta. Extendió su largo brazo para apartar la lámpara de sí mismo y dirigirla hacia la silla vacía en la que debía sentarse el recién llegado.

"¡Entre!", dijo.

El hombre que entró era joven, de unos veinticinco años de edad, bien arreglado y bien vestido, con algo de refinamiento y delicadeza en su porte.

El paraguas que sostenía en la mano y su largo y brillante impermeable indicaban el feroz clima por el que había pasado. Miró ansiosamente a su alrededor bajo el resplandor de la lámpara, y pude ver que su rostro estaba pálido y sus ojos pesados, como los de un hombre agobiado por una gran ansiedad.

"Le debo una disculpa", dijo, levantando sus gafas doradas sobre los ojos. "Confío en que no sea una intromisión. Me temo que he traído algunos rastros de la tormenta y la lluvia a su acogedora habitación".

"Déme su abrigo y su paraguas", dijo Holmes. "Pueden descansar aquí en el gancho y se secarán enseguida. Veo que ha venido desde el suroeste".

"Sí, desde Horsham".

"Esa mezcla de arcilla y tiza que veo en las puntas de sus pies es muy característica".

"He venido a pedir consejo".

"Eso es fácil de conseguir".

"Y ayuda".

"Eso no siempre es tan fácil".

"He oído hablar de usted, Sr. Holmes. Escuché del Mayor Prendergast cómo lo salvó en el escándalo del Club Tankerville".

"Ah, por supuesto. Le acusaron injustamente de hacer trampas a las cartas".

"Dijo que usted podía resolver cualquier cosa".

"Dijo demasiado".

"Que nunca te ganan".

"Me han golpeado cuatro veces: tres por hombres y una por una mujer".

"¿Pero qué es eso comparado con el número de tus éxitos?"

"Es cierto que generalmente he tenido éxito".

"Entonces puede ser así conmigo".

"Le ruego que acerque su silla al fuego y me facilite algunos detalles sobre su caso".

"No es un caso ordinario".

"Ninguno de los que vienen a mí lo es. Soy el último tribunal de apelación".

"Y sin embargo, me pregunto, señor, si en toda su experiencia ha escuchado alguna vez una cadena de acontecimientos más misteriosa e inexplicable que los que han ocurrido en mi propia familia".

"Me llena usted de interés", dijo Holmes. "Le ruego que nos exponga los hechos esenciales desde el principio, y después podré interrogarle sobre los detalles que me parezcan más importantes."

El joven levantó su silla y acercó sus pies mojados al fuego.

"Mi nombre", dijo, "es John Openshaw, pero mis propios asuntos tienen, por lo que puedo entender, poco que ver con este horrible asunto. Es un asunto hereditario; así que para darles una idea de los hechos, debo remontarme al comienzo del asunto.

"Deben saber que mi abuelo tenía dos hijos: mi tío Elias y mi padre Joseph. Mi padre tenía una pequeña fábrica en Coventry, que amplió en la época de la invención de la bicicleta. Fue el titular de la patente del neumático irrompible Openshaw, y su negocio tuvo tanto éxito que pudo venderlo y jubilarse con una bonita suma de dinero.

"Mi tío Elias emigró a América cuando era joven y se convirtió en un plantador en Florida, donde se dice que le fue muy bien. En la época de la guerra luchó en el ejército de Jackson, y después bajo el mando de Hood, donde llegó a ser coronel. Cuando Lee depuso las armas, mi tío regresó a su plantación, donde permaneció durante tres o cuatro años. Hacia 1869 o 1870 regresó a Europa y adquirió una pequeña finca en Sussex, cerca de Horsham. Había hecho una fortuna muy considerable en los Estados Unidos, y la razón por la que los abandonó fue su aversión a los negros y su disgusto por la política republicana de extenderles el derecho de voto. Era un hombre singular, feroz y de temperamento rápido, muy malhablado cuando se enfadaba, y de un carácter muy retraído. Durante todos los años que vivió en Horsham, dudo que alguna vez pisara la ciudad. Tenía un jardín y dos o tres campos alrededor de su casa, y allí hacía ejercicio, aunque a

menudo durante semanas no salía de su habitación. Bebía mucho brandy y fumaba mucho, pero no quería ver a la sociedad y no quería tener amigos, ni siquiera su propio hermano.

"A él no le importaba; de hecho, se encaprichó de mí, porque en el momento en que me vio por primera vez yo era un jovencito de doce años, más o menos. Esto sería en el año 1878, después de haber estado ocho o nueve años en Inglaterra. Le rogó a mi padre que me dejara vivir con él y fue muy amable conmigo a su manera. Cuando estaba sobrio, le gustaba jugar conmigo al backgammon y a las damas, y me hacía su representante tanto con los criados como con los comerciantes, de modo que a los dieciséis años ya era el dueño de la casa. Tenía todas las llaves y podía ir a donde quisiera y hacer lo que quisiera, siempre que no le molestara en su intimidad. Sin embargo, había una excepción singular, pues tenía una sola habitación, un trastero entre los desvanes, que siempre estaba cerrado con llave y en el que nunca nos permitía entrar ni a mí ni a nadie. Con la curiosidad de un niño me he asomado por el ojo de la cerradura, pero nunca pude ver más que una colección de viejos baúles y fardos como cabría esperar en una habitación así.

"Un día -fue en marzo de 1883- una carta con un sello extranjero yacía en la mesa frente al plato del coronel. No era habitual que recibiera cartas, ya que todas sus facturas estaban pagadas con dinero contante y sonante, y no tenía amigos de ningún tipo. De la India -dijo al cogerla-, con matasellos de Pondicherry. ¿Qué puede ser esto? Al abrirlo apresuradamente, saltaron cinco pepitas de naranja secas, que cayeron sobre su plato. Comencé a reírme de esto, pero la risa se me quitó de los labios al ver su cara. Se le había hundido el labio, tenía los ojos desorbitados, la piel del color de la masilla, y miraba el sobre que aún sostenía en su mano temblorosa. "¡K.K.K.!", gritó, y luego, "¡Dios mío, Dios mío, mis pecados me han alcanzado!

" '¿Qué es, tío?', grité.

" 'La muerte', dijo, y levantándose de la mesa se retiró a su habitación, dejándome palpitando de horror. Cogí el sobre y vi garabateada con tinta roja en la solapa interior, justo encima de la goma, la letra K tres veces repetida. No había nada más, salvo las cinco pepitas secas. ¿Cuál podía ser la razón de su terror desbordante? Dejé la mesa del desayuno, y al subir la escalera me encontré con él bajando con una vieja llave oxidada, que debía de

pertenecer al desván, en una mano, y una pequeña caja de latón, como una caja de caudales, en la otra.

"Pueden hacer lo que quieran, pero yo les daré jaque mate", dijo con un juramento. Dígale a Mary que hoy quiero un fuego en mi habitación, y envíe a Fordham, el abogado de Horsham".

"Hice lo que me ordenó, y cuando el abogado llegó me pidió que subiera a la habitación. El fuego ardía intensamente, y en la rejilla había una masa de cenizas negras y blandas, como de papel quemado, mientras la caja de latón permanecía abierta y vacía a su lado. Al mirar la caja me di cuenta, con un sobresalto, de que en la tapa estaba impresa la triple K que había leído por la mañana en el sobre.

"Deseo, John -dijo mi tío-, que seas testigo de mi testamento. Dejo mi patrimonio, con todas sus ventajas y todos sus inconvenientes, a mi hermano, tu padre, de donde, sin duda, descenderá a ti. Si puedes disfrutarla en paz, ¡bien! Si ves que no puedes, sigue mi consejo, muchacho, y déjalo en manos de tu enemigo más letal. Lamento darte una cosa de tan doble filo, pero no puedo decir qué giro van a tomar las cosas. Tenga la amabilidad de firmar el papel donde el Sr. Fordham le indique".

"Firmé el papel como se me indicó, y el abogado se lo llevó. El singular incidente me causó, como usted puede pensar, la más profunda impresión, y reflexioné sobre él y le di todas las vueltas en mi mente sin poder sacar nada en claro. Sin embargo, no pude deshacerme de la vaga sensación de temor que me dejó, aunque la sensación se hizo menos aguda a medida que pasaban las semanas y no ocurría nada que perturbara la rutina habitual de nuestras vidas. Sin embargo, pude ver un cambio en mi tío. Bebía más que nunca, y estaba menos dispuesto a cualquier tipo de sociedad. Pasaba la mayor parte del tiempo en su habitación, con la puerta cerrada por dentro, pero a veces salía en una especie de frenesí de embriaguez e irrumpía en la casa y recorría el jardín con un revólver en la mano, gritando que no temía a nadie y que no debía ser encerrado, como una oveja en un corral, por el hombre o el diablo. Sin embargo, cuando estos arrebatos terminaban, se abalanzaba tumultuosamente sobre la puerta y la cerraba con llave tras de sí, como un hombre que ya no puede hacer frente al terror que le invade el alma. En esos momentos he visto su rostro, incluso en un día frío, brillar de humedad, como si estuviera recién salido de una palangana.

"Bien, para acabar con el asunto, señor Holmes, y para no abusar de su paciencia, hubo una noche en la que hizo una de esas salidas de borrachera de las que nunca volvió. Cuando fuimos a buscarlo, lo encontramos boca abajo en un pequeño estanque cubierto de espuma verde que había al pie del jardín. No había señales de violencia y el agua no tenía más que medio metro de profundidad, de modo que el jurado, teniendo en cuenta su conocida excentricidad, emitió un veredicto de "suicidio". Pero yo, que sabía cómo se estremecía ante la sola idea de la muerte, me costó mucho convencerme de que se había desviado de su camino para encontrarla. Sin embargo, el asunto pasó y mi padre entró en posesión de la finca y de unas catorce mil libras esterlinas, que estaban en su haber en el banco."

"Un momento", intervino Holmes, "su declaración es, preveo, una de las más notables que he escuchado jamás. Dígame la fecha de recepción de la carta por parte de su tío y la fecha de su supuesto suicidio."

"La carta llegó el 10 de marzo de 1883. Su muerte fue siete semanas después, en la noche del 2 de mayo".

"Gracias. Por favor, continúe."

"Cuando mi padre se hizo cargo de la propiedad de Horsham, a petición mía, hizo un cuidadoso examen del ático, que siempre había estado cerrado con llave. Encontramos la caja de latón allí, aunque su contenido había sido destruido. En el interior de la tapa había una etiqueta de papel, con las iniciales de K.K.K. repetidas sobre ella, y "Cartas, memorandos, recibos y un registro" escritos debajo. Suponemos que esto indicaba la naturaleza de los papeles que habían sido destruidos por el coronel Openshaw. Por lo demás, no había nada de gran importancia en el desván, salvo un gran número de papeles y cuadernos dispersos relacionados con la vida de mi tío en América. Algunos de ellos eran de la época de la guerra y demostraban que había cumplido bien con su deber y había tenido la reputación de un valiente soldado. Otros eran de la época de la reconstrucción de los estados del Sur, y se referían sobre todo a la política, ya que evidentemente había tomado parte activa en la oposición a los políticos de pacotilla que habían sido enviados desde el Norte.

"Bueno, fue a principios del 84 cuando mi padre vino a vivir a Horsham, y todo fue lo mejor que se pudo hasta enero del 85. El cuarto día después del año nuevo oí a mi padre dar un fuerte grito de sorpresa mientras estába-

mos sentados juntos en la mesa del desayuno. Allí estaba, sentado con un sobre recién abierto en una mano y cinco pepitas de naranja secas en la palma extendida de la otra. Siempre se había reído de lo que él llamaba mi historia de tonterías sobre el coronel, pero parecía muy asustado y desconcertado ahora que le había ocurrido lo mismo.

"¿Por qué, qué diablos significa esto, John?", tartamudeó.

"Mi corazón se había vuelto de plomo. Es K.K.K.', dije.

"Miró dentro del sobre. 'Así es', gritó. Aquí están las mismas cartas. ¿Pero qué es lo que está escrito encima de ellas?

" 'Pon los papeles en el reloj de sol', leí, espiando por encima de su hombro.

" '¿Qué papeles? ¿Qué reloj de sol?', preguntó.

"El reloj de sol del jardín. No hay otro", dije, "pero los papeles deben ser los que se destruyeron".

"¡Pooh!", dijo él, agarrando con fuerza su valor. Estamos en una tierra civilizada, y no podemos permitir este tipo de tonterías. ¿De dónde viene esta historia?

"De Dundee", respondí, mirando el matasellos.

"Una broma absurda", dijo. ¿Qué tengo yo que ver con relojes de sol y papeles? No voy a hacer caso de esas tonterías".

"Ciertamente, hablaría con la policía", dije.

"Y se reirían de mí por mis problemas. Nada de eso".

"Entonces, ¿me dejas hacerlo?"

"No, te lo prohíbo. No quiero que se arme un escándalo por semejante tontería".

"Fue en vano discutir con él, pues era un hombre muy obstinado. Sin embargo, seguí adelante con el corazón lleno de presentimientos."

"Al tercer día después de recibir la carta, mi padre salió de casa para visitar a un viejo amigo suyo, el comandante Freebody, que está al mando de uno de los fuertes de Portsdown Hill. Me alegré de que fuera, pues me parecía que estaba más alejado del peligro cuando estaba fuera de casa. Sin em-

bargo, me equivoqué. Al segundo día de su ausencia recibí un telegrama del comandante en el que me imploraba que viniera de inmediato. Mi padre se había caído en uno de los profundos pozos de cal que abundan en los alrededores, y yacía sin sentido, con el cráneo destrozado. Me apresuré a acudir a él, pero falleció sin haber recuperado el conocimiento. Al parecer, regresaba de Fareham en el crepúsculo, y como el terreno le era desconocido y el pozo de caliza no estaba vallado, el jurado no dudó en emitir un veredicto de "muerte por causas accidentales". Aunque examiné cuidadosamente todos los hechos relacionados con su muerte, no pude encontrar nada que pudiera sugerir la idea de un asesinato. No había signos de violencia, ni marcas de pisadas, ni robos, ni constancia de que se hubieran visto extraños en los caminos. Sin embargo, no hace falta que le diga que mi mente estaba lejos de estar tranquila, y que estaba casi seguro de que se había urdido algún plan sucio en torno a él.

"De esta manera siniestra llegué a mi herencia. ¿Me preguntarás por qué no me deshice de ella? Respondo que porque estaba bien convencido de que nuestros problemas dependían en cierto modo de un incidente en la vida de mi tío, y que el peligro sería tan acuciante en una casa como en otra."

"Fue en enero del 85 cuando mi pobre padre encontró su fin, y desde entonces han transcurrido dos años y ocho meses. Durante ese tiempo he vivido felizmente en Horsham, y había empezado a esperar que esa maldición hubiera desaparecido de la familia, y que hubiera terminado con la última generación. Sin embargo, había empezado a consolarme demasiado pronto; ayer por la mañana el golpe cayó en la misma forma en que había llegado a mi padre."

El joven sacó de su chaleco un sobre arrugado y, dirigiéndose a la mesa, sacudió sobre él cinco pequeñas pepitas de naranja secas.

"Este es el sobre", continuó. "El matasellos es de Londres-división este. Dentro están las mismas palabras que aparecían en el último mensaje de mi padre: 'K.K.K.'; y luego 'Pon los papeles en el reloj de sol'."

"¿Qué has hecho?", preguntó Holmes.

"Nada."

"¿Nada?"

"A decir verdad -hundió el rostro en sus manos blancas y delgadas-, me he sentido impotente. Me he sentido como uno de esos pobres conejos cuando la serpiente se retuerce hacia él. Me parece que estoy en las garras de un mal inexorable e irreductible, contra el que no hay previsión ni precauciones".

"¡Tut! tut!" gritó Sherlock Holmes. "Debes actuar, hombre, o estás perdido. Sólo la voluntad puede salvarte. No es momento para la desesperación".

"He visto a la policía".

"¡Ah!"

"Pero han escuchado mi historia con una sonrisa. Estoy convencido de que el inspector se ha formado la opinión de que las cartas son todas bromas pesadas, y que las muertes de mis parientes fueron realmente accidentes, como declaró el jurado, y no debían relacionarse con las advertencias."

Holmes agitó sus manos apretadas en el aire. "¡Increíble imbecilidad!", gritó.

"Sin embargo, me han concedido un policía, que puede permanecer en la casa conmigo".

"¿Ha venido con usted esta noche?"

"No. Tiene órdenes de quedarse en la casa".

De nuevo Holmes despotricó en el aire.

"¿Por qué has venido a verme?", gritó, "y, sobre todo, ¿por qué no has venido en seguida?"

"No lo sabía. Hasta hoy no he hablado con el comandante Prendergast de mis problemas y me ha aconsejado que acudiera a usted."

"Hace realmente dos días que recibió la carta. Deberíamos haber actuado antes. Supongo que no tiene más pruebas que las que nos ha presentado, ningún detalle sugestivo que pueda ayudarnos".

"Hay una cosa", dijo John Openshaw. Rebuscó en el bolsillo de su abrigo y, sacando un trozo de papel descolorido y azulado, lo puso sobre la mesa. "Recuerdo -dijo- que el día en que mi tío quemó los papeles, observé que los pequeños márgenes no quemados que yacían entre las cenizas eran de

este color en particular. Encontré esta única hoja en el suelo de su habitación, y me inclino a pensar que puede ser uno de los papeles que, tal vez, haya salido volando de entre los demás, y que de ese modo haya escapado a la destrucción. Más allá de la mención de las pepitas, no veo que nos ayude mucho. Yo mismo creo que es una página de algún diario privado. La escritura es, sin duda, de mi tío".

Holmes movió la lámpara y ambos nos inclinamos sobre la hoja de papel, que mostraba por su borde rasgado que, efectivamente, había sido arrancada de un libro. Llevaba por título "Marzo de 1869", y debajo aparecían las siguientes notas enigmáticas:

4°. Llegó Hudson. El mismo andén de siempre.

7°. Ponga las pepitas en McCauley, Paramore, y John Swain, de San Agustín.

9°. McCauley despejado.

10°. John Swain liberado.

12°. Visitamos Paramore. Todo bien.

"¡Gracias!" dijo Holmes, doblando el papel y devolviéndolo a nuestro visitante. "Y ahora no debe usted perder ni un instante más. No podemos tener tiempo ni siquiera para discutir lo que me ha dicho. Debe usted volver a casa inmediatamente y actuar".

"¿Qué debo hacer?"

"Sólo hay una cosa que hacer. Debe hacerse de inmediato. Debe poner este trozo de papel que nos ha mostrado en la caja de latón que ha descrito. También debe poner una nota que diga que todos los demás papeles fueron quemados por su tío, y que éste es el único que queda. Debe afirmarlo con palabras que lleven a la convicción. Una vez hecho esto, debe poner la caja sobre el reloj de sol, como se le ha indicado. ¿Entiendes?"

"Completamente."

"No pienses en la venganza, ni en nada por el estilo, por el momento. Creo que podemos obtenerla por medio de la ley; pero tenemos que tejer nuestra red, mientras que la suya ya está tejida. La primera consideración es

eliminar el peligro acuciante que os amenaza. La segunda es aclarar el misterio y castigar a los culpables".

"Se lo agradezco", dijo el joven, levantándose y poniéndose el abrigo. "Usted me ha dado nueva vida y esperanza. Ciertamente, haré lo que usted me aconseja".

"No pierda ni un instante. Y, sobre todo, cuídese mientras tanto, pues no creo que pueda haber duda de que está usted amenazado por un peligro muy real e inminente. ¿Cómo se vuelve?"

"En tren desde Waterloo".

"Todavía no son las nueve. Las calles estarán llenas de gente, así que confío en que pueda estar a salvo. Sin embargo, no puedes vigilarte lo suficiente".

"Estoy armado".

"Eso está bien. Mañana me pondré a trabajar en su caso".

"¿Te veré en Horsham, entonces?"

"No, su secreto está en Londres. Es allí donde lo buscaré".

"Entonces le llamaré en un día, o en dos, con noticias sobre la caja y los papeles. Seguiré su consejo en todo momento". Nos estrechó la mano y se despidió. Afuera el viento seguía gritando y la lluvia salpicaba y golpeaba las ventanas. Esta extraña y salvaje historia parecía haber llegado a nosotros en medio de los locos elementos, arrastrados como una hoja de algas en un valle, y ahora había sido reabsorbida por ellos una vez más.

Sherlock Holmes permaneció sentado durante un rato en silencio, con la cabeza inclinada hacia delante y los ojos fijos en el rojo resplandor del fuego. Luego encendió su pipa y, echándose hacia atrás en su silla, observó los anillos de humo azul que se perseguían hasta el techo.

"Creo, Watson", comentó por fin, "que de todos nuestros casos no hemos tenido ninguno más fantástico que éste".

"Salvo, quizás, el Signo de los Cuatro".

"Bueno, sí. Salvo, tal vez, ese. Y, sin embargo, este John Openshaw me parece que camina en medio de peligros aún mayores que los de los

Sholtos".

"Pero, ¿se ha formado usted", pregunté, "alguna concepción definida de cuáles son esos peligros?"

"No puede haber ninguna duda en cuanto a su naturaleza", respondió.

"Entonces, ¿qué son? ¿Quién es ese K.K.K. y por qué persigue a esta infeliz familia?"

Sherlock Holmes cerró los ojos y apoyó los codos en los brazos de su silla, con las puntas de los dedos juntas. "El razonador ideal -observó-, una vez que se le ha mostrado un solo hecho en todos sus aspectos, deduce de él no sólo toda la cadena de acontecimientos que lo han conducido, sino también todos los resultados que se derivan de él. Al igual que Cuvier podía describir correctamente a todo un animal mediante la contemplación de un solo hueso, el observador que ha comprendido a fondo un eslabón de una serie de incidentes debería ser capaz de exponer con precisión todos los demás, tanto los anteriores como los posteriores. No hemos llegado todavía a los resultados que la razón puede alcanzar por sí sola. Se pueden resolver problemas en el estudio que han desconcertado a todos los que han buscado una solución con la ayuda de sus sentidos. Para llevar el arte, sin embargo, a su más alto nivel, es necesario que el razonador sea capaz de utilizar todos los hechos que han llegado a su conocimiento; y esto en sí mismo implica, como se verá fácilmente, una posesión de todo el conocimiento, que, incluso en estos días de educación libre y enciclopedias, es un logro algo raro. Sin embargo, no es tan imposible que un hombre posea todos los conocimientos que puedan serle útiles en su trabajo, y esto es lo que he tratado de hacer en mi caso. Si no recuerdo mal, en una ocasión, en los primeros días de nuestra amistad, usted definió mis límites de manera muy precisa."

"Sí", respondí, riendo. "Era un documento singular. La filosofía, la astronomía y la política estaban marcadas en cero, recuerdo. La botánica variable, la geología profunda en cuanto a las manchas de barro de cualquier región en un radio de cincuenta millas de la ciudad, la química excéntrica, la anatomía asistemática, la literatura sensacionalista y los registros de crímenes únicos, el violinista, el boxeador, el espadachín, el abogado y el autoenvenenador por cocaína y tabaco. Esos, creo, fueron los puntos principales de mi análisis".

Holmes sonrió ante el último punto. "Bien", dijo, "digo ahora, como dije entonces, que un hombre debe tener su pequeño ático cerebral abastecido con todos los muebles que probablemente vaya a utilizar, y el resto puede guardarlo en el trastero de su biblioteca, donde puede conseguirlo si lo necesita. Ahora bien, para un caso como el que se nos ha presentado esta noche, necesitamos ciertamente reunir todos nuestros recursos. Por favor, páseme la letra K de la Enciclopedia Americana que está en el estante a su lado. Gracias. Ahora consideremos la situación y veamos qué se puede deducir de ella. En primer lugar, podemos empezar con una fuerte presunción de que el Coronel Openshaw tenía alguna razón muy fuerte para dejar América. Los hombres de su época no cambian todos sus hábitos y cambian de buena gana el encantador clima de Florida por la vida solitaria de una ciudad de provincias inglesa. Su extremo amor por la soledad en Inglaterra sugiere la idea de que temía a alguien o a algo, por lo que podemos asumir como hipótesis de trabajo que fue el miedo a alguien o a algo lo que le llevó a abandonar América. En cuanto a lo que temía, sólo podemos deducirlo considerando las formidables cartas que recibieron él y sus sucesores. ¿Se fijó en los matasellos de esas cartas?"

"La primera era de Pondicherry, la segunda de Dundee, y la tercera de Londres".

"Desde el este de Londres. ¿Qué deduce de eso?"

"Que todas son de puertos marítimos. Que el escritor estaba a bordo de un barco".

"Excelente. Ya tenemos una pista. No cabe duda de que la probabilidad - la fuerte probabilidad- es que el escritor estuviera a bordo de un barco. Y ahora consideremos otro punto. En el caso de Pondicherry, transcurrieron siete semanas entre la amenaza y su cumplimiento, en Dundee fueron sólo unos tres o cuatro días. ¿Sugiere eso algo?"

"Una mayor distancia a recorrer".

"Pero la carta también tenía una mayor distancia que recorrer".

"Entonces no veo el punto."

"Hay al menos una presunción de que el barco en el que el hombre o los hombres se encuentran es un barco de vela. Parece que siempre envían su singular aviso o señal antes de partir en su misión. Ya veis la rapidez con la

que la hazaña siguió a la señal cuando vino de Dundee. Si hubieran venido de Pondicherry en un barco de vapor habrían llegado casi tan pronto como su carta. Pero, de hecho, transcurrieron siete semanas. Creo que esas siete semanas representaron la diferencia entre el barco correo que trajo la carta y el velero que trajo al escritor."

"Es posible".

"Más que eso. Es probable. Y ahora ves la urgencia mortal de este nuevo caso, y por qué insté al joven Openshaw a la precaución. El golpe siempre ha caído al final del tiempo que los remitentes tardarían en recorrer la distancia. Pero éste viene de Londres, y por lo tanto no podemos contar con la demora".

"¡Dios mío!" grité. "¿Qué puede significar esta implacable persecución?"

"Los papeles que Openshaw llevaba son evidentemente de vital importancia para la persona o personas del velero. Creo que está bastante claro que debe haber más de uno. Un solo hombre no podría haber llevado a cabo dos muertes de tal manera como para engañar a un jurado de instrucción. Deben haber sido varios, y deben haber sido hombres con recursos y determinación. Sus papeles son los que pretenden tener, sea quien sea el poseedor de ellos. De este modo, ya ves que K.K.K. deja de ser las iniciales de un individuo y se convierte en la insignia de una sociedad."

"¿Pero de qué sociedad?"

"¿Nunca ha...?", dijo Sherlock Holmes, inclinándose hacia delante y bajando la voz, "¿nunca ha oído hablar del Ku Klux Klan?"

"Nunca lo he hecho".

Holmes pasó las hojas del libro sobre su rodilla. "Aquí está", dijo en seguida:

"Ku Klux Klan. Un nombre derivado de la extravagante semejanza con el sonido producido al amartillar un rifle. Esta terrible sociedad secreta fue formada por algunos ex soldados confederados en los estados del Sur después de la Guerra Civil, y rápidamente formó ramas locales en diferentes partes del país, especialmente en Tennessee, Luisiana, las Carolinas, Georgia y Florida. Su poder se utilizó con fines políticos, principalmente para aterrorizar a los votantes negros y asesinar y expulsar del país a quienes se

oponían a sus opiniones. Sus atropellos solían ir precedidos de una advertencia enviada al hombre marcado en alguna forma fantástica pero generalmente reconocida: una ramita de hojas de roble en algunas partes, semillas de melón o pepitas de naranja en otras. Al recibirla, la víctima podía abjurar abiertamente de sus costumbres anteriores o huir del país. Si se atrevía a salir, la muerte le sobrevinía indefectiblemente, y por lo general de una manera extraña e imprevista. La organización de la sociedad era tan perfecta, y sus métodos tan sistemáticos, que apenas hay constancia de un caso en el que algún hombre haya conseguido enfrentarse a ella impunemente, o en el que se haya podido descubrir a sus autores. Durante algunos años la organización floreció a pesar de los esfuerzos del gobierno de los Estados Unidos y de las mejores clases de la comunidad en el Sur. Finalmente, en el año 1869, el movimiento se derrumbó repentinamente, aunque desde esa fecha se han producido brotes esporádicos del mismo tipo".

"Observará usted -dijo Holmes, dejando el volumen- que la repentina disolución de la sociedad coincidió con la desaparición de Openshaw de América con sus documentos. Es muy posible que haya sido causa y efecto. No es de extrañar que él y su familia tengan tras de sí a algunos de los espíritus más implacables. Puede comprender que este registro y este diario pueden implicar a algunos de los primeros hombres del Sur, y que puede haber muchos que no dormirán tranquilos por la noche hasta que se recuperen."

"Entonces la página que hemos visto-"

"Es tal como podríamos esperar. Decía, si no recuerdo mal, 'envió las pepitas a A, B y C', es decir, les envió la advertencia de la sociedad. Luego hay anotaciones sucesivas de que A y B se fueron, o abandonaron el país, y finalmente que C fue visitado, con, me temo, un resultado siniestro para C. Bien, creo, doctor, que podemos dejar entrar algo de luz en este oscuro lugar, y creo que la única oportunidad que tiene el joven Openshaw mientras tanto es hacer lo que le he dicho. No hay nada más que decir ni que hacer esta noche, así que entrégame mi violín y tratemos de olvidar durante media hora el miserable clima y las formas aún más miserables de nuestros semejantes."

Había aclarado por la mañana, y el sol brillaba con un tenue resplandor a través del tenue velo que se cierne sobre la gran ciudad. Sherlock Holmes

ya estaba desayunando cuando bajé.

"Me disculparé por no haberle esperado -dijo-; preveo que tendré un día muy ocupado investigando el caso del joven Openshaw.

"¿Qué pasos va a dar?" pregunté.

"Dependerá mucho de los resultados de mis primeras investigaciones. Puede que tenga que ir a Horsham, después de todo".

"¿No irá allí primero?"

"No, empezaré por la ciudad. Toque el timbre y la criada le traerá el café".

Mientras esperaba, levanté el periódico sin abrir de la mesa y le eché un vistazo. Se posó en un titular que me hizo sentir un escalofrío en el corazón.

"Holmes", grité, "llega usted demasiado tarde".

"¡Ah!", dijo él, dejando su taza, "me lo temía. ¿Cómo se hizo?" Habló con calma, pero pude ver que estaba profundamente conmovido.

"Mi ojo captó el nombre de Openshaw, y el título "Tragedia cerca del puente de Waterloo". Aquí está el relato:

"Entre las nueve y las diez de la noche pasada, el agente de policía Cook, de la División H, que estaba de servicio cerca del puente de Waterloo, oyó un grito de auxilio y un chapoteo en el agua. La noche, sin embargo, era extremadamente oscura y tormentosa, por lo que, a pesar de la ayuda de varios transeúntes, fue imposible efectuar un rescate. Sin embargo, se dio la alarma y, con la ayuda de la policía acuática, se recuperó el cuerpo. Resultó ser el de un joven caballero cuyo nombre, según se desprende de un sobre que se encontró en su bolsillo, era John Openshaw, y cuya residencia está cerca de Horsham. Se conjetura que pudo haber bajado apresuradamente para tomar el último tren de la estación de Waterloo, y que en su prisa y en la extrema oscuridad se perdió en el camino y caminó sobre el borde de uno de los pequeños lugares de desembarco para los barcos de vapor del río. El cuerpo no presentaba huellas de violencia, y no cabe duda de que el fallecido había sido víctima de un desafortunado accidente, que debería tener el efecto de llamar la atención de las autoridades sobre el estado de los embarcaderos fluviales". "

Permanecimos sentados en silencio durante algunos minutos, con Holmes más deprimido y conmocionado de lo que nunca le había visto.

"Eso hiere mi orgullo, Watson", dijo al fin. "Es un sentimiento mezquino, sin duda, pero hiere mi orgullo. Ahora se convierte en un asunto personal para mí, y, si Dios me envía salud, pondré mi mano sobre esta banda. Que venga a pedirme ayuda, y que yo lo mande a la muerte..." Se levantó de su silla y se paseó por la habitación con una agitación incontrolable, con un rubor en sus cetrinas mejillas y un nervioso cerrar y abrir de sus largas y delgadas manos.

"Deben ser unos demonios astutos", exclamó al fin. "¿Cómo han podido engañarle hasta allí? El Embankment no está en la línea directa de la estación. El puente, sin duda, estaba demasiado lleno, incluso en una noche como ésta, para su propósito. Bueno, Watson, ya veremos quién gana a la larga. Voy a salir ahora".

"¿A la policía?"

"No; yo seré mi propia policía. Cuando haya hilado la telaraña podrán llevarse las moscas, pero no antes".

Durante todo el día me dediqué a mi trabajo profesional, y ya era tarde cuando regresé a Baker Street. Sherlock Holmes aún no había regresado. Eran casi las diez cuando entró, con aspecto pálido y agotado. Se acercó al aparador y, arrancando un trozo de pan, lo devoró con voracidad y lo regó con un largo trago de agua.

"Tienes hambre", comenté.

"Me muero de hambre". Se me había olvidado. No he comido nada desde el desayuno".

"¿Nada?"

"Ni un bocado. No he tenido tiempo de pensar en ello".

"¿Y cómo lo has conseguido?"

"Bien."

"¿Tienes alguna pista?"

"Las tengo en el hueco de mi mano. El joven Openshaw no permanecerá mucho tiempo sin ser descubierto. Por qué, Watson, pongamos su propia marca diabólica sobre ellos. Está bien pensado!"

"¿Qué quieres decir?"

Cogió una naranja del armario y, rompiéndola en pedazos, exprimió las pepitas sobre la mesa. De ellas tomó cinco y las metió en un sobre. En el interior de la solapa escribió "S. H. para J. O.". Luego lo selló y lo dirigió al "Capitán James Calhoun, Barca Lone Star, Savannah, Georgia".

"Eso le esperará cuando entre en el puerto", dijo, riéndose. "Puede darle una noche de insomnio. Le parecerá un presagio tan seguro de su destino como lo fue Openshaw antes que él".

"¿Y quién es ese capitán Calhoun?"

"El líder de la banda. Tendré a los otros, pero él primero".

"¿Cómo lo rastreó, entonces?"

Sacó una gran hoja de papel de su bolsillo, toda cubierta de fechas y nombres.

"He pasado todo el día", dijo, "sobre los registros de Lloyd y los archivos de los viejos papeles, siguiendo la futura carrera de cada buque que tocó en Pondicherry en enero y febrero del 83. Hubo treinta y seis barcos de buen tonelaje que fueron reportados allí durante esos meses. De ellos, uno, el Lone Star, atrajo instantáneamente mi atención, ya que, aunque se informó que había salido de Londres, el nombre es el que se le da a uno de los estados de la Unión."

"Texas, creo".

"No estaba ni estoy seguro de cuál; pero sabía que el barco debía tener un origen americano".

"¿Entonces qué?"

"Busqué en los registros de Dundee, y cuando encontré que la barca Lone Star estaba allí en enero del 85, mi sospecha se convirtió en una certeza. Entonces indagué sobre los buques que se encontraban en ese momento en el puerto de Londres".

"¿Sí?"

"El Lone Star había llegado aquí la semana pasada. Fui al Albert Dock y descubrí que la marea temprana lo había llevado río abajo esta mañana, con destino a Savannah. Envié un telegrama a Gravesend y me enteré de que había pasado hace algún tiempo, y como el viento es del este, no tengo duda de que ahora ha pasado por Goodwins y no está muy lejos de la Isla de Wight."

"¿Qué vas a hacer, entonces?"

"Oh, tengo mi mano sobre él. Él y los dos compañeros son, según he sabido, los únicos nativos americanos en el barco. Los otros son finlandeses y alemanes. También sé que los tres estuvieron fuera del barco anoche. Lo supe por el estibador que ha estado cargando su carga. Para cuando su velero llegue a Savannah, el barco correo habrá llevado esta carta, y el cable habrá informado a la policía de Savannah de que estos tres caballeros son muy buscados aquí por un cargo de asesinato."

Sin embargo, siempre hay un fallo en el mejor de los planes humanos, y los asesinos de John Openshaw nunca recibieron los avisos de color naranja que les mostrarían que otro, tan astuto y decidido como ellos, estaba tras su pista. Aquel año los vendavales equinocciales fueron muy largos y severos. Esperamos mucho tiempo noticias de la Estrella Solitaria de Savannah, pero nunca nos llegó ninguna. Al final oímos que en algún lugar lejano del Atlántico se había visto un poste de popa destrozado de un barco balanceándose en la depresión de una ola, con las letras "L. S." grabadas en él, y eso es todo lo que sabremos jamás del destino del Lone Star.

EL HOMBRE DEL LABIO TORCIDO

Isa Whitney, hermano del difunto Elias Whitney, D.D., director del Colegio Teológico de San Jorge, era muy adicto al opio. El hábito le sobrevino, según tengo entendido, a partir de algún loco capricho cuando estaba en la universidad; pues habiendo leído la descripción de De Quincey de sus sueños y sensaciones, había empapado su tabaco con láudano en un intento de producir los mismos efectos. Descubrió, como tantos otros, que la práctica es más fácil de conseguir que de deshacerse de ella, y durante muchos años continuó siendo un esclavo de la droga, objeto de horror y compasión a la vez para sus amigos y familiares. Puedo verlo ahora, con la cara amarilla y pastosa, los párpados caídos y las pupilas puntiagudas, acurrucado en una silla, como la ruina de un hombre noble.

Una noche -fue en junio del 1889- sonó mi timbre, más o menos a la hora en que un hombre da su primer bostezo y mira el reloj. Me senté en mi silla, y mi esposa dejó su labor de aguja en su regazo y puso una pequeña cara de decepción.

"¡Un paciente!", dijo. "Tendrás que salir".

Yo gemí, pues acababa de regresar de un día agotador.

Oímos abrir la puerta, unas palabras apresuradas y luego unos pasos rápidos sobre el linóleo. Nuestra propia puerta se abrió de golpe, y una dama, vestida con algo de color oscuro, con un velo negro, entró en la habitación.

"Disculpe que haya llamado tan tarde", comenzó, y luego, perdiendo repentinamente el control de sí misma, corrió hacia adelante, arrojó sus bra-

zos al cuello de mi esposa y sollozó sobre su hombro. "¡Oh, estoy en un gran problema!", gritó; "Necesito un poco de ayuda".

"Vaya", dijo mi esposa, subiendo su velo, "es Kate Whitney. ¡Cómo me has sorprendido, Kate! No tenía ni idea de quién eras cuando entraste".

"No sabía qué hacer, así que vine directamente a ti". Siempre fue así. La gente que estaba afligida acudía a mi esposa como los pájaros a un faro.

"Has sido muy amable al venir. Ahora, debes tomar un poco de vino y agua, y sentarte aquí cómodamente y contarnos todo. ¿O prefieres que mande a James a la cama?"

"¡Oh, no, no! Yo también quiero el consejo y la ayuda del doctor. Se trata de Isa. Hace dos días que no está en casa. Estoy tan asustada por él".

No era la primera vez que nos hablaba de los problemas de su marido, a mí como médico, a mi mujer como vieja amiga y compañera de colegio. La tranquilizamos y consolamos con las palabras que pudimos encontrar. ¿Sabía ella dónde estaba su marido? ¿Era posible que pudiéramos devolvérselo?

Parece que sí. Ella tenía la información más certera de que últimamente él, cuando le daba el ataque, había recurrido a un fumadero de opio en el extremo oriental de la ciudad. Hasta ahora, sus salidas se limitaban a un solo día, y regresaba al anochecer, retorcido y destrozado. Pero ahora el hechizo había durado cuarenta y ocho horas, y yacía allí, sin duda entre la escoria de los muelles, respirando el veneno o durmiendo sus efectos. Ella estaba segura de que lo encontraría en el Bar of Gold, en Upper Swandam Lane. ¿Pero qué iba a hacer ella? ¿Cómo podría ella, una mujer joven y tímida, abrirse paso en un lugar así y sacar a su marido de entre los rufianes que lo rodeaban?

Este era el caso, y por supuesto sólo había una manera de salir de él. ¿No podría escoltarla hasta ese lugar? Y luego, como segundo pensamiento, ¿por qué debería ella venir en absoluto? Yo era el asesor médico de Isa Whitney, y como tal tenía influencia sobre él. Podría manejarlo mejor si estuviera solo. Le prometí bajo mi palabra que le enviaría a casa en un taxi antes de dos horas si realmente estaba en la dirección que ella me había dado. Y así, en diez minutos, dejé atrás mi sillón y mi alegre sala de estar, y me dirigí a toda velocidad hacia el este en un coche de alquiler con un ex-

traño encargo, como me pareció en aquel momento, aunque el futuro sólo podría mostrar lo extraño que iba a ser.

Pero no hubo grandes dificultades en la primera etapa de mi aventura. Upper Swandam Lane es un vil callejón que se esconde detrás de los altos muelles que bordean la orilla norte del río, al este del puente de Londres. Entre una tienda de productos de limpieza y una tienda de ginebra, a la que se accede por una empinada escalera que conduce a un hueco negro como la boca de una cueva, encontré la guarida que buscaba. Ordené a mi taxi que esperara, bajé los escalones, desgastados en el centro por la incesante pisada de los pies ebrios; y a la luz de una vacilante lámpara de aceite sobre la puerta encontré el pestillo y me abrí paso a una habitación larga y baja, espesa y pesada por el humo marrón del opio, y adornada con literas de madera, como el puente de proa de un barco de emigrantes.

A través de la penumbra se podía vislumbrar vagamente los cuerpos tumbados en extrañas poses fantásticas, con los hombros inclinados, las rodillas dobladas, las cabezas echadas hacia atrás y las barbillas apuntando hacia arriba, y aquí y allá un ojo oscuro y sin brillo dirigido hacia el recién llegado. Entre las negras sombras brillaban pequeños círculos rojos de luz, a veces brillantes, a veces débiles, según el veneno ardiente que crecía o menguaba en las cazoletas de las pipas de metal. La mayoría permanecía en silencio, pero algunos murmuraban para sí mismos y otros hablaban juntos con una voz extraña, baja y monótona; su conversación se desarrollaba a borbotones y luego se reducía repentinamente al silencio, cada uno mascullando sus propios pensamientos y prestando poca atención a las palabras de su vecino. En el otro extremo había un pequeño brasero de carbón encendido, junto al cual, en un taburete de madera de tres patas, estaba sentado un anciano alto y delgado, con la mandíbula apoyada en los dos puños y los codos sobre las rodillas, mirando fijamente al fuego.

Cuando entré, un asistente malayo de aspecto cetrino se apresuró a traer una pipa para mí y un suministro de la droga, indicándome que me dirigiera a una litera vacía.

"Gracias. No he venido a quedarme", dije. "Hay un amigo mío, el señor Isa Whitney, y deseo hablar con él".

Hubo un movimiento y una exclamación a mi derecha, y al mirar a través de la penumbra, vi a Whitney, pálido, demacrado y desaliñado, mirándome

fijamente.

"¡Dios mío! Es Watson", dijo. Estaba en un lamentable estado de reacción, con todos los nervios en un tintineo. "Digo, Watson, ¿qué hora es?"

"Casi las once".

"¿De qué día?"

"Del viernes, 19 de junio".

"¡Santo cielo! Pensé que era miércoles. Es miércoles. ¿Para qué quieres asustar a un hombre?" Hundió la cara en sus brazos y comenzó a sollozar en un tono agudo.

"Te digo que es viernes, hombre. Tu mujer lleva dos días esperándote. Deberías estar avergonzado".

"Así es. Pero te has confundido, Watson, porque sólo he estado aquí unas horas, tres pipas, cuatro pipas... no recuerdo cuántas. Pero me iré a casa contigo. No asustaría a Kate-pobrecita Kate. ¡Dame la mano! ¿Tienes un taxi?"

"Sí, tengo uno esperando".

"Entonces iré en él. Pero debo algo. Averigüe lo que debo, Watson. No tengo ni idea. No puedo hacer nada por mí mismo".

Caminé por el estrecho pasillo entre la doble fila de durmientes, conteniendo la respiración para evitar los viles y estupefacientes vapores de la droga, y buscando al encargado. Al pasar junto al hombre alto que se sentaba junto al brasero, sentí un repentino tirón de la falda y una voz baja me susurró: "Pasa junto a mí y luego vuelve a mirarme". Las palabras cayeron claramente en mi oído. Miré hacia abajo. Sólo podían provenir del anciano que estaba a mi lado, y sin embargo estaba sentado tan absorto como siempre, muy delgado, muy arrugado, encorvado por la edad, con una pipa de opio colgando entre las rodillas, como si se le hubiera caído de los dedos por pura lasitud. Avancé dos pasos y miré hacia atrás. Necesité todo mi autocontrol para no soltar un grito de asombro. Se había vuelto de espaldas para que nadie pudiera verle excepto yo. Su figura se había rellenado, sus arrugas habían desaparecido, los ojos apagados habían recuperado su fuego, y allí, sentado junto al fuego y sonriendo ante mi sorpresa, estaba nada menos que Sherlock Holmes. Me hizo un leve gesto para que me acercara a él,

y al instante, cuando volvió a girar su rostro hacia la compañía, se sumió en una senilidad temblorosa y de labios sueltos.

"¡Holmes!" susurré, "¿qué diablos hace usted en este antro?"

"Lo más bajo que pueda", respondió; "tengo excelentes oídos. Si tuviera usted la gran amabilidad de deshacerse de ese amigo suyo tan pintoresco, me encantaría tener una pequeña charla con usted".

"Tengo un taxi fuera".

"Entonces, por favor, envíelo a casa en él. Puede confiar en él, ya que parece demasiado cojo como para hacer alguna travesura. Le recomiendo también que envíe una nota a su esposa para decirle que se ha unido a mí. Si espera fuera, estaré con usted en cinco minutos".

Era difícil rechazar cualquiera de las peticiones de Sherlock Holmes, ya que siempre eran muy concretas y se hacían con un aire tan tranquilo de dominio. Sin embargo, sentí que una vez que Whitney estuvo encerrado en la cabina, mi misión estaba prácticamente cumplida; y por lo demás, no podía desear nada mejor que asociarme con mi amigo en una de esas singulares aventuras que eran la condición normal de su existencia. En pocos minutos había escrito mi nota, había pagado la cuenta de Whitney, le había conducido hasta el taxi y le había visto atravesar la oscuridad. En muy poco tiempo, una figura decrepita había salido del fumadero de opio, y yo caminaba por la calle con Sherlock Holmes. Durante dos calles avanzó arrastrando los pies con la espalda encorvada y un pie inseguro. Luego, mirando rápidamente a su alrededor, se enderezó y estalló en una sonora carcajada.

"Supongo, Watson", dijo, "que imagina que he añadido el fumar opio a las inyecciones de cocaína, y todas las demás pequeñas debilidades sobre las que me ha favorecido con sus opiniones médicas".

"Ciertamente me sorprendió encontrarte allí".

"Pero no más que yo de encontrarte a vos".

"He venido a encontrar a un amigo".

"Y yo a encontrar un enemigo".

"¿Un enemigo?"

"Sí; uno de mis enemigos naturales, o, debería decir, mi presa natural. Brevemente, Watson, me encuentro en medio de una investigación muy notable, y he esperado encontrar una pista en las incoherentes divagaciones de estos locos, como ya he hecho antes. Si me hubieran reconocido en esa guarida, mi vida no habría valido ni una hora de compras, porque ya la he utilizado para mis propios fines, y el bribón de Lascar que la dirige ha jurado vengarse de mí. Hay una trampilla en la parte trasera de ese edificio, cerca de la esquina del muelle de Paul, que podría contar algunas historias extrañas de lo que ha pasado por ella en las noches sin luna."

"¿Qué? ¿No querrá decir cuerpos?"

"Sí, cuerpos, Watson. Seríamos ricos si tuviéramos 1.000 libras por cada pobre diablo que ha sido asesinado en ese antro. Es la más vil trampa para asesinatos de toda la ribera, y me temo que Neville St. Clair ha entrado en ella para no salir nunca más. Pero nuestra trampa debería estar aquí". Puso los dos dedos índice entre los dientes y silbó con fuerza, señal que fue respondida por un silbido similar desde la distancia, seguido en breve por el traqueteo de las ruedas y el tintineo de los cascos de los caballos.

"Ahora, Watson", dijo Holmes, mientras un alto carruaje se abría paso en la penumbra, arrojando dos túneles dorados de luz amarilla desde sus faroles laterales. "Vendrá conmigo, ¿verdad?"

"Si puedo ser útil".

"Oh, un camarada de confianza siempre es útil; y un cronista aún más. Mi habitación en Los Cedros es de cama doble".

"¿Los Cedros?"

"Sí; es la casa del señor St. Clair. Me hospedo allí mientras dirijo la investigación".

"¿Dónde está, entonces?"

"Cerca de Lee, en Kent. Tenemos un viaje de siete millas por delante".

"Pero yo estoy a ciegas".

"Por supuesto que lo está. Lo sabrá todo dentro de poco. Sube aquí. Muy bien, John; no te necesitaremos. Aquí tienes media corona. Búscame mañana, a eso de las once. Dale la cabeza. ¡Hasta la vista, pues!"

Dio un golpe al caballo con la fusta y nos alejamos a toda velocidad a través de la interminable sucesión de calles sombrías y desiertas, que se fueron ensanchando poco a poco, hasta que volamos por un amplio puente con balaustrada, con el turbio río fluyendo perezosamente bajo nosotros. Más allá se extendía otro aburrido desierto de ladrillos y mortero, cuyo silencio sólo se rompía con el pesado y regular paso de los policías, o con los cantos y gritos de algún grupo de juerguistas tardío. Una sorda grieta se deslizaba lentamente por el cielo, y una o dos estrellas titilaban tenuemente aquí y allá a través de las hendiduras de las nubes. Holmes conducía en silencio, con la cabeza hundida en el pecho y el aire de un hombre perdido en sus pensamientos, mientras yo me sentaba a su lado, con la curiosidad de saber en qué consistía esa nueva búsqueda que parecía poner a prueba sus facultades, pero temiendo interrumpir la corriente de sus pensamientos. Habíamos conducido varias millas, y estábamos empezando a llegar a los límites del cinturón de villas suburbanas, cuando se sacudió, se encogió de hombros, y encendió su pipa con el aire de un hombre que se ha convencido de que está actuando para lo que es mejor.

"Tiene usted un gran don de silencio, Watson", dijo. "Eso le hace muy valioso como compañero. Pon mi palabra, es una gran cosa para mí tener alguien con quien hablar, porque mis propios pensamientos no son demasiado agradables. Me preguntaba qué debería decirle a esta querida mujercita esta noche cuando me encuentre en la puerta".

"Olvidas que no sé nada al respecto".

"Sólo tendré tiempo de contarle los hechos del caso antes de llegar a Lee. Parece absurdamente simple, y sin embargo, de alguna manera no puedo conseguir nada para continuar. Hay mucho hilo, sin duda, pero no puedo meter el extremo en mi mano. Ahora, le expondré el caso de forma clara y concisa, Watson, y tal vez pueda ver una chispa donde todo es oscuro para mí".

"Proceda, entonces."

"Hace algunos años -para ser precisos, en mayo de 1884- llegó a Lee un caballero, de nombre Neville St. Clair, que parecía tener mucho dinero. Se hizo con una gran villa, la acondicionó muy bien y vivió en general con buen estilo. Poco a poco se fue haciendo de amigos en el barrio, y en 1887 se casó con la hija de un cervecero local, con la que ahora tiene dos hijos.

No tenía ninguna ocupación, pero estaba interesado en varias empresas y por lo general iba a la ciudad por la mañana, regresando en el tren de las 5:14 desde Cannon Street todas las noches. El Sr. St. Clair tiene ahora treinta y siete años, es un hombre de hábitos templados, un buen marido, un padre muy afectuoso y un hombre popular entre todos los que le conocen. Debo añadir que sus deudas actuales, por lo que hemos podido comprobar, ascienden a 88 libras esterlinas, mientras que su crédito en el Capital and Counties Bank es de 220 libras esterlinas. Por lo tanto, no hay razón para pensar que los problemas de dinero han estado rondando en su mente.”

"Clair fue a la ciudad un poco antes de lo habitual, comentando antes de partir que tenía que cumplir dos importantes encargos y que le llevaría a su hijito una caja de ladrillos de juguete. Por casualidad, ese mismo lunes, poco después de su partida, su esposa recibió un telegrama en el que se le informaba de que un pequeño paquete de considerable valor que estaba esperando le esperaba en las oficinas de la Compañía Naviera de Aberdeen. Ahora bien, si está usted bien informado en Londres, sabrá que la oficina de la compañía está en Fresno Street, que sale de Upper Swandam Lane, donde me ha encontrado esta noche. La señora St. Clair almorzó, partió hacia la City, hizo algunas compras, se dirigió a la oficina de la compañía, recogió su paquete y se encontró exactamente a las 4:35 caminando por Swandam Lane de regreso a la estación. ¿Me ha seguido hasta ahora?"

"Está muy claro".

"Si recuerda, el lunes era un día excesivamente caluroso, y la señora St. Clair caminaba lentamente, mirando a su alrededor con la esperanza de ver un taxi, ya que no le gustaba el barrio en el que se encontraba. Mientras caminaba así por Swandam Lane, oyó de repente una exclamación o un grito, y se quedó helada al ver a su marido mirándola y, según le pareció, haciéndole señas desde una ventana del segundo piso. La ventana estaba abierta, y ella vio claramente su rostro, que describe como terriblemente agitado. Le hizo un gesto frenético con las manos y luego desapareció de la ventana tan repentinamente que a ella le pareció que había sido arrancado por una fuerza irresistible desde atrás. Un punto singular que llamó la atención de su rápida mirada femenina fue que, aunque llevaba un abrigo oscuro, como el que había empezado a usar en la ciudad, no llevaba ni cuello ni corbata.

"Si recuerda, el lunes era un día excesivamente caluroso, y la señora St. Clair caminaba lentamente, mirando a su alrededor con la esperanza de ver un taxi, ya que no le gustaba el barrio en el que se encontraba. Mientras caminaba así por Swandam Lane, oyó de repente una jaculatoria o un grito, y se quedó helada al ver a su marido mirándola y, según le pareció, haciéndole señas desde una ventana del segundo piso. La ventana estaba abierta, y ella vio claramente su rostro, que describe como terriblemente agitado. Le hizo un gesto frenético con las manos y luego desapareció de la ventana tan repentinamente que a ella le pareció que había sido arrancado por una fuerza irresistible desde atrás. Un punto singular que llamó la atención de su rápida mirada femenina fue que, aunque llevaba un abrigo oscuro, como el que había empezado a usar en la ciudad, no llevaba ni cuello ni corbata.

"Convencida de que algo andaba mal con él, bajó corriendo los escalones -la casa no era otra que el fumadero de opio en el que me has encontrado esta noche- y corriendo por el salón delantero intentó subir las escaleras que llevaban al primer piso. Al pie de la escalera, sin embargo, se encontró con ese canalla Lascar del que he hablado, que la empujó hacia atrás y, ayudado por un danés, que hace de ayudante allí, la empujó a la calle. Llena de las más enloquecedoras dudas y temores, se precipitó calle abajo y, por rara suerte, se encontró en la calle Fresno con varios agentes de policía y un inspector, todos de camino a su ronda. El inspector y dos hombres la acompañaron de vuelta y, a pesar de la continua resistencia del propietario, se dirigieron a la habitación en la que se había visto por última vez al señor St Clair. Allí no había rastro de él. De hecho, en todo aquel piso no había nadie más que un miserable tullido de aspecto horrible que, al parecer, tenía allí su hogar. Tanto él como el Lascar juraron con firmeza que nadie más había estado en la habitación delantera durante la tarde. Tan decididos estaban a negarlo que el inspector se quedó perplejo, y casi había llegado a creer que la señora St. Clair se había equivocado cuando, con un grito, se abalanzó sobre una pequeña caja que había sobre la mesa y le arrancó la tapa. De ella cayó una cascada de ladrillos infantiles. Era el juguete que había prometido traer a casa.

"Este descubrimiento, y la evidente confusión que mostraba el lisiado, hicieron que el inspector se diera cuenta de que el asunto era grave. Se examinaron cuidadosamente las habitaciones, y todos los resultados apuntaban a un crimen abominable. La habitación delantera estaba claramente amue-

blada como sala de estar y daba a un pequeño dormitorio que daba a la parte trasera de uno de los muelles. Entre el muelle y la ventana del dormitorio hay una estrecha franja, que está seca con la marea baja, pero que con la marea alta está cubierta por al menos un metro y medio de agua. La ventana del dormitorio era amplia y se abría desde abajo. Al examinarla, se veían rastros de sangre en el alféizar de la ventana y varias gotas dispersas en el suelo de madera del dormitorio. Detrás de una cortina de la habitación delantera estaba toda la ropa del Sr. Neville St. Clair, a excepción de su abrigo. Sus botas, sus calcetines, su sombrero y su reloj estaban allí. No había señales de violencia en ninguna de estas prendas, y no había ningún otro rastro del señor Neville St. Clair. Al parecer, debió de salir por la ventana, ya que no se pudo descubrir ninguna otra salida, y las ominosas manchas de sangre en el alféizar daban pocas esperanzas de que pudiera salvarse nadando, ya que la marea estaba en su punto más alto en el momento de la tragedia.

"Y ahora en cuanto a los villanos que parecían estar inmediatamente implicados en el asunto. Se sabía que el Lascar era un hombre de los más viles antecedentes, pero como, según el relato de la señora St. Clair, se sabía que había estado al pie de la escalera a los pocos segundos de aparecer su marido en la ventana, difícilmente podía ser más que un cómplice del crimen. Su defensa fue de absoluta ignorancia, y protestó que no tenía conocimiento de las acciones de Hugh Boone, su inquilino, y que no podía explicar de ninguna manera la presencia de la ropa del caballero desaparecido.

"Hasta aquí el gerente de Lascar. Ahora hablaremos del siniestro lisiado que vive en el segundo piso del fumadero de opio, y que sin duda fue el último ser humano cuyos ojos se posaron en Neville St. Clair. Se llama Hugh Boone, y su horrible rostro es familiar para todo hombre que vaya mucho a la ciudad. Es un mendigo profesional, aunque para evitar las normas de la policía finge un pequeño comercio de vasijas de cerámica. A poca distancia de la calle Threadneedle, en el lado izquierdo, hay, como habrán observado, un pequeño ángulo en la pared. Aquí es donde esta criatura toma su asiento diario, con las piernas cruzadas y su pequeña reserva de fósforos en el regazo, y mientras es un espectáculo lastimero, una pequeña lluvia de caridad descende a la grasienta gorra de cuero que yace en el pavimento a su lado. He visto a este tipo más de una vez antes de que se me ocurriera conocerlo profesionalmente, y me ha sorprendido la cosecha que ha recogido en poco

tiempo. Su aspecto es tan notable que nadie puede pasar por delante de él sin observarlo. Una cabellera anaranjada, un rostro pálido desfigurado por una horrible cicatriz que, por su contracción, le ha hecho doblar el borde exterior del labio superior, una barbilla de bulldog y un par de ojos oscuros muy penetrantes, que presentan un singular contraste con el color de su cabello, lo distinguen de la multitud común de mendigos, y lo mismo ocurre con su ingenio, pues siempre está listo para responder a cualquier chisme que le lancen los transeúntes. Este es el hombre del que ahora sabemos que fue el huésped del fumadero de opio, y que fue el último que vio al caballero que buscamos."

"¡Pero un lisiado!", dije yo. "¿Qué podría haber hecho él solo contra un hombre en la flor de la vida?"

"Es un lisiado en el sentido de que camina con una cojera; pero en otros aspectos parece ser un hombre poderoso y bien nutrido. Seguramente su experiencia médica le dirá, Watson, que la debilidad de un miembro se compensa a menudo con una fuerza excepcional en los otros."

"Por favor, continúe su relato".

"La señora St. Clair se había desmayado al ver la sangre en la ventana, y la policía la acompañó a su casa en un taxi, ya que su presencia no podía ayudarles en sus investigaciones. El inspector Barton, que estaba a cargo del caso, hizo un examen muy minucioso del local, pero sin encontrar nada que arrojara alguna luz sobre el asunto. Se cometió un error al no detener a Boone inmediatamente, ya que se le concedieron algunos minutos durante los cuales podría haberse comunicado con su amigo el Lascar, pero esta falta se subsanó pronto, y se le detuvo y registró, sin que se encontrara nada que pudiera incriminarle. Es cierto que había algunas manchas de sangre en la manga de su camisa derecha, pero se señaló el dedo anular, que se había cortado cerca de la uña, y explicó que la hemorragia procedía de ahí, añadiendo que había estado en la ventana poco antes, y que las manchas que se habían observado allí procedían sin duda de la misma fuente. Negó enérgicamente haber visto nunca al Sr. Neville St. Clair y juró que la presencia de la ropa en su habitación era un misterio tanto para él como para la policía. En cuanto a la afirmación de la señora St. Clair de que había visto realmente a su marido en la ventana, declaró que debía estar loca o soñando. Fue trasladado, protestando en voz alta, a la comisaría de policía, mientras el ins-

pector permanecía en el lugar con la esperanza de que la marea menguante ofreciera alguna nueva pista.

"Y así fue, aunque apenas encontraron en el terraplén de barro lo que habían temido encontrar. Fue el abrigo de Neville St. Clair, y no Neville St. Clair, lo que quedó al descubierto al bajar la marea. ¿Y qué crees que encontraron en los bolsillos?"

"No puedo imaginarlo."

"No, no creo que lo adivine. Todos los bolsillos estaban llenos de peniques y medios peniques: 421 peniques y 270 medios peniques. No es de extrañar que no haya sido arrastrado por la marea. Pero un cuerpo humano es un asunto diferente. Hay un fuerte remolino entre el muelle y la casa. Parecía bastante probable que el abrigo lastrado hubiera permanecido cuando el cuerpo despojado había sido succionado por el río."

"Pero tengo entendido que el resto de la ropa se encontró en la habitación. ¿El cuerpo estaría vestido sólo con un abrigo?"

"No, señor, pero los hechos podrían ser resueltos de forma bastante específica. Supongamos que este hombre, Boone, hubiera empujado a Neville St. Clair a través de la ventana, no hay ojo humano que pudiera haber visto el acto. ¿Qué haría entonces? Por supuesto, inmediatamente se daría cuenta de que debe deshacerse de las prendas reveladoras. Tomaría el abrigo, entonces, y estaría en el acto de tirarlo, cuando se le ocurriría que nadaría y no se hundiría. Tiene poco tiempo, pues ha oído la refriega en el piso de abajo cuando la esposa intentó subir por la fuerza, y quizá ya ha oído a su cómplice Lascar que la policía está subiendo a toda prisa por la calle. No hay un instante que perder. Se apresura a ir a algún tesoro secreto, donde ha acumulado los frutos de su mendicidad, y se mete en los bolsillos todas las monedas que puede poner en sus manos para asegurarse de que el abrigo se hunda. Lo tira, y habría hecho lo mismo con las otras prendas si no hubiera oído el ruido de los pasos abajo, y sólo tuvo tiempo de cerrar la ventana cuando apareció la policía."

"Ciertamente suena factible".

"Bueno, lo tomaremos como una hipótesis de trabajo a falta de una mejor. Boone, como le he dicho, fue detenido y llevado a la comisaría, pero no pudo demostrarse que hubiera habido nunca nada contra él. Durante años

había sido conocido como un mendigo profesional, pero su vida parecía haber sido muy tranquila e inocente. Así está el asunto en la actualidad, y las cuestiones que hay que resolver -qué hacía Neville St. Clair en el fumadero de opio, qué le ocurrió cuando estaba allí, dónde está ahora y qué tuvo que ver Hugh Boone con su desaparición- están tan lejos de una solución como siempre. Confieso que no recuerdo ningún caso dentro de mi experiencia que pareciera a primera vista tan sencillo y que, sin embargo, presentara tantas dificultades."

Mientras Sherlock Holmes detallaba esta singular serie de acontecimientos, nosotros habíamos atravesado los alrededores de la gran ciudad hasta que las últimas casas dispersas habían quedado atrás y avanzábamos con un seto a cada lado. Sin embargo, justo cuando terminó, atravesamos dos pueblos dispersos, en los que todavía brillaban algunas luces en las ventanas.

"Estamos en las afueras de Lee", dijo mi acompañante. "Hemos tocado tres condados ingleses en nuestro corto trayecto, comenzando en Middlesex, pasando por un ángulo de Surrey y terminando en Kent. ¿Ves esa luz entre los árboles? Son los Cedros, y junto a esa lámpara está sentada una mujer cuyas ansiosas orejas ya han captado, no lo dudo, el tintineo de los pies de nuestro caballo."

"Pero, ¿por qué no llevan el caso desde Baker Street?" pregunté.

"Porque hay muchas averiguaciones que deben hacerse aquí. La señora St. Clair ha tenido la amabilidad de poner dos habitaciones a mi disposición, y puede estar seguro de que no tendrá más que una bienvenida para mi amiga y colega. Odio encontrarme con ella, Watson, cuando no tengo noticias de su marido. Aquí estamos. ¡Whoa, ahí, whoa!"

Nos habíamos detenido frente a una gran villa que se encontraba en su propio terreno. Un mozo de cuadra había salido a la cabeza del caballo y, bajando de un salto, seguí a Holmes por el pequeño y sinuoso camino de grava que conducía a la casa. Cuando nos acercamos, la puerta se abrió de golpe y una mujercita rubia se asomó a la abertura, vestida con una especie de muselina ligera, con un toque de gasa rosa mullida en el cuello y las muñecas. Estaba de pie con su figura perfilada contra el torrente de luz, una mano sobre la puerta, otra medio levantada en su afán, el cuerpo ligeramente inclinado, la cabeza y la cara sobresaliendo, con los ojos ansiosos y los labios entreabiertos, una pregunta en pie.

"¿Y bien?", gritó, "¿y bien?". Y entonces, al ver que éramos dos, lanzó un grito de esperanza que se hundió en un gemido al ver que mi compañero negaba con la cabeza y se encogía de hombros.

"¿No hay buenas noticias?"

"Ninguna".

"¿Ninguna mala?"

"No".

"Gracias a Dios por eso. Pero entra. Debes estar cansado, pues has tenido un largo día".

"Este es mi amigo, el Dr. Watson. Me ha sido de vital utilidad en varios de mis casos, y una afortunada casualidad ha hecho posible que lo traiga y lo asocie a esta investigación."

"Estoy encantada de verle", dijo ella, apretando mi mano cariñosamente. "Estoy segura de que perdonará todo lo que pueda faltar en nuestros arreglos, cuando considere el golpe que nos ha llegado tan repentinamente".

"Mi querida señora", dije yo, "soy un viejo combatiente, y si no lo fuera, veo muy claro que no hace falta ninguna disculpa. Si puedo ser de alguna ayuda, ya sea para usted o para mi amigo aquí presente, seré realmente feliz".

"Ahora, señor Sherlock Holmes -dijo la señora cuando entramos en un comedor bien iluminado, sobre cuya mesa se había dispuesto una cena fría-, me gustaría mucho hacerle una o dos preguntas sencillas, a las que le ruego que responda sin rodeos."

"Por supuesto, señora".

"No se preocupe por mis sentimientos. No soy histérica, ni tengo tendencia a desmayarme. Simplemente deseo escuchar su verdadera, verdadera opinión".

"¿Sobre qué punto?"

"En el fondo de su corazón, ¿cree usted que Neville está vivo?"

Sherlock Holmes parecía avergonzado por la pregunta. "¡Francamente, pues!", repitió ella, poniéndose de pie sobre la alfombra y mirándolo con

agudeza mientras él se recostaba en una silla de cesto.

"Francamente, entonces, señora, no lo creo".

"¿Cree que está muerto?"

"Sí, lo creo.

"¿Asesinado?"

"No digo eso. Tal vez".

"¿Y qué día encontró la muerte?"

"El lunes".

"Entonces quizá, señor Holmes, tenga usted la bondad de explicarme cómo es que hoy he recibido una carta suya".

Sherlock Holmes se levantó de su silla como si hubiera sido galvanizado.

"¡Qué!", rugió.

"Sí, hoy". Se puso de pie sonriendo, levantando un papelito en el aire.

"¿Puedo verlo?"

"Por supuesto".

Se lo arrebató en su afán, y alisándolo sobre la mesa, acercó la lámpara y lo examinó atentamente. Yo había abandonado mi silla y lo miraba por encima de su hombro. El sobre era muy tosco y llevaba el matasellos de Gravesend y la fecha de ese mismo día, o más bien del día anterior, pues era bastante más tarde de la medianoche.

"Escritura tosca", murmuró Holmes. "Seguramente no es la letra de su marido, señora".

"No, pero el anexo sí lo es".

"Percibo también que quien dirigió el sobre tuvo que ir a informarse sobre la dirección".

"¿Cómo puede saber eso?"

"El nombre, verá, está en tinta perfectamente negra, que se ha secado sola. El resto es de color grisáceo, lo que demuestra que se ha utilizado papel secante. Si se hubiera escrito directamente, y luego se hubiera borrado,

no tendría un tono negro intenso. Este hombre ha escrito el nombre y ha hecho una pausa antes de escribir la dirección, lo que sólo puede significar que no estaba familiarizado con ella. Es, por supuesto, una nimiedad, pero no hay nada tan importante como las nimiedades. Veamos ahora la carta. ¡Ja! ¡Hay un anexo aquí!"

"Sí, había un anillo. Su anillo de sello".

"¿Y está segura de que esta es la mano de su marido?"

"Una de sus manos".

"¿Una?"

"Su mano cuando escribía apresuradamente. Es muy diferente a su escritura habitual, y sin embargo la conozco bien".

"Querida, no te asustes. Todo saldrá bien. Hay un gran error que puede llevar algún tiempo rectificar. Espera con paciencia. Neville".

Escrito a lápiz en la hoja de un libro, tamaño octavo, sin marca de agua. ¡Hum! Publicado hoy en Gravesend por un hombre con un pulgar sucio. ¡Ja! Y la solapa ha sido engomada, si no estoy muy equivocado, por una persona que había estado masticando tabaco. ¿Y no tiene ninguna duda de que es la mano de su marido, señora?"

"Ninguna. Neville escribió esas palabras".

"Y fueron publicadas hoy en Gravesend. Bueno, señora St. Clair, las nubes se aligeran, aunque no me atrevería a decir que el peligro ha pasado".

"Pero debe estar vivo, señor Holmes".

"A no ser que se trate de una ingeniosa falsificación para ponernos en la pista equivocada. El anillo, después de todo, no prueba nada. Puede que se lo hayan quitado".

"¡No, no; es, es su propia escritura!"

"Muy bien. Puede, sin embargo, haber sido escrito el lunes y enviado hoy".

"Eso es posible".

"Si es así, pueden haber pasado muchas cosas entre medias".

"Oh, no debe desanimarme, señor Holmes. Sé que todo está bien con él. Hay una afinidad tan aguda entre nosotros que debería saber si el mal le sobreviene. El mismo día que le vi por última vez se cortó en el dormitorio, y sin embargo yo, en el comedor, subí corriendo al instante con la máxima certeza de que había ocurrido algo. ¿Cree usted que yo respondería a semejante nimiedad y, sin embargo, ignoraría su muerte?"

"He visto demasiado para no saber que la impresión de una mujer puede ser más valiosa que la conclusión de un razonador analítico. Y en esta carta tiene usted ciertamente una prueba muy fuerte para corroborar su opinión. Pero si su marido está vivo y es capaz de escribir cartas, ¿por qué debería permanecer lejos de usted?"

"No puedo imaginarlo. Es impensable".

"¿Y el lunes no hizo ningún comentario antes de dejarte?"

"No."

"¿Y se sorprendió al verlo en Swandam Lane?"

"Mucho."

"¿Estaba la ventana abierta?"

"Sí."

"Entonces, ¿podría haberte llamado?"

"Puede ser."

"¿Sólo, según tengo entendido, dio un grito inarticulado?"

"Sí."

"¿Una llamada de auxilio, pensó usted?"

"Sí. Agitó las manos".

"Pero podría haber sido un grito de sorpresa. ¿El asombro ante la inesperada visión de usted podría hacer que levantara las manos?"

"Es posible."

"¿Y pensaste que lo habían hecho retroceder?"

"Desapareció tan repentinamente".

"Podría haber saltado hacia atrás. ¿No vio a nadie más en la habitación?"

"No, pero este horrible hombre confesó haber estado allí, y el Lascar estaba al pie de la escalera".

"Así es. ¿Su marido, por lo que usted pudo ver, tenía puesta su ropa ordinaria?"

"Pero sin cuello ni corbata. Vi claramente su garganta desnuda".

"¿Había hablado alguna vez de Swandam Lane?"

"Nunca".

"¿Había mostrado alguna vez señales de haber tomado opio?"

"Nunca."

"Gracias, Sra. St. Clair. Esos son los puntos principales sobre los que quería ser absolutamente claro. Ahora cenaremos un poco y nos retiraremos, porque mañana podemos tener un día muy ocupado."

Se había puesto a nuestra disposición una amplia y confortable habitación con cama doble, y yo me metí rápidamente entre las sábanas, pues estaba cansado después de mi noche de aventuras. Sin embargo, Sherlock Holmes era un hombre que, cuando tenía un problema sin resolver en su mente, se pasaba días, e incluso una semana, sin descansar, dándole vueltas, reorganizando sus datos, mirándolo desde todos los puntos de vista hasta que lo había descifrado o se había convencido de que sus datos eran insuficientes. Pronto me di cuenta de que se estaba preparando para una sesión nocturna. Se quitó el abrigo y el chaleco, se puso una gran bata azul y luego se paseó por la habitación recogiendo almohadas de su cama y cojines del sofá y los sillones. Con ellos construyó una especie de diván oriental, sobre el que se sentó con las piernas cruzadas, con una onza de tabaco de picadillo y una caja de cerillas dispuestas frente a él. A la tenue luz de la lámpara lo vi sentado allí, con una vieja pipa de brezo entre los labios, los ojos fijos en la esquina del techo, el humo azul saliendo de él, silencioso, inmóvil, con la luz brillando sobre sus rasgos aguileños. Así se sentó mientras yo me dormía, y así se sentó cuando una repentina exaltación me hizo despertar, y encontré el sol de verano brillando en el apartamento. La pipa seguía entre sus labios, el humo seguía enroscándose hacia arriba, y la habitación estaba

llena de una densa bruma de tabaco, pero no quedaba nada del montón de trapos que había visto la noche anterior.

"¿Despierto, Watson?", preguntó.

"Sí".

"¿Listo para un paseo por la mañana?"

"Desde luego".

"Entonces vístete. Nadie se ha movido todavía, pero sé dónde duerme el mozo de cuadra, y pronto tendremos la correa fuera". Se rió para sí mismo mientras hablaba, sus ojos brillaron, y parecía un hombre diferente al sombrío pensador de la noche anterior.

Mientras me vestía, miré el reloj. No era de extrañar que nadie se moviera. Eran las cuatro y veinticinco minutos. Apenas había terminado cuando Holmes regresó con la noticia de que el muchacho estaba montando el caballo.

"Quiero poner a prueba una pequeña teoría mía", dijo, calzándose las botas. "Creo, Watson, que ahora se encuentra usted en presencia de uno de los más absolutos tontos de Europa. Me merezco que me echen de aquí a Charing Cross. Pero creo que ahora tengo la clave del asunto".

"¿Y dónde está?" pregunté, sonriendo.

"En el baño", respondió. "Oh, sí, no estoy bromeando", continuó, al ver mi mirada de incredulidad. "Acabo de estar allí, y lo he sacado, y lo tengo en esta bolsa de Gladstone. Vamos, muchacho, y veremos si no encaja en la cerradura".

Bajamos las escaleras lo más silenciosamente posible y salimos al brillante sol de la mañana. En el camino estaban nuestro caballo y el carro, con el mozo de cuadra medio vestido esperando a la cabeza. Nos subimos a él y salimos corriendo por la carretera de Londres. Algunos carros de campo se movían, llevando verduras a la metrópoli, pero las líneas de villas a ambos lados estaban tan silenciosas y sin vida como una ciudad en un sueño.

"Ha sido un caso singular en algunos puntos -dijo Holmes, haciendo galopar al caballo-. "Confieso que he estado tan ciego como un topo, pero es mejor aprender la sabiduría tarde que no aprenderla nunca".

En la ciudad, los más madrugadores empezaban a mirar con sueño desde sus ventanas cuando atravesamos las calles del lado de Surrey. Al pasar por la carretera del puente de Waterloo, cruzamos el río y, subiendo a toda prisa por Wellington Street, giramos bruscamente a la derecha y nos encontramos en Bow Street. Sherlock Holmes era muy conocido en el cuerpo, y los dos agentes que estaban en la puerta le saludaron. Uno de ellos sostenía la cabeza del caballo mientras el otro nos hacía pasar.

"¿Quién está de guardia?", preguntó Holmes.

"El inspector Bradstreet, señor".

"Ah, Bradstreet, ¿cómo está usted?" Un funcionario alto y corpulento había bajado por el pasillo con bandera de piedra, con gorra de pico y chaqueta de franela. "Deseo tener unas palabras tranquilas con usted, Bradstreet".

"Desde luego, señor Holmes. Pase a mi habitación".

Era una habitación pequeña, tipo despacho, con un enorme libro de contabilidad sobre la mesa y un teléfono que sobresalía de la pared. El inspector se sentó en su escritorio.

"¿Qué puedo hacer por usted, señor Holmes?"

"Llamé por ese mendigo, Boone, el que fue acusado de estar involucrado en la desaparición del señor Neville St. Clair, de Lee".

"Sí. Lo han traído y lo han dejado en prisión preventiva para más investigaciones".

"Eso he oído. ¿Lo tienen aquí?"

"En las celdas".

"¿Está tranquilo?"

"Oh, no da problemas. Pero es un sucio sinvergüenza".

"¿Sucio?"

"Sí, es todo lo que podemos hacer para que se lave las manos, y su cara es tan negra como la de un calderero. Bueno, cuando se haya resuelto su caso, tendrá un baño regular en la cárcel; y creo que, si lo vieras, estarías de acuerdo conmigo en que lo necesita."

"Me gustaría mucho verlo".

"¿Le gustaría? Eso es fácil de hacer. Venga por aquí. Puede dejar su maleta".

"No, creo que me la llevaré".

"Muy bien. Vengan por aquí, por favor". Nos condujo por un pasillo, abrió una puerta enrejada, pasó por una escalera de caracol y nos llevó a un pasillo encalado con una línea de puertas a cada lado.

"La tercera de la derecha es la suya", dijo el inspector. "¡Aquí está!" Echó hacia atrás silenciosamente un panel de la parte superior de la puerta y miró a través de él.

"Está dormido", dijo. "Se le puede ver muy bien".

Ambos pusimos los ojos en la reja. El prisionero yacía con la cara hacia nosotros, en un sueño muy profundo, respirando lenta y pesadamente. Era un hombre de mediana estatura, vestido toscamente, como correspondía a su vocación, con una camisa de color que sobresalía por la rotura de su andrajoso abrigo. Estaba, como había dicho el inspector, extremadamente sucio, pero la suciedad que cubría su rostro no podía ocultar su repulsiva fealdad. Una amplia llaga de una vieja cicatriz le atravesaba desde el ojo hasta la barbilla, y por su contracción le había subido un lado del labio superior, de modo que tres dientes quedaban expuestos en un gruñido perpetuo. Un mechón de pelo rojo muy brillante crecía bajo sobre sus ojos y su frente.

"Es una belleza, ¿verdad?", dijo el inspector.

"Ciertamente necesita un lavado", comentó Holmes. "Tuve la idea de que podría hacerlo, y me tomé la libertad de traer las herramientas conmigo". Mientras hablaba, abrió la bolsa de Gladstone y sacó, para mi asombro, una esponja de baño muy grande.

"¡Eh! Es usted muy gracioso", se rió el inspector.

"Ahora, si tiene usted la gran bondad de abrir esa puerta con mucho cuidado, pronto le haremos pasar por una figura mucho más respetable".

"Bueno, no sé por qué no", dijo el inspector. "No parece un mérito para las celdas de Bow Street, ¿verdad?". Introdujo la llave en la cerradura y todos entramos en silencio en la celda. El durmiente se dio media vuelta y volvió a sumirse en un profundo sueño. Holmes se inclinó hacia la jarra de

agua, humedeció su esponja y luego la frotó dos veces vigorosamente por la cara del prisionero.

"Permítame presentarle", gritó, "al señor Neville St. Clair, de Lee, en el condado de Kent".

Nunca en mi vida había visto un espectáculo semejante. La cara del hombre se desprendió bajo la esponja como la corteza de un árbol. Se esfumó el tosco tinte marrón. También había desaparecido la horrible cicatriz que lo atravesaba y el labio torcido que le daba una repulsiva mueca al rostro. Una sacudida apartó la enmarañada cabellera roja, y allí, sentado en su cama, había un hombre pálido, de rostro triste y aspecto refinado, de pelo negro y piel suave, que se frotaba los ojos y miraba a su alrededor con somnoliento desconcierto. Luego, al darse cuenta de la exposición, rompió en un grito y se arrojó con la cara hacia la almohada.

"¡Cielos!", gritó el inspector, "es, en efecto, el hombre desaparecido. Lo conozco por la fotografía".

El prisionero se volvió con el aire temerario de un hombre que se abandona a su destino. "Que así sea", dijo. "¿Y de qué se me acusa?"

"De escaparse con el Sr. Neville St. -Oh, vamos, no se le puede acusar de eso a menos que hagan un caso de intento de suicidio", dijo el inspector con una sonrisa. "Bueno, he estado veintisiete años en el cuerpo, pero esto realmente se lleva la palma".

"Si soy el señor Neville St. Clair, es obvio que no se ha cometido ningún delito y que, por lo tanto, estoy detenido ilegalmente".

"Ningún delito, pero se ha cometido un error muy grande", dijo Holmes. "Habría hecho usted mejor en confiar en su esposa".

"No fue la esposa; fueron los niños", gimió el prisionero. "Que Dios me ayude, no quiero que se avergüencen de su padre. ¡Dios mío! ¡Qué vergüenza! ¿Qué puedo hacer?"

Sherlock Holmes se sentó a su lado en el sofá y le dio unas amables palmaditas en el hombro.

"Si deja que sea un tribunal el que aclare el asunto -dijo-, por supuesto que difícilmente podrá evitar la publicidad. Por otra parte, si convence a las autoridades policiales de que no hay ningún caso posible contra usted, no sé

si hay alguna razón para que los detalles lleguen a los periódicos. Estoy seguro de que el inspector Bradstreet tomará nota de todo lo que usted nos diga y lo presentará a las autoridades competentes. El caso no llegaría nunca a los tribunales".

"¡Dios le bendiga!", gritó apasionadamente el prisionero. "Habría soportado la cárcel, ay, incluso la ejecución, antes que dejar mi miserable secreto como una mancha familiar a mis hijos.

"Usted es el primero que conoce mi historia. Mi padre era maestro de escuela en Chesterfield, donde recibí una excelente educación. Viajé en mi juventud, me subí al escenario, y finalmente me convertí en reportero de un periódico vespertino en Londres. Un día, mi director deseaba una serie de artículos sobre la mendicidad en la metrópoli, y yo me ofrecí para escribirlos. Ese fue el punto de partida de todas mis aventuras. Sólo probando la mendicidad como aficionado pude obtener los datos en los que basar mis artículos. Cuando era actor, por supuesto, había aprendido todos los secretos del maquillaje, y había sido famoso en la sala de fiestas por mi habilidad. Ahora me aproveché de mis logros. Me pinté la cara, y para hacerme lo más lamentable posible me hice una buena cicatriz y me fijé un lado del labio en una torsión con la ayuda de un pequeño trozo de yeso de color carne. Luego, con una cabellera pelirroja y un vestido apropiado, tomé mi puesto en la parte comercial de la ciudad, aparentemente como vendedor de fósforos, pero en realidad como mendigo. Durante siete horas ejercí mi oficio, y cuando regresé a casa por la noche me encontré con la sorpresa de que había recibido nada menos que 26 chelines y 4 peniques.

"Escribí mis artículos y no pensé más en el asunto hasta que, algún tiempo después, respaldé una factura para un amigo y me llegó una orden judicial por 25 libras. No sabía de dónde sacar el dinero, pero se me ocurrió una idea repentina. Pedí una gracia de quince días al acreedor, solicité vacaciones a mis empleadores y pasé el tiempo mendigando en la ciudad bajo mi disfraz. En diez días tenía el dinero y había pagado la deuda.

"Bien, puedes imaginar lo duro que fue establecerme en un arduo trabajo de dos libras a la semana cuando sabía que podía ganar lo mismo en un día untando mi cara con un poco de pintura, poniendo mi gorra en el suelo y quedándome quieto. Fue una larga lucha entre mi orgullo y el dinero, pero al final ganaron los dólares, y me deshice de los informes y me senté día

tras día en el rincón que había elegido al principio, inspirando lástima con mi rostro espantoso y llenando mis bolsillos de cobres. Sólo un hombre conocía mi secreto. Era el guardián de un antro bajo en el que solía alojarme en Swandam Lane, donde todas las mañanas podía salir como un mendigo escuálido y por las noches transformarme en un hombre bien vestido de la ciudad. Este tipo, un Lascar, estaba bien pagado por mí por sus habitaciones, por lo que sabía que mi secreto estaba a salvo en su poder.

"Bien, muy pronto descubrí que estaba ahorrando sumas considerables de dinero. No quiero decir que cualquier mendigo de las calles de Londres pudiera ganar 700 libras al año -que es menos de lo que yo ganaba de media-, sino que yo tenía ventajas excepcionales en mi capacidad para maquillarme, y también en una facilidad de réplica, que mejoraba con la práctica y me convertía en un personaje bastante reconocido en la City. Durante todo el día me llegó un torrente de peniques, variados por la plata, y era un día muy malo en el que no me llevaba dos libras.

"A medida que me enriquecía, me volví más ambicioso, tomé una casa en el campo y finalmente me casé, sin que nadie tuviera la menor sospecha de mi verdadera ocupación. Mi querida esposa sabía que tenía negocios en la ciudad. Poco sabía ella de qué.

"El lunes pasado había terminado el día y me estaba vistiendo en mi habitación, encima del fumadero de opio, cuando miré por la ventana y vi, para mi horror y asombro, que mi esposa estaba de pie en la calle, con los ojos fijos en mí. Di un grito de sorpresa, levanté los brazos para cubrirme la cara y, corriendo hacia mi confidente, el Lascar, le supliqué que impidiera que nadie se acercara a mí. Oí su voz abajo, pero sabía que no podía subir. Rápidamente me despojé de mis ropas, me puse las de un mendigo, y me puse los pigmentos y la peluca. Ni siquiera los ojos de una esposa podrían atravesar un disfraz tan completo. Pero entonces se me ocurrió que podría haber un registro en la habitación, y que la ropa podría traicionarme. Abrí de golpe la ventana, reabriendo con mi violencia un pequeño corte que me había infligido en el dormitorio aquella mañana. Luego cogí mi abrigo, que tenía el peso de las monedas de cobre que acababa de transferir a él desde la bolsa de cuero en la que llevaba mi recaudación. Lo arrojé por la ventana y desapareció en el Támesis. Las otras ropas me habrían seguido, pero en ese momento se produjo una avalancha de agentes en la escalera, y pocos minu-

tos después descubrí, más bien, confieso, para mi alivio, que en lugar de ser identificado como el señor Neville St. Clair.

"No sé si hay algo más que deba explicar. Estaba decidido a conservar mi disfraz el mayor tiempo posible, y de ahí mi preferencia por una cara sucia. Sabiendo que mi esposa estaría terriblemente inquieta, me quité el anillo y se lo confié al Lascar en un momento en que ningún agente me vigilaba, junto con un garabato apresurado, en el que le decía que no tenía motivos para temer."

"Esa nota le llegó ayer", dijo Holmes.

"¡Dios mío! Qué semana debe haber pasado!"

"La policía ha vigilado a ese tal Lascar -dijo el inspector Bradstreet-, y comprendo perfectamente que le resulte difícil enviar una carta sin ser observado. Probablemente se la entregó a algún marinero cliente suyo, que se olvidó de ella durante algunos días."

"Eso fue", dijo Holmes, asintiendo con aprobación; "no me cabe duda. Pero, ¿nunca le han perseguido por mendicidad?"

"Muchas veces; pero ¿qué fue para mí una multa?"

"Sin embargo, esto debe terminar aquí", dijo Bradstreet. "Si la policía va a silenciar este asunto, no debe aparecer más Hugh Boone".

"Lo he jurado con los juramentos más solemnes que un hombre puede hacer".

"En ese caso, creo que es probable que no se tomen más medidas. Pero si se le encuentra de nuevo, entonces todo debe salir a la luz. Estoy seguro, señor Holmes, de que estamos muy en deuda con usted por haber aclarado el asunto. Me gustaría saber cómo llega usted a sus resultados".

"Llegué a éste", dijo mi amigo, "sentándome sobre cinco almohadas y consumiendo una onza de tabaco de liar. Creo, Watson, que si vamos a Baker Street llegaremos a tiempo para el desayuno".

EL CARBUNCLO AZUL

Había visitado a mi amigo Sherlock Holmes la segunda mañana después de Navidad, con la intención de desearle las felicitaciones de la época. Estaba tumbado en el sofá con una bata púrpura, un portapipas a su alcance a la derecha y un montón de papeles arrugados de la mañana, evidentemente recién estudiados, cerca de él. Al lado del sofá había una silla de madera, y en el ángulo del respaldo colgaba un sombrero de fieltro muy sórdido y de mala fama, en muy mal estado y agrietado en varias partes. Una lente y un fórceps colocados en el asiento de la silla sugerían que el sombrero había sido suspendido de esta manera con el fin de examinarlo.

"Está usted ocupado", dije; "quizás le interrumpa".

"En absoluto. Me alegro de tener un amigo con el que poder discutir mis resultados. El asunto es completamente trivial -señaló con el pulgar en dirección al viejo sombrero-, pero hay puntos relacionados con él que no carecen totalmente de interés e incluso de instrucción."

Me senté en su sillón y me calenté las manos ante su crepitante fuego, ya que había entrado una fuerte helada y las ventanas estaban llenas de cristales de hielo. "Supongo", comenté, "que, a pesar de su aspecto hogareño, esta cosa tiene alguna historia mortal vinculada a ella, que es la pista que te guiará en la solución de algún misterio y el castigo de algún crimen".

"No, no. Ningún crimen", dijo Sherlock Holmes, riendo. "Sólo uno de esos pequeños incidentes caprichosos que ocurren cuando hay cuatro millones de seres humanos que se agolpan en el espacio de unas pocas millas cuadradas. En medio de la acción y la reacción de un enjambre tan denso de

humanidad, cabe esperar que se produzcan todas las combinaciones posibles de acontecimientos, y se presentarán muchos pequeños problemas que pueden ser sorprendentes y extraños sin ser criminales. Ya hemos tenido experiencias de este tipo".

"Tanto es así", comenté, "que de los últimos seis casos que he añadido a mis notas, tres han estado totalmente libres de cualquier delito legal".

"Precisamente. Usted alude a mi intento de recuperar los papeles de Irene Adler, al singular caso de la señorita Mary Sutherland y a la aventura del hombre del labio torcido. Pues bien, no me cabe duda de que este pequeño asunto entrará en la misma categoría inocente. ¿Conoces a Peterson, el comisario?"

"Sí".

"Es a él a quien pertenece este trofeo".

"Es su sombrero".

"No, no, él lo encontró. Su dueño es desconocido. Te ruego que no lo veas como un maltrecho sombrero, sino como un problema intelectual. Y, primero, cómo llegó aquí. Llegó en la mañana de Navidad, en compañía de un buen ganso gordo que, no me cabe duda, se está asando en este momento frente al fuego de Peterson. Los hechos son los siguientes: hacia las cuatro de la mañana de Navidad, Peterson, que, como saben, es un tipo muy honrado, volvía de una pequeña juerga y se dirigía a su casa por Tottenham Court Road. Delante de él vio, a la luz del gas, a un hombre alto, que caminaba con un ligero tropiezo y llevaba un ganso blanco colgado del hombro. Al llegar a la esquina de Goodge Street, se produjo una pelea entre este desconocido y un pequeño grupo de rufianes. Uno de estos últimos le arrancó el sombrero al hombre, que levantó su bastón para defenderse y, balanceándolo sobre su cabeza, rompió el escaparate de la tienda que tenía detrás. Peterson se apresuró a proteger al forastero de sus asaltantes, pero el hombre, conmocionado por haber roto el escaparate, y al ver que una persona de aspecto oficial se dirigía hacia él, dejó caer el ganso, se puso en marcha y desapareció en el laberinto de callejuelas que hay en la parte posterior de Tottenham Court Road. Los rufianes también huyeron ante la aparición de Peterson, de modo que éste quedó en poder del campo de batalla, y también

del botín de la victoria en forma de este maltrecho sombrero y un ganso navideño de lo más intachable."

"¿Que seguramente devolvió a su dueño?"

"Mi querido amigo, ahí está el problema. Es cierto que "Para la señora de Henry Baker" estaba impreso en una pequeña tarjeta que estaba atada a la pata izquierda del ave, y también es cierto que las iniciales "H. B." son legibles en el forro de este sombrero, pero como hay unos miles de Bakers, y unos cientos de Henry Bakers en esta ciudad nuestra, no es fácil devolver la propiedad perdida a ninguno de ellos."

"¿Qué hizo entonces Peterson?"

"Me trajo tanto el sombrero como el ganso en la mañana de Navidad, sabiendo que hasta los problemas más pequeños me interesan. El ganso lo re-tuvimos hasta esta mañana, cuando hubo indicios de que, a pesar de la ligera helada, sería bueno que se comiera sin demora innecesaria. Su buscador se lo ha llevado, por tanto, para cumplir el destino final de un ganso, mientras que yo sigo reteniendo el sombrero del caballero desconocido que perdió su cena de Navidad."

"¿No se ha anunciado?"

"No."

"Entonces, ¿qué pista podrías tener sobre su identidad?"

"Sólo lo que podemos deducir".

"¿De su sombrero?"

"Precisamente."

"Pero estás bromeando. ¿Qué puedes deducir de este viejo y maltrecho fieltro?"

"Aquí está mi objetivo. Usted conoce mis métodos. ¿Qué puede deducir usted mismo en cuanto a la personalidad del hombre que ha llevado esta prenda?"

Tomé el objeto andrajoso en mis manos y lo giré con bastante pesar. Era un sombrero negro muy ordinario, de la forma redonda habitual, duro y en muy mal estado. El forro había sido de seda roja, pero estaba bastante des-

colorido. No tenía el nombre del fabricante, pero, como había observado Holmes, las iniciales "H. B." estaban garabateadas en un lado. Tenía un orificio en el ala para un sujeta sombreros, pero faltaba el elástico. Por lo demás, estaba agrietado, sumamente polvoriento y manchado en varios lugares, aunque parecía haber habido algún intento de ocultar las manchas descoloridas manchándolas con tinta.

"No veo nada", dije, devolviéndoselo a mi amigo.

"Por el contrario, Watson, lo ve todo. Sin embargo, no sabe razonar a partir de lo que ve. Es usted demasiado tímido a la hora de hacer sus deducciones".

"Entonces, por favor, dígame qué es lo que puede inferir de este sombrero".

Lo cogió y lo miró con la peculiar forma introspectiva que le caracterizaba. "Quizá sea menos sugestivo de lo que podría haber sido", observó, "y sin embargo hay algunas inferencias que son muy claras, y otras que representan al menos un fuerte equilibrio de probabilidades. Que el hombre era muy intelectual es, por supuesto, obvio a primera vista, y también que fue bastante adinerado en los últimos tres años, aunque ahora ha caído en desgracia. Era previsor, pero ahora tiene menos que antes, lo que indica un retroceso moral que, junto con el declive de su fortuna, parece indicar que alguna influencia maligna, probablemente la bebida, está actuando sobre él. Esto puede explicar también el hecho obvio de que su esposa ha dejado de amarlo".

"¡Mi querido Holmes!"

"Sin embargo, ha conservado cierto grado de autoestima", continuó, sin hacer caso de mi protesta. "Es un hombre que lleva una vida sedentaria, que sale poco, que ha dejado de formarse por completo, que es de mediana edad, que tiene el pelo canoso que se ha cortado en los últimos días y que unge con crema de cal. Estos son los hechos más evidentes que se deducen de su sombrero. También, por cierto, que es extremadamente improbable que tenga gas instalado en su casa".

"Sin duda está bromeando, Holmes".

"En absoluto. ¿Es posible que incluso ahora, cuando le doy estos resultados, sea usted incapaz de ver cómo se consiguen?"

"No tengo ninguna duda de que soy muy estúpido, pero debo confesar que soy incapaz de seguirle. Por ejemplo, ¿cómo ha deducido usted que este hombre era intelectual?"

Como respuesta, Holmes se puso el sombrero en la cabeza. Le llegó justo a la frente y se posó sobre el puente de la nariz. "Es una cuestión de capacidad cúbica", dijo; "un hombre con un cerebro tan grande debe tener algo en él".

"¿El declive de su fortuna, entonces?"

"Este sombrero tiene tres años. Estas alas planas rizadas en el borde llegaron entonces. Es un sombrero de la mejor calidad. Mire la banda de seda acanalada y el excelente forro. Si este hombre pudo permitirse comprar un sombrero tan caro hace tres años, y no ha tenido ningún sombrero desde entonces, entonces es seguro que ha descendido en el mundo."

"Bueno, eso está bastante claro, ciertamente. ¿Pero qué hay de la previsión y el retroceso moral?"

Sherlock Holmes se rió. "Aquí está la previsión", dijo poniendo el dedo sobre el pequeño disco y el lazo del guardasombrero. "Nunca se venden sobre sombreros. Si este hombre encargó uno, es señal de cierta previsión, ya que se desvivió por tomar esta precaución contra el viento. Pero como vemos que ha roto el elástico y no se ha preocupado de reemplazarlo, es obvio que ahora tiene menos previsión que antes, lo que es una clara prueba de una naturaleza debilitada. Por otra parte, se ha esforzado por ocultar algunas de estas manchas en el fieltro embadurnándolas de tinta, lo que es una señal de que no ha perdido del todo su autoestima."

"Su razonamiento es ciertamente plausible".

"Los puntos adicionales, que es de mediana edad, que su cabello es canoso, que ha sido cortado recientemente, y que usa crema de cal, se deducen de un examen minucioso de la parte inferior del forro. La lente revela un gran número de puntas de cabello, cortadas limpiamente por las tijeras del barbero. Todos ellos parecen ser adhesivos, y hay un claro olor a crema de cal. Este polvo, observará usted, no es el polvo gris y arenoso de la calle, sino el polvo marrón y esponjoso de la casa, lo que demuestra que ha estado colgado en el interior la mayor parte del tiempo, mientras que las marcas de humedad en el interior son una prueba fehaciente de que el portador transpi-

raba muy libremente, y por lo tanto, difícilmente podía estar en el mejor de los entrenamientos."

"Pero su esposa... usted dijo que ella había dejado de amarlo".

"Este sombrero no ha sido cepillado durante semanas. Cuando te vea, mi querido Watson, con una semana de acumulación de polvo sobre tu sombrero, y cuando tu esposa te permita salir en ese estado, temeré que tú también hayas tenido la desgracia de perder el afecto de tu esposa."

"Pero podría ser un soltero".

"No, traía el ganso a casa como ofrenda de paz a su esposa. Recuerde la tarjeta en la pata del pájaro".

"Usted tiene una respuesta para todo. Pero, ¿cómo se deduce que el gas no está puesto en su casa?"

"Una mancha de sebo, o incluso dos, podría venir por casualidad; pero cuando veo no menos de cinco, creo que no puede haber ninguna duda de que el individuo debe estar en contacto frecuente con el sebo ardiendo; camina arriba por la noche probablemente con su sombrero en una mano y una vela de canalón en la otra. En cualquier caso, nunca se manchó de sebo con un chorro de gas. ¿Está usted satisfecho?"

"Bueno, es muy ingenioso", dije yo, riendo; "pero dado que, como usted acaba de decir, no se ha cometido ningún crimen, ni se ha hecho ningún daño, salvo la pérdida de un ganso, todo esto parece ser más bien un desperdicio de energía."

Sherlock Holmes había abierto la boca para replicar, cuando la puerta se abrió de golpe y Peterson, el comisario, entró corriendo en el apartamento con las mejillas sonrojadas y la cara de un hombre aturdido por el asombro.

"¡El ganso, señor Holmes! El ganso, señor!", jadeó.

"¿Eh? ¿Qué pasa con él, entonces? ¿Ha vuelto a la vida y ha salido alejando por la ventana de la cocina?" Holmes se giró en el sofá para tener una visión más clara de la cara de excitación del hombre.

"¡Mire, señor! Vea lo que mi esposa encontró en su buche". Extendió la mano y mostró en el centro de la palma una piedra azul brillantemente centelleante, de tamaño más bien pequeño que una judía, pero de tal pureza y

resplandor que centelleaba como un punto eléctrico en el oscuro hueco de su mano.

Sherlock Holmes se incorporó con un silbido. "¡Por Dios, Peterson!", dijo, "esto es un verdadero tesoro. ¿Supongo que sabe lo que tiene?"

"¿Un diamante, señor? Una piedra preciosa. Se corta en el cristal como si fuera masilla".

"Es más que una piedra preciosa. Es la piedra preciosa".

"¿Es el carbunclo azul de la Condesa de Morcar!", exclamé.

"Precisamente eso. Debería conocer su tamaño y su forma, ya que últimamente he leído el anuncio sobre él en el Times todos los días. Es absolutamente único, y su valor sólo puede conjeturarse, pero la recompensa ofrecida de mil libras no está ciertamente a una vigésima parte del precio de mercado."

"¡Mil libras! ¡Grandioso Señor de la misericordia!" El comisario se acomodó en una silla y se quedó mirando de uno a otro de nosotros.

"Esa es la recompensa, y tengo razones para saber que hay consideraciones sentimentales de fondo que inducirían a la Condesa a desprenderse de la mitad de su fortuna si pudiera recuperar la gema".

"Se perdió, si no recuerdo mal, en el Hotel Cosmopolitan", comenté.

"Precisamente, el 22 de diciembre, hace apenas cinco días. John Horner, un fontanero, fue acusado de haberla extraído del joyero de la señora. Las pruebas contra él eran tan contundentes que el caso ha sido remitido a la Audiencia. Creo que tengo aquí algún relato del asunto". Rebuscó entre sus periódicos, echando un vistazo a las fechas, hasta que por fin alisó uno, lo dobló y leyó el siguiente párrafo:

"Robo de joyas en el Hotel Cosmopolitan. John Horner, de 26 años, fontanero, fue acusado de haber sustraído, el día 22, del joyero de la condesa de Morcar la valiosa gema conocida como carbunclo azul. James Ryder, encargado del hotel, declaró que el día del robo había llevado a Horner al camerino de la condesa de Morcar para que soldara la segunda barra de la reja, que estaba suelta. Había permanecido con Horner algún tiempo, pero finalmente le llamaron para que se fuera. Al regresar, encontró que Horner había desaparecido, que la mesa había sido forzada y que el pequeño cofre

de marruecos en el que, según se supo después, la Condesa acostumbraba a guardar su joya, estaba vacío sobre el tocador. Ryder dio inmediatamente la alarma y Horner fue arrestado esa misma noche, pero no se pudo encontrar la piedra ni en su persona ni en sus habitaciones. Catherine Cusack, criada de la Condesa, declaró haber oído el grito de consternación de Ryder al descubrir el robo, y haber entrado corriendo en la habitación, donde encontró las cosas tal como las había descrito el último testigo. El inspector Bradstreet, de la división B, declaró sobre la detención de Horner, que luchó frenéticamente y protestó por su inocencia en los términos más enérgicos. Habiéndose presentado pruebas de una condena anterior por robo contra el prisionero, el magistrado se negó a tratar el delito de forma sumaria, sino que lo remitió a la Audiencia. Horner, que había mostrado signos de intensa excitación durante el proceso, se desmayó al final y fue sacado del tribunal".

"¡Hum! Esto es demasiado para el juzgado de guardia -dijo Holmes, pensativo, tirando a un lado el papel-. "La cuestión que tenemos que resolver ahora es la secuencia de acontecimientos que van desde un joyero desvalijado, por un lado, hasta la muerte de un ganso en Tottenham Court Road, por otro. Verá, Watson, nuestras pequeñas deducciones han adquirido de repente un aspecto mucho más importante y menos inocente. Aquí está la piedra; la piedra vino del ganso, y el ganso vino del señor Henry Baker, el caballero del sombrero estropeado y todas las demás características con las que le he aburrido. Así que ahora debemos dedicarnos muy seriamente a encontrar a este caballero y averiguar qué papel ha desempeñado en este pequeño misterio. Para ello, debemos intentar primero los medios más sencillos, y éstos consisten sin duda en un anuncio en todos los periódicos de la tarde. Si esto fracasa, recurriré a otros métodos".

"¿Qué va a decir?"

"Dame un lápiz y ese trozo de papel. Ahora, entonces: 'Encontrado en la esquina de Goodge Street, un ganso y un sombrero de fieltro negro. El señor Henry Baker puede tenerlos solicitándolos a las seis y media de esta tarde en el 221B de la calle Baker'. Eso es claro y conciso".

"Mucho. Pero, ¿lo verá?"

"Bueno, seguro que estará atento a los papeles, ya que, para un pobre hombre, la pérdida ha sido cuantiosa. Está claro que se asustó tanto por su infortunio al romper la ventana y por la aproximación de Peterson que no

pensó en otra cosa que en huir, pero desde entonces debió lamentar amargamente el impulso que le hizo soltar su ave. Entonces, de nuevo, la introducción de su nombre hará que lo vea, pues todos los que lo conocen dirigirán su atención hacia él. Toma, Peterson, corre a la agencia de publicidad y haz que pongan esto en los periódicos de la tarde".

"¿En cuáles, señor?"

"Oh, en el Globe, el Star, el Pall Mall, el St. James's, el Evening News, el Standard, el Echo y cualquier otro que se le ocurra".

"Muy bien, señor. ¿Y esta piedra?"

"Ah, sí, me quedaré con la piedra. Gracias. Y, digo, Peterson, compre un ganso a su regreso y déjelo aquí conmigo, pues debemos tener uno para dar a este caballero en lugar del que su familia está devorando ahora."

Cuando el comisario se hubo marchado, Holmes tomó la piedra y la sostuvo contra la luz. "Es una cosa muy bonita", dijo. "No hay más que ver cómo brilla y centellea. Por supuesto que es un centro y un foco del crimen. Toda buena piedra lo es. Son los cebos preferidos del diablo. En las joyas más grandes y antiguas cada una de las caras puede representar un hecho sangriento. Esta piedra no tiene todavía veinte años. Fue encontrada en las riberas del río Amoy, en el sur de China, y destaca por tener todas las características del carbunco, salvo que su tono es azul en lugar de rojo rubí. A pesar de su juventud, ya tiene una historia siniestra. Ha habido dos asesinatos, un lanzamiento de vitriolo, un suicidio y varios robos provocados por este peso de cuarenta granos de carbón cristalizado. ¿Quién podría pensar que un juguete tan bonito sería un portador de la horca y la prisión? Ahora lo guardaré en mi caja fuerte y enviaré una carta a la Condesa para decirle que lo tenemos".

"¿Cree usted que este hombre Horner es inocente?"

"No puedo decirlo".

"Bueno, entonces, ¿imagina que este otro, Henry Baker, tuvo algo que ver con el asunto?"

"Creo que es mucho más probable que Henry Baker sea un hombre absolutamente inocente, que no tenía ni idea de que el pájaro que llevaba tenía un valor considerablemente mayor que si fuera de oro macizo. Eso, sin em-

bargo, lo determinaré mediante una prueba muy sencilla si tenemos una respuesta a nuestro anuncio."

"¿Y no puede hacer nada hasta entonces?"

"Nada."

"En ese caso, continuaré mi ronda profesional. Pero volveré por la tarde a la hora que ha mencionado, pues me gustaría ver la solución de tan enmarañado asunto."

"Me alegra mucho verle. Ceno a las siete. Hay una becada, creo. Por cierto, en vista de los recientes sucesos, tal vez debería pedirle a la Sra. Hudson que revise su cosecha".

Me había retrasado en un caso, y eran poco más de las seis y media cuando me encontré de nuevo en Baker Street. Al acercarme a la casa vi a un hombre alto, con un gorro escocés y un abrigo abotonado hasta la barbilla, que esperaba fuera, en el luminoso semicírculo que arrojaba la luz del ventilador. Justo cuando llegué se abrió la puerta y nos hicieron subir juntos a la habitación de Holmes.

"El señor Henry Baker, creo", dijo él, levantándose de su sillón y saludando a su visitante con el fácil aire de genialidad que tan fácilmente podía asumir. "Por favor, tome esta silla junto al fuego, señor Baker. Es una noche fría, y observo que su circulación está más adaptada al verano que al invierno. Ah, Watson, ha llegado en el momento justo. ¿Es su sombrero, Sr. Baker?"

"Sí, señor, ese es sin duda mi sombrero".

Era un hombre grande, de hombros redondeados, cabeza maciza y rostro ancho e inteligente, que descendía hasta una barba puntiaguda de color marrón canoso. Un toque de color rojo en la nariz y las mejillas, junto con un ligero temblor de su mano extendida, recordaban las conjeturas de Holmes sobre sus hábitos. Su gabardina negra y oxidada estaba abotonada por delante, con el cuello levantado, y sus muñecas larguiruchas sobresalían de las mangas sin señal de puño o camisa. Hablaba de forma lenta y entrecortada, eligiendo sus palabras con cuidado, y daba la impresión general de ser un hombre de letras que había sido maltratado por la fortuna.

"Hemos retenido estas cosas durante algunos días -dijo Holmes- porque esperábamos ver un anuncio suyo en el que se diera su dirección. Me cuesta saber por qué no se ha anunciado".

Nuestro visitante soltó una carcajada algo avergonzada. "Los chelines ya no son tan abundantes para mí como antes", comentó. "No tenía ninguna duda de que la banda de rufianes que me asaltó se había llevado tanto mi sombrero como el pájaro. No me interesaba gastar más dinero en un intento desesperado de recuperarlos".

"Muy naturalmente. Por cierto, sobre el pájaro, nos vimos obligados a comerlo".

"¡A comerlo!" Nuestro visitante medio se levantó de su silla en su excitación.

"Sí, no habría servido de nada a nadie si no lo hubiéramos hecho. Pero supongo que este otro ganso que está sobre el aparador, que tiene más o menos el mismo peso y está perfectamente fresco, responderá igualmente a su propósito."

"Oh, ciertamente, ciertamente", respondió el señor Baker con un suspiro de alivio.

"Por supuesto, todavía tenemos las plumas, las patas, el buche y demás de su propia ave, así que si lo desea..."

El hombre soltó una carcajada. "Podrían serme útiles como reliquias de mi aventura -dijo-, pero más allá de eso no veo qué utilidad van a tener para mí los disjecta membra de mi último conocido. No, señor, creo que, con su permiso, limitaré mi atención al excelente pájaro que veo sobre el aparador."

Sherlock Holmes me dirigió una mirada aguda con un ligero encogimiento de hombros.

"Ahí está su sombrero, entonces, y ahí su pájaro", dijo. "Por cierto, ¿le importaría decirme de dónde sacó el otro? Soy un aficionado a las aves, y rara vez he visto un ganso mejor crecido".

"Desde luego, señor", dijo Baker, que se había levantado y guardado bajo el brazo su recién adquirida propiedad. "Somos unos cuantos los que frecuentamos la posada Alpha, cerca del Museo; se nos puede encontrar en el

propio Museo durante el día, como comprenderá. Este año, nuestro buen anfitrión, de nombre Windigate, fundó un club de gansos, por el cual, a cambio de unos pocos peniques cada semana, cada uno de nosotros recibiría un ave en Navidad. Mis peniques fueron debidamente pagados, y el resto es conocido por usted. Estoy muy en deuda con usted, señor, porque un gorro escocés no se ajusta ni a mis años ni a mi gravedad". Con una cómica pomposidad de modales se inclinó solemnemente ante ambos y siguió su camino.

"Hasta aquí el señor Henry Baker", dijo Holmes cuando hubo cerrado la puerta tras de sí. "Es bastante seguro que no sabe nada del asunto. ¿Tiene usted hambre, Watson?"

"No especialmente".

"Entonces sugiero que convirtamos nuestra cena en una sobremesa y sigamos esta pista mientras aún está caliente".

"Por supuesto."

Era una noche dura, así que nos pusimos los jerseys y nos cubrimos la garganta con corbatas. Fuera, las estrellas brillaban fríamente en un cielo sin nubes, y el aliento de los transeúntes se convertía en humo como tantos disparos de pistola. Nuestras pisadas sonaban con fuerza y claridad mientras atravesábamos el barrio de los médicos, Wimpole Street, Harley Street y, a través de Wigmore Street, Oxford Street. En un cuarto de hora estábamos en Bloomsbury, en el Alpha Inn, un pequeño bar situado en la esquina de una de las calles que desembocan en Holborn. Holmes abrió la puerta del bar privado y pidió dos vasos de cerveza al casero de rostro rubicundo y delantal blanco.

"Su cerveza debe ser excelente si es tan buena como sus gansos", dijo.

"¡Mis gansos!" El hombre parecía sorprendido.

"Sí. Estaba hablando hace apenas media hora con el señor Henry Baker, que era miembro de su club de gansos".

"¡Ah! sí, ya veo. Pero verá, señor, no son nuestros los gansos".

"¡En efecto! ¿De quién, entonces?"

"Bueno, las dos docenas me las dio un vendedor de Covent Garden".

"¿De verdad? Conozco algunos de ellos. ¿Cuál era?"

"Se llama Breckinridge".

"¡Ah! No lo conozco. Bueno, aquí está su buena salud propietario, y la prosperidad a su casa. Buenas noches".

"Ahora para el señor Breckinridge", continuó, abotonando su abrigo mientras salíamos al aire helado. "Recuerde, Watson, que aunque tenemos una cosa tan insignificante como un ganso en un extremo de esta cadena, tenemos en el otro a un hombre al que ciertamente se le impondrán siete años de prisión, a menos que podamos establecer su inocencia. Es posible que nuestra investigación no haga más que confirmar su culpabilidad; pero, en cualquier caso, tenemos una línea de investigación que ha sido omitida por la policía, y que una singular casualidad ha puesto en nuestras manos. Sigámosla hasta el final. De cara al sur, pues, y marcha rápida".

Atravesamos Holborn, bajamos por Endell Street, y así, a través de un zigzag de tugurios, llegamos al mercado de Covent Garden. Uno de los puestos más grandes llevaba el nombre de Breckinridge, y el propietario, un hombre con aspecto de caballo, de cara afilada y bigotes recortados, ayudaba a un muchacho a subir las persianas.

"Buenas noches. Es una noche fría", dijo Holmes.

El vendedor asintió con la cabeza y lanzó una mirada interrogativa a mi acompañante.

"Veo que se han agotado los gansos", continuó Holmes, señalando las losas de mármol desnudas.

"Le dejaré quinientos mañana por la mañana".

"Eso no es bueno".

"Bueno, hay algunos en el puesto con la llama de gas".

"Ah, pero a mí me han recomendado".

"¿Quién?"

"El propietario del Alfa".

"Oh, sí; le envié un par de docenas".

"Eran buenos ejemplares, también. ¿De dónde los sacaste?"

Para mi sorpresa, la pregunta provocó un estallido de ira del vendedor.

"Entonces, señor", dijo, con la cabeza ladeada y los brazos en alto, "¿a qué quiere llegar? Aclaremos las cosas, ahora".

"Ya está bastante claro. Me gustaría saber quién le vendió los gansos que usted suministró al Alfa".

"Bien, entonces, no se lo diré. Así que vamos."

"Oh, es un asunto sin importancia; pero no entiendo por qué se acalora usted por una nimiedad como ésta".

"¡Caliente! Tú estarías igual de caliente, tal vez, si te molestaran tanto como a mí. Cuando pago un buen dinero por un buen artículo, debería acabarse el asunto; pero se trata de "¿Dónde están los gansos?" y "¿A quién le vendiste los gansos?" y "¿Cuánto quieres por los gansos? Uno pensaría que son los únicos gansos del mundo, al escuchar el alboroto que se hace por ellos."

"Bueno, yo no tengo ninguna relación con ninguna otra persona que haya estado haciendo averiguaciones", dijo Holmes despreocupadamente. "Si no nos dice que la apuesta se cancela, eso es todo. Pero siempre estoy dispuesto a respaldar mi opinión en materia de aves, y me apuesto cinco libras a que el pájaro que me comí es de raza campestre."

"Bueno, entonces, ha perdido su billete de cinco libras, ya que es criado en la ciudad", replicó el vendedor.

"No es nada de eso".

"Yo digo que sí".

"No lo creo".

"¿Crees que sabes más de aves que yo, que las he manejado desde que era un niño? Te digo que todos esos pájaros que fueron al Alfa eran criados en la ciudad".

"Nunca me convencerá de creer eso".

"¿Apuesta, entonces?"

"Es simplemente quitarte el dinero, porque sé que tengo razón. Pero me tomaré un soberano con usted, sólo para enseñarle a no ser obstinado".

El vendedor soltó una risa macabra. "Tráeme los libros, Bill", dijo.

El muchacho trajo un pequeño y delgado volumen y otro de lomo graso, y los colocó juntos bajo la lámpara colgante.

"Ahora bien, señor Gallina -dijo el vendedor-, creí que se me habían acabado los gansos, pero antes de que termine descubriré que aún queda uno en mi tienda. ¿Ve este librito?"

"¿Y bien?"

"Es la lista de la gente a la que compro. ¿Lo ves? Bien, entonces, aquí en esta página están los campesinos, y los números después de sus nombres es donde están sus cuentas en el gran libro de contabilidad. ¡Ahora, entonces! ¿Ves esta otra página en tinta roja? Bueno, es una lista de los proveedores de mi ciudad. Ahora, mira ese tercer nombre. Léemelo en voz alta".

"Sra. Oakshott, 117, Brixton Road-249", leyó Holmes.

"Así es. Ahora, súbelo al libro de contabilidad".

Holmes pasó a la página indicada. "Aquí está, 'Sra. Oakshott, 117, Brixton Road, proveedora de huevos y aves'."

"Ahora, entonces, ¿cuál es la última entrada?"

"'22 de diciembre. Veinticuatro gansos a 7s. 6d.'"

"Así es. Ahí está. ¿Y debajo?"

"'Vendido al Sr. Windigate del Alpha, a 12s.'"

"¿Qué tiene que decir ahora?"

Sherlock Holmes parecía profundamente disgustado. Sacó un soberano del bolsillo y lo arrojó sobre la losa, dándose la vuelta con el aire de un hombre cuyo disgusto es demasiado profundo para las palabras. A unos pocos metros se detuvo bajo una farola y se rió de la manera sincera y silenciosa que le era propia.

"Cuando se ve a un hombre con bigotes de ese corte y con el periódico deportivo sobresaliendo del bolsillo, siempre se le puede atraer mediante una apuesta", dijo. "Me atrevo a decir que si hubiera puesto 100 libras delante de él, ese hombre no me habría dado una información tan completa como la que me sacó la idea de que me estaba haciendo una apuesta. Bien,

Watson, me parece que nos acercamos al final de nuestra búsqueda, y el único punto que queda por determinar es si debemos seguir con esa señora Oakshott esta noche, o si debemos reservarla para mañana. Está claro, por lo que ha dicho ese hosco compañero, que hay otros, además de nosotros, que están preocupados por el asunto, y yo debería..."

Sus comentarios se vieron interrumpidos de repente por un fuerte alboroto que surgió del puesto que acabábamos de abandonar. Al volvernos vimos a un tipo con cara de rata en el centro del círculo de luz amarilla que arrojaba la lámpara oscilante, mientras Breckinridge, el vendedor, enmarcado en la puerta de su puesto, agitaba los puños con fiereza ante la figura encogida.

"Ya estoy harto de ti y de tus gansos", gritó. "Me gustaría que os fuerais todos juntos al diablo. Si vuelves a molestarme con tus tonterías, te echaré el perro encima. Traiga usted a la señora Oakshott y le responderé, pero ¿qué tiene usted que ver con esto? ¿Te compré los gansos?"

"No; pero uno de ellos era mío igualmente", gimió el hombrecillo.

"Bueno, entonces, pídele a la señora Oakshott que lo pague".

"Ella me dijo que se lo pidiera a usted".

"Bueno, puedes pedírselo al rey de Proosia, por lo que me importa. Ya he tenido suficiente. Fuera de aquí". Se precipitó ferozmente hacia delante, y el preguntón se alejó corriendo en la oscuridad.

"¡Ja! esto puede ahorrarnos una visita a Brixton Road", susurró Holmes. "Acompáñeme y veremos qué se puede hacer con este tipo". Atravesando los grupos de gente dispersos que se movían alrededor de los puestos, mi compañero alcanzó rápidamente al hombrecillo y le tocó en el hombro. El hombre se dio la vuelta y pude ver, a la luz del gas, que todo vestigio de color había desaparecido de su rostro.

"¿Quién es usted, pues? ¿Qué quiere?", preguntó con voz temblorosa.

"Me disculpará usted -dijo Holmes con toda naturalidad-, pero no he podido evitar oír las preguntas que le ha hecho usted al vendedor hace un momento. Creo que podría serle de ayuda".

"¿Usted? ¿Quién es usted? ¿Cómo puede saber algo del asunto?"

"Mi nombre es Sherlock Holmes. Es mi trabajo saber lo que otras personas no saben".

"¿Pero usted no puede saber nada de esto?"

"Disculpe, lo sé todo. Usted está tratando de rastrear unos gansos que fueron vendidos por la señora Oakshott, de Brixton Road, a un vendedor llamado Breckinridge, por él a su vez al señor Windigate, del Alpha, y por él a su club, del que es miembro el señor Henry Baker."

"Oh, señor, usted es el mismo hombre que he deseado conocer", gritó el pequeño con las manos extendidas y los dedos temblorosos. "Apenas puedo explicarle lo interesado que estoy en este asunto".

Sherlock Holmes saludó a un vehículo de cuatro ruedas que pasaba. "En ese caso, será mejor que lo discutamos en una habitación acogedora y no en este mercado azotado por el viento", dijo. "Pero le ruego que me diga, antes de seguir adelante, a quién tengo el placer de ayudar".

El hombre dudó un instante. "Me llamo John Robinson", respondió con una mirada de reojo.

"No, no; el verdadero nombre", dijo Holmes con dulzura. "Siempre es incómodo hacer negocios con un alias".

Las blancas mejillas del desconocido se sonrojaron. "Entonces", dijo, "mi verdadero nombre es James Ryder".

"Precisamente. Jefe de personal del Hotel Cosmopolitan. Por favor, suba al taxi y pronto podré contarle todo lo que desee saber".

El hombrecito se quedó mirando de uno a otro de nosotros con ojos medio asustados, medio esperanzados, como quien no está seguro de si está al borde de una suerte o de una catástrofe. Luego subió al taxi y en media hora estábamos de vuelta en el salón de Baker Street. No se había dicho nada durante el trayecto, pero la respiración agitada y delgada de nuestro nuevo acompañante, y los apretones y aflojamientos de sus manos, hablaban de la tensión nerviosa que había en su interior.

"¡Aquí estamos!", dijo Holmes alegremente cuando entramos en la habitación. "El fuego parece muy apropiado para este tiempo. Parece que tiene usted frío, señor Ryder. Le ruego que tome el sillón. Me pondré las zapati-

llas antes de resolver este pequeño asunto suyo. ¡Ahora, entonces! ¿Quiere saber qué pasó con esos gansos?"

"Sí, señor."

"O más bien, me imagino, de ese ganso. Era un pájaro, me imagino, en el que usted estaba interesado: blanco, con una barra negra en la cola".

Ryder se estremeció de emoción. "Oh, señor", gritó, "¿puede decirme a dónde fue?"

"Vino aquí".

"¿Aquí?"

"Sí, y resultó ser un pájaro muy notable. No me sorprende que se interese por ella. Puso un huevo después de muerto, el huevo azul más bonito y brillante que jamás se haya visto. Lo tengo aquí en mi museo".

Nuestro visitante se puso en pie tambaleándose y se agarró a la repisa de la chimenea con la mano derecha. Holmes abrió su caja fuerte y levantó el carbunclo azul, que brillaba como una estrella, con un resplandor frío y brillante, de muchas puntas. Ryder se quedó mirando con el rostro desencajado, sin saber si reclamarlo o repudiarlo.

"Se acabó el juego, Ryder", dijo Holmes en voz baja. "¡Aguanta, hombre, o irás a parar al fuego! Devuélvale el brazo a su silla, Watson. No tiene la suficiente sangre como para ir a por un crimen impunemente. Dale un chorrillo de brandy. ¡Así! Ahora parece un poco más humano. ¡Qué gamba es, sin duda!"

Por un momento se tambaleó y estuvo a punto de caer, pero el brandy le dio un toque de color a sus mejillas, y se sentó mirando con ojos asustados a su acusador.

"Tengo casi todos los eslabones en mis manos, y todas las pruebas que podría necesitar, así que es poco lo que necesita decirme. Sin embargo, ese poco puede ser aclarado para completar el caso. ¿Has oído hablar, Ryder, de esta piedra azul de la Condesa de Morcar?"

"Fue Catherine Cusack quien me habló de ella", dijo él con voz chillona.

"Ya veo... la camarera de su señoría. Bueno, la tentación de una riqueza repentina tan fácilmente adquirida fue demasiado para ti, como lo ha sido

para hombres mejores antes que tú; pero no fuiste muy escrupuloso en los medios que utilizaste. Me parece, Ryder, que hay en ti la hechura de un bello villano. Usted sabía que este hombre, Horner, el fontanero, había estado involucrado en algún asunto de este tipo antes, y que las sospechas recaerían más fácilmente sobre él. ¿Qué hizo entonces? Hiciste un pequeño trabajo en la habitación de mi señora -tú y tu cómplice Cusack- y te las arreglaste para que él fuera el hombre al que se enviara. Luego, cuando se marchó, desvalijaste el joyero, diste la alarma e hiciste que arrestaran a ese desafortunado hombre. Entonces..."

Ryder se tiró de repente sobre la alfombra y se agarró a las rodillas de mi compañero. "¡Por el amor de Dios, tenga piedad!", gritó. "¡Piensa en mi padre! ¡En mi madre! Se les rompería el corazón. ¡Nunca me equivoqué antes! Nunca más lo haré. Lo juro. Lo juraré sobre una Biblia. ¡Oh, no lo traigas a la corte! Por el amor de Dios, no lo haga".

"¡Vuelva a su silla!", dijo Holmes con severidad. "Está muy bien encojerse y arrastrarse ahora, pero usted pensó muy poco en este pobre Horner en el banquillo de los acusados por un crimen del que no sabía nada".

" Me iré, señor Holmes. Dejaré el país, señor. Entonces la acusación contra él se derrumbará".

"¡Hum! Ya hablaremos de eso. Y ahora escuchemos un relato verdadero del siguiente acto. ¿Cómo llegó la piedra al ganso y cómo llegó el ganso al mercado? Cuéntanos la verdad, porque ahí está tu única esperanza de salvación".

Ryder se pasó la lengua por los labios resecos. "Se lo contaré tal y como ocurrió, señor", dijo. "Cuando Horner fue detenido, me pareció que lo mejor sería que me escapara con la piedra de inmediato, pues no sabía en qué momento a la policía no se le ocurriría registrarme a mí y a mi habitación. No había ningún lugar en el hotel donde estuviera segura. Salí, como si fuera un encargo, y me dirigí a la casa de mi hermana. Ella se había casado con un hombre llamado Oakshott, y vivía en Brixton Road, donde engordaba gallinas para el mercado. Durante todo el camino, todos los hombres con los que me encontré me parecieron policías o detectives; y, a pesar de que era una noche fría, el sudor me corría por la cara antes de llegar a Brixton Road. Mi hermana me preguntó qué me pasaba y por qué estaba tan pálido;

pero le dije que me había alterado el robo de joyas en el hotel. Luego me fui al patio trasero y me fumé una pipa y me pregunté qué sería mejor hacer.

"Una vez tuve un amigo llamado Maudsley, que fue a la cárcel, y acaba de cumplir su condena en Pentonville. Un día se encontró conmigo, y se puso a hablar de las costumbres de los ladrones, y de cómo podían deshacerse de lo que robaban. Sabía que me sería sincero, pues conocía una o dos cosas de él; así que decidí ir directamente a Kilburn, donde vivía, y tomarle la palabra. Él me enseñaría cómo convertir la piedra en dinero. ¿Pero cómo llegar a él con seguridad? Pensé en la agonía por la que había pasado al venir del hotel. En cualquier momento podrían detenerme y registrarme, y allí estaría la piedra en el bolsillo de mi chaleco. Estaba apoyado en la pared en ese momento y miraba a los gansos que se paseaban alrededor de mis pies, y de repente me vino a la cabeza una idea que me mostró cómo podía vencer al mejor detective que jamás haya existido.

"Mi hermana me había dicho unas semanas antes que podía elegir uno de sus gansos como regalo de Navidad, y yo sabía que ella era siempre fiel a su palabra. Ahora tomaría mi ganso y en él llevaría mi piedra a Kilburn. Había un pequeño cobertizo en el patio, y detrás de él conduje uno de los gansos, uno muy grande, blanco, con la cola barrada. Lo cogí y, abriendo el pico, le introduje la piedra en la garganta hasta donde alcanzaba mi dedo. El pájaro dio un trago, y sentí que la piedra pasaba a lo largo de su garganta y bajaba hasta su buche. Pero la criatura aleteó y luchó, y salió mi hermana para saber qué pasaba. Cuando me giré para hablarle, el animal se soltó y se alejó entre los demás.

"¿Qué estabas haciendo con ese ave, Jem?", dijo ella.

"'Bueno', dije, 'dijiste que me regalarías uno para Navidad, y estaba tanteando cuál era el más gordo'.

"'Oh,' dice ella, 'hemos reservado el tuyo para ti, el pájaro de Jem, lo llamamos. Es el grande y blanco de allá. Hay veintiséis, lo que hace uno para ti, otro para nosotros y dos docenas para el mercado'.

"'Gracias, Maggie,' digo; 'pero si te da lo mismo, prefiero ese que estaba manejando hace un momento.'"

"'El otro pesa tres libras más', dijo ella, 'y lo hemos engordado expresamente para ti'.

" 'No importa. Me quedaré con la otra, y me la llevaré ahora", dije.

" 'Oh, como quieras', dijo ella, un poco enfadada. ¿Cuál es el que quieres, entonces?

" 'Ese blanco con la cola barrada, justo en el centro de la bandada'.

" 'Oh, muy bien. Mátalo y llévatelo".

"Bueno, hice lo que ella dijo, Sr. Holmes, y llevé el pájaro hasta Kilburn. Le conté a mi amigo lo que había hecho, pues era un hombre al que era fácil contarle una cosa así. Se rió hasta atragantarse, y cogimos un cuchillo y abrimos el ganso. El corazón me dio un vuelco, pues no había rastro de la piedra, y supe que se había producido un terrible error. Dejé el pájaro, volví corriendo a casa de mi hermana y me apresuré a entrar en el patio trasero. Allí no se veía ningún pájaro.

"¿Dónde están todos, Maggie?", grité.

" 'Se han ido a casa del vendedor, Jem'.

"¿Qué comerciante?

"Breckinridge, de Covent Garden".

" 'Pero, ¿había otro con la cola barrada?' pregunté, "¿Igual que el que elegí?

" 'Sí, Jem; había dos de cola barrada, y nunca pude distinguirlos'.

"Bueno, entonces, por supuesto que me di cuenta de todo, y corrí tan fuerte como mis pies me llevaban a este hombre Breckinridge; pero él había vendido el lote de inmediato, y ni una palabra me diría en cuanto a donde habían ido. Ustedes mismos lo escucharon esta noche. Bueno, siempre me ha contestado así. Mi hermana cree que me estoy volviendo loco. A veces pienso que soy yo mismo. Y ahora... ahora soy yo mismo un ladrón marcado, sin haber tocado nunca la riqueza por la que vendí mi carácter. ¡Que Dios me ayude! Que Dios me ayude!" Estalló en un sollozo convulsivo, con la cara enterrada entre las manos.

Hubo un largo silencio, sólo roto por su pesada respiración y por el medido golpeteo de las yemas de los dedos de Sherlock Holmes sobre el borde de la mesa. Entonces mi amigo se levantó y abrió la puerta de golpe.

"¡Salga!", dijo.

"¡Qué, señor! Oh, que el cielo lo bendiga!"

"No hay más palabras. Salga!"

Y no fueron necesarias más palabras. Se oyó una prisa, un estruendo en las escaleras, el golpe de una puerta y el crujido de las pisadas de la calle.

"Después de todo, Watson -dijo Holmes, cogiendo su pipa de arcilla-, la policía no me ha contratado para suplir sus deficiencias. Si Horner estuviera en peligro, sería otra cosa; pero este tipo no comparecerá contra él, y el caso debe desmoronarse. Supongo que estoy conmutando un delito, pero es posible que esté salvando un alma. Este hombre no volverá a equivocarse; está demasiado asustado. Envíelo a la cárcel ahora y lo convertirá en un delincuente de por vida. Además, es la época del perdón. El azar ha puesto en nuestro camino un problema de lo más singular y caprichoso, y su solución es su propia recompensa. Si tiene la bondad de tocar la campana, doctor, comenzaremos otra investigación, en la que también un pájaro será el protagonista".

LA BANDA DE LUNARES

Al repasar mis notas de los setenta casos extraños en los que he estudiado durante los últimos ocho años los métodos de mi amigo Sherlock Holmes, encuentro muchos trágicos, algunos cómicos, un gran número de ellos simplemente extraños, pero ninguno común; porque, trabajando como lo hacía más bien por amor a su arte que por la adquisición de riqueza, se negaba a asociarse con cualquier investigación que no tendiera a lo inusual, e incluso a lo fantástico. Sin embargo, de todos estos casos variados, no recuerdo ninguno que presentara características más singulares que el relacionado con la conocida familia de Surrey de los Royslotts de Stoke Moran. Los hechos en cuestión ocurrieron en los primeros días de mi asociación con Holmes, cuando compartíamos habitaciones como solteros en Baker Street. Es posible que haya podido dejar constancia de ellos antes, pero en aquel momento se hizo una promesa de secreto, de la que sólo me he librado durante el último mes por la prematura muerte de la dama a la que se hizo la promesa. Tal vez sea mejor que los hechos salgan ahora a la luz, porque tengo razones para saber que hay rumores generalizados sobre la muerte del doctor Griesby Royslott que tienden a hacer el asunto aún más terrible que la verdad.

Fue a principios de abril del año 1883 cuando me desperté una mañana y encontré a Sherlock Holmes de pie, completamente vestido, al lado de mi cama. Era un hombre que se levantaba tarde, por regla general, y como el reloj de la repisa de la chimenea me indicaba que sólo eran las siete y cuarto, parpadéé con cierta sorpresa, y tal vez con un poco de resentimiento, pues yo mismo era regular en mis hábitos.

"Siento mucho haberle despertado, Watson -dijo-, pero es lo habitual esta mañana. La Sra. Hudson ha sido llamada, ha replicado sobre mí, y yo sobre usted".

"¿Qué es, entonces, un incendio?"

"No; un cliente. Parece que una joven ha llegado en un estado considerable de excitación, que insiste en verme. Ahora está esperando en el salón. Ahora bien, cuando las jóvenes deambulan por la metrópoli a estas horas de la mañana, y sacan a la gente dormida de sus camas, supongo que es algo muy urgente lo que tienen que comunicar. Si resulta ser un caso interesante, estoy seguro de que querrá seguirlo desde el principio. Pensé, en todo caso, que debía llamarlo y darle la oportunidad".

"Mi querido amigo, no me lo perdería por nada".

No tenía mayor placer que el de seguir a Holmes en sus investigaciones profesionales, y admirar las rápidas deducciones, tan veloces como las intuiciones, y sin embargo siempre fundadas en una base lógica, con las que desentrañaba los problemas que se le presentaban. Me vestí rápidamente y en pocos minutos estuve listo para acompañar a mi amigo al salón. Una señora vestida de negro y con un gran velo, que había estado sentada en la ventana, se levantó cuando entramos.

"Buenos días, señora", dijo Holmes alegremente. "Me llamo Sherlock Holmes. Este es mi íntimo amigo y socio, el doctor Watson, ante el cual puede usted hablar tan libremente como ante mí. ¡Ja! Me alegra ver que la señora Hudson ha tenido el buen tino de encender el fuego. Le ruego que se acerque a él y le pediré una taza de café caliente, porque observo que está usted temblando".

"No es el frío lo que me hace temblar", dijo la mujer en voz baja, cambiando de asiento como se le pidió.

"¿Qué, entonces?"

"Es el miedo, señor Holmes. Es el terror". Se levantó el velo mientras hablaba, y pudimos ver que, efectivamente, se encontraba en un lamentable estado de agitación, con el rostro demacrado y gris, y los ojos inquietos y asustados, como los de un animal cazado. Sus rasgos y su figura eran los de una mujer de treinta años, pero su cabello estaba cubierto de canas prematu-

ras y su expresión era cansada y demacrada. Sherlock Holmes la examinó con una de sus rápidas y comprensivas miradas.

"No debe temer -dijo tranquilizador, inclinándose hacia delante y dándole unas palmaditas en el antebrazo-. "No me cabe duda de que pronto arreglaremos las cosas. Veo que has venido en tren esta mañana".

"¿Me conoces, entonces?"

"No, pero observo la segunda mitad de un billete de vuelta en la palma de su guante izquierdo. Debe haber salido temprano, y sin embargo tuvo un buen viaje en un carro de perro, por caminos pesados, antes de llegar a la estación."

La señora dio un violento respingo y miró perpleja a mi acompañante.

"No hay ningún misterio, mi querida señora", dijo él, sonriendo. "El brazo izquierdo de su chaqueta está salpicado de barro en no menos de siete lugares. Las marcas son perfectamente recientes. No hay ningún vehículo, salvo un carro de perros, que arroje barro de esa manera, y sólo cuando uno se sienta a la izquierda del conductor".

"Sean cuales sean sus razones, tiene usted toda la razón", dijo ella. "Salí de casa antes de las seis, llegué a Leatherhead a las veinte y pico, y llegué en el primer tren a Waterloo. Señor, no puedo soportar más esta tensión; me volveré loca si continúa. No tengo a nadie a quien recurrir, salvo a uno solo que se preocupa por mí, y él, pobrecito, puede ser de poca ayuda. He oído hablar de usted, señor Holmes; he oído hablar de usted por la señora Farintosh, a la que ayudó en la hora de su grave necesidad. Fue por ella que recibí su dirección. Oh, señor, ¿no cree usted que podría ayudarme a mí también, y al menos arrojar un poco de luz a través de la densa oscuridad que me rodea? Por el momento no puedo recompensarle por sus servicios, pero dentro de un mes o seis semanas estaré casada, con el control de mis propios ingresos, y entonces por lo menos no me considerará usted desagradecida."

Holmes se dirigió a su escritorio y, abriéndolo, sacó un pequeño cuaderno de notas que consultó.

"Farintosh", dijo. "Ah, sí, recuerdo el caso; se trataba de una tiara de ópalo. Creo que fue antes de su época, Watson. Sólo puedo decir, señora, que estaré encantado de dedicar a su caso el mismo cuidado que le dediqué al de

su amiga. En cuanto a la recompensa, mi profesión es su propia recompensa; pero es usted libre de sufragar cualquier gasto que se me imponga, en el momento que más le convenga. Y ahora le ruego que nos exponga todo lo que pueda ayudarnos a formarnos una opinión sobre el asunto."

"¡Ay!", respondió nuestra visitante, "el horror mismo de mi situación radica en el hecho de que mis temores son tan vagos, y mis sospechas dependen tan enteramente de pequeños puntos, que podrían parecer triviales a otro, que incluso él, a quien de todos los demás tengo derecho a buscar ayuda y consejo, considera todo lo que le digo al respecto como las fantasías de una mujer nerviosa. Él no lo dice, pero yo puedo leerlo en sus respuestas tranquilizadoras y en sus ojos desviados. Pero he oído, señor Holmes, que usted puede ver profundamente la múltiple maldad del corazón humano. Puede aconsejarme cómo caminar en medio de los peligros que me rodean".

"Soy todo atención, señora".

"Me llamo Helen Stoner, y vivo con mi padrastro, que es el último superviviente de una de las familias sajonas más antiguas de Inglaterra, los Roylott de Stoke Moran, en la frontera occidental de Surrey".

Holmes asintió con la cabeza. "El nombre me resulta familiar", dijo.

"La familia fue en su día una de las más ricas de Inglaterra, y sus propiedades se extendían por las fronteras de Berkshire, en el norte, y Hampshire, en el oeste. Sin embargo, en el siglo pasado, cuatro herederos sucesivos tuvieron una disposición disoluta y derrochadora, y la ruina de la familia fue finalmente completada por un jugador en los días de la Regencia. No quedó nada más que unos pocos acres de tierra y la casa bicentenaria, que está aplastada por una pesada hipoteca. El último terrateniente arrastró su existencia allí, viviendo la horrible vida de un indigente aristocrático; pero su único hijo, mi padrastro, viendo que debía adaptarse a las nuevas condiciones, obtuvo un adelanto de un pariente, que le permitió obtener un título de médico y se fue a Calcuta, donde, por su habilidad profesional y su fuerza de carácter, estableció una gran práctica. Sin embargo, en un ataque de ira provocado por algunos robos que se habían perpetrado en la casa, mató a golpes a su mayordomo nativo y se libró por poco de una condena a la pena capital. Así las cosas, sufrió una larga condena en prisión y después regresó a Inglaterra como un hombre malhumorado y decepcionado".

"Cuando el Dr. Royslott estaba en la India se casó con mi madre, la Sra. Stoner, la joven viuda del Mayor General Stoner, de la Artillería de Bengala. Mi hermana Julia y yo éramos gemelas y sólo teníamos dos años cuando mi madre se volvió a casar. Ella disponía de una considerable suma de dinero -no menos de 1.000 libras esterlinas al año- y la legó íntegramente al doctor Royslott mientras residíamos con él, con la condición de que se nos concediera una determinada suma anual a cada una en caso de que nos casáramos. Poco después de nuestro regreso a Inglaterra, mi madre falleció; murió hace ocho años en un accidente ferroviario cerca de Crewe. El doctor Royslott abandonó entonces sus intentos de establecerse en la práctica en Londres y nos llevó a vivir con él en la vieja casa solariega de Stoke Moran. El dinero que mi madre había dejado era suficiente para todas nuestras necesidades, y no parecía haber ningún obstáculo para nuestra felicidad".

"Pero un terrible cambio se produjo en nuestro padraastro por aquel entonces. En lugar de hacer amigos e intercambiar visitas con nuestros vecinos, que al principio se habían alegrado mucho de ver a un Royslott de Stoke Moran de vuelta en el antiguo asiento de la familia, se encerró en su casa y rara vez salía, salvo para entregarse a feroces peleas con quienquiera que se cruzara en su camino. La violencia de temperamento cercana a la manía ha sido hereditaria en los hombres de la familia, y en el caso de mi padraastro se había intensificado, creo, por su larga residencia en los trópicos. Se produjeron una serie de vergonzosas peleas, dos de las cuales terminaron en el juzgado de policía, hasta que al final se convirtió en el terror del pueblo, y la gente volaba al acercarse a él, porque es un hombre de inmensa fuerza, y absolutamente incontrolable en su ira".

"La semana pasada arrojó al herrero local por encima de un parapeto a un arroyo, y sólo gracias al pago de todo el dinero que pude reunir pude evitar otra denuncia pública. No tenía más amigos que los gitanos errantes, a los que dejaba acampar en los pocos acres de tierra cubierta de zarzas que representaban la finca familiar, y aceptaba a cambio la hospitalidad de sus tiendas, vagando con ellos a veces durante semanas. También le apasionan los animales indios, que le envía un corresponsal, y en este momento tiene un guepardo y un babuino, que vagan libremente por sus terrenos y son temidos por los aldeanos casi tanto como su amo."

"Por lo que digo, pueden imaginarse que mi pobre hermana Julia y yo no tuvimos grandes placeres en nuestras vidas. Ningún sirviente se quedaba

con nosotros, y durante mucho tiempo hicimos todo el trabajo de la casa. Ella no tenía más que treinta años en el momento de su muerte, y sin embargo su pelo ya había empezado a blanquear, como el mío".

"¿Su hermana está muerta, entonces?"

"Murió hace apenas dos años, y es de su muerte de lo que quiero hablar-te. Comprenderá que, viviendo la vida que le he descrito, era poco probable que viéramos a alguien de nuestra edad y posición. Sin embargo, teníamos una tía, la hermana de soltera de mi madre, la señorita Honoria Westphail, que vive cerca de Harrow, y de vez en cuando se nos permitía hacer breves visitas a la casa de esta señora. Julia fue allí en Navidad, hace dos años, y conoció a un mayor de marines con media paga, con el que se comprometió. Mi padrastro se enteró del compromiso cuando mi hermana regresó y no puso ninguna objeción al matrimonio; pero a los quince días de la fecha fijada para la boda se produjo el terrible suceso que me ha privado de mi única compañera."

Sherlock Holmes había estado recostado en su silla con los ojos cerrados y la cabeza hundida en un cojín, pero ahora entreabrió los párpados y miró a su visitante.

"Le ruego que sea precisa en cuanto a los detalles", dijo.

"Es fácil para mí serlo, ya que todos los acontecimientos de aquella espantosa época están grabados en mi memoria. La casa solariega es, como ya he dicho, muy antigua, y sólo un ala está ahora habitada. Las habitaciones de esta ala se encuentran en la planta baja, mientras que los salones están en el bloque central de los edificios. De estos dormitorios, el primero es el del doctor Roylott, el segundo el de mi hermana y el tercero el mío. No hay comunicación entre ellos, pero todos dan al mismo pasillo. ¿Me explico bien?"

"Perfectamente".

"Las ventanas de las tres habitaciones dan al césped. Aquella fatídica noche el doctor Roylott se había ido temprano a su habitación, aunque sabíamos que no se había retirado a descansar, porque a mi hermana le molestaba el olor de los fuertes cigarrillos indios que tenía por costumbre fumar. Por lo tanto, salió de su habitación y entró en la mía, donde se sentó durante algún

tiempo, charlando sobre su próxima boda. A las once se levantó para dejarme, pero se detuvo en la puerta y miró hacia atrás."

"Dime, Helen, ¿has oído alguna vez a alguien silbar en plena noche?"

" 'Nunca' ", dije.

" 'Supongo que tú misma no podrías silbar mientras duermes' ".

" 'Ciertamente no. Pero, ¿por qué?' "

" Porque durante las últimas noches siempre he escuchado, alrededor de las tres de la mañana, un silbido bajo y claro. Tengo un sueño ligero y me ha despertado. No puedo decir de dónde viene, tal vez de la habitación de al lado, tal vez del césped. Pensé en preguntarle si lo había oído".

"No, no lo he oído. Deben ser esos miserables gitanos de la plantación".

"Muy probablemente. Y, sin embargo, si fue en el césped, me pregunto si no lo oíste también".

" 'Ah, pero yo duermo más que tú' ."

" 'Bueno, no tiene mayor importancia, en todo caso.' Me devolvió la sonrisa, cerró la puerta y unos instantes después oí cómo giraba su llave en la cerradura."

" En efecto", dijo Holmes. "¿Tenían siempre la costumbre de encerrarse por la noche?"

"Siempre".

"¿Y por qué?"

"Creo que le mencioné que el doctor tenía un guepardo y un babuino. No teníamos sensación de seguridad si no teníamos las puertas cerradas".

"Así es. Por favor, continúe con su declaración".

"No pude dormir esa noche. Una vaga sensación de desgracia inminente me impresionó. Mi hermana y yo, como recordará, éramos gemelas, y ya sabe lo sutiles que son los lazos que unen a dos almas tan estrechamente relacionadas. Era una noche salvaje. El viento aullaba fuera y la lluvia golpeaba y salpicaba las ventanas. De repente, en medio del alboroto del vendaval, estalló el grito salvaje de una mujer aterrorizada. Supe que era la voz de mi hermana. Salté de la cama, me envolví con un chal y salí corriendo al

pasillo. Al abrir la puerta, me pareció oír un silbido bajo, como el descrito por mi hermana, y unos instantes después un ruido metálico, como si se hubiera caído una masa de metal. Mientras corría por el pasillo, la puerta de mi hermana estaba abierta y giraba lentamente sobre sus goznes. La miré con horror, sin saber lo que iba a salir de ella. A la luz de la lámpara del pasillo, vi a mi hermana aparecer en la puerta, con el rostro pálido de terror, las manos buscando ayuda a tientas y toda su figura balanceándose de un lado a otro como la de un borracho. Corrí hacia ella y la abracé, pero en ese momento sus rodillas parecieron ceder y cayó al suelo. Se retorció como quien sufre un terrible dolor, y sus miembros estaban terriblemente convulsionados. Al principio pensé que no me había reconocido, pero cuando me incliné sobre ella, gritó de repente con una voz que nunca olvidaré: "¡Oh, Dios mío! ¡Helen! ¡Era la banda! La banda moteada". Hubo algo más que le hubiera gustado decir, y apuntó con el dedo al aire en dirección a la habitación del médico, pero una nueva convulsión se apoderó de ella y ahogó sus palabras. Salí corriendo, llamando en voz alta a mi padrastro, y me lo encontré saliendo a toda prisa de su habitación en bata. Cuando llegó al lado de mi hermana, ésta estaba inconsciente, y aunque le echó brandy en la garganta y mandó pedir ayuda médica al pueblo, todos los esfuerzos fueron inútiles, pues se hundió lentamente y murió sin haber recuperado la conciencia. Tal fue el espantoso final de mi querida hermana".

"Un momento", dijo Holmes, "¿está usted segura de este silbido y sonido metálico? ¿Podría jurarlo?"

"Eso fue lo que me preguntó el forense del condado en la investigación. Tengo la firme impresión de que lo oí, y sin embargo, entre el estruendo del vendaval y el crujido de una casa vieja, es posible que me hayan engañado."

"¿Estaba su hermana vestida?"

"No, estaba en camisón. En su mano derecha se encontró el trozo carbonizado de una cerilla, y en la izquierda una caja de cerillas".

"Lo que demuestra que había encendido una luz y mirado a su alrededor cuando se produjo la alarma. Eso es importante. ¿Y a qué conclusiones llegó el forense?"

"Investigó el caso con mucho cuidado, ya que la conducta del Dr. Roylott era notoria en el condado desde hacía tiempo, pero no pudo encontrar nin-

guna causa convincente de la muerte. Mis pruebas demostraron que la puerta había sido cerrada por el lado interior, y que las ventanas estaban bloqueadas por postigos anticuados con anchas barras de hierro, que se aseguraban todas las noches. Las paredes fueron cuidadosamente sondeadas, y se demostró que eran bastante sólidas en su totalidad, y el suelo también fue examinado a fondo, con el mismo resultado. La chimenea es ancha, pero está enrejada por cuatro grandes grapas. Por lo tanto, es seguro que mi hermana estaba completamente sola cuando encontró su fin. Además, no había marcas de violencia en ella".

"¿Y el veneno?"

"Los médicos la examinaron en busca de él, pero sin éxito".

"¿De qué cree usted que murió esta desafortunada dama, entonces?"

"Creo que murió de puro miedo y shock nervioso, aunque no puedo imaginar qué fue lo que la asustó".

"¿Había gitanos en la plantación en ese momento?"

"Sí, casi siempre hay algunos allí".

"Ah, ¿y qué dedujo de esa alusión a una banda, una banda moteada?"

"A veces he pensado que no era más que la charla salvaje del delirio, a veces que puede haberse referido a alguna banda de personas, tal vez a estos mismos gitanos de la plantación. No sé si los pañuelos manchados que tantos de ellos llevan sobre la cabeza podrían haber sugerido el extraño adjetivo que utilizó."

Holmes sacudió la cabeza como un hombre que está lejos de sentirse satisfecho.

"Estas son aguas muy profundas", dijo; "le ruego que continúe con su relato".

"Han pasado dos años desde entonces, y mi vida ha sido hasta hace poco más solitaria que nunca. Hace un mes, sin embargo, un querido amigo, al que conozco desde hace muchos años, me ha hecho el honor de pedir mi mano en matrimonio. Su nombre es Armitage-Percy Armitage-el segundo hijo del señor Armitage, de Crane Water, cerca de Reading. Mi padrastro no se ha opuesto a la boda, y nos casaremos en el transcurso de la primavera.

Hace dos días se iniciaron unas reparaciones en el ala oeste del edificio, y la pared de mi dormitorio ha sido perforada, de modo que he tenido que trasladarme a la habitación en la que murió mi hermana, y dormir en la misma cama en la que ella dormía. Imagínese, pues, el terror que sentí cuando anoche, mientras estaba despierta, pensando en su terrible destino, oí de repente, en el silencio de la noche, el bajo silbido que había sido el heraldo de su propia muerte. Me levanté de golpe y encendí la lámpara, pero no se veía nada en la habitación. Sin embargo, estaba demasiado agitada para volver a la cama, así que me vestí y, en cuanto se hizo de día, bajé, cogí un carro de perro en la posada Crown, que está enfrente, y me dirigí a Leatherhead, desde donde he venido esta mañana con el único objetivo de verle y pedirle consejo."

"Has hecho bien", dijo mi amigo. "Pero, ¿me lo has contado todo?"

"Sí, todo".

"Señorita Roylott, no lo ha hecho. Está protegiendo a su padrastro".

"¿Por qué, qué quiere decir?"

Como respuesta, Holmes apartó el volante de encaje negro que bordeaba la mano que yacía sobre la rodilla de nuestra visitante. Cinco pequeñas manchas lívidas, las marcas de cuatro dedos y un pulgar, estaban impresas en la blanca muñeca.

"Ha sido usted cruelmente utilizada", dijo Holmes.

La dama se coloreó profundamente y se cubrió la muñeca herida. "Es un hombre duro", dijo, "y quizá apenas conozca su propia fuerza".

Hubo un largo silencio, durante el cual Holmes apoyó la barbilla en las manos y miró fijamente el fuego crepitante.

"Este es un asunto muy profundo", dijo al fin. "Hay miles de detalles que desearía conocer antes de decidir nuestro curso de acción. Sin embargo, no tenemos un momento que perder. Si fuéramos a Stoke Moran hoy, ¿sería posible que viéramos estas habitaciones sin que lo supiera tu padrastro?"

"Resulta que ha hablado de venir hoy a la ciudad por un asunto muy importante. Es probable que esté fuera todo el día, y que no haya nada que te moleste. Ahora tenemos un ama de llaves, pero es vieja y tonta, y podría quitarla de en medio fácilmente."

"Excelente. ¿No tienes aversión a este viaje, Watson?"

"De ninguna manera".

"Entonces iremos los dos. ¿Qué vas a hacer tú?"

"Tengo una o dos cosas que me gustaría hacer ahora que estoy en la ciudad. Pero volveré en el tren de las doce, para llegar a tiempo a tu llegada".

"Y puede esperarnos a primera hora de la tarde. Yo mismo tengo algunos pequeños asuntos que atender. ¿No quieres esperar y desayunar?"

"No, debo ir. Mi corazón ya está aliviado desde que te he confiado mis problemas. Estoy deseando volver a verte esta tarde". Dejó caer su grueso velo negro sobre su rostro y se deslizó fuera de la habitación.

"¿Y qué piensa usted de todo esto, Watson?", preguntó Sherlock Holmes, recostándose en su silla.

"Me parece un asunto de lo más oscuro y siniestro".

"Bastante oscuro y siniestro".

"Sin embargo, si la señora tiene razón al decir que el suelo y las paredes son sólidos, y que la puerta, la ventana y la chimenea son infranqueables, entonces su hermana debía de estar indudablemente sola cuando encontró su misterioso final."

"¿Qué es, entonces, de estos silbidos nocturnos, y qué de las palabras tan peculiares de la moribunda?"

"No puedo pensar".

"Cuando se combinan las ideas de los silbidos nocturnos, la presencia de una banda de gitanos que están en términos íntimos con este viejo doctor, el hecho de que tenemos todas las razones para creer que el doctor tiene un interés en impedir el matrimonio de su hijastra, la alusión de la moribunda a una banda y, finalmente, el hecho de que la señorita Helen Stoner escuchó un estruendo metálico, que podría haber sido causado por una de esas barras de metal que aseguraban las persianas cayendo en su lugar, creo que hay buenas razones para pensar que el misterio puede ser aclarado a lo largo de esas líneas."

"¿Pero qué hicieron entonces los gitanos?"

"No puedo imaginarlo".

"Veo muchas objeciones a cualquier teoría de este tipo".

"Y yo también. Es precisamente por esa razón que vamos a Stoke Moran este día. Quiero ver si las objeciones son fatales, o si pueden ser explicadas. Pero, ¡en nombre del diablo!"

La exclamación había sido arrancada a mi acompañante por el hecho de que nuestra puerta se había abierto de golpe, y que un hombre enorme se había enmarcado en la abertura. Su atuendo era una peculiar mezcla de lo profesional y lo agrícola, con un sombrero negro de copa, un largo guardapolvo y un par de polainas altas, con una cosecha de caza balanceándose en la mano. Era tan alto que su sombrero rozaba el travesaño de la puerta, y su anchura parecía abarcarla de lado a lado. Un gran rostro, abrasado por mil arrugas, quemado por el sol y marcado por todas las pasiones malignas, se volvía de uno a otro de nosotros, mientras que sus ojos profundos y llenos de bilis, y su nariz alta, delgada y sin carne, le daban un cierto parecido con una vieja y feroz ave de rapiña.

"¿Quién de ustedes es Holmes?", preguntó esta aparición.

"Mi nombre, señor; pero usted me lleva ventaja", dijo mi compañero en voz baja.

"Soy el doctor Grimesby Roylott, de Stoke Moran".

"Efectivamente, doctor", dijo Holmes con suavidad. "Le ruego que tome asiento".

"No haré nada de eso. Mi hijastra ha estado aquí. La he localizado. ¿Qué le ha dicho?"

"Hace un poco de frío para la época del año", dijo Holmes.

"¿Qué le ha estado diciendo?", gritó furioso el anciano.

"Pero he oído que los azafranes prometen bien", continuó mi compañero imperturbablemente.

"¡Ja! Me has tomado el pelo, ¿verdad?", dijo nuestro nuevo visitante, dando un paso adelante y sacudiendo su cosecha de caza. "¡Te conozco, sin vergüenza! He oído hablar de ti antes. Eres Holmes, el entrometido".

Mi amigo sonrió.

"¡Holmes, el entrometido!"

Su sonrisa se amplió.

"¡Holmes, el chismoso de Scotland Yard!"

Holmes se rió con ganas. "Su conversación es muy entretenida", dijo. "Cuando salga, cierre la puerta, porque hay una fuerte corriente de aire".

"Me iré cuando haya dicho lo que tengo que decir. No te atrevas a meterme en mis asuntos. Sé que la señorita Stoner ha estado aquí. ¡La he rastreado! ¡Soy un hombre peligroso para caer en la trampa! Mira aquí". Se adelantó rápidamente, cogió el atizador y lo curvó con sus enormes manos marrones.

"Procura mantenerte fuera de mi alcance", gruñó, y arrojando el atizador retorcido a la chimenea, salió a grandes zancadas de la habitación.

"Parece una persona muy amable -dijo Holmes, riendo-. "Yo no soy tan voluminoso, pero si se hubiera quedado podría haberle demostrado que mi agarre no era mucho más débil que el suyo". Mientras hablaba, recogió el atizador de acero y, con un súbito esfuerzo, volvió a enderezarlo.

"¡Imagínese que tiene la insolencia de confundirme con el cuerpo oficial de detectives! Sin embargo, este incidente anima nuestra investigación, y sólo confío en que nuestra pequeña amiga no sufra por su imprudencia al permitir que este bruto la siga. Y ahora, Watson, pediremos el desayuno, y después bajaré a Doctors' Commons, donde espero obtener algunos datos que puedan ayudarnos en este asunto."

Era casi la una cuando Sherlock Holmes regresó de su excursión. Llevaba en la mano una hoja de papel azul, garabateada con notas y cifras.

"He visto el testamento de la difunta esposa", dijo. "Para determinar su significado exacto me he visto obligado a calcular los precios actuales de las inversiones a las que se refiere. Los ingresos totales, que en el momento de la muerte de la esposa eran poco menos de 1.100 libras esterlinas, ahora, debido a la caída de los precios agrícolas, no superan las 750 libras esterlinas. Cada hija puede reclamar una renta de 250 libras, en caso de matrimonio. Es evidente, por tanto, que si las dos hijas se hubieran casado, esta belleza habría tenido una mera miseria, mientras que incluso una de ellas lo

dejaría inválido en una medida muy grave. Mi trabajo de la mañana no ha sido en vano, ya que ha demostrado que tiene los motivos más fuertes para obstaculizar cualquier asunto de este tipo. Y ahora, Watson, esto es demasiado serio para perder el tiempo, sobre todo porque el viejo sabe que nos estamos interesando en sus asuntos; así que si está usted preparado, llamaremos a un taxi y nos dirigiremos a Waterloo. Le agradecería mucho que metiera su revólver en el bolsillo. Un Eley's N° 2 es un excelente argumento con los caballeros que pueden hacer nudos con los atizadores de acero. Eso y un cepillo de dientes son, creo, todo lo que necesitamos".

En Waterloo tuvimos la suerte de coger un tren para Leatherhead, donde alquilamos un coche en la posada de la estación y condujimos durante cuatro o cinco millas a través de los encantadores senderos de Surrey. Era un día perfecto, con un sol radiante y unas pocas nubes vellosas en el cielo. Los árboles y los setos de los caminos estaban echando sus primeros brotes verdes, y el aire estaba lleno del agradable olor de la tierra húmeda. Para mí, al menos, había un extraño contraste entre la dulce promesa de la primavera y esta siniestra búsqueda en la que nos encontrábamos. Mi compañero estaba sentado en la parte delantera de la trampa, con los brazos cruzados, el sombrero bajado sobre los ojos y la barbilla hundida en el pecho, sumido en los más profundos pensamientos. De repente, sin embargo, se puso en marcha, me dio una palmada en el hombro y señaló los prados.

"¡Mira allí!", dijo.

Un parque muy arbolado se extendía en una suave pendiente, convirtiéndose en una arboleda en el punto más alto. De entre las ramas sobresalían los frontones grises y el alto tejado de una mansión muy antigua.

"¿Stoke Moran?", dijo.

"Sí, señor, es la casa del doctor Grimesby Roylott", comentó el conductor.

"Allí se está construyendo", dijo Holmes; "allí es donde vamos".

"Ahí está el pueblo", dijo el conductor, señalando un grupo de tejados a cierta distancia a la izquierda; "pero si quiere llegar a la casa, le resultará más corto pasar por este umbral, y así por el sendero sobre los campos. Ahí está, donde la señora está caminando".

"Y la dama, me imagino, es la señorita Stoner", observó Holmes, sombreando sus ojos. "Sí, creo que será mejor que hagamos lo que usted sugiere".

Nos bajamos, pagamos el billete, y el vehículo volvió a traquetear en su camino hacia Leatherhead.

"Pensé que era mejor", dijo Holmes mientras subíamos el umbral, "que este tipo pensara que habíamos venido aquí como arquitectos o por algún asunto concreto. Puede que eso detenga sus cotilleos. Buenas tardes, señorita Stoner. Ya ve que hemos sido fieles a nuestra palabra".

Nuestra clienta de la mañana se había apresurado a recibirnos con una cara que hablaba de su alegría. "Los he estado esperando con ansias", gritó, estrechando la mano con nosotros calurosamente. "Todo ha resultado espléndido. El Dr. Roylott se ha ido a la ciudad, y es poco probable que vuelva antes de la noche".

"Hemos tenido el placer de conocer al doctor", dijo Holmes, y en pocas palabras esbozó lo ocurrido. La señorita Stoner se puso blanca hasta los labios mientras escuchaba.

"¡Cielos!", exclamó, "entonces me ha seguido".

"Eso parece".

"Es tan astuto que nunca sé cuándo estoy a salvo de él. ¿Qué dirá cuando vuelva?"

"Debe cuidarse, porque puede descubrir que hay alguien más astuto que él tras su pista. Debes encerrarte en él esta noche. Si es violento, te llevaremos a casa de tu tía en Harrow. Ahora, debemos aprovechar al máximo nuestro tiempo, así que tenga la amabilidad de llevarnos de inmediato a las habitaciones que vamos a examinar".

El edificio era de piedra gris, manchada de líquenes, con una parte central alta y dos alas curvadas, como las pinzas de un cangrejo, dispuestas a cada lado. En una de estas alas las ventanas estaban rotas y bloqueadas con tablas de madera, mientras que el tejado estaba parcialmente hundido, una imagen de ruina. La parte central estaba un poco mejor reparada, pero el bloque de la derecha era comparativamente moderno, y las persianas de las ventanas, con el humo azul que salía de las chimeneas, mostraban que allí

residía la familia. Se habían levantado algunos andamios contra la pared del fondo, y la mampostería había sido forzada, pero en el momento de nuestra visita no había señales de ningún obrero. Holmes paseó lentamente por el césped mal recortado y examinó con gran atención el exterior de las ventanas.

"¿Esto, supongo, pertenece a la habitación en la que usted solía dormir, la del centro a la de su hermana, y la que está junto al edificio principal a la cámara del doctor Roylott?"

"Exactamente. Pero ahora duermo en la del medio".

"A la espera de las reformas, según tengo entendido. Por cierto, no parece haber ninguna necesidad muy apremiante de reparaciones en esa pared del fondo."

"No había ninguna. Creo que fue una excusa para trasladarme de habitación".

"¡Ah! eso es sugerente. Ahora, al otro lado de esta estrecha ala se encuentra el pasillo desde el que se abren estas tres habitaciones. ¿Hay ventanas en él, por supuesto?"

"Sí, pero muy pequeñas. Demasiado estrechas para que alguien pueda pasar por ellas".

"Como ambos cerraban sus puertas por la noche, sus habitaciones eran inaccesibles desde ese lado. Ahora, ¿tendría usted la amabilidad de entrar en su habitación y cerrar sus persianas?"

La señorita Stoner así lo hizo, y Holmes, tras un cuidadoso examen a través de la ventana abierta, se esforzó por todos los medios en forzar la persiana, pero sin éxito. No había ninguna rendija por la que se pudiera pasar un cuchillo para levantar la barra. Luego, con su lente, probó las bisagras, pero eran de hierro macizo, firmemente incorporadas a la maciza mampostería. "Hum", dijo, rascándose la barbilla con cierta perplejidad, "mi teoría presenta ciertamente algunas dificultades. Nadie podría traspasar estos postigos si estuvieran atornillados. Bueno, veremos si el interior arroja alguna luz sobre el asunto".

Una pequeña puerta lateral conducía al pasillo encalado desde el que se abrían los tres dormitorios. Holmes se negó a examinar la tercera habita-

ción, por lo que pasamos de inmediato a la segunda, aquella en la que dormía ahora la señorita Stoner y en la que su hermana había corrido su suerte. Era una habitación pequeña y acogedora, con un techo bajo y una chimenea abierta, al estilo de las antiguas casas de campo. En una esquina había una cómoda de color marrón, en otra una estrecha cama con revestimiento blanco y un tocador a la izquierda de la ventana. Estos artículos, junto con dos pequeñas sillas de mimbre, constituían todo el mobiliario de la habitación, salvo un cuadrado de alfombra Wilton en el centro. Los tableros de alrededor y los paneles de las paredes eran de roble marrón, carcomido por los gusanos, tan viejo y descolorido que podría datar de la construcción original de la casa. Holmes arrimó una de las sillas a un rincón y se sentó en silencio, mientras sus ojos viajaban de un lado a otro y de arriba abajo, observando cada detalle del apartamento.

"¿Dónde se comunica esa campana?", preguntó al fin, señalando una gruesa cuerda de campana que colgaba al lado de la cama, con la borla sobre la almohada.

"Va a la habitación del ama de llaves".

"¿Parece más nueva que las otras cosas?"

"Sí, lo pusieron allí hace sólo un par de años".

"¿Supongo que su hermana lo pidió?"

"No, nunca oí que lo usara. Solíamos conseguir siempre lo que queríamos para nosotras".

"En efecto, parecía innecesario poner allí un tirador de campana tan bonito. Me disculparé por unos minutos mientras me aseguro de este piso". Se echó de bruce con la lente en la mano y se arrastró rápidamente hacia delante y hacia atrás, examinando minuciosamente las grietas entre las tablas. Luego hizo lo mismo con la carpintería con la que estaba revestida la cámara. Por último, se acercó a la cama y pasó un rato mirándola y recorriendo la pared con la mirada. Finalmente, tomó la cuerda de la campana en la mano y le dio un fuerte tirón.

"Vaya, es un engaño", dijo.

"¿No sonará?"

"No, ni siquiera está atado a un cable. Esto es muy interesante. Puedes ver ahora que está sujeto a un gancho justo encima de donde está la pequeña abertura para el ventilador".

"¡Qué absurdo! Nunca me había fijado en eso".

"¡Muy extraño!", murmuró Holmes, tirando de la cuerda. "Hay uno o dos puntos muy singulares en esta habitación. Por ejemplo, ¿qué tonto debe ser un constructor para abrir un respiradero en otra habitación, cuando, con el mismo esfuerzo, podría haberse comunicado con el aire exterior!"

"Eso también es bastante moderno", dijo la señora.

"¿Hecho más o menos al mismo tiempo que la campana?", comentó Holmes.

"Sí, hubo varios pequeños cambios realizados por esa época".

"Parece que fueron de lo más interesante: cuerdas de campana falsas y ventiladores que no ventilan. Con su permiso, señorita Stoner, llevaremos ahora nuestras investigaciones al apartamento interior".

La habitación del doctor Grimesby Roylott era más grande que la de su hijastra, pero estaba igual de amueblada. Una cama de campaña, una pequeña estantería de madera llena de libros, en su mayoría de carácter técnico, un sillón junto a la cama, una sencilla silla de madera contra la pared, una mesa redonda y una gran caja fuerte de hierro eran las principales cosas que saltaban a la vista. Holmes caminó lentamente a su alrededor y examinó todos y cada uno de ellos con el más vivo interés.

"¿Qué hay aquí?", preguntó, golpeando la caja fuerte.

"Los papeles de los negocios de mi padrastro".

"¡Oh! ¿has visto el interior, entonces?"

"Sólo una vez, hace algunos años. Recuerdo que estaba llena de papeles".

"¿No hay un gato en ella, por ejemplo?"

"No. ¡Qué idea tan extraña!"

"¡Pues mira esto!" Cogió un pequeño platillo de leche que estaba encima.

"No; no tenemos ningún gato. Pero hay un guepardo y un babuino".

"¡Ah, sí, por supuesto! Bueno, un guepardo es un gato grande, y me atrevo a decir que un plato de leche no es suficiente para satisfacer sus necesidades. Hay un punto que me gustaría determinar". Se puso en cuclillas frente a la silla de madera y examinó el asiento de la misma con la mayor atención.

"Gracias. Eso es todo", dijo, levantándose y guardando su lente en el bolsillo. "¡Hola! Aquí hay algo interesante".

El objeto que le había llamado la atención era un pequeño lazo de perro colgado en una esquina de la cama. El lazo, sin embargo, estaba enroscado sobre sí mismo y atado de manera que formaba un lazo de cuerda de látigo.

"¿Qué piensas de eso, Watson?"

"Es un lazo bastante común. Pero no sé por qué debería estar atado".

"Eso no es tan común, ¿verdad? ¡Ah, yo! es un mundo malvado, y cuando un hombre inteligente convierte su cerebro en un crimen es lo peor de todo. Creo que ya he visto suficiente, señorita Stoner, y con su permiso saldremos al césped".

Nunca había visto el rostro de mi amigo tan sombrío ni su frente tan oscura como cuando nos alejamos de la escena de esta investigación. Habíamos caminado varias veces por el césped, sin que a la señorita Stoner ni a mí nos gustara irrumpir en sus pensamientos antes de que saliera de su ensueño.

"Es muy importante, señorita Stoner", dijo, "que siga absolutamente mi consejo en todos los aspectos".

"Ciertamente lo haré".

"El asunto es demasiado serio como para dudar. Su vida puede depender de su cumplimiento".

"Le aseguro que estoy en sus manos".

"En primer lugar, tanto mi amigo como yo debemos pasar la noche en su habitación".

Tanto la señorita Stoner como yo le miramos con asombro.

"Sí, debe ser así. Déjeme explicarle. Creo que esa es la posada del pueblo que está allí".

"Sí, es el Crown".

"Muy bien. ¿Sus ventanas serían visibles desde allí?"

"Ciertamente."

"Debes recluirte en tu habitación, fingiendo un dolor de cabeza, cuando tu padrastro regrese. Entonces, cuando le oigas retirarse por la noche, deberás abrir los postigos de tu ventana, deshacer el cerrojo, poner tu lámpara allí como señal para nosotros, y luego retirarte tranquilamente con todo lo que puedas necesitar a la habitación que solías ocupar. No tengo duda de que, a pesar de las reparaciones, podría arreglárselas allí durante una noche".

"Oh, sí, fácilmente".

"El resto lo dejaré en nuestras manos".

"¿Pero qué harán?"

"Pasaremos la noche en su habitación, e investigaremos la causa de este ruido que le ha molestado".

"Creo, señor Holmes, que ya se ha hecho una idea", dijo la señorita Stoner, poniendo su mano sobre la manga de mi compañero.

"Tal vez lo haya hecho".

"Entonces, por piedad, dígame cuál fue la causa de la muerte de mi hermana".

"Preferiría tener pruebas más claras antes de hablar".

"Al menos puede decirme si mi propio pensamiento es correcto, y si ella murió de algún susto repentino".

"No, no lo creo. Creo que probablemente hubo alguna causa más tangible. Y ahora, Srta. Stoner, debemos dejarla, pues si el Dr. Roylott regresara y nos viera, nuestro viaje sería en vano. Adiós, y sea valiente, pues si hace lo que le he dicho, puede estar segura de que pronto alejaremos los peligros que la amenazan."

Sherlock Holmes y yo no tuvimos ninguna dificultad para conseguir una habitación y una sala de estar en la Posada de la Corona. Estaban en el piso superior, y desde nuestra ventana podíamos contemplar la puerta de la avenida y el ala habitada de Stoke Moran Manor House. Al anochecer vimos pasar en coche al doctor Grimesby Roylott, cuya enorme figura se alzaba junto a la del muchacho que lo conducía. El muchacho tuvo alguna ligera dificultad para abrir las pesadas puertas de hierro, y oímos el ronco rugido de la voz del doctor y vimos la furia con la que agitaba sus puños cerrados hacia él. La trampa siguió su curso, y unos minutos más tarde vimos surgir una luz repentina entre los árboles al encender la lámpara en uno de los salones.

"Sabe usted, Watson -dijo Holmes mientras nos sentábamos juntos en la oscuridad creciente-, que tengo realmente algunos escrúpulos en cuanto a llevarle esta noche. Hay un claro elemento de peligro".

"¿Puedo ser de ayuda?"

"Su presencia podría ser inestimable".

"Entonces ciertamente iré".

"Es muy amable de su parte."

"Usted habla de peligro. Evidentemente ha visto más en estas habitaciones de lo que yo pude ver".

"No, pero me imagino que puedo haber deducido un poco más. Me imagino que usted vio todo lo que yo vi".

"No vi nada notable, excepto la cuerda de la campana, y confieso que no puedo imaginar qué propósito podría tener".

"¿También vio el respiradero?"

"Sí, pero no creo que sea algo tan inusual tener una pequeña abertura entre dos habitaciones. Era tan pequeña que apenas podría pasar una rata".

"Sabía que encontraríamos un respiradero antes de llegar a Stoke Moran".

"¡Mi querido Holmes!"

"Oh, sí, lo sabía. Recuerda que en su declaración dijo que su hermana podía oler el cigarro del Dr. Roylott. Ahora, por supuesto, eso sugirió de inmediato que debía haber una comunicación entre las dos habitaciones. Sólo podía ser una pequeña, o habría sido señalada en la investigación del forense. Deduje un respiradero".

"¿Pero qué daño puede haber en eso?"

"Bueno, hay al menos una curiosa coincidencia de fechas. Se hace un respirador, se cuelga una cuerda, y muere una señora que duerme en la cama. ¿No le llama la atención?"

"Todavía no puedo ver ninguna conexión".

"¿Observó algo muy peculiar en esa cama?"

"No."

"Estaba sujeta al suelo. ¿Había visto alguna vez una cama sujeta así?"

"No puedo decir que la haya visto."

"La señora no podía mover su cama. Debía estar siempre en la misma posición relativa con respecto al ventilador y a la cuerda, o así podemos llamarla, ya que está claro que nunca estuvo pensada para tirar de la campana."

"Holmes", grité, "me parece que veo vagamente lo que está insinuando. Llegamos justo a tiempo para evitar un crimen sutil y horrible".

"Bastante sutil y horrible. Cuando un médico se equivoca es el primero de los criminales. Tiene valor y conocimiento. Palmer y Pritchard estaban entre las cabezas de su profesión. Este hombre golpea aún más profundo, pero creo, Watson, que seremos capaces de golpear aún más profundamente. Pero ya tendremos bastantes horrores antes de que acabe la noche; por el amor de Dios, tomemos una pipa tranquila y centremos nuestra mente durante unas horas en algo más alegre."

Alrededor de las nueve, la luz entre los árboles se extinguió, y todo estaba oscuro en dirección a la mansión. Pasaron lentamente dos horas, y luego, de repente, justo al sonar las once, una única luz brillante brilló justo delante de nosotros.

"Esa es nuestra señal", dijo Holmes, poniéndose en pie de un salto; "viene de la ventana del medio".

Mientras salíamos, intercambió unas palabras con el propietario, explicándole que íbamos a hacer una visita tardía a un conocido, y que era posible que pasáramos la noche allí. Un momento después estábamos en la oscura carretera, con un viento helado soplando en nuestras caras, y una luz amarilla parpadeando frente a nosotros a través de la oscuridad para guiarnos en nuestra sombría misión.

No fue difícil entrar en el recinto, ya que en el viejo muro del parque se abrían brechas que no habían sido reparadas. Abriéndonos paso entre los árboles, llegamos al césped, lo cruzamos y estábamos a punto de entrar por la ventana cuando de un grupo de arbustos de laurel salió lo que parecía ser un niño horrible y distorsionado, que se arrojó sobre la hierba con los miembros retorcidos y luego corrió rápidamente por el césped hacia la oscuridad.

"¡Dios mío!" susurré; "¿lo has visto?".

Holmes estaba por el momento tan sorprendido como yo. Su mano se cerró como un vicio sobre mi muñeca en su agitación. Luego soltó una carcajada y acercó sus labios a mi oído.

"Es una bonita casa", murmuró. "Ese es el babuino".

Había olvidado los extraños animales domésticos a los que el doctor tenía afecto. También había un guepardo; tal vez podríamos encontrarlo sobre nuestros hombros en cualquier momento. Confieso que me sentí más tranquilo cuando, tras seguir el ejemplo de Holmes y descalzarme, me encontré dentro del dormitorio. Mi compañero cerró las persianas sin hacer ruido, puso la lámpara sobre la mesa y recorrió la habitación con la mirada. Todo estaba como lo habíamos visto durante el día. Luego, acercándose sigilosamente a mí y haciendo una trompeta con su mano, volvió a susurrarme al oído tan suavemente que fue todo lo que pude hacer para distinguir las palabras:

"El menor ruido sería fatal para nuestros planes".

Asentí con la cabeza para mostrar que había escuchado.

"Debemos sentarnos sin luz. Él lo vería a través del respiradero".

Volví a asentir.

"No te duermas; tu propia vida puede depender de ello. Tenga su pistola lista por si la necesitamos. Me sentaré en el lado de la cama y tú en esa silla".

Saqué mi revólver y lo puse en la esquina de la mesa.

Holmes había traído un bastón largo y delgado, y lo colocó sobre la cama a su lado. Junto a él colocó la caja de cerillas y el tronco de una vela. Luego apagó la lámpara y nos quedamos a oscuras.

¿Cómo podré olvidar esa terrible vigilia? No podía oír ningún sonido, ni siquiera la respiración, y sin embargo sabía que mi compañero estaba sentado con los ojos abiertos, a pocos metros de mí, en el mismo estado de tensión nerviosa en el que yo me encontraba. Los postigos cortaban el menor rayo de luz, y esperábamos en la más absoluta oscuridad.

Desde el exterior llegaba el ocasional grito de un pájaro nocturno, y una vez, en nuestra misma ventana, un prolongado gemido felino que nos indicaba que el guepardo estaba realmente en libertad. A lo lejos se oían los profundos tonos del reloj de la parroquia, que resonaban cada cuarto de hora. ¡Qué largos parecían esos cuartos! Daban las doce, y la una, y las dos, y las tres, y seguíamos esperando en silencio lo que pudiera ocurrir.

De repente se oyó el brillo momentáneo de una luz en dirección al ventilador, que se desvaneció de inmediato, pero fue sucedido por un fuerte olor a aceite quemado y metal caliente. Alguien en la habitación contigua había encendido una linterna oculta. Oí un suave sonido de movimiento y luego todo volvió a quedar en silencio, aunque el olor se hizo más fuerte. Durante media hora estuve sentado con los oídos aguzados. Luego, de repente, se oyó otro sonido, un sonido muy suave y relajante, como el de un pequeño chorro de vapor que se escapa continuamente de una tetera. En el instante en que lo oímos, Holmes saltó de la cama, encendió una cerilla y golpeó furiosamente con su bastón el tirador de la campana.

"¿Lo ves, Watson?", gritó. "¿Lo ves?"

Pero yo no vi nada. En el momento en que Holmes encendió la luz, oí un silbido bajo y claro, pero el repentino resplandor que me llegó a los ojos cansados me impidió saber qué era lo que mi amigo golpeaba tan salvajemente. Sin embargo, pude ver que su rostro estaba mortalmente pálido y

lleno de horror y aversión. Había dejado de golpear y miraba hacia el ventilador cuando de repente irrumpió en el silencio de la noche el grito más horrible que jamás haya escuchado. El grito se hizo cada vez más fuerte, un grito ronco de dolor, miedo e ira, todo mezclado en un solo grito espantoso. Dicen que en el pueblo, e incluso en la lejana casa parroquial, ese grito levantó a los durmientes de sus camas. Nos llegó al corazón, y me quedé mirando a Holmes, y él a mí, hasta que los últimos ecos del grito se apagaron en el silencio del que surgió.

"¿Qué puede significar?" jadeé.

"Significa que todo ha terminado", respondió Holmes. "Y quizás, después de todo, sea lo mejor. Tome su pistola y entraremos en la habitación del doctor Roylott".

Con rostro grave, encendió la lámpara y se dirigió hacia el pasillo. Golpeó dos veces la puerta de la habitación sin obtener respuesta del interior. Luego giró el picaporte y entró, yo pisándole los talones, con la pistola amartillada en la mano.

Fue una visión singular la que se encontró con nuestros ojos. Sobre la mesa había una linterna oscura con la persiana entreabierta, que arrojaba un brillante haz de luz sobre la caja fuerte de hierro, cuya puerta estaba entreabierta. Junto a la mesa, en una silla de madera, estaba sentado el doctor Grimesby Roylott, vestido con una larga bata gris, con los tobillos desnudos y los pies metidos en unas zapatillas turcas sin tacón. En su regazo yacía la culata corta con el largo lazo que habíamos visto durante el día. Su barbilla estaba inclinada hacia arriba y sus ojos estaban fijos en una espantosa y rígida mirada hacia la esquina del techo. Alrededor de su frente tenía una peculiar banda amarilla, con motas marrones, que parecía estar atada fuertemente a su cabeza. Cuando entramos, no hizo ningún ruido ni movimiento.

"¡La banda! ¡La banda moteada!", susurró Holmes.

Di un paso adelante. En un instante, su extraño tocado comenzó a moverse, y de entre su pelo surgió la cabeza cuadrada en forma de diamante y el cuello hinchado de una repugnante serpiente.

"Es una víbora de los pantanos", gritó Holmes, "la serpiente más mortífera de la India. Ha muerto a los diez segundos de ser mordido. La violencia, en verdad, retrocede sobre los violentos, y el intrigante cae en la fosa que

cava para otro. Empujemos a esta criatura de vuelta a su madriguera, y entonces podremos llevar a la señorita Stoner a algún lugar de refugio y hacer saber a la policía del condado lo que ha sucedido".

Mientras hablaba, sacó rápidamente el látigo de perro del regazo del muerto, y arrojando el lazo alrededor del cuello del reptil, lo sacó de su horrible posición y, llevándolo a un brazo de distancia, lo arrojó a la caja fuerte de hierro, que cerró sobre él.

Tales son los verdaderos hechos de la muerte del Dr. Grimesby Roylott, de Stoke Moran. No es necesario que prolongue una narración que ya se ha extendido demasiado contando cómo le dimos la triste noticia a la aterrorizada niña, cómo la llevamos en el tren de la mañana al cuidado de su buena tía en Harrow, cómo el lento proceso de investigación oficial llegó a la conclusión de que el doctor encontró su destino mientras jugaba indiscretamente con una peligrosa mascota. Lo poco que me quedaba por saber del caso me lo contó Sherlock Holmes mientras viajábamos de vuelta al día siguiente.

"Había llegado -dijo- a una conclusión totalmente errónea que demuestra, mi querido Watson, lo peligroso que es siempre razonar a partir de datos insuficientes. La presencia de los gitanos y el uso de la palabra "banda", que la pobre muchacha utilizó sin duda para explicar el aspecto que había vislumbrado apresuradamente a la luz de su fósforo, fueron suficientes para ponerme en una pista totalmente equivocada. Sólo puedo atribuirme el mérito de haber reconsiderado instantáneamente mi posición cuando, sin embargo, me quedó claro que cualquier peligro que amenazara al ocupante de la habitación no podía provenir ni de la ventana ni de la puerta. Mi atención se dirigió rápidamente, como ya le he comentado, a este respirador, y a la cuerda de campana que colgaba de la cama. El descubrimiento de que se trataba de un objeto falso, y de que la cama estaba sujeta al suelo, me hizo sospechar inmediatamente que la cuerda estaba allí como puente para que algo pasara por el agujero y llegara a la cama. La idea de una serpiente se me ocurrió al instante, y cuando la uní a mi conocimiento de que el doctor tenía un suministro de criaturas de la India, sentí que probablemente estaba en el camino correcto. La idea de utilizar una forma de veneno que no pudiera ser descubierta por ninguna prueba química era la que se le ocurriría a un hombre inteligente y despiadado que hubiera tenido una formación oriental. La rapidez con la que un veneno de este tipo haría efecto sería tam-

bién, desde su punto de vista, una ventaja. En efecto, sería un forense de mirada aguda el que podría distinguir los dos pequeños pinchazos oscuros que mostrarían el lugar donde los colmillos del veneno habían hecho su trabajo. Entonces pensé en el silbato. Por supuesto que debía recordar a la serpiente antes de que la luz de la mañana la revelara a la víctima. La había entrenado, probablemente mediante el uso de la leche que vimos, para que volviera a él cuando la llamara. La hacía pasar por este ventilador a la hora que mejor le pareciera, con la certeza de que se arrastraría por la cuerda y se posaría en la cama. Podría morder o no a su ocupante, tal vez podría escapar cada noche durante una semana, pero tarde o temprano debía ser una víctima.

"Había llegado a estas conclusiones antes de entrar en su habitación. Una inspección de su silla me demostró que tenía la costumbre de ponerse de pie sobre ella, lo que, por supuesto, sería necesario para poder alcanzar el ventilador. La vista de la caja fuerte, el platillo de leche y el lazo del cordón de la fusta fueron suficientes para disipar finalmente cualquier duda que pudiera haber quedado. El estruendo metálico que escuchó la señorita Stoner fue obviamente causado por su padrastro al cerrar apresuradamente la puerta de su caja fuerte sobre su terrible ocupante. Una vez decidido, ya saben los pasos que di para poner el asunto a prueba. Oí el siseo de la criatura, como no dudo que tú también lo oíste, y al instante encendí la luz y la atacué."

"Con el resultado de conducirla a través del respiradero".

"Y también con el resultado de hacerla girar sobre su amo al otro lado. Algunos de los golpes de mi bastón llegaron a casa y despertaron su temperamento de serpiente, de modo que voló sobre la primera persona que vio. De este modo soy, sin duda, indirectamente responsable de la muerte del Dr. Grimesby Roylott, y no puedo decir que eso pese mucho sobre mi conciencia."

EL DEDO PULGAR DEL INGENIERO

De todos los problemas que se le han presentado a mi amigo, el señor Sherlock Holmes, para que los resolviera durante los años de nuestra amistad, sólo hubo dos que yo le hice conocer: el del pulgar del señor Hatherley y el de la locura del coronel Warburton. De estos, el último puede haber ofrecido un campo más fino para un observador agudo y original, pero el otro fue tan extraño en su inicio y tan dramático en sus detalles que puede ser el más digno de ser registrado, incluso si le dio a mi amigo menos oportunidades para esos métodos deductivos de razonamiento por los que logró resultados tan notables. Creo que la historia ha sido contada más de una vez en los periódicos, pero, como todas las narraciones de este tipo, su efecto es mucho menos impactante cuando se expone en bloque en una sola media columna de imprenta que cuando los hechos evolucionan lentamente ante tus propios ojos, y el misterio se despeja gradualmente a medida que cada nuevo descubrimiento proporciona un paso que conduce a la verdad completa. En aquel momento, las circunstancias me causaron una profunda impresión, y el transcurso de dos años apenas ha servido para debilitar el efecto.

Fue en el verano del 1889, no mucho después de mi matrimonio, cuando se produjeron los acontecimientos que ahora voy a resumir. Yo había vuelto a la práctica civil y había abandonado definitivamente a Holmes en sus habitaciones de Baker Street, aunque le visitaba continuamente y de vez en cuando incluso le convencía de que abandonara sus hábitos bohemios para venir a visitarnos. Mi consulta había aumentado constantemente, y como vivía a una distancia no muy grande de la estación de Paddington, conseguí

algunos pacientes entre los funcionarios. Uno de ellos, al que había curado de una dolorosa y persistente enfermedad, no se cansaba de anunciar mis virtudes y de intentar enviarme a todos los enfermos sobre los que pudiera tener alguna influencia.

Una mañana, poco antes de las siete, me despertó la criada tocando a la puerta para anunciarme que dos hombres habían llegado de Paddington y me esperaban en la consulta. Me vestí apresuradamente, pues sabía por experiencia que los casos de ferrocarril rara vez son triviales, y me apresuré a bajar las escaleras. Mientras bajaba, mi viejo aliado, el guardia, salió de la habitación y cerró la puerta con fuerza tras de sí.

"Lo tengo aquí", susurró, moviendo el pulgar por encima del hombro; "está bien".

"¿Qué ocurre, entonces?" pregunté, ya que su actitud sugería que se trataba de alguna criatura extraña que había enjaulado en mi habitación.

"Es un nuevo paciente", susurró. "Pensé en traerlo yo mismo; así no podría escaparse. Ahí está, sano y salvo. Tengo que irme ahora, doctor; tengo mis cosas, igual que usted". Y se marchó, este fiel pregonero, sin darme tiempo a darle las gracias.

Entré en mi consulta y encontré a un caballero sentado junto a la mesa. Iba tranquilamente vestido con un traje de tweed de brezo y una gorra de tela suave que había depositado sobre mis libros. Llevaba un pañuelo en una de sus manos, que estaba manchado de sangre. Era joven, no más de veinticinco años, diría yo, con un rostro fuerte y masculino; pero estaba excesivamente pálido y me dio la impresión de un hombre que estaba sufriendo una fuerte agitación, que requería toda su fuerza de espíritu para controlar.

"Siento llamarle tan temprano, doctor -dijo-, pero he tenido un accidente muy grave durante la noche. Llegué en tren esta mañana, y al preguntar en Paddington dónde podría encontrar un médico, un digno compañero me acompañó muy amablemente hasta aquí. Le di a la criada una tarjeta, pero veo que la ha dejado sobre la mesa auxiliar".

La cogí y le eché un vistazo. "Sr. Victor Hatherley, ingeniero hidráulico, 16A, Victoria Street (3ª planta)". Ese era el nombre, el estilo y la morada de mi visitante matutino. "Lamento haberle hecho esperar", dije, sentándome

en mi silla-biblioteca. "Viene usted de un viaje nocturno, según tengo entendido, que es en sí mismo una ocupación monótona".

"Oh, mi noche no podría llamarse monótona", dijo él, y se rió. Se rió con mucha fuerza, con una nota alta y sonora, inclinándose hacia atrás en su silla y sacudiendo los costados. Todos mis instintos médicos se alzaron contra esa risa.

" ¡Para!", grité. grité; "¡contrólate!" y vertí un poco de agua de una jarra.

Pero fue inútil. Estaba en uno de esos arrebatos histéricos que sobrevienen a una naturaleza fuerte cuando una gran crisis ha pasado y se ha ido. Al cabo de un rato volvió en sí, muy cansado y con el rostro pálido.

"He hecho el ridículo", jadeó.

"No, en absoluto. Bebe esto". Eché un poco de brandy en el agua, y el color empezó a volver a sus mejillas sin sangre.

"¡Así está mejor!", dijo. "Y ahora, doctor, tal vez sea usted tan amable de atender mi pulgar, o más bien el lugar donde estaba mi pulgar".

Desenrolló el pañuelo y extendió la mano. Incluso mis nervios endurecidos se estremecieron al mirarla. Había cuatro dedos que sobresalían y una horrible superficie roja y esponjosa donde debería haber estado el pulgar. Lo habían cortado o arrancado de raíz.

"¡Cielos!" grité, "es una herida terrible. Debe haber sangrado mucho".

"Sí, así es. Me desmayé cuando me lo hicieron, y creo que debí estar sin sentido durante mucho tiempo. Cuando volví en mí me di cuenta de que aún sangraba, así que até un extremo de mi pañuelo muy fuertemente alrededor de la muñeca y la sujeté con una ramita."

"¡Excelente! Deberías haber sido cirujano".

"Es una cuestión de hidráulica, ya ves, y entraba dentro de mi propia competencia".

"Esto ha sido hecho", dije yo, examinando la herida, "por un instrumento muy pesado y afilado".

" Algo así como una cuchilla", dijo él.

"¿Un accidente, supongo?"

"De ninguna manera".

"¿Qué? ¿Un ataque asesino?"

"Muy asesino de hecho".

"Me horroriza".

Le pasé una esponja por la herida, la limpié, la vendé y finalmente la cubrí con guata de algodón y vendas carbolizadas. Se recostó sin hacer muecas, aunque se mordía el labio de vez en cuando.

"¿Cómo está eso?" pregunté cuando terminé.

" ¡Qué maravilla! Entre su brandy y su vendaje, me siento un hombre nuevo. Estaba muy débil, pero he tenido que pasar un buen rato".

"Tal vez sea mejor que no hable del asunto. Evidentemente es una prueba para sus nervios".

"Oh, no, ahora no. Tendré que contar mi historia a la policía; pero, entre nosotros, si no fuera por la evidencia convincente de esta herida mía, me sorprendería que creyeran mi declaración, porque es muy extraordinaria, y no tengo muchas pruebas que la respalden; y, aunque me creyeran, las pistas que puedo darles son tan vagas que es una cuestión de si se hará justicia."

"¡Ja!", exclamé, "si se trata de un problema que desea ver resuelto, le recomiendo encarecidamente que acuda a mi amigo, el señor Sherlock Holmes, antes de acudir a la policía oficial".

"Oh, he oído hablar de ese tipo", respondió mi visitante, "y me encantaría que se ocupara del asunto, aunque, por supuesto, también debo recurrir a la policía oficial. ¿Podría usted presentármelo?"

"Lo haré mejor. Yo mismo te llevaré a verle".

"Le estaré inmensamente agradecido".

"Pediremos un taxi e iremos juntos. Llegaremos a tiempo para desayunar con él. ¿Te sientes capaz de hacerlo?"

"Sí; no me sentiré tranquilo hasta que haya contado mi historia".

"Entonces mi criado llamará a un taxi, y estaré con usted en un instante". Me apresuré a subir las escaleras, le expliqué el asunto a mi esposa y en

cinco minutos estaba dentro de un taxi, conduciendo con mi nuevo conocido a Baker Street.

Sherlock Holmes estaba, como yo esperaba, holgazaneando en su salón en bata, leyendo la columna de opinión de The Times y fumando su pipa de antes del desayuno, que estaba compuesta por todos los tapones y las boquillas de sus cigarrillos del día anterior, todos cuidadosamente secados y recogidos en la esquina de la repisa de la chimenea. Nos recibió a su manera, con la tranquilidad que le caracteriza, y pidió huevos y torreznos frescos, y se unió a nosotros en una abundante comida. Al terminar, acomodó a nuestro recién conocido en el sofá, colocó una almohada bajo su cabeza y puso a su alcance una copa de brandy con agua.

"Es fácil ver que su experiencia no ha sido común, señor Hatherley", dijo. "Por favor, tumbese ahí y siéntase absolutamente como en casa. Cuéntenos lo que pueda, pero deténgase cuando esté cansado y mantenga sus fuerzas con un pequeño estimulante."

"Gracias", dijo mi paciente, "pero me he sentido otro hombre desde que el médico me vendó, y creo que su desayuno ha completado la cura. Quiero robarle el menor tiempo posible, así que empezaré de inmediato con mis peculiares experiencias."

Holmes se sentó en su gran sillón con la expresión de cansancio y pesadez de ojos que encubría su naturaleza aguda y ansiosa, mientras yo me sentaba frente a él, y escuchábamos en silencio la extraña historia que nos detallaba nuestro visitante.

"Deben saber -dijo- que soy huérfano y soltero, y que vivo solo en Londres. De profesión soy ingeniero hidráulico, y he tenido una considerable experiencia en mi trabajo durante los siete años que estuve como aprendiz en Venner & Matheson, la conocida firma de Greenwich. Hace dos años, después de haber cumplido mi tiempo, y habiendo conseguido una buena suma de dinero por la muerte de mi pobre padre, decidí empezar a trabajar por mi cuenta y alquilé un despacho profesional en Victoria Street.

"Supongo que todo el mundo encuentra su primer comienzo independientemente en los negocios una experiencia triste. Para mí ha sido excepcionalmente así. Durante dos años he tenido tres consultas y un pequeño trabajo, y eso es absolutamente todo lo que me ha aportado mi profesión. Mis ingresos bru-

tos ascienden a 27 libras y 10 peniques. Todos los días, desde las nueve de la mañana hasta las cuatro de la tarde, esperaba en mi pequeña guarida, hasta que al final mi corazón comenzó a hundirse, y llegué a creer que nunca tendría ninguna consulta.

"Ayer, sin embargo, justo cuando pensaba dejar la oficina, mi empleado entró para decir que había un caballero esperando que deseaba verme por negocios. También trajo una tarjeta con el nombre del "Coronel Lysander Stark" grabado en ella. Le pisaba los talones el coronel en persona, un hombre más bien de mediana estatura, pero de extrema delgadez. No creo haber visto nunca un hombre tan delgado. Toda su cara se afinaba en la nariz y la barbilla, y la piel de sus mejillas se dibujaba muy tensa sobre sus destacados huesos. Sin embargo, esta delgadez parecía ser su hábito natural, y no se debía a ninguna enfermedad, pues su mirada era brillante, su paso enérgico y su porte seguro. Iba vestido de forma sencilla pero pulcra, y su edad, a mi juicio, estaría más cerca de los cuarenta que de los treinta.

"¿Sr. Hatherley?", dijo, con algo de acento alemán. Me han recomendado a usted, señor Hatherley, por ser un hombre no sólo competente en su profesión, sino también discreto y capaz de guardar un secreto".

"Me incliné, sintiéndome tan halagado como lo haría cualquier joven ante semejante discurso. "¿Puedo preguntar quién fue el que me dio tan buen carácter?"

"Bueno, tal vez sea mejor que no te lo diga en este momento. Tengo entendido, por la misma fuente, que es usted huérfano y soltero y que reside solo en Londres".

"Eso es correcto -respondí-, pero me disculparé si le digo que no veo qué relación tiene todo esto con mis calificaciones profesionales. Tengo entendido que era por un asunto profesional por lo que quería hablar conmigo".

"Sin duda, sí. Pero descubrirá que todo lo que digo es realmente importante. Tengo un encargo profesional para usted, pero el secreto absoluto es esencial, el secreto absoluto, usted entiende, y por supuesto podemos esperar eso más de un hombre que está solo que de uno que vive en el seno de su familia".

"Si le prometo guardar un secreto' -dije-, 'puede confiar absolutamente en que lo haré".

"Me miró muy fijamente mientras hablaba, y me pareció que nunca había visto unos ojos tan suspicaces e interrogantes.

" '¿Me lo promete, entonces?', dijo al fin.

" 'Sí, lo prometo'."

" '¿Silencio absoluto y completo antes, durante y después? ¿Ninguna referencia al asunto, ni de palabra ni por escrito?'"

" 'Ya le he dado mi palabra'.

" 'Muy bien'. Se levantó de repente y, como un relámpago, cruzó la habitación y abrió la puerta de golpe. El pasillo exterior estaba vacío.

'Está bien', dijo, volviendo. Sé que los empleados a veces sienten curiosidad por los asuntos de su amo. Ahora podemos hablar con seguridad". Acercó su silla a la mía y comenzó a mirarme de nuevo con la misma mirada interrogante y reflexiva.

"Un sentimiento de repulsión, y de algo parecido al miedo, había comenzado a surgir dentro de mí ante las extrañas payasadas de este hombre descarnado. Ni siquiera mi temor a perder un cliente pudo impedirme mostrar mi impaciencia.

Le ruego que exponga su asunto, señor -dije-; mi tiempo es valioso". Que el cielo me perdone por esta última frase, pero las palabras salieron de mis labios.

" '¿Qué le parecen cincuenta guineas por una noche de trabajo?', preguntó."

" Me parece muy bien."

" 'Digo una noche de trabajo, pero una hora estaría más cerca del objetivo. Sólo quiero su opinión sobre una máquina de estampación hidráulica que se ha estropeado. Si nos muestra lo que está mal, pronto lo arreglaremos nosotros mismos. ¿Qué opina de un encargo como éste?'"

" 'El trabajo parece ser liviano y la paga munificente'."

" 'Precisamente eso. Queremos que venga esta noche en el último tren'".

" '¿A dónde?'"

"A Eyford, en Berkshire. Es un pequeño lugar cerca de los límites de Oxfordshire, y a siete millas de Reading. Hay un tren desde Paddington que te llevaría allí alrededor de las 11:15".

"Muy bien."

"Bajaré en un carruaje para encontrarme con usted."

"¿Hay un viaje en coche, entonces?"

"Sí, nuestra pequeña casa está en el campo. Está a siete millas de la estación de Eyford".

"Entonces difícilmente podremos llegar antes de medianoche. Supongo que no habría posibilidad de un tren de vuelta. Me vería obligado a pasar la noche."

"Sí, podríamos fácilmente ofrecerle un viaje de ida y vuelta."

"Eso es muy incómodo. ¿No podría ir a una hora más conveniente?"

"Hemos considerado que es mejor que venga tarde. Es para recompensarle por cualquier inconveniente que le estamos pagando a usted, un hombre joven y desconocido, unos honorarios que comprarían una opinión de los mismos jefes de su profesión. Pero, por supuesto, si quiere retirarse del negocio, tiene tiempo de sobra para hacerlo".

"Pensé en las cincuenta guineas y en lo útiles que me serían. 'En absoluto', dije, 'estaré encantado de adaptarme a sus deseos. Me gustaría, sin embargo, entender un poco más claramente qué es lo que desea que haga'".

"Así es. Es muy natural que la promesa de secreto que le hemos exigido haya despertado su curiosidad. No deseo comprometerte a nada sin que lo tengas todo preparado. ¿Supongo que estamos absolutamente a salvo de los figones?"

"Totalmente."

"Entonces el asunto está así. Probablemente sepa que la tierra de batán es un producto valioso y que sólo se encuentra en uno o dos lugares de Inglaterra."

"He oído que sí."

" 'Hace poco tiempo compré un pequeño lugar -un lugar muy pequeño- a diez millas de Reading. Tuve la suerte de descubrir que había un depósito de tierra de batán en uno de mis campos. Al examinarlo, sin embargo, descubrí que este depósito era comparativamente pequeño y que formaba un vínculo entre dos mucho más grandes a la derecha y a la izquierda, ambos, sin embargo, en los terrenos de mis vecinos. Esta buena gente ignoraba por completo que sus tierras contenían algo tan valioso como una mina de oro. Naturalmente, me interesaba comprar sus tierras antes de que descubrieran su verdadero valor, pero desgraciadamente no tenía ningún capital con el que pudiera hacerlo. Sin embargo, me llevé a algunos de mis amigos al secreto, y ellos sugirieron que trabajáramos silenciosa y secretamente nuestro pequeño depósito y que de esta manera ganáramos el dinero que nos permitiera comprar los campos vecinos. Esto es lo que estamos haciendo desde hace algún tiempo, y para ayudarnos en nuestras operaciones hemos construido una prensa hidráulica. Esta prensa, como ya he explicado, se ha estropeado, y deseamos su consejo sobre el tema. Sin embargo, guardamos nuestro secreto muy celosamente, y si una vez se supiera que tenemos ingenieros hidráulicos que vienen a nuestra pequeña casa, pronto despertaría la investigación, y entonces, si los hechos salieran a la luz, sería el adiós a cualquier posibilidad de conseguir estos campos y llevar a cabo nuestros planes. Por eso te he hecho prometer que no le dirás a nadie que vas a ir a Eyford esta noche. Espero que lo haya dejado todo claro"

"El único punto que no entendí bien fue el uso que se le puede dar a una prensa hidráulica para excavar tierra de batán, que, según tengo entendido, se extrae como la grava de un pozo."

"¡Ah!", dijo él con despreocupación, "tenemos nuestro propio proceso. Comprimos la tierra en forma de ladrillos, para sacarlos sin revelar lo que son. Pero eso es un mero detalle. Ahora le he tomado plena confianza, señor Hatherley, y le he mostrado cómo confío en usted". Se levantó mientras hablaba. "Le espero, entonces, en Eyford a las 11:15".

"Por supuesto que estaré allí."

"Y ni una palabra a nadie'. Me miró con una última mirada larga e interrogante, y luego, apretando mi mano con un frío y húmedo apretón, se apresuró a salir de la habitación."

"Bien, cuando llegué a pensarlo todo con sangre fría me quedé muy sorprendido, como ambos pueden pensar, por este repentino encargo que se me había confiado. Por un lado, por supuesto, me alegré, pues los honorarios eran por lo menos diez veces superiores a los que habría pedido si hubiera puesto precio a mis propios servicios, y era posible que este encargo diera lugar a otros. Por otra parte, el rostro y los modales de mi patrón me habían causado una impresión desagradable, y no podía pensar que su explicación de la tierra del batán fuera suficiente para explicar la necesidad de que yo viniera a medianoche, y su extrema ansiedad por que yo le contara a alguien mi encargo. Sin embargo, deseché todos los temores, cené abundantemente, conduje hasta Paddington y me puse en marcha, habiendo obedecido al pie de la letra la orden de contener mi lengua."

"En Reading tuve que cambiar no sólo de carruaje sino de estación. Sin embargo, llegué a tiempo para el último tren a Eyford, y llegué a la pequeña estación poco iluminada después de las once. Fui el único pasajero que bajó allí, y no había nadie en el andén, salvo un único portero somnoliento con una linterna. Sin embargo, cuando salí por la puerta peatonal, encontré a mi conocido de la mañana esperando en la sombra al otro lado. Sin mediar palabra, me agarró del brazo y me metió en un carruaje cuya puerta estaba abierta. Subió las ventanillas a ambos lados, dio unos golpecitos en la madera, y nos fuimos tan rápido como el caballo podía ir".

"¿Un solo caballo?", intervino Holmes.

"Sí, sólo uno".

"¿Observó el color?"

"Sí, lo vi por las luces laterales cuando subía al carruaje. Era un castaño".

"¿Cansado o fresco?"

"Oh, fresco y brillante".

"Gracias. Siento haberle interrumpido. Le ruego que continúe con su interesante declaración".

"Nos fuimos entonces, y condujimos durante al menos una hora. El coronel Lysander Stark había dicho que sólo eran siete millas, pero yo creía, por la velocidad a la que parecíamos ir, y por el tiempo que tardamos, que debían ser más de doce. Se sentó a mi lado en silencio todo el tiempo, y me di

cuenta, más de una vez cuando miré en su dirección, que me estaba mirando con gran intensidad. Parece que las carreteras rurales no son muy buenas en esa parte del mundo, porque dimos unos bandazos y sacudidas terribles. Intenté mirar por las ventanillas para ver algo de dónde estábamos, pero eran de vidrio esmerilado, y no pude distinguir nada más que el borrón ocasional de una luz que pasaba. De vez en cuando me arriesgaba a hacer algún comentario para romper la monotonía del viaje, pero el coronel sólo respondía con monosílabos, y la conversación pronto decaía. Por fin, sin embargo, los golpes de la carretera fueron sustituidos por la crujiente suavidad de un camino de grava, y el carruaje se detuvo. El coronel Lysander Stark se bajó de él y, mientras yo lo seguía, me arrastró a un porche que se abría ante nosotros. Bajamos, por así decirlo, del carruaje y entramos en el vestíbulo, de modo que no pude echar la más fugaz mirada a la fachada de la casa. En el instante en que crucé el umbral, la puerta se cerró de golpe detrás de nosotros, y oí débilmente el traqueteo de las ruedas mientras el carruaje se alejaba."

"Estaba muy oscuro dentro de la casa, y el coronel buscaba a tientas cerillas y murmuraba en voz baja. De repente se abrió una puerta en el otro extremo del pasillo y una larga barra de luz dorada salió disparada en nuestra dirección. Se ensanchó y apareció una mujer con una lámpara en la mano, que sostenía por encima de la cabeza, adelantando la cara y mirándonos. Pude ver que era guapa, y por el brillo con que la luz iluminaba su vestido oscuro supe que era de un material rico. Pronunció algunas palabras en una lengua extranjera, en un tono como si estuviera haciendo una pregunta, y cuando mi compañero respondió con un monosílabo ronco, se sobresaltó tanto que la lámpara casi se le cayó de la mano. El coronel Stark se acercó a ella, le susurró algo al oído y luego, empujándola hacia la habitación de la que había salido, volvió a caminar hacia mí con la lámpara en la mano."

"Quizá tenga usted la amabilidad de esperar en esta habitación unos minutos' -dijo, abriendo otra puerta-. Era una habitación tranquila, pequeña y sencillamente amueblada, con una mesa redonda en el centro, sobre la que había varios libros alemanes. El coronel Stark dejó la lámpara sobre un armonio junto a la puerta. 'No le haré esperar ni un instante', dijo, y desapareció en la oscuridad."

"Eché un vistazo a los libros que había sobre la mesa y, a pesar de mi ignorancia del alemán, pude ver que dos de ellos eran tratados de ciencia y los

otros eran volúmenes de poesía. Luego me acerqué a la ventana, con la esperanza de poder vislumbrar el campo, pero una persiana de roble, fuertemente enrejada, estaba plegada sobre ella. Era una casa maravillosamente silenciosa. Había un viejo reloj que sonaba con fuerza en algún lugar del pasillo, pero por lo demás todo estaba mortalmente quieto. Una vaga sensación de inquietud comenzó a invadirme. ¿Quiénes eran estos alemanes y qué hacían viviendo en este extraño y apartado lugar? ¿Y dónde estaba el lugar? Estaba a unos quince kilómetros de Eyford, eso era todo lo que sabía, pero no tenía ni idea de si estaba al norte, al sur, al este o al oeste. Además, Reading, y posiblemente otras grandes ciudades, se encontraban en ese radio, por lo que el lugar podría no estar tan aislado, después de todo. Sin embargo, estaba bastante seguro, por la absoluta quietud, de que estábamos en el campo. Me paseé de un lado a otro de la habitación, tarareando una melodía en voz baja para mantener el ánimo y sintiendo que me estaba ganando a pulso mis honorarios de cincuenta guineas."

"De repente, sin ningún sonido previo en medio de la absoluta quietud, la puerta de mi habitación se abrió lentamente. La mujer estaba de pie en la abertura, con la oscuridad del vestíbulo a sus espaldas, y la luz amarilla de mi lámpara golpeando su rostro ansioso y hermoso. Pude ver de un vistazo que estaba enferma de miedo, y la visión envió un escalofrío a mi propio corazón. Levantó un dedo tembloroso para advertirme que guardara silencio, y me dirigió unas palabras susurradas en un inglés entrecortado, mientras sus ojos miraban hacia atrás, como los de un caballo asustado, en la penumbra detrás de ella."

"'Yo me iría' -dijo ella, esforzándose, como me pareció a mí, por hablar con calma-; 'me iría. No me quedaría aquí. No hay nada bueno que puedas conseguir'".

"'Pero, señora' -dije-, 'todavía no he hecho lo que he venido a hacer. No puedo irme hasta que haya visto la máquina'".

"'No vale la pena que espere', continuó. Puedes pasar por la puerta; nadie te lo impide". Y entonces, al ver que yo sonreía y negaba con la cabeza, se despojó de repente de su obligación y dio un paso adelante, con las manos juntas. Por el amor del cielo", susurró, ' ¡salga de aquí antes de que sea demasiado tarde!'"

"Pero soy algo testarudo por naturaleza, y tanto más dispuesto a comprometerme en un asunto cuando hay algún obstáculo en el camino. Pensé en mis cincuenta guineas, en mi fatigoso viaje y en la desagradable noche que me esperaba. ¿Era todo para nada? ¿Por qué iba a escabullirme sin haber cumplido mi encargo y sin el pago que me correspondía? Esta mujer podría ser, por lo que yo sabía, una monomaniaca. Por lo tanto, con un porte robusto, aunque sus maneras me habían sacudido más de lo que me importaba confesar, seguí negando con la cabeza y declaré mi intención de quedarme donde estaba. Estaba a punto de renovar sus súplicas cuando una puerta se cerró de golpe y se oyó el sonido de varios pasos en la escalera. Ella escuchó un instante, levantó las manos con un gesto desesperado y desapareció tan repentinamente y sin hacer ruido como había llegado.

"Los recién llegados eran el coronel Lysander Stark y un hombre bajo y grueso con una barba de chinchilla que crecía en los pliegues de su papada, que me fue presentado como el señor Ferguson.

" 'Este es mi secretario y gerente', dijo el coronel. Por cierto, tenía la impresión de haber dejado esta puerta cerrada hace un momento. Me temo que ha sentido la corriente de aire'.

" 'Al contrario', dije, 'yo mismo abrí la puerta porque sentí que la habitación estaba un poco cerrada'.

"Me lanzó una de sus miradas suspicaces. "Tal vez sea mejor que pasemos a los negocios, entonces", dijo. El Sr. Ferguson y yo le llevaremos a ver la máquina'.

" 'Será mejor que me ponga el sombrero, supongo'.

" 'Oh, no, está en la casa'.

" '¿Qué, cavas tierra de batán en la casa?'

" 'No, no. Esto es sólo donde la comprimimos. Pero eso no importa. Todo lo que deseamos es que examine la máquina y nos haga saber qué es lo que está mal.'"

"Subimos juntos, el coronel primero con la lámpara, el gordo gerente y yo detrás de él. Era un laberinto de casa antigua, con pasillos, pasadizos, escaleras estrechas y sinuosas, y pequeñas puertas bajas, cuyos umbrales estaban ahuecados por las generaciones que los habían atravesado. No había

alfombras ni señales de ningún mueble por encima de la planta baja, mientras que el yeso se desprendía de las paredes y la humedad se abría paso en manchas verdes y malsanas. Intenté dar un aspecto lo más despreocupado posible, pero no había olvidado las advertencias de la señora, aunque no las tuviera en cuenta, y no perdí de vista a mis dos acompañantes. Ferguson parecía un hombre taciturno y silencioso, pero por lo poco que dijo pude comprobar que al menos era un compatriota.

"El coronel Lysander Stark se detuvo por fin ante una puerta baja, que abrió. Dentro había una habitación pequeña y cuadrada, en la que apenas podíamos entrar los tres a la vez. Ferguson se quedó fuera y el coronel me hizo pasar.

"Estamos ahora -dijo- dentro de la prensa hidráulica, y sería algo particularmente desagradable para nosotros si alguien la encendiera. El techo de esta pequeña cámara es en realidad el extremo del pistón que desciende, y lo hace con la fuerza de muchas toneladas sobre este suelo metálico. Hay pequeñas columnas laterales de agua en el exterior que reciben la fuerza, y que la transmiten y multiplican de la manera que ustedes conocen. La máquina avanza con bastante facilidad, pero hay cierta dificultad en su funcionamiento y ha perdido un poco de fuerza. Tal vez tenga usted la bondad de revisarla y mostrarnos cómo podemos arreglarla".

"Le cogí la lámpara y examiné la máquina muy a fondo. Era, en efecto, gigantesca y capaz de ejercer una enorme presión. Sin embargo, cuando pasé al exterior y presioné las palancas que la controlaban, supe de inmediato, por el sonido silbante, que había una ligera fuga que permitía una regurgitación de agua a través de uno de los cilindros laterales. Un examen demostró que una de las bandas de goma india que rodeaba la cabeza de una varilla de accionamiento se había encogido de tal manera que no llegaba a llenar la cavidad a lo largo de la cual funcionaba. Esta era claramente la causa de la pérdida de potencia, y se lo señalé a mis compañeros, que siguieron mis observaciones con mucha atención e hicieron varias preguntas prácticas sobre cómo debían proceder para corregirlo. Cuando se lo hube aclarado, volví a la cámara principal de la máquina y le eché un buen vistazo para satisfacer mi propia curiosidad. Era obvio a primera vista que la historia del batán era una mera invención, pues sería absurdo suponer que un motor tan poderoso pudiera ser diseñado para un propósito tan inadecuado. Las paredes eran de madera, pero el suelo consistía en una gran cubeta de

hierro, y cuando me acerqué a examinarla pude ver una costra de depósito metálico por todo el lugar. Me había agachado y estaba rascando para ver qué era exactamente cuando oí una exclamación murmurada en alemán y vi el rostro cadavérico del coronel mirándome.

"¿Qué haces ahí?", preguntó.

"Me sentí enfadado por haber sido engañado con una historia tan elaborada como la que me había contado. Estaba admirando su tierra de batán -dije-. Creo que podría aconsejarle mejor sobre su máquina si supiera para qué se utiliza exactamente.

"En el instante en que pronuncié estas palabras me arrepentí de la imprudencia de mi discurso. Su rostro se endureció y en sus ojos grises surgió una luz torva.

"Muy bien -dijo-, lo sabrás todo sobre la máquina". Retrocedió un paso, cerró de golpe la pequeña puerta y giró la llave en la cerradura. Me precipité hacia ella y tiré de la manilla, pero estaba bien asegurada y no cedió lo más mínimo a mis patadas y empujones. "¡Hola! grité. ¡Hola! Coronel. Déjeme salir!

"Y de repente, en el silencio, oí un sonido que me hizo saltar el corazón. Era el tintineo de las palancas y el ruido del cilindro que goteaba. Había puesto en marcha el motor. La lámpara seguía en el suelo, donde la había colocado al examinar la cubeta. A su luz vi que el techo negro se me venía encima, lentamente, a trompicones, pero, como nadie sabía mejor que yo, con una fuerza que en un minuto me convertiría en una pulpa informe. Me arrojé, gritando, contra la puerta, y me arrastré con las uñas a la cerradura. Imploré al coronel que me dejara salir, pero el implacable ruido de las palancas ahogó mis gritos. El techo estaba a sólo un metro o dos por encima de mi cabeza, y con la mano levantada podía sentir su superficie dura y áspera. Entonces me vino a la mente que el dolor de mi muerte dependería en gran medida de la posición en que me encontrara. Si me ponía boca abajo, el peso recaería sobre mi columna vertebral, y me estremecí al pensar en ese espantoso chasquido. Tal vez fuera más fácil de la otra manera; y sin embargo, ¿tenía yo el valor de tumbarme y mirar aquella sombra negra y mortal que se cernía sobre mí? Ya era incapaz de mantenerme erguido, cuando mi vista captó algo que devolvió un chorro de esperanza a mi corazón.

"He dicho que aunque el suelo y el techo eran de hierro, las paredes eran de madera. Cuando eché una última y apresurada mirada a mi alrededor, vi una fina línea de luz amarilla entre dos de las tablas, que se ensanchaba y ensanchaba a medida que un pequeño panel era empujado hacia atrás. Por un instante me costó creer que allí había una puerta que conducía a la muerte. Al instante siguiente me arrojé a través de ella y me quedé medio desmayado al otro lado. El panel se había cerrado de nuevo tras de mí, pero el estruendo de la lámpara y, unos instantes después, el tintineo de las dos placas de metal, me indicaron lo estrecha que había sido mi huida.

"Volví en mí por un frenético tirón de la muñeca, y me encontré tendido en el suelo de piedra de un estrecho pasillo, mientras una mujer se inclinaba sobre mí y me tiraba con la mano izquierda, mientras sostenía una vela en la derecha. Era la misma buena amiga cuya advertencia había rechazado tan tontamente.

"¡Venga! ¡Venga!", gritó sin aliento. Estarán aquí en un momento. Verán que no estás ahí. Oh, no pierdas este tiempo tan valioso, ¡ven!

"Esta vez, al menos, no desprecié su consejo. Me levanté tambaleándome y corrí con ella a lo largo del corredor y bajé una escalera de caracol. Esta última conducía a otro pasillo amplio, y justo cuando llegamos a él oímos el sonido de pies que corrían y los gritos de dos voces, una respondiendo a la otra desde el piso en el que estábamos y desde el de abajo. Mi guía se detuvo y miró a su alrededor como quien no sabe qué hacer. Luego abrió de golpe una puerta que conducía a un dormitorio, a través de cuya ventana brillaba la luna.

"Es su única oportunidad -dijo-. Es alto, pero puede ser que puedas saltarlo".

"Mientras hablaba, una luz apareció en el otro extremo del pasillo, y vi la delgada figura del coronel Lysander Stark que se acercaba corriendo con una linterna en una mano y un arma como una cuchilla de carnicero en la otra. Me apresuré a cruzar el dormitorio, abrí de golpe la ventana y miré hacia afuera. Qué tranquilo, dulce y saludable se veía el jardín a la luz de la luna, y no podía estar a más de treinta pies de profundidad. Me encaramé al alféizar, pero dudé en saltar hasta haber oído lo que pasaba entre mi salvadora y el rufián que me perseguía. Si la habían maltratado, estaba decidido a volver en su ayuda a cualquier precio. Apenas se me pasó por la cabeza esta

idea, cuando él estaba en la puerta, abriéndose paso entre ella; pero ella lo rodeó con sus brazos y trató de retenerlo.

"¡Fritz! Fritz", gritó en inglés, "recuerda tu promesa después de la última vez. Dijiste que no se repetiría. Se callará. Oh, ¡estará callado!

"¡Estás loca, Elise!", gritó él, luchando por separarse de ella. 'Serás la ruina de nosotros. Ha visto demasiado. ¡Déjame pasar, te digo! La echó a un lado y, precipitándose hacia la ventana, me cortó con su pesada arma. Me había soltado, y estaba colgado de las manos al alféizar, cuando cayó su golpe. Fui consciente de un dolor sordo, mi agarre se aflojó y caí al jardín de abajo.

"La caída me sacudió, pero no me lastimó; así que me levanté y corrí entre los arbustos tan fuerte como pude, pues comprendí que estaba lejos de estar fuera de peligro. Sin embargo, de repente, mientras corría, me sobrevino un mareo y un malestar mortales. Miré mi mano, que palpitaba dolorosamente, y entonces, por primera vez, vi que me habían cortado el pulgar y que la sangre brotaba de mi herida. Intenté atar mi pañuelo alrededor de la herida, pero de repente sentí un zumbido en los oídos, y al momento siguiente caí desmayado entre los rosales.

"No puedo decir cuánto tiempo estuve inconsciente. Debió de ser mucho tiempo, pues la luna se había ocultado y amanecía cuando volví en mí. Mi ropa estaba empapada de rocío y la manga de mi abrigo estaba empapada de sangre de mi pulgar herido. El escozor de la herida me recordó en un instante todos los detalles de mi aventura nocturna, y me puse en pie de un salto con la sensación de que difícilmente podría estar a salvo de mis perseguidores. Pero para mi asombro, cuando miré a mi alrededor, no se veía ni la casa ni el jardín. Me había tumbado en un ángulo del seto cercano a la carretera, y un poco más abajo había un largo edificio que, al acercarme, resultó ser la misma estación a la que había llegado la noche anterior. Si no fuera por la fea herida que tenía en la mano, todo lo que había pasado durante aquellas espantosas horas podría haber sido un mal sueño.

"Medio aturdido, entré en la estación y pregunté por el tren de la mañana. Habría uno a Reading en menos de una hora. Encontré que estaba de guardia el mismo portero que había estado cuando llegué. Le pregunté si había oído hablar del coronel Lysander Stark. El nombre le resultaba extraño. ¿Había visto un carruaje la noche anterior esperándome? No, no lo había

visto. ¿Había una estación de policía cerca? Había una a unas tres millas de distancia.

"Era demasiado lejos para mí, débil y enfermo como estaba. Decidí esperar hasta llegar al pueblo antes de contar mi historia a la policía. Eran un poco más de las seis cuando llegué, así que fui primero a que me curaran la herida, y luego el médico tuvo la amabilidad de traerme aquí. Pongo el caso en sus manos y haré exactamente lo que usted me aconseje".

Ambos nos quedamos sentados en silencio durante algún tiempo después de escuchar esta extraordinaria narración. Entonces Sherlock Holmes sacó de la estantería uno de los pesados libros de consulta en los que colocaba sus recortes.

"Aquí hay un anuncio que le interesará", dijo. "Apareció en todos los periódicos hace aproximadamente un año. Escuche esto: "Perdido, el día 9, el Sr. Jeremiah Hayling, de veintiséis años, ingeniero hidráulico. Dejó su alojamiento a las diez de la noche, y no se sabe nada de él desde entonces. Estaba vestido, etc., etc. ¡Ja! Eso representa la última vez que el coronel necesitó que le revisaran su máquina, me imagino".

"¡Cielos!", gritó mi paciente. "Entonces eso explica lo que dijo la chica".

"Sin duda. Está claro que el coronel era un hombre frío y desesperado, que estaba absolutamente decidido a que nada se interpusiera en su pequeño negocio, como esos piratas que no dejan ningún superviviente de un barco capturado. Bueno, cada momento es precioso, así que si te sientes capaz de hacerlo, iremos a Scotland Yard de inmediato, como paso previo a la partida hacia Eyford".

Unas tres horas después estábamos todos juntos en el tren, con destino al pequeño pueblo de Berkshire desde Reading. Estábamos Sherlock Holmes, el ingeniero hidráulico, el inspector Bradstreet, de Scotland Yard, un hombre de paisano, y yo. Bradstreet había extendido un mapa de ordenación del condado sobre el asiento y estaba ocupado con sus compases dibujando un círculo cuyo centro era Eyford.

"Ahí está", dijo. "Ese círculo está dibujado en un radio de diez millas desde el pueblo. El lugar que queremos debe estar en algún lugar cerca de esa línea. Usted dijo diez millas, creo, señor".

"Fue una hora de camino".

"¿Y cree que le trajeron de vuelta todo ese camino cuando estaba inconsciente?"

"Deben haberlo hecho. Tengo un recuerdo confuso, también, de haber sido levantado y transportado a algún lugar".

"Lo que no puedo entender", dije yo, "es por qué debieron perdonarle a usted cuando le encontraron desmayado en el jardín. Tal vez el villano se ablandó por las súplicas de la mujer".

"No creo que eso sea probable. Nunca vi un rostro más inexorable en mi vida".

"Oh, pronto aclararemos todo eso", dijo Bradstreet. "Bien, he trazado mi círculo, y sólo desearía saber en qué punto del mismo se encuentra la gente que buscamos".

"Creo que podría poner el dedo en la llaga", dijo Holmes en voz baja.

"¡De verdad!", gritó el inspector, "¡ya se ha formado su opinión! Vamos a ver quién está de acuerdo con usted. Yo digo que es el sur, porque el país está más abandonado allí".

"Y yo digo que es el este", dijo mi paciente.

"Yo estoy por el oeste", comentó el hombre de paisano. "Allí hay varios pueblecitos tranquilos".

"Y yo estoy por el norte", dije yo, "porque allí no hay colinas, y nuestro amigo dice que no notó que el carruaje subiera ninguna".

"Vamos", gritó el inspector, riendo; "es una bonita diversidad de opiniones. Hemos encajado la brújula entre nosotros. ¿A quién le das tu voto de calidad?"

"Todos estáis equivocados".

"Pero no podemos estarlo todos".

"Oh, sí, se puede. Este es mi punto". Colocó su dedo en el centro del círculo. "Aquí es donde los encontraremos".

"¿Pero el viaje de doce millas?", jadeó Hatherley.

"Seis de ida y seis de vuelta. Nada más sencillo. Tú mismo dices que el caballo estaba fresco y reluciente cuando subiste. ¿Cómo podría ser eso si

había recorrido doce millas por caminos pesados?"

"En efecto, es una argucia bastante probable", observó Bradstreet pensativo. "Desde luego, no puede haber ninguna duda sobre la naturaleza de esta banda".

"Ninguna en absoluto", dijo Holmes. "Son acuñadores a gran escala, y han utilizado la máquina para formar la amalgama que ha sustituido a la plata".

"Hace tiempo que sabemos que una banda astuta estaba trabajando", dijo el inspector. "Han estado produciendo medias coronas por miles. Incluso les seguimos la pista hasta Reading, pero no pudimos llegar más lejos, porque habían cubierto sus huellas de una manera que demostraba que eran gente muy veterana. Pero ahora, gracias a esta afortunada casualidad, creo que hemos acertado de pleno".

Pero el inspector se equivocaba, pues aquellos criminales no estaban destinados a caer en manos de la justicia. Al entrar en la estación de Eyford vimos una gigantesca columna de humo que salía de detrás de un pequeño grupo de árboles de la zona y que colgaba como una inmensa pluma de avestruz sobre el paisaje.

"¿Una casa en llamas?", preguntó Bradstreet mientras el tren retomaba su camino.

"¡Sí, señor!", dijo el jefe de estación.

"¿Cuándo estalló?"

"He oído que fue durante la noche, señor, pero se ha agravado y todo el lugar está en llamas".

"¿De quién es la casa?"

"Del Dr. Becher".

"Dígame", interrumpió el maquinista, "¿es el doctor Becher un alemán, muy delgado, con una nariz larga y afilada?"

El jefe de estación se rió con ganas. "No, señor, el doctor Becher es inglés, y no hay hombre en la parroquia que tenga un chaleco mejor forrado. Pero tiene un caballero alojado con él, un paciente, según tengo entendido,

que es extranjero, y parece que un poco de buena carne de Berkshire no le vendría mal."

El jefe de estación no había terminado su discurso antes de que todos nos apresuráramos en dirección al fuego. La carretera coronaba una colina baja, y frente a nosotros había un gran edificio encalado que escupía fuego por todos los resquicios y ventanas, mientras que en el jardín de enfrente tres motores de incendio se esforzaban en vano por mantener las llamas bajo control.

"¡Eso es!", gritó Hatherley, con intensa excitación. "Ahí está el camino de grava, y ahí están los rosales donde estuve acostado. Esa segunda ventana es desde la que salté".

"Bueno, al menos", dijo Holmes, "usted se ha vengado de ellos. No cabe duda de que fue su lámpara de aceite la que, al ser aplastada en la prensa, prendió fuego a las paredes de madera, aunque sin duda estaban demasiado agitados en la persecución de usted como para observarlo en ese momento. Ahora mantenga los ojos abiertos entre esta multitud para buscar a sus amigos de anoche, aunque mucho me temo que ya están a un buen centenar de millas de distancia."

Y los temores de Holmes se hicieron realidad, pues desde aquel día hasta hoy no se ha vuelto a saber nada de la hermosa mujer, del siniestro alemán ni del malhumorado inglés. Aquella mañana temprano, un campesino había encontrado un carro con varias personas y unas cajas muy voluminosas que se dirigía rápidamente en dirección a Reading, pero allí desapareció todo rastro de los fugitivos, y ni siquiera el ingenio de Holmes logró descubrir jamás la menor pista sobre su paradero.

Los bomberos estaban muy preocupados por los extraños arreglos que habían encontrado en el interior, y aún más por el descubrimiento de un pulgar humano recién cortado en el alféizar de una ventana del segundo piso. Al atardecer, sin embargo, sus esfuerzos tuvieron por fin éxito y lograron dominar las llamas, pero no antes de que el techo se derrumbara y todo el lugar quedara reducido a una ruina tan absoluta que, salvo algunos cilindros retorcidos y tuberías de hierro, no quedaba ni rastro de la maquinaria que tan caro le había costado a nuestro desafortunado conocido. Se descubrieron grandes masas de níquel y de estaño almacenadas en una dependencia, pero

no se encontró ninguna moneda, lo que puede haber explicado la presencia de esas voluminosas cajas a las que ya nos hemos referido.

El modo en que nuestro ingeniero hidráulico había sido transportado desde el jardín hasta el lugar donde recuperó el sentido podría haber permanecido para siempre en el misterio si no fuera por el moho blando, que nos contó una historia muy clara. Evidentemente, había sido transportado por dos personas, una de las cuales tenía los pies notablemente pequeños y la otra inusualmente grandes. En conjunto, era muy probable que el silencioso inglés, siendo menos audaz o menos asesino que su compañero, hubiera ayudado a la mujer a llevar al hombre inconsciente fuera del camino del peligro.

"Bueno", dijo nuestro ingeniero con pesar mientras tomábamos nuestros asientos para regresar una vez más a Londres, "¡ha sido un bonito asunto para mí! He perdido mi pulgar y he perdido una cuota de cincuenta guineas, ¿y qué he ganado?"

"Experiencia", dijo Holmes, riendo. "Indirectamente puede ser valiosa, ya sabe; sólo tiene que ponerla en palabras para ganarse la reputación de ser una excelente compañía para el resto de su existencia".

EL ARISTÓCRATA SOLTERÓN

El matrimonio de Lord St. Simon, y su curiosa finalización, hace tiempo que dejó de ser un tema de interés en los elevados círculos en los que se mueve el desafortunado esposo. Nuevos escándalos lo han eclipsado, y sus detalles más picantes han alejado a los cotillas de este drama de hace cuatro años. Sin embargo, como tengo razones para creer que los hechos completos nunca han sido revelados al público en general, y como mi amigo Sherlock Holmes tuvo una parte considerable en el esclarecimiento del asunto, creo que ninguna memoria sobre él estaría completa sin un pequeño esbozo de este notable episodio.

Fue unas semanas antes de mi propio matrimonio, durante los días en que aún compartía habitación con Holmes en Baker Street, cuando él llegó a casa tras un paseo vespertino y encontró una carta sobre la mesa esperándolo. Había permanecido en casa todo el día, porque el tiempo había dado un giro repentino hacia la lluvia, con fuertes vientos otoñales, y la bala Jezail que había traído en uno de mis miembros como reliquia de mi campaña afgana palpitaba con sorda persistencia. Con el cuerpo en una butaca y las piernas en otra, me había rodeado de una nube de periódicos hasta que al final, saturado de las noticias del día, los tiré todos a un lado y me quedé desganado, observando la enorme cresta y el monograma del sobre sobre la mesa y preguntándome perezosamente quién podría ser el noble correspondiente de mi amigo.

"He aquí una epístola muy de moda", comenté al entrar. "Tus cartas de la mañana, si no recuerdo mal, eran de un pescadero y un marinero".

"Sí, mi correspondencia tiene ciertamente el encanto de la variedad", respondió sonriendo, "y las más humildes suelen ser las más interesantes. Esto parece una de esas inoportunas convocatorias sociales que llaman a un hombre a aburrirse o a mentir".

Rompió el sello y echó un vistazo al contenido.

"Oh, vamos, puede resultar algo interesante, después de todo".

"¿No es de carácter social, entonces?"

"No, claramente profesional".

"¿Y de un cliente noble?"

"Uno de los más altos de Inglaterra".

"Mi querido amigo, le felicito".

"Le aseguro, Watson, sin afectación, que el estatus de mi cliente es un asunto de menor importancia para mí que el interés de su caso. Sin embargo, es posible que eso tampoco falte en esta nueva investigación. Usted ha estado leyendo los periódicos con diligencia últimamente, ¿no es así?"

"Eso parece", dije con pesar, señalando un enorme bulto en un rincón. "No he tenido otra cosa que hacer".

"Es una suerte, ya que tal vez pueda usted ponerme al día. No leo nada más que las noticias criminales y la columna de opinión. Esta última es siempre instructiva. Pero si ha seguido tan de cerca los acontecimientos recientes, debe haber leído lo de Lord St. Simon y su boda..."

"Oh, sí, con el más profundo interés".

"Eso está bien. La carta que tengo en mis manos es de Lord St. Simon. Se la leeré, y a cambio deberá entregar estos papeles y dejarme lo que tenga que ver con el asunto. Esto es lo que dice:

‘Querido señor Sherlock Holmes: Lord Backwater me ha dicho que puedo confiar plenamente en su juicio y discreción. Por lo tanto, he decidido recurrir a usted y consultarle sobre el doloroso suceso que ha ocurrido en relación con mi boda. El señor Lestrade, de Scotland Yard, ya está actuando en el asunto, pero me asegura que no ve ninguna objeción a su cooperación, y que incluso piensa que podría ser de alguna ayuda. Le llamaré a las cuatro

de la tarde y, si tiene algún otro compromiso a esa hora, espero que lo posponga, ya que este asunto es de suma importancia.

Atentamente,

'*St. Simon*'."

"Está fechada en Grosvenor Mansions, escrita con pluma de ave, y el noble señor ha tenido la mala suerte de mancharse de tinta la parte exterior de su dedo meñique derecho", observó Holmes mientras doblaba la epístola.

"Dice que a las cuatro. Ahora son las tres. Estará aquí dentro de una hora".

"Entonces tengo el tiempo justo, con su ayuda, para aclarar el tema. Déle la vuelta a esos papeles y ordene los extractos en su orden de tiempo, mientras yo echo un vistazo a quién es nuestro cliente". Tomó un volumen de tapas rojas de una fila de libros de referencia junto a la repisa de la chimenea. "Aquí esta", dijo, sentándose y aplanándolo sobre su rodilla. "Lord Robert Walsingham de Vere St. Simon, segundo hijo del duque de Balmoral".
¡Hum! Armas: Azur, tres caltrops en jefe sobre una fess sable. Nacido en 1846". Tiene cuarenta y un años, lo que es maduro para el matrimonio. Fue subsecretario para las colonias en una última administración. El Duque, su padre, fue en su momento Secretario de Asuntos Exteriores. Heredan la sangre Plantagenet por descendencia directa, y Tudor por el lado de la rueca.
¡Ja! Bueno, no hay nada muy instructivo en todo esto. Creo que debo recurrir a ti, Watson, por algo más sólido".

"No tengo muchas dificultades para encontrar lo que quiero -dije-, pues los hechos son bastante recientes y el asunto me pareció notable. Sin embargo, temía remitirlos a usted, pues sabía que tenía una investigación entre manos y que le disgustaba la intromisión de otros asuntos."

"Oh, te refieres al pequeño problema del furgón de muebles de Grosvenor Square. Eso ya está aclarado, aunque, de hecho, era obvio desde el principio. Por favor, dame los resultados de tu selección de periódicos".

"Aquí está la primera noticia que he encontrado. Está en la columna personal del Morning Post, y data, como ve, de hace algunas semanas: "Se ha concertado un matrimonio", dice, "y, si los rumores son ciertos, se celebrará muy pronto, entre lord Robert St. Simon, segundo hijo del duque de Balmo-

ral, y la señorita Hatty Doran, hija única de Aloysius Doran. Esq., de San Francisco, Cal., U.S.A.' Eso es todo".

"Conciso y directo", comentó Holmes, estirando sus largas y delgadas piernas hacia el fuego.

"Había un párrafo que ampliaba esto en uno de los periódicos de sociedad de la misma semana. Ah, aquí está: "Pronto se pedirá protección en el mercado matrimonial, ya que el actual principio de libre comercio parece ir en contra de nuestro producto nacional. Una por una, la gestión de las casas nobles de Gran Bretaña está pasando a manos de nuestros primos del otro lado del Atlántico. Durante la última semana se ha producido una importante adición a la lista de premios que se han llevado estos encantadores invasores. Lord St. Simon, que se ha mostrado durante más de veinte años a prueba de las flechas del pequeño dios, ha anunciado ahora definitivamente su próximo matrimonio con la señorita Hatty Doran, la fascinante hija de un millonario de California. La señorita Doran, cuya grácil figura y llamativo rostro atrajeron la atención en las fiestas de Westbury House, es hija única, y actualmente se informa de que su dote superará considerablemente las seis cifras, con expectativas para el futuro. Como es un secreto a voces que el duque de Balmoral se ha visto obligado a vender sus cuadros en los últimos años, y como lord St. Simon no tiene ninguna propiedad propia, salvo la pequeña finca de Birchmoor, es obvio que la heredera californiana no es la única que sale ganando con una alianza que le permitirá hacer la fácil y común transición de dama republicana a dama británica". "

"¿Algo más?", preguntó Holmes, bostezando.

"Oh, sí; mucho. Luego hay otra nota en el Morning Post en la que se dice que el matrimonio será absolutamente tranquilo, que se celebrará en St. George's, Hanover Square, que sólo se invitará a media docena de amigos íntimos y que la fiesta volverá a la casa amueblada de Lancaster Gate que ha tomado el señor Aloysius Doran. Dos días más tarde -es decir, el miércoles pasado- se anuncia escuetamente que la boda se ha celebrado y que la luna de miel se pasará en la casa de lord Backwater, cerca de Petersfield. Esos son todos los avisos que aparecieron antes de la desaparición de la novia".

"¿Antes de qué?", preguntó Holmes con un sobresalto.

"La desaparición de la dama".

"¿Cuándo desapareció, entonces?"

"En el desayuno de la boda".

"Efectivamente. Esto es más interesante de lo que prometía ser; bastante dramático, de hecho".

"Sí; me pareció un poco fuera de lo común".

"A menudo desaparecen antes de la ceremonia, y ocasionalmente durante la luna de miel; pero no puedo recordar nada tan rápido como esto. Le ruego que me dé los detalles".

"Le advierto que son muy incompletos".

"Tal vez podamos hacerlos menos."

"Tal como son, están expuestos en un solo artículo de un periódico matutino de ayer, que le leeré. Se titula: "Ocurrencia singular en una boda de moda":

"La familia de Lord Robert St. Simon se ha visto sumida en la mayor consternación por los extraños y dolorosos episodios que han tenido lugar en relación con su boda. La ceremonia, como se anunció brevemente en los periódicos de ayer, tuvo lugar la mañana anterior; pero sólo ahora ha sido posible confirmar los extraños rumores que han estado flotando tan persistentemente. A pesar de los intentos de los amigos por silenciar el asunto, se ha llamado tanto la atención del público que no se puede servir de nada haciendo caso omiso de lo que es un tema común de conversación.

La ceremonia, que se celebró en St. George's, Hanover Square, fue muy tranquila, ya que no estuvieron presentes más que el padre de la novia, el señor Aloysius Doran, la duquesa de Balmoral, lord Backwater, lord Eustace y lady Clara St. Simon (los hermanos menores del novio) y lady Alicia Whittington. Todo el grupo se dirigió después a la casa del Sr. Aloysius Doran, en Lancaster Gate, donde se había preparado el desayuno. Al parecer, una mujer, cuyo nombre no se ha averiguado, causó algunos problemas al intentar entrar en la casa después de la comitiva nupcial, alegando que tenía algún derecho sobre Lord St. Simon. Tras una dolorosa y prolongada escena, fue expulsada por el mayordomo y el criado. La novia, que afortunadamente había entrado en la casa antes de esta desagradable interrupción, se

había sentado a desayunar con el resto, cuando se quejó de una repentina indisposición y se retiró a su habitación. Como su prolongada ausencia suscitó algunos comentarios, su padre la siguió, pero se enteró por su criada de que sólo había subido a su habitación un instante, cogió un chaleco y un boquete, y se apresuró a bajar al pasillo. Uno de los criados declaró que había visto a una dama salir de la casa así vestida, pero que se había negado a creer que fuera su señora, creyendo que estaba con la compañía. Al comprobar que su hija había desaparecido, el señor Aloysius Doran, junto con el novio, se pusieron inmediatamente en contacto con la policía, y se están haciendo investigaciones muy enérgicas, que probablemente darán lugar a un rápido esclarecimiento de este asunto tan singular. Sin embargo, hasta la última hora de la noche de ayer, no se sabía nada sobre el paradero de la dama desaparecida. Hay rumores de juego sucio en el asunto, y se dice que la policía ha provocado el arresto de la mujer que había causado el disturbio original, en la creencia de que, por celos o algún otro motivo, puede haber estado involucrada en la extraña desaparición de la novia."

"¿Y eso es todo?"

"Sólo un pequeño artículo en otro de los periódicos de la mañana, pero es muy sugerente".

"Y es..."

"Que la señorita Flora Millar, la dama que había provocado los disturbios, ha sido realmente arrestada. Parece ser que antes era bailarina en el Allegro, y que conoce al novio desde hace algunos años. No hay más detalles, y todo el caso está ahora en sus manos, por lo que se ha publicado en la prensa".

"Y parece ser un caso muy interesante. No me lo habría perdido por nada del mundo. Pero han tocado la campana, Watson, y como el reloj marca las cuatro pasadas, no me cabe duda de que éste será nuestro noble cliente. No sueñes con ir, Watson, pues prefiero tener un testigo, aunque sólo sea para comprobar mi propia memoria".

"Lord Robert St. Simon", anunció nuestro paje, abriendo de golpe la puerta. Entró un caballero de rostro agradable y culto, de nariz alta y pálida, con algo de petulancia en la boca, y con los ojos firmes y bien abiertos de un hombre cuya agradable suerte ha sido siempre mandar y ser obedecido.

Sus modales eran enérgicos y, sin embargo, su aspecto general daba una indebida impresión de edad, pues tenía una ligera inclinación hacia delante y una pequeña flexión de las rodillas al caminar. Además, cuando se quitó su sombrero de ala rizada, tenía los cabellos canosos en los lados y la parte superior rala. En cuanto a su vestimenta, era cuidadosa hasta el límite de la elegancia, con cuello alto, levita negra, chaleco blanco, guantes amarillos, zapatos de charol y polainas de color claro. Entró lentamente en la sala, girando la cabeza de izquierda a derecha y moviendo en la mano derecha el cordón que sujetaba sus gafas de oro.

"Buenos días, Lord St. Simon", dijo Holmes, levantándose y haciendo una reverencia. "Le ruego que tome la butaca. Este es mi amigo y colega, el doctor Watson. Acérquese un poco al fuego y hablaremos de este asunto".

"Un asunto muy doloroso para mí, como puede imaginar, señor Holmes. Me han cortado el rollo. Tengo entendido que ya ha manejado varios casos delicados de este tipo, señor, aunque supongo que no eran de la misma clase social."

"No, estoy descendiendo".

"Le pido perdón".

"Mi último cliente de este tipo fue un rey".

"¡Oh, de verdad! No tenía ni idea. ¿Y qué rey?"

"El rey de Escandinavia".

"¡Qué! ¿Había perdido a su esposa?"

"Comprenderá usted", dijo Holmes con suavidad, "que extendiendo a los asuntos de mis otros clientes el mismo secreto que le prometo a usted en los suyos".

"¡Por supuesto! Muy bien, muy bien. Estoy seguro de que le pido perdón. En cuanto a mi propio caso, estoy dispuesto a darle cualquier información que pueda ayudarle a formarse una opinión."

"Gracias. Ya me he enterado de todo lo que aparece en la prensa, nada más. Supongo que puedo tomarlo como correcto: este artículo, por ejemplo, en cuanto a la desaparición de la novia."

Lord St. Simon le echó un vistazo. "Sí, es correcto, hasta donde llega".

"Pero necesita muchos detalles antes de que alguien pueda ofrecer una opinión. Creo que puedo llegar a mis conclusiones más fácilmente preguntándole a usted".

"Le ruego que lo haga".

"¿Cuándo conoció a la Srta. Hatty Doran?"

"En San Francisco, hace un año".

"¿Estaba usted de viaje por los Estados Unidos?"

"Sí."

"¿Se comprometió entonces?"

"No."

"¿Pero tenían una relación amistosa?"

"Me divertía su sociedad, y ella podía ver que me divertía".

"¿Su padre es muy rico?"

"Se dice que es el hombre más rico de la vertiente del Pacífico".

"¿Y cómo hizo su dinero?"

"En la minería. Hace unos años no tenía nada. Luego encontró oro, lo invirtió y subió a pasos agigantados".

"Ahora, ¿cuál es su propia impresión en cuanto al carácter de la joven... de su esposa?"

El noble balanceó sus gafas un poco más rápido y miró fijamente al fuego. "Verá, señor Holmes", dijo, "mi esposa tenía veinte años antes de que su padre se hiciera rico. Durante ese tiempo corrió libre en un campamento minero y vagó por bosques o montañas, de modo que su educación ha venido de la naturaleza más que del maestro de escuela. Es lo que llamamos en Inglaterra una marimacho, con una naturaleza fuerte, salvaje y libre, sin ningún tipo de restricciones por parte de las tradiciones. Es impetuosa, volcánica, iba a decir. Es rápida para tomar decisiones y no tiene miedo de llevar a cabo sus resoluciones. Por otra parte, no le habría dado el nombre que tengo el honor de llevar" -dijo una pequeña tos majestuosa- "si no pensara que en el fondo es una mujer noble. Creo que es capaz de una abnegación heroica y que cualquier cosa deshonrosa le repugnaría".

"¿Tienes su fotografía?"

"He traído esto conmigo". Abrió un medallón y nos mostró el rostro completo de una mujer muy hermosa. No era una fotografía, sino una miniatura de marfil, y el artista había resaltado todo el efecto del lustroso cabello negro, los grandes ojos oscuros y la exquisita boca. Holmes la contempló larga y seriamente. Luego cerró el relicario y se lo devolvió a Lord St. Simon.

"Entonces, ¿la joven vino a Londres y usted volvió a conocerla?"

"Sí, su padre la trajo para esta última temporada en Londres. La vi varias veces, me comprometí con ella y ahora me he casado con ella".

"¿Trajo, según tengo entendido, una dote considerable?"

"Una buena dote. No más de lo habitual en mi familia".

"¿Y esto, por supuesto, le queda a usted, ya que el matrimonio es un hecho consumado?"

"Realmente no he hecho ninguna averiguación al respecto".

"Muy naturalmente no. ¿Vio a la Srta. Doran el día antes de la boda?"

"Sí."

"¿Estaba de buen humor?"

"Nunca estuvo mejor. No paraba de hablar de lo que deberíamos hacer en nuestra vida futura".

"¡Claro! Eso es muy interesante. ¿Y la mañana de la boda?"

"Estaba lo más animada posible, al menos hasta después de la ceremonia".

"¿Y observó algún cambio en ella entonces?"

"Bueno, a decir verdad, vi entonces los primeros signos que había visto de que su temperamento era un poco brusco. El incidente, sin embargo, fue demasiado trivial para relatarlo y no puede tener ninguna relación con el caso."

"Por favor, déjenos saber, a pesar de todo."

"Oh, es una chiquillada. Se le cayó el ramo cuando íbamos hacia la sacristía. Pasaba por el primer banco en ese momento, y se cayó en el banco."

Hubo un momento de retraso, pero el caballero en el banco se lo entregó de nuevo, y no parecía estar peor por la caída. Sin embargo, cuando le hablé del asunto, me contestó bruscamente; y en el carruaje, de camino a casa, parecía absurdamente agitada por esta insignificante causa."

"¿En efecto! Dice usted que había un caballero en el banco. ¿Estaba presente alguien del público en general, entonces?"

"Oh, sí. Es imposible excluirlos cuando la iglesia está abierta".

"¿Este caballero no era uno de los amigos de su esposa?"

"No, no; lo llamo caballero por cortesía, pero era una persona de aspecto bastante común. Apenas me fijé en su aspecto. Pero, en realidad, creo que nos estamos desviando bastante del tema".

"La señora St. Simon, entonces, regresó de la boda en un estado de ánimo menos alegre de lo que había ido a ella. ¿Qué hizo al volver a entrar en la casa de su padre?"

"La vi conversando con su criada".

"¿Y quién es su criada?"

"Alice es su nombre. Es americana y vino de California con ella".

"¿Una sirvienta confidencial?"

"Demasiado. Me pareció que su ama le permitía tomarse grandes libertades. Aunque, por supuesto, en América ven estas cosas de otra manera".

"¿Cuánto tiempo habló con esta Alice?"

"Oh, unos pocos minutos. Tenía otra cosa en que pensar".

"¿No escuchó lo que dijeron?"

"La señora St. Simon dijo algo sobre "saltar una reclamación". Acostumbraba a utilizar ese tipo de jerga. No tengo idea de lo que quiso decir".

"La jerga americana es muy expresiva a veces. ¿Y qué hizo su esposa cuando terminó de hablar con su criada?"

"Entró en la sala de desayunos".

"¿De su brazo?"

"No, sola. Era muy independiente en asuntos pequeños como ese. Entonces, después de que nos sentáramos durante unos diez minutos, se levantó apresuradamente, murmuró unas palabras de disculpa y salió de la habitación. Nunca volvió".

"Pero esta doncella, Alice, según tengo entendido, declara que fue a su habitación, cubrió el vestido de la novia con un largo gabán, se puso un bonete y salió".

"Así es. Y después fue vista caminando hacia Hyde Park en compañía de Flora Millar, una mujer que ahora está detenida, y que ya había causado un disturbio en la casa del señor Doran esa mañana."

"Ah, sí. Me gustaría tener algunos detalles sobre esta joven, y su relación con ella".

Lord St. Simon se encogió de hombros y enarcó las cejas. "Hemos tenido una relación amistosa durante algunos años, puedo decir que muy amistosa. Ella solía estar en el Allegro. No la he tratado con poca generosidad, y ella no tenía ningún motivo de queja contra mí, pero ya sabe cómo son las mujeres, señor Holmes. Flora era una cosita muy querida, pero extremadamente impulsiva y devotamente apegada a mí. Me escribió cartas espantosas cuando se enteró de que estaba a punto de casarme y, a decir verdad, la razón por la que hice celebrar el matrimonio con tanta discreción fue que temía que se produjera un escándalo en la iglesia. Llegó a la puerta del señor Doran justo después de nuestro regreso, y trató de entrar a empujones, profiriendo expresiones muy abusivas hacia mi esposa, e incluso amenazándola, pero yo había previsto la posibilidad de algo así, y tenía allí a dos policías vestidos de paisano, que pronto la echaron de nuevo. Ella se calmó cuando vio que no era bueno hacer una pelea".

"¿Su esposa escuchó todo esto?"

"No, gracias a Dios, no lo hizo".

"¿Y se la vio después paseando con esta misma mujer?"

"Sí. Eso es lo que el señor Lestrade, de Scotland Yard, considera tan grave. Se cree que Flora engañó a mi esposa y le tendió una terrible trampa".

"Bueno, es una suposición posible".

"¿Usted también lo cree?"

"No he dicho que sea probable. ¿Pero usted mismo no lo considera probable?"

"No creo que Flora haga daño a una mosca".

"Sin embargo, los celos son un extraño transformador de caracteres. ¿Cuál es su propia teoría sobre lo que ocurrió?"

"Bueno, en realidad, he venido a buscar una teoría, no a proponer una. Le he dado todos los hechos. Sin embargo, ya que me lo pregunta, puedo decir que se me ha ocurrido como posible que la excitación de este asunto, la conciencia de que ella había dado un paso social tan inmenso, tuvo el efecto de causar alguna pequeña perturbación nerviosa en mi esposa."

"En pocas palabras, ¿que se haya vuelto repentinamente trastornada?"

"Bueno, realmente, cuando considero que ella ha dado la espalda -no diré a mí, sino a tantas cosas a las que muchos han aspirado sin éxito-, difícilmente puedo explicarlo de otra manera".

"Bueno, ciertamente esa es también una hipótesis concebible", dijo Holmes, sonriendo. "Y ahora, lord St. Simon, creo que tengo casi todos mis datos. ¿Puedo preguntarle si estaba usted sentado en la mesa del desayuno de modo que pudiera ver por la ventana?"

"Podíamos ver el otro lado de la carretera y el parque".

"Así es. Entonces no creo que sea necesario retenerlos más tiempo. Me comunicaré con usted".

"Si tiene la suerte de resolver este problema", dijo nuestro cliente, levantándose.

"Lo he resuelto".

"¿Eh? ¿Qué fue eso?"

"Digo que lo he resuelto".

"¿Dónde está, entonces, mi mujer?"

"Ese es un detalle que no tardaré en facilitar".

Lord St. Simon negó con la cabeza. "Me temo que se necesitarán cabezas más sabias que la suya o la mía", observó, e inclinándose de forma señorial y anticuada se marchó.

"Es muy bueno que lord St. Simon honre mi cabeza poniéndola a la altura de la suya -dijo Sherlock Holmes, riendo-. "Creo que voy a tomar un whisky con soda y un puro después de todo este interrogatorio. Ya había sacado mis conclusiones sobre el caso antes de que nuestro cliente entrara en la habitación".

"¡Mi querido Holmes!"

"Tengo notas de varios casos similares, aunque ninguno, como comenté antes, que fuera tan rápido. Todo mi examen sirvió para convertir mi conjetura en una certeza. Las pruebas circunstanciales son a veces muy convincentes, como cuando se encuentra una trucha en la leche, por citar el ejemplo de Thoreau."

"Pero yo he oído todo lo que usted ha oído".

"Sin embargo, sin el conocimiento de los casos preexistentes que tan bien me sirve. Hubo un caso paralelo en Aberdeen hace algunos años, y algo muy parecido en Munich el año después de la guerra franco-prusiana. Es uno de estos casos, pero, ¡hola, aquí está Lestrade! ¡Buenas tardes, Lestrade! Encontrará un vaso extra en el aparador, y hay cigarros en la caja".

El detective oficial iba vestido con una chaqueta de guisante y corbata, lo que le daba un aspecto decididamente náutico, y llevaba una bolsa de lona negra en la mano. Con un breve saludo se sentó y encendió el cigarro que le habían ofrecido.

"¿Qué pasa, entonces?", preguntó Holmes con un brillo en los ojos. "Parece usted insatisfecho".

"Y me siento insatisfecho. Es este infernal caso del matrimonio de St. Simon. No puedo entender ni la cabeza ni la cola del asunto".

"¡De verdad! Me sorprendes".

"¿Quién ha oído hablar de un asunto tan confuso? Cada pista parece escurrirse entre mis dedos. He estado trabajando en ello todo el día".

"Y parece que se ha mojado mucho", dijo Holmes poniendo la mano sobre el brazo de la chaqueta de guisante.

"Sí, he estado arrastrando el Serpentine".

"En nombre del cielo, ¿para qué?"

"En busca del cuerpo de Lady St. Simon".

Sherlock Holmes se recostó en su silla y se rió con ganas.

"¿Ha arrastrado la pila de la fuente de Trafalgar Square?", preguntó.

"¿Por qué? ¿Qué quiere decir?"

"Porque tiene las mismas posibilidades de encontrar a esta dama en una que en otra".

Lestrade lanzó una mirada furiosa a mi compañero. "Supongo que lo sabes todo", gruñó.

"Bueno, acabo de enterarme de los hechos, pero ya me he decidido".

"¡Ah, sí! Entonces, ¿crees que la Serpentina no juega ningún papel en el asunto?"

"Me parece muy poco probable".

"Entonces, ¿tendrá la amabilidad de explicarnos cómo es que encontramos esto en él?" Abrió su bolsa mientras hablaba y dejó caer al suelo un vestido de novia de seda aguada, un par de zapatos de raso blanco y una corona y un velo de novia, todo ello descolorido y empapado de agua. "Aquí", dijo, poniendo un nuevo anillo de boda en la parte superior del montón. "Hay una pequeña nuez para que la rompa, señorito Holmes".

"¡Ah, sí!", dijo mi amigo, soplando los anillos azules en el aire. "¿Los has sacado del Serpentine?"

"No. Fueron encontrados flotando cerca de la orilla por un cuidador del parque. Han sido identificadas como sus ropas, y me pareció que si las ropas estaban allí el cuerpo no estaría muy lejos."

"Por el mismo brillante razonamiento, el cuerpo de todo hombre se encuentra en las cercanías de su armario. ¿Y a qué esperaba llegar con esto?"

"A alguna prueba que implique a Flora Millar en la desaparición".

"Me temo que lo encontrará difícil".

"¿Ahora sí?", gritó Lestrade con cierta amargura. "Me temo, Holmes, que no es usted muy práctico con sus deducciones y sus inferencias. Ha cometido dos errores en otros tantos minutos. Este vestido implica a la señorita Flora Millar".

"¿Y cómo?"

"En el vestido hay un bolsillo. En el bolsillo hay un tarjetero. En el tarjetero hay una nota. Y aquí está la misma nota". La dejó sobre la mesa delante de él. "Escucha esto: 'Me verás cuando todo esté listo. Venga de inmediato. F. H. M.' Ahora bien, mi teoría ha sido siempre que Lady St. Simon fue engañada por Flora Millar, y que ella, con confederados, sin duda, fue responsable de su desaparición. Aquí, firmada con sus iniciales, está la misma nota que, sin duda, se le puso en la mano en la puerta y que la atrajo a su alcance."

"Muy bien, Lestrade", dijo Holmes, riendo. "Realmente es usted muy fino. Déjeme verlo". Cogió el papel de forma desganada, pero su atención se convirtió al instante en algo fascinante, y dio un pequeño grito de satisfacción. "Esto es realmente importante", dijo.

"¡Ja! ¿Lo encuentras así?"

"Extremadamente. Le felicito calurosamente".

Lestrade se levantó triunfante y agachó la cabeza para mirar. "¿Por qué?", exclamó, "¿estás mirando el lado equivocado!"

"Al contrario, este es el lado correcto".

"¿El lado correcto? ¡Estás loco! Aquí está la nota escrita a lápiz".

"Y por aquí está lo que parece ser el fragmento de una factura de hotel, que me interesa mucho".

"No hay nada en ella. Lo he mirado antes", dijo Lestrade. "'4 de octubre, habitaciones 8s., desayuno 2s. 6d., cóctel 1s., almuerzo 2s. 6d., copa de jerez, 8d.' No veo nada en eso".

"Es muy probable que no. Es muy importante, de todos modos. En cuanto a la nota, también es importante, o al menos las iniciales lo son, así que te felicito de nuevo".

"Ya he perdido bastante tiempo", dijo Lestrade, levantándose. "Creo en el trabajo duro y no en sentarse junto al fuego a hilar finas teorías. Que tenga un buen día, señor Holmes, y ya veremos quién llega primero al fondo del asunto". Recogió las prendas, las metió en la bolsa y se dirigió a la puerta.

"Sólo una pista para usted, Lestrade -dijo Holmes antes de que su rival desapareciera-; le diré la verdadera solución del asunto. Lady St. Simon es un mito. No existe, ni ha existido nunca, tal persona".

Lestrade miró con tristeza a mi compañero. Luego se volvió hacia mí, se dio tres golpecitos en la frente, sacudió la cabeza solemnemente y se alejó a toda prisa.

Apenas había cerrado la puerta tras de sí cuando Holmes se levantó para ponerse el abrigo. "Hay algo de cierto en lo que dice el tipo sobre el trabajo al aire libre", comentó, "así que creo, Watson, que debo dejarte con tus papeles un rato".

Eran más de las cinco cuando Sherlock Holmes me dejó, pero no tuve tiempo de estar solo, pues al cabo de una hora llegó un pastelero con una caja plana muy grande. La desempaquetó con la ayuda de un joven que había traído consigo, y en seguida, para mi gran asombro, comenzó a colocarse una pequeña cena fría bastante epicúrea sobre la caoba de nuestra humilde casa de huéspedes. Había un par de tiras de becada fría, un faisán, un pastel de paté de foie gras con un grupo de botellas antiguas y llenas de telarañas. Una vez dispuestos todos estos lujos, mis dos visitantes se esfumaron, como los genios de Las mil y una noches, sin más explicación que la de que las cosas habían sido pagadas y se habían encargado a esta dirección.

Poco antes de las nueve, Sherlock Holmes entró enérgicamente en la habitación. Sus rasgos eran muy serios, pero había una luz en sus ojos que me hizo pensar que no se había equivocado en sus conclusiones.

"Entonces, han preparado la cena -dijo frotándose las manos-.

"Parece que esperas compañía. Han puesto para cinco".

"Sí, me imagino que tendremos compañía", dijo él. "Me sorprende que Lord St. Simon no haya llegado ya. ¡Ja! Me parece que oigo sus pasos en la escalera".

En efecto, era nuestro visitante de la tarde el que entraba con paso ligero, colgando sus gafas con más fuerza que nunca y con una expresión muy perturbada en sus aristocráticas facciones.

"¿Le ha llegado mi mensajero, entonces?", preguntó Holmes.

"Sí, y confieso que su contenido me ha sorprendido sobremanera. ¿Tiene usted buena base para lo que dice?"

"La mejor posible".

Lord St. Simon se hundió en una silla y se pasó la mano por la frente.

"¿Qué dirá el duque", murmuró, "cuando se entere de que un miembro de la familia ha sido sometido a semejante humillación?"

"Se trata del más puro accidente. No puedo permitir que haya ninguna humillación".

"Ah, usted ve estas cosas desde otro punto de vista".

"No veo que nadie tenga la culpa. No veo cómo la señora podría haber actuado de otra manera, aunque su método abrupto de hacerlo fue indudablemente lamentable. Al no tener madre, no tenía a nadie que la aconsejara en semejante crisis".

"Fue un desaire, señor, un desaire público", dijo Lord St. Simon, golpeando con los dedos sobre la mesa.

"Debe ser comprensivo con esta pobre chica, colocada en una posición tan inédita".

"No voy a hacer ninguna concesión. Estoy muy enojado, y he sido utilizado vergonzosamente".

"Creo que he oído un timbre", dijo Holmes. "Sí, hay escalones en el rellano. Si no puedo persuadirle de que sea indulgente con el asunto, lord St. Simon, he traído a un abogado que puede tener más éxito." Abrió la puerta e hizo pasar a una dama y un caballero. "Lord St. Simon", dijo, "permítame presentarle a los señores Francis Hay Moulton. La señora, creo, ya la conoce".

Al ver a estos recién llegados, nuestro cliente se levantó de su asiento y se puso muy erguido, con los ojos bajos y la mano metida en el pecho de su gabardina, como una imagen de dignidad ofendida. La dama se había adelantado rápidamente y le había tendido la mano, pero él seguía negándose a levantar la vista. Tal vez fuera bueno para su resolución, porque su rostro suplicante era uno al que era difícil resistirse.

"Estás enfadado, Robert", dijo ella. "Bueno, supongo que tienes motivos para estarlo".

"Por favor, no te disculpes conmigo", dijo Lord St. Simon con amargura.

"Oh, sí, sé que te he tratado muy mal y que debería haberte hablado antes de irme; pero estaba un poco nerviosa, y desde el momento en que volví a ver a Frank aquí no sabía lo que estaba haciendo o diciendo. Sólo me extraña que no me haya caído y desmayado allí mismo ante el altar".

"¿Quizás, Sra. Moulton, quiera que mi amigo y yo salgamos de la habitación mientras nos explica este asunto?"

"Si me permite dar una opinión", comentó el extraño caballero, "ya hemos tenido demasiado secreto sobre este asunto. Por mi parte, me gustaría que toda Europa y América se enteraran de los derechos del mismo". Era un hombre pequeño, enjuto y quemado por el sol, bien afeitado, con una cara afilada y un comportamiento alerta.

"Entonces voy a contar nuestra historia de inmediato", dijo la dama. "Frank y yo nos conocimos en el 1884, en el campamento de McQuire, cerca de las Rocosas, donde papá estaba trabajando en una concesión. Estábamos comprometidos, Frank y yo; pero un día papá se hizo rico y ganó un montón de dinero, mientras que el pobre Frank tuvo una mina que se agotó y quedó en nada. Cuanto más rico se hacía papá, más pobre era Frank; así que al final papá no quiso oír hablar de nuestro compromiso por más tiempo, y me llevó a 'Frisco. Sin embargo, Frank no quiso tirar la toalla, así que me siguió hasta allí y me vio sin que papá se enterara de nada. Si lo hubiera sabido, se habría enfadado, así que lo arreglamos todo por nuestra cuenta. Frank dijo que él también iría a hacer su fortuna y que no volvería a reclamarme hasta que tuviera tanto como papá. Entonces le prometí que lo esperaré hasta el fin de los tiempos y me comprometí a no casarme con nadie más mientras él viviera. ¿Por qué no nos casamos ahora mismo?", dijo él, "y entonces me sentiré seguro de ti; y no reclamaré ser tu marido hasta que regrese". Bueno, lo hablamos, y él lo había arreglado todo tan bien, con un clérigo listo para la ocasión, que lo hicimos allí mismo; y entonces Frank se fue a buscar fortuna, y yo volví con papá.

"Lo siguiente que supe de Frank fue que estaba en Montana, y luego se fue a buscar oro a Arizona, y después supe de él en Nuevo México. Des-

pués llegó una larga historia en el periódico sobre cómo un campamento de mineros había sido atacado por los indios apaches, y allí estaba el nombre de mi Frank entre los muertos. Me desmayé y estuve muy enferma durante meses. Papá pensó que tenía una enfermedad y me llevó a la mitad de los médicos de Frisco. No hubo ni una sola noticia durante un año y más, así que nunca dudé de que Frank estuviera realmente muerto. Entonces Lord St. Simon vino a 'Frisco, y nosotros fuimos a Londres, y se arregló un matrimonio, y Papá estaba muy complacido, pero yo sentía todo el tiempo que ningún hombre en esta tierra tomaría el lugar en mi corazón que se le había dado a mi pobre Frank.

"Aun así, si me hubiera casado con Lord St. Simon, por supuesto que habría cumplido con mi deber con él. No podemos ordenar nuestro amor, pero sí nuestras acciones. Fui al altar con él con la intención de hacer de él una esposa tan buena como estuviera en mí serlo. Pero podéis imaginar lo que sentí cuando, justo al llegar a las barandillas del altar, miré hacia atrás y vi a Frank de pie y mirándome desde el primer banco. Al principio pensé que era su fantasma; pero cuando volví a mirar, seguía allí, con una especie de pregunta en los ojos, como si me preguntara si me alegraba o lamentaba verle. Me sorprende que no me haya caído. Sé que todo estaba dando vueltas, y las palabras del clérigo eran como el zumbido de una abeja en mi oído. No sabía qué hacer. ¿Debía detener el servicio y hacer una escena en la iglesia? Volví a mirarle, y pareció saber lo que estaba pensando, porque se llevó el dedo a los labios para decirme que me quedara quieta. Entonces le vi garabatear en un papel y supe que me estaba escribiendo una nota. Al pasar por su banco al salir, le dejé mi ramo de flores, y él me puso la nota en la mano cuando me devolvió las flores. No era más que una línea en la que me pedía que me uniera a él cuando me hizo la señal de que lo hiciera. Por supuesto, no dudé ni un momento de que mi primer deber era para con él, y decidí hacer todo lo que me indicara.

"Cuando regresé, se lo dije a mi criada, que lo había conocido en California y siempre había sido su amiga. Le ordené que no dijera nada, sino que empacara algunas cosas y preparara mi gabán. Sé que debería haber hablado con Lord St. Simon, pero era terriblemente duro ante su madre y toda esa gran gente. Me decidí a huir y a explicarme después. No llevaba ni diez minutos en la mesa cuando vi a Frank por la ventana, al otro lado de la carretera. Me hizo una seña y luego comenzó a caminar hacia el parque. Me

escabullí, me puse mis cosas y le seguí. Una mujer vino a hablarme de Lord St. Simon -por lo poco que oí, me pareció que él también tenía un pequeño secreto antes de casarse-, pero logré zafarme de ella y pronto alcancé a Frank. Subimos juntos a un taxi y nos dirigimos a un alojamiento que él había tomado en Gordon Square, y esa fue mi verdadera boda después de todos esos años de espera. Frank había estado prisionero entre los apaches, se había escapado, llegó a 'Frisco, descubrió que yo lo había dado por muerto y se había ido a Inglaterra, me siguió hasta allí, y dio conmigo por fin la misma mañana de mi segunda boda."

"Lo vi en un periódico", explicó el americano. "Daba el nombre y la iglesia, pero no dónde vivía la señora".

"Entonces hablamos de lo que debíamos hacer, y Frank era partidario de la franqueza, pero yo estaba tan avergonzada de todo aquello que sentía como si quisiera desaparecer y no volver a ver a ninguno de ellos, enviando sólo una carta a papá, tal vez, para demostrarle que estaba viva. Me resultaba horrible pensar en todos aquellos señores y señoras sentados en torno a la mesa del desayuno y esperando mi regreso. Así que Frank cogió mi ropa y mis cosas de boda e hizo un fardo con ellas, para que no me localizaran, y las dejó en algún lugar donde nadie pudiera encontrarlas. Es probable que hubiéramos continuado hacia París mañana, sólo que este buen caballero, el señor Holmes, se acercó a nosotros esta tarde, aunque la forma en que nos encontró es más de lo que puedo pensar, y nos demostró muy clara y amablemente que yo estaba equivocada y que Frank tenía razón, y que nos estaríamos equivocando si fuéramos tan secretos. Entonces se ofreció a darnos la oportunidad de hablar a solas con Lord St. Simon, por lo que fuimos enseguida a sus habitaciones. Ahora, Robert, lo has oído todo, y siento mucho si te he hecho sufrir, y espero que no pienses mal de mí".

Lord St. Simon no había relajado en absoluto su rígida actitud, sino que había escuchado con el ceño fruncido y el labio comprimido esta larga narración.

"Discúlpeme", dijo, "pero no es mi costumbre hablar de mis asuntos personales más íntimos de esta manera pública".

"¿Entonces no me perdonará? ¿No me darás la mano antes de que me vaya?"

"Oh, ciertamente, si te da algún placer". Extendió la mano y agarró fríamente la que ella le tendió.

"Esperaba", sugirió Holmes, "que se hubiera unido a nosotros en una cena amistosa".

"Creo que ahí pide usted demasiado", respondió su señoría. "Puede que me vea obligado a aceptar estos recientes acontecimientos, pero no se puede esperar que me alegre por ellos. Creo que, con su permiso, les desearé a todos muy buenas noches". Nos incluyó a todos con una amplia reverencia y salió de la habitación.

"Entonces confío en que al menos me honrarán con su compañía", dijo Sherlock Holmes. "Siempre es una alegría conocer a un americano, señor Moulton, porque soy de los que creen que la locura de un monarca y la torpeza de un ministro en años lejanos no impedirán que nuestros hijos sean algún día ciudadanos del mismo país mundial bajo una bandera que será un despiece de la Union Jack con las barras y las estrellas".

"El caso ha sido interesante -comentó Holmes cuando nuestros visitantes nos hubieron dejado-, porque sirve para mostrar muy claramente lo sencilla que puede ser la explicación de un asunto que a primera vista parece casi inexplicable. Nada puede ser más natural que la secuencia de acontecimientos narrada por esta señora, y nada más extraño que el resultado visto, por ejemplo, por el señor Lestrade, de Scotland Yard."

"¿No tuvo usted la culpa en absoluto, entonces?"

"Desde el primer momento, dos hechos me resultaron muy evidentes, el primero que la señora había estado muy dispuesta a someterse a la ceremonia nupcial, el otro que se había arrepentido de ello a los pocos minutos de volver a casa. Evidentemente, algo había ocurrido durante la mañana para hacerla cambiar de opinión. ¿Qué podría ser ese algo? No podía haber hablado con nadie cuando estaba fuera, pues había estado en compañía del novio. Entonces, ¿había visto a alguien? Si lo había hecho, debía ser alguien de América, porque había pasado tan poco tiempo en este país que difícilmente podría haber permitido que alguien adquiriera una influencia tan profunda sobre ella como para que la mera visión de él la indujera a cambiar sus planes tan completamente. Ya hemos llegado, por un proceso de exclusión, a la idea de que podría haber visto a un americano. Entonces, ¿quién

podría ser ese americano y por qué iba a tener tanta influencia sobre ella? Podría ser un amante; podría ser un marido. Sabía que su juventud había transcurrido en escenarios difíciles y en condiciones extrañas. Hasta aquí había llegado antes de escuchar la narración de Lord St. Cuando nos habló de un hombre en un banco, del cambio en los modales de la novia, de un recurso tan transparente para obtener una nota como dejar caer un ramo de flores, de su recurso a su doncella de confianza y de su muy significativa alusión al salto de reclamo -que en el lenguaje de los mineros significa tomar posesión de lo que otra persona tiene derecho a reclamar-, toda la situación quedó absolutamente clara. Ella se había ido con un hombre, y el hombre era o bien un amante o bien un marido anterior; las probabilidades estaban a favor de lo segundo."

"¿Y cómo diablos los encontró?"

"Podría haber sido difícil, pero el amigo Lestrade tenía en sus manos información cuyo valor desconocía. Las iniciales eran, por supuesto, de la mayor importancia, pero más valioso aún era saber que en una semana había saldado su cuenta en uno de los hoteles más selectos de Londres."

"¿Cómo dedujo lo selecto?"

"Por los precios selectos. Ocho chelines por una cama y ocho peniques por una copa de jerez apuntaban a uno de los hoteles más caros. No hay muchos en Londres que cobren esa tarifa. En el segundo que visité en Northumberland Avenue, me enteré, al revisar el libro, de que Francis H. Moulton, un caballero americano, se había marchado el día anterior, y al revisar las anotaciones contra él, me encontré con los mismos elementos que había visto en el duplicado de la factura. Sus cartas debían remitirse al número 226 de Gordon Square; así que me dirigí hacia allí, y como tuve la suerte de encontrar a la cariñosa pareja en su casa, me aventuré a darles un consejo paternal y a indicarles que sería mejor en todos los sentidos que aclararan un poco su posición tanto al público en general como a lord St. Les invité a reunirse con él aquí y, como ves, le hice cumplir la cita".

"Pero sin un resultado muy bueno", comenté. "Su conducta no fue ciertamente muy amable".

"Ah, Watson", dijo Holmes, sonriendo, "quizá usted tampoco tendría mucha gracia si, después de todas las molestias del cortejo y la boda, se viera

privado en un instante de esposa y de fortuna. Creo que podemos juzgar a lord St. Simon con mucha misericordia y dar gracias a nuestras estrellas por no encontrarnos nunca en la misma situación. Acerca tu silla y pásame mi violín, pues el único problema que nos queda por resolver es cómo pasar estas sombrías tardes otoñales."

LA DIADEMA DE BERILOS

"Holmes", dije mientras estaba una mañana en nuestra ventana de proa mirando hacia la calle, "aquí viene un loco. Parece bastante triste que sus parientes le permitan salir solo".

Mi amigo se levantó perezosamente de su sillón y se quedó con las manos en los bolsillos de su bata, mirando por encima de mi hombro. Era una brillante y fresca mañana de febrero, y la nieve del día anterior todavía yacía profundamente en el suelo, brillando con fuerza bajo el sol invernal. En el centro de Baker Street, el tráfico la había convertido en una franja marrón y grumosa, pero a ambos lados y en los bordes amontonados de los senderos seguía siendo tan blanca como cuando cayó. El pavimento gris había sido limpiado y raspado, pero seguía siendo peligrosamente resbaladizo, por lo que había menos pasajeros que de costumbre. De hecho, desde la dirección de la Estación Metropolitana no venía nadie, salvo el único caballero cuya excéntrica conducta había llamado mi atención.

Era un hombre de unos cincuenta años, alto, corpulento e imponente, con un rostro macizo y fuertemente marcado y una figura imponente. Iba vestido con un estilo sombrío pero rico, con levita negra, sombrero brillante, polainas marrones y pantalones grises perlados bien cortados. Sin embargo, sus acciones contrastaban absurdamente con la dignidad de su vestimenta y sus rasgos, ya que corría con fuerza, dando de vez en cuando pequeños brinco, como los que da un hombre cansado que está poco acostumbrado a exigir a sus piernas. Mientras corría, sacudía las manos hacia arriba y hacia abajo, movía la cabeza y retorció la cara en las más extraordinarias contorsiones.

"¿Qué diablos puede pasarle?" pregunté. "Está mirando los números de las casas".

"Creo que viene hacia aquí", dijo Holmes, frotándose las manos.

"¿Aquí?"

"Sí; más bien creo que viene a consultarme profesionalmente. Creo que reconozco los síntomas. ¿No se lo he dicho?" Mientras hablaba, el hombre, resoplando y soplando, se abalanzó sobre nuestra puerta y tiró del timbre hasta que toda la casa resonó con el tintineo.

Unos instantes después estaba en nuestra habitación, todavía resoplando, todavía gesticulando, pero con una mirada tan fija de dolor y desesperación en sus ojos que nuestras sonrisas se convirtieron en un instante en horror y lástima. Durante un rato no le salían las palabras, sino que balanceaba su cuerpo y se atusaba el pelo como quien ha sido llevado a los límites extremos de su razón. Luego, poniéndose de pie de repente, se golpeó la cabeza contra la pared con tanta fuerza que los dos nos abalanzamos sobre él y lo arrastramos hasta el centro de la habitación. Sherlock Holmes lo empujó hacia la butaca y, sentándose a su lado, le dio unas palmaditas en la mano y conversó con él en el tono fácil y tranquilizador que tan bien sabía emplear.

"Ha venido usted a contarme su historia, ¿no es así? "Está usted fatigado por las prisas. Le ruego que espere hasta que se haya recuperado, y entonces estaré encantado de examinar cualquier pequeño problema que me plantee".

El hombre se sentó durante un minuto o más con el pecho agitado, luchando contra su emoción. Luego se pasó el pañuelo por la frente, apretó los labios y volvió la cara hacia nosotros.

"¿Sin duda me creen loco?", dijo.

"Veo que ha tenido usted un gran problema", respondió Holmes.

"Dios sabe que lo he tenido; un problema que es suficiente para despojarme de la razón, tan repentino y tan terrible. Podría haberme enfrentado a la desgracia pública, aunque soy un hombre cuyo carácter nunca ha sido manchado. La aflicción privada también es la suerte de todo hombre; pero las dos cosas juntas, y en forma tan espantosa, han sido suficientes para sacudir mi alma. Además, no soy el único. Los más nobles del país pueden sufrir si no se encuentra alguna forma de salir de este horrible asunto".

"Le ruego que se tranquilice, señor -dijo Holmes-, y que me diga claramente quién es usted y qué es lo que le ha ocurrido".

"Mi nombre", respondió nuestro visitante, "es probablemente familiar para sus oídos. Soy Alexander Holder, de la firma bancaria Holder & Stevenson, de Threadneedle Street".

En efecto, el nombre nos resultaba bien conocido por pertenecer al socio principal de la segunda empresa de banca privada más importante de la City londinense. ¿Qué podría haber sucedido, entonces, para que uno de los ciudadanos más importantes de Londres llegara a esta situación tan lamentable? Esperamos, todos curiosos, hasta que con otro esfuerzo se animó a contar su historia.

"Siento que el tiempo es valioso -dijo-; por eso me apresuré a venir aquí cuando el inspector de policía me sugirió que obtuviera su cooperación. Llegué a Baker Street en el metro y me apresuré a salir de allí a pie, porque los taxis van despacio con esta nieve. Por eso me quedé sin aliento, ya que soy un hombre que hace muy poco ejercicio. Ahora me siento mejor y le expondré los hechos con la mayor brevedad y claridad posible.

Por supuesto, ustedes saben que el éxito de un negocio bancario depende tanto de que seamos capaces de encontrar inversiones remunerativas para nuestros fondos como de que aumentemos nuestras conexiones y el número de nuestros depositantes. Uno de nuestros medios más lucrativos para colocar el dinero es en forma de préstamos, donde la seguridad es intachable. Hemos hecho mucho en este sentido durante los últimos años, y hay muchas familias nobles a las que hemos adelantado grandes sumas en garantía de sus cuadros, bibliotecas o placas.

Ayer por la mañana estaba sentado en mi oficina del banco cuando uno de los empleados me trajo una tarjeta. Me sobresalté al ver el nombre, ya que era nada menos que -bueno, tal vez incluso a ustedes no deba decirles más que se trata de un nombre muy conocido en todo el mundo- uno de los nombres más altos, más nobles y más exaltados de Inglaterra. Me sentí abrumado por el honor e intenté, cuando entró, decírselo, pero enseguida se lanzó a los negocios con el aire de un hombre que desea apresurarse en una tarea desagradable."

"Señor Holder", dijo, "me han informado de que tiene usted la costumbre de adelantar dinero".

"La empresa lo hace cuando la garantía es buena". Respondí.

" 'Es absolutamente esencial para mí', dijo, 'que tenga 50.000 libras esterlinas de inmediato. Podría, por supuesto, pedir prestada una suma tan insignificante diez veces más a mis amigos, pero prefiero hacer un negocio y llevarlo a cabo yo mismo. En mi situación, comprenderá usted que no es prudente contraer obligaciones".

" '¿Puedo preguntar por cuánto tiempo quiere esta suma?', pregunté.

"El próximo lunes tengo que pagar una gran suma, y entonces le devolveré sin duda lo que me ha adelantado, con los intereses que considere oportunos. Pero es muy importante para mí que el dinero se pague de inmediato".

"Estaría encantado de adelantar el dinero sin necesidad de discutirlo, si no fuera porque el esfuerzo sería mayor de lo que podría soportar. Si, por el contrario, he de hacerlo en nombre de la empresa, entonces, en justicia a mi socio, debo insistir en que, incluso en su caso, se tomen todas las precauciones propias de los negocios".

"Preferiría que así fuera -dijo el, levantando un maletín cuadrado de marruecos negro que había puesto al lado de su silla-. "¿Sin duda ha oído hablar de la Diadema de Berilos?"

"Una de las posesiones públicas más preciadas del imperio", dije.

"Precisamente. Abrió el estuche y allí, incrustada en un suave terciopelo color carne, se encontraba la magnífica pieza de joyería que había nombrado. Hay treinta y nueve enormes berilos -dijo-, y el precio del oro empleado es incalculable. La estimación más baja situaría el valor de la corona en el doble de la suma que he pedido. Estoy dispuesto a dejársela como garantía".

"Tomé el precioso estuche en mis manos y miré con cierta perplejidad desde él a mi ilustre cliente.

" '¿Dudas de su valor?', preguntó.

" 'En absoluto. Sólo dudo..."

" 'La conveniencia de que lo deje. Puede estar tranquilo al respecto. No se me ocurriría hacerlo si no estuviera absolutamente seguro de que dentro

de cuatro días podré recuperarlo. Es una pura cuestión de forma. ¿Es suficiente la seguridad?

" 'Amplia'.

" 'Entienda, Sr. Holder, que le estoy dando una fuerte prueba de la confianza que tengo en usted, basada en todo lo que he oído de usted. Confío en usted no sólo para que sea discreto y se abstenga de todo chismorreó sobre el asunto, sino, sobre todo, para que preserve esta corona con todas las precauciones posibles, porque no necesito decir que se produciría un gran escándalo público si le ocurriera algún daño. Cualquiera daño que sufriera sería casi tan grave como su pérdida total, pues no hay berilos en el mundo que puedan igualar a estos, y sería imposible reemplazarlos. Sin embargo, se lo dejo a usted con toda confianza, y el lunes por la mañana iré a buscarlo en persona".

"Viendo que mi cliente estaba ansioso por marcharse, no dije nada más, sino que, llamando a mi cajero, le ordené que pagara más de cincuenta billetes de mil libras. Sin embargo, cuando me quedé solo una vez más, con el valioso maletín sobre la mesa delante de mí, no pude menos que pensar con cierto recelo en la inmensa responsabilidad que suponía para mí. No cabía duda de que, al tratarse de una posesión nacional, se produciría un horrible escándalo si le ocurría alguna desgracia. Ya me arrepentía de haber consentido en hacerme cargo de ella. Sin embargo, ya era demasiado tarde para cambiar el asunto, así que lo guardé en mi caja fuerte privada y me dediqué de nuevo a mi trabajo.

"Cuando llegó la noche sentí que sería una imprudencia dejar un objeto tanpreciado en la oficina detrás de mí. Las cajas fuertes de los banqueros habían sido forzadas antes, ¿y por qué no iba a serlo la mía? De ser así, ¡qué terrible sería la situación en la que me encontraría! Decidí, por tanto, que durante los próximos días llevaría siempre conmigo el maletín hacia delante y hacia atrás, para que nunca estuviera realmente fuera de mi alcance. Con esta intención, llamé a un taxi y me dirigí a mi casa de Streatham, llevando la joya conmigo. No respiré libremente hasta que la llevé al piso de arriba y la encerré en la cómoda de mi vestidor.

"Y ahora unas palabras sobre mi casa, señor Holmes, porque quiero que entienda bien la situación. Mi mozo de cuadra y mi paje duermen fuera de la casa, y pueden ser descartados por completo. Tengo tres criadas que lle-

van varios años conmigo y cuya fiabilidad absoluta está por encima de toda sospecha. Otra, Lucy Parr, la segunda camarera, sólo lleva unos meses a mi servicio. Sin embargo, llegó con un carácter excelente y siempre me ha dado satisfacciones. Es una chica muy bonita y ha atraído a admiradores que de vez en cuando han merodeado por el lugar. Ese es el único inconveniente que le hemos encontrado, pero creemos que es una chica completamente buena en todos los sentidos.

"Esto en cuanto a los sirvientes. Mi familia es tan pequeña que no me llevará mucho tiempo describirla. Soy viudo y tengo un único hijo, Arthur. Ha sido una decepción para mí, señor Holmes, una gran decepción. No me cabe duda de que la culpa es mía. La gente me dice que lo he malcriado. Es muy probable que así sea. Cuando mi querida esposa murió, sentí que él era todo lo que tenía para amar. No podía soportar ver que la sonrisa se desvaneciera ni siquiera por un momento de su rostro. Nunca le negué un deseo. Tal vez hubiera sido mejor para ambos si hubiera sido más estricto, pero mi intención era la mejor.

"Naturalmente, mi intención era que me sucediera en mis negocios, pero él no tenía vocación empresarial. Era salvaje, caprichoso y, a decir verdad, no podía confiar en él para manejar grandes sumas de dinero. Cuando era joven se hizo miembro de un club aristocrático, y allí, al tener unos modales encantadores, pronto se convirtió en el íntimo de varios hombres con bolsos de gran tamaño y hábitos caros. Aprendió a jugar mucho a las cartas y a despilfarrar el dinero, hasta que tuvo que venir una y otra vez a suplicarme que le diera un adelanto de su asignación, para poder saldar sus deudas de honor. Intentó más de una vez separarse de la peligrosa compañía que mantenía, pero cada vez la influencia de su amigo, Sir George Burnwell, fue suficiente para atraerlo de nuevo.

"Y, en efecto, no podía extrañar que un hombre como Sir George Burnwell se ganara una influencia sobre él, ya que lo ha traído con frecuencia a mi casa, y yo mismo me he encontrado con que apenas podía resistir la fascinación de sus maneras. Es mayor que Arthur, un hombre de mundo hasta la punta de los dedos, que ha estado en todas partes, lo ha visto todo, un hablador brillante y un hombre de gran belleza personal. Sin embargo, cuando pienso en él a sangre fría, lejos del glamour de su presencia, me convenzo, por su discurso cínico y la mirada que he captado en sus ojos, de que es alguien de quien se debe desconfiar profundamente. Así lo pienso yo, y así lo

piensa también mi pequeña Mary, que tiene la rápida visión de una mujer sobre el carácter.

"Y ahora sólo hay que describirla a ella. Es mi sobrina, pero cuando mi hermano murió hace cinco años y la dejó sola en el mundo, la adopté y desde entonces la considero mi hija. Es un rayo de sol en mi casa: dulce, cariñosa, hermosa, una maravillosa administradora y ama de casa, pero tan tierna, tranquila y gentil como puede ser una mujer. Es mi mano derecha. No sé qué podría hacer sin ella. Sólo en un asunto ha ido en contra de mis deseos. Mi hijo le ha pedido dos veces que se case con él, ya que la ama con devoción, pero cada vez ella lo ha rechazado. Creo que si alguien hubiera podido llevarlo por el buen camino habría sido ella, y que su matrimonio podría haber cambiado toda su vida; pero ahora, ¡ay! es demasiado tarde... ¡siempre demasiado tarde!

"Ahora, señor Holmes, usted conoce a las personas que viven bajo mi techo, y yo continuaré con mi miserable historia.

"Aquella noche, mientras tomábamos café en el salón después de la cena, les conté a Arthur y a Mary mi experiencia y el precioso tesoro que teníamos bajo nuestro techo, suprimiendo únicamente el nombre de mi cliente. Estoy seguro de que Lucy Parr, que había traído el café, había salido de la habitación; pero no puedo jurar que la puerta estuviera cerrada. Mary y Arthur estaban muy interesados y deseaban ver la famosa corona, pero pensé que era mejor no tocarla.

"¿Dónde la has puesto? preguntó Arthur.

" 'En mi propio despacho'.

"Espero que no roben en la casa durante la noche.

" 'Está cerrada con llave', respondí.

" 'Oh, cualquier llave vieja encaja en ese escritorio. Cuando era joven, yo mismo lo abrí con la llave del armario de la habitación.

"A menudo tenía una forma desenfadada de hablar, de modo que yo pensaba poco en lo que decía. Sin embargo, aquella noche me siguió hasta mi habitación con un rostro muy serio.

" 'Mira, papá', dijo con los ojos bajos, '¿puedes dejarme 200 libras?

" '¡No, no puedo!' le contesté secamente. He sido demasiado generoso contigo en cuestiones de dinero".

" 'Has sido muy amable', dijo él, 'pero debo tener este dinero, o de lo contrario no podré volver a mostrar mi cara dentro del club'.

" '¡Y es algo muy bueno, además! grité.

" 'Sí, pero tú no quieres que me vaya como un hombre deshonorado', dijo él. No podría soportar la deshonra. Tengo que conseguir el dinero de alguna manera, y si no me lo dejas, tendré que probar otros medios'.

"Me enfadé mucho, pues era la tercera demanda en el mes. No tendrás ni un centavo de mí", grité, a lo que él se inclinó y salió de la habitación sin decir nada más.

"Cuando se marchó, abrí mi escritorio, me aseguré de que mi tesoro estaba a salvo y lo volví a cerrar. Luego empecé a recorrer la casa para comprobar que todo estaba seguro, una tarea que suelo dejar en manos de Mary, pero que creí conveniente realizar yo mismo aquella noche. Al bajar las escaleras vi a la propia Mary en la ventana lateral del salón, que cerró y abrochó al acercarme.

" 'Dime, papá', dijo ella, pareciendo, pensé, un poco perturbada, '¿le diste a Lucy, la criada, permiso para salir esta noche?'

" 'Por supuesto que no'.

" 'Acaba de entrar por la puerta trasera. No me cabe duda de que sólo ha ido a la puerta lateral para ver a alguien, pero creo que no es muy seguro y que hay que detenerla".

" 'Debes hablar con ella por la mañana, o lo haré yo si lo prefieres. ¿Estás seguro de que todo está cerrado?'

" 'Bastante seguro, papá.'

" 'Entonces, buenas noches'. La besé y subí de nuevo a mi dormitorio, donde pronto me quedé dormido.

"Estoy tratando de contarle todo, señor Holmes, que pueda tener alguna relación con el caso, pero le ruego que me interrogue sobre cualquier punto que no deje claro".

"Por el contrario, su declaración es singularmente lúcida".

"Llego ahora a una parte de mi historia en la que desearía ser particularmente así. No tengo un sueño muy pesado, y la ansiedad en mi mente tenía, sin duda, a hacerlo aún menos de lo habitual. A eso de las dos de la mañana me despertó un ruido en la casa. Había cesado antes de que me despertara del todo, pero había dejado una impresión tras de sí como si una ventana se hubiera cerrado suavemente en algún lugar. Me quedé escuchando con todos mis oídos. De repente, para mi horror, se oyeron unos pasos que se movían suavemente en la habitación contigua. Salí de la cama, palpitando de miedo, y me asomé por la esquina de la puerta de mi vestidor.

"¡Arthur! grité, ¡villano! ¡ladrón! ¿Cómo te atreves a tocar esa corona?"

"El gas estaba a medio abrir, tal como lo había dejado, y mi infeliz muchacho, vestido sólo con su camisa y sus pantalones, estaba de pie junto a la luz, sosteniendo la corona en sus manos. Parecía que la arrancaba o la doblaba con todas sus fuerzas. Al oír mi grito, la soltó y se puso tan pálido como la muerte. La cogí y la examiné. Le faltaba una de las esquinas de oro, con tres berilos dentro.

"¡Granuja! grité, furioso. Lo has destruido. Me has deshonrado para siempre. ¿Dónde están las joyas que has robado?"

"¡Robadas!", gritó.

"¡Sí, ladrón! rugí, sacudiéndole por el hombro.

"No falta ninguna. No puede faltar ninguna", dijo.

"Faltan tres. Y tú sabes dónde están. ¿Tengo que llamarte mentiroso además de ladrón? ¿No te vi tratando de arrancar otra pieza?"

"Ya me has insultado bastante", dijo él, "no lo soportaré más. No diré ni una palabra más sobre este asunto, ya que has decidido insultarme. Dejaré tu casa por la mañana y me abriré camino en el mundo".

"¡Lo dejarás en manos de la policía! grité medio loco de dolor y rabia. "Haré que se investigue este asunto hasta el fondo".

"No te enterarás de nada por mí", dijo con una pasión que no hubiera creído que estuviera en su naturaleza. "Si decides llamar a la policía, deja que la policía encuentre lo que pueda".

"Para entonces toda la casa estaba agitada, pues yo había levantado la voz en mi enfado. Mary fue la primera en entrar corriendo en mi habitación y, al ver la corona y la cara de Arthur, leyó toda la historia y, con un grito, cayó al suelo sin sentido. Envié a la criada a buscar a la policía y puse la investigación en sus manos de inmediato. Cuando el inspector y un agente entraron en la casa, Arthur, que había permanecido hosco con los brazos cruzados, me preguntó si era mi intención acusarle de robo. Le contesté que había dejado de ser un asunto privado para convertirse en uno público, ya que la corona arruinada era propiedad nacional. Estaba decidido a que la ley se impusiera en todo.

"Por lo menos -dijo-, no hará que me arresten de inmediato. Sería tan ventajoso para usted como para mí que pudiera salir de la casa durante cinco minutos".

"Y entonces, dándome cuenta de la terrible posición en que me encontraba, le imploré que recordara que no sólo estaba en juego mi honor, sino el de alguien mucho más importante que yo, y que amenazaba con provocar un escándalo que convulsionaría a la nación. Podría evitarlo todo si me dijera lo que había hecho con las tres piedras perdidas.

" 'Más vale que afrontes el asunto -dije-; has sido sorprendido en el acto, y ninguna confesión podría hacer más atroz tu culpa. Si no hace más que reparar lo que está en su mano, diciéndonos dónde están los berilos, todo será perdonado y olvidado".

" 'Guarda tu perdón para los que te lo piden', respondió, apartándose de mí con una mueca. Vi que estaba demasiado endurecido para que mis palabras pudieran influir en él. Sólo había un modo de hacerlo. Llamé al inspector y lo puse bajo custodia. Se registró inmediatamente no sólo su persona, sino también su habitación y todas las partes de la casa en las que podría haber ocultado las gemas; pero no se encontró ni rastro de ellas, ni el desdichado muchacho quiso abrir la boca a pesar de todas nuestras persuasiones y amenazas. Esta mañana fue trasladado a una celda, y yo, después de pasar por todas las formalidades policiales, me he apresurado a acudir a usted para implorarle que utilice su habilidad para desentrañar el asunto. La policía ha confesado abiertamente que por el momento no puede hacer nada al respecto. Puede usted hacer los gastos que considere necesarios. Ya he ofre-

cido una recompensa de 1.000 libras. ¡Dios mío, qué voy a hacer! He perdido mi honor, mis joyas y mi hijo en una noche. ¡Oh, qué voy a hacer!"

Se puso una mano a cada lado de la cabeza y se balanceó de un lado a otro, canturreando para sí mismo como un niño cuya pena no tiene palabras.

Sherlock Holmes permaneció en silencio durante unos minutos, con las cejas fruncidas y los ojos fijos en el fuego.

"¿Recibe usted mucha compañía?", preguntó.

"Ninguna, salvo mi compañero con su familia y algún amigo ocasional de Arthur. Sir George Burnwell ha venido varias veces últimamente. Nadie más, creo".

"¿Sales mucho en sociedad?"

"Arthur lo hace. Mary y yo nos quedamos en casa. A ninguno de los dos nos interesa".

"Eso es inusual en una chica joven".

"Ella es de naturaleza tranquila. Además, no es tan joven. Tiene veinticuatro años".

"Este asunto, por lo que dices, parece haber sido un shock para ella también".

"¡Terrible! Está aún más afectada que yo".

"¿Ninguno de los dos tiene dudas sobre la culpabilidad de su hijo?"

"Cómo podríamos tenerlas cuando lo vi con mis propios ojos con la corona en sus manos".

"Difícilmente considero eso una prueba concluyente. ¿Estaba el resto de la corona dañado?"

"Sí, estaba torcido".

"¿No cree, entonces, que podría haber estado tratando de enderezarla?"

"¡Dios lo bendiga! Estás haciendo lo que puedes por él y por mí. Pero es una tarea demasiado pesada. ¿Qué estaba haciendo allí? Si su propósito era inocente, ¿por qué no lo dijo?"

"Precisamente. Y si era culpable, ¿por qué no inventó una mentira? Su silencio me parece que tiene dos vertientes. Hay varios puntos singulares en el caso. ¿Qué pensó la policía del ruido que le despertó de su sueño?"

"Consideraron que podría ser causado por el cierre de la puerta de la habitación de Arthur".

"¿Una historia probable! Como si un hombre empeñado en la delincuencia diera un portazo para despertar a la familia. ¿Qué dijeron, entonces, de la desaparición de estas gemas?"

"Todavía están sondeando la tablazón y sondeando los muebles con la esperanza de encontrarlas".

"¿Han pensado en buscar fuera de la casa?"

"Sí, han mostrado una energía extraordinaria. Ya han examinado minuciosamente todo el jardín".

"¿Una historia probable! Como si un hombre empeñado en la delincuencia diera un portazo para despertar a la familia. ¿Qué dijeron, entonces, de la desaparición de estas gemas?"

"Todavía están sondeando las tablas y examinando los muebles con la esperanza de encontrarlas".

"¿Han pensado en buscar fuera de la casa?"

"Sí, han mostrado una energía extraordinaria. Ya han examinado minuciosamente todo el jardín".

"Ahora, mi querido señor", dijo Holmes, "¿no es obvio para usted que este asunto es mucho más profundo de lo que usted o la policía se inclinaban a pensar al principio? A usted le pareció un caso sencillo; a mí me parece sumamente complejo. Considere lo que implica su teoría. Supone usted que su hijo bajó de la cama, fue, corriendo un gran riesgo, a su camerino, abrió su escritorio, sacó su corona, rompió por la fuerza principal una pequeña porción de ella, se fue a otro lugar, ocultó tres gemas de las treinta y nueve, con tal habilidad que nadie puede encontrarlas, y luego regresó con las otras treinta y seis a la habitación en la que se expuso al mayor peligro de ser descubierto. Os pregunto ahora, ¿es sostenible tal teoría?"

"¿Pero qué otra hay?", gritó el banquero con un gesto de desesperación. "Si sus motivos eran inocentes, ¿por qué no los explica?".

"Es nuestra tarea averiguarlo", respondió Holmes; "así que ahora, si le parece, señor Holder, partiremos juntos hacia Streatham, y dedicaremos una hora a examinar un poco más de cerca los detalles."

Mi amigo insistió en que les acompañara en su expedición, cosa que yo estaba deseando hacer, pues mi curiosidad y mi simpatía estaban profundamente excitadas por la historia que habíamos escuchado. Confieso que la culpabilidad del hijo del banquero me parecía tan obvia como la de su infeliz padre, pero aun así tenía tanta fe en el juicio de Holmes que creía que debía haber algún motivo de esperanza mientras él no estuviera satisfecho con la explicación aceptada. Apenas pronunció una palabra durante todo el trayecto hasta el suburbio del sur, sino que se sentó con la barbilla sobre el pecho y el sombrero recogido sobre los ojos, sumido en los más profundos pensamientos. Nuestro cliente parecía haberse animado ante el pequeño atisbo de esperanza que se le había presentado, e incluso entabló una charla desenfadada conmigo sobre sus asuntos comerciales. Un corto viaje en tren y un paseo más corto nos llevaron a Fairbank, la modesta residencia del gran financiero.

Fairbank era una casa cuadrada de buen tamaño, de piedra blanca, que estaba un poco apartada de la carretera. Una doble barrera de carruajes, con un césped cubierto de nieve, se extendía por delante hasta dos grandes puertas de hierro que cerraban la entrada. A la derecha había un pequeño matorral de madera que daba paso a un estrecho camino entre dos cuidadosos setos que se extendían desde la carretera hasta la puerta de la cocina y que formaban la entrada de los comerciantes. A la izquierda había un camino que llevaba a los establos, y que no estaba en absoluto dentro del terreno, ya que era una vía pública, aunque poco utilizada. Holmes nos dejó en la puerta y caminó lentamente alrededor de la casa, cruzando la fachada, bajando por el camino de los comerciantes y dando la vuelta por el jardín de atrás hasta el camino de los establos. Tardó tanto que el señor Holder y yo fuimos al comedor y esperamos junto al fuego hasta que regresara. Estábamos allí sentados en silencio cuando se abrió la puerta y entró una joven. Era más bien de mediana estatura, delgada, con el pelo y los ojos oscuros, que parecían más oscuros contra la absoluta palidez de su piel. No creo haber visto nunca una palidez tan mortal en el rostro de una mujer. Sus labios tampoco tenían san-

gre, pero sus ojos estaban enrojecidos por el llanto. Mientras entraba silenciosamente en la habitación, me impresionó con una sensación de dolor mayor que la del banquero por la mañana, y era aún más sorprendente en ella, ya que era evidentemente una mujer de carácter fuerte, con una inmensa capacidad de autocontrol. Haciendo caso omiso de mi presencia, se dirigió directamente a su tío y le pasó la mano por la cabeza con una dulce caricia femenina.

"Has dado órdenes de que liberen a Arthur, ¿no es así, papá?", preguntó.

"No, no, mi niña, el asunto debe ser investigado hasta el fondo".

"Pero estoy muy segura de que es inocente. Ya sabes cómo son los instintos de las mujeres. Sé que no ha hecho ningún daño y que lamentarás haber actuado con tanta dureza".

"¿Por qué calla, entonces, si es inocente?"

"¿Quién sabe? Tal vez porque estaba tan enojado de que tú sospecharas de él".

"¿Cómo podría evitar sospechar de él, cuando lo vi con la corona en la mano?"

"Oh, pero sólo la había cogido para mirarla. Oh, créeme, créeme que es inocente. Deja el asunto y no digas nada más. Es tan terrible pensar en nuestro querido Arthur en prisión".

"Nunca lo dejaré pasar hasta que se encuentren las gemas, ¡nunca, Mary! Tu afecto por Arthur te ciega en cuanto a las terribles consecuencias para mí. Lejos de silenciar el asunto, he hecho venir a un caballero de Londres para que investigue más a fondo".

"¿Este caballero?", preguntó ella, volviéndose hacia mí.

"No, su amigo. Deseaba que lo dejáramos solo. Ahora está en la calle del establo".

"¿El camino del establo?" Ella levantó sus oscuras cejas. "¿Qué puede esperar encontrar allí? Ah, supongo que es él. Confío, señor, en que logre demostrar, lo que estoy seguro es la verdad, que mi primo Arthur es inocente de este crimen."

"Comparto plenamente su opinión, y confío, con usted, en que podamos demostrarlo", respondió Holmes, volviendo a la alfombra para sacarse la nieve de los zapatos. "Creo que tengo el honor de dirigirme a la señorita Mary Holder. ¿Podría hacerle una o dos preguntas?"

"Le ruego que lo haga, señor, si puede ayudar a aclarar este horrible asunto".

"¿No escuchó nada anoche?"

"Nada, hasta que mi tío comenzó a hablar en voz alta. Lo oí y bajé".

"Usted cerró las ventanas y las puertas la noche anterior. ¿Cerraste todas las ventanas?"

"Sí."

"¿Estaban todas cerradas esta mañana?"

"Sí."

"¿Tienes una criada que tiene un amante? Creo que anoche le comentaste a tu tío que ella había salido a verlo".

"Sí, y era la chica que esperaba en el salón, y que puede haber oído los comentarios del tío sobre la corona".

"Ya veo. Deduces que puede haber salido a contárselo a su novio, y que los dos pueden haber planeado el robo."

"Pero ¿de qué sirven todas estas vagas teorías", gritó el banquero con impaciencia, "cuando le he dicho que vi a Arthur con la corona en las manos?"

"Espere un poco, señor Holder. Debemos volver a eso. Sobre esta chica, la señorita Holder. La vio volver por la puerta de la cocina, supongo".

"Sí; cuando fui a ver si la puerta estaba cerrada por la noche me la encontré deslizándose. También vi al hombre, en la penumbra".

"¿Lo conoce?"

"¡Oh, sí! Es el verdulero que nos trae las verduras. Se llama Francis Prosper".

"¿Se paró", dijo Holmes, "a la izquierda de la puerta, es decir, más arriba del camino de lo necesario para llegar a la puerta?"

"Sí, lo hizo".

"¿Y es un hombre con una pata de palo?"

Algo parecido al miedo surgió en los expresivos ojos negros de la joven. "Vaya, es usted como un mago", dijo ella. "¿Cómo lo sabes?" Ella sonrió, pero el rostro delgado y ansioso de Holmes no respondió con una sonrisa.

"Me encantaría subir ahora", dijo él. "Probablemente desearé volver a revisar el exterior de la casa. Quizá sea mejor que eche un vistazo a las ventanas inferiores antes de subir".

Caminó rápidamente de una a otra, deteniéndose sólo en la grande que daba al vestíbulo y al camino del establo. La abrió y examinó cuidadosamente el alféizar con su potente lente de aumento. "Ahora vamos a subir", dijo por fin.

El vestidor del banquero era una pequeña habitación sencillamente amueblada, con una alfombra gris, un gran escritorio y un largo espejo. Holmes se acercó primero al escritorio y miró con atención la cerradura.

"¿Qué llave se utilizó para abrirla"? Preguntó.

"La que mi hijo indicó: la del armario del trastero".

"¿La tienes aquí?"

"Esa es la que está en el tocador".

Sherlock Holmes lo cogió y abrió la cómoda.

"Es una cerradura silenciosa", dijo. "No es de extrañar que no le despertara. Este maletín, supongo, contiene la corona. Debemos echarle un vistazo". Abrió el maletín, y sacando la diadema la puso sobre la mesa. Era un magnífico espécimen del arte de la joyería, y las treinta y seis piedras eran las más finas que jamás he visto. En un lado de la corona había un borde agrietado, en el que se había desprendido una esquina que contenía tres gemas.

"Ahora, señor Holder -dijo Holmes-, aquí está la esquina que corresponde a la que lamentablemente se ha perdido. Le ruego que la rompa".

El banquero retrocedió horrorizado. "No se me ocurriría intentarlo", dijo.

"Entonces lo haré". Holmes hizo fuerza de repente, pero sin resultado. "Siento que cede un poco", dijo; "pero, aunque tengo una fuerza excepcional en los dedos, me llevaría todo el tiempo romperla. Un hombre normal no podría hacerlo. Ahora bien, ¿qué cree usted que pasaría si la rompiera, señor Holder? Habría un ruido como el de un disparo de pistola. ¿Me dice que todo esto ocurrió a pocos metros de su cama y que no oyó nada de ello?"

"No sé qué pensar. Todo está oscuro para mí".

"Pero tal vez se aclare a medida que avanzamos. ¿Qué piensa usted, señorita Holder?"

"Confieso que aún comparto la perplejidad de mi tío".

"¿Su hijo no llevaba zapatos ni zapatillas cuando lo vio?"

"No tenía nada puesto, sólo los pantalones y la camisa".

"Gracias. Ciertamente hemos sido favorecidos con una suerte extraordinaria durante esta investigación, y será enteramente nuestra culpa si no logramos aclarar el asunto. Con su permiso, señor Holder, continuaré ahora mis investigaciones fuera".

Se fue solo, a petición suya, pues explicó que cualquier huella innecesaria podría dificultar su tarea. Durante una hora o más estuvo trabajando, y al final regresó con los pies cargados de nieve y el rostro tan inescrutable como siempre.

"Creo que ya he visto todo lo que hay que ver, señor Holder", dijo; "lo mejor que puedo hacer es volver a mis habitaciones".

"Pero las gemas, señor Holmes. ¿Dónde están?"

"No puedo decirlo".

El banquero se retorció las manos. "¡No volveré a verlas!", exclamó. "¿Y mi hijo? ¿Me das esperanzas?"

"Mi opinión no ha cambiado en absoluto".

"Entonces, por el amor de Dios, ¿qué fue este oscuro asunto que se actuó en mi casa anoche?"

"Si puede usted visitarme en mis habitaciones de Baker Street mañana por la mañana, entre las nueve y las diez, estaré encantado de hacer lo que pueda para aclararlo. Tengo entendido que me da carta blanca para actuar en su nombre, con la única condición de que recupere las gemas, y que no pone ningún límite a la suma que pueda sacar."

"Daría mi fortuna por recuperarlas".

"Muy bien. Me ocuparé del asunto entre hoy y entonces. Adiós; es posible que tenga que venir aquí de nuevo antes de la noche".

Era obvio para mí que mi compañero había tomado una decisión sobre el caso, aunque sus conclusiones eran algo más de lo que yo podía imaginar. Durante nuestro viaje de regreso a casa, intenté varias veces sondearle sobre el asunto, pero siempre se desviaba hacia algún otro tema, hasta que al final me rendí desesperadamente. No eran aún las tres cuando nos encontramos de nuevo en nuestras habitaciones. Él se apresuró a ir a su habitación y en pocos minutos volvió a bajar vestido como un vulgar holgazán. Con el cuello de la camisa subido, su abrigo brillante y sórdido, su corbata roja y sus botas gastadas, era una muestra perfecta de la clase.

"Creo que esto debería servir", dijo, mirando el cristal sobre la chimenea. "Me gustaría que pudieras venir conmigo, Watson, pero me temo que no será posible. Puede que esté sobre la pista en este asunto, o puede que esté siguiendo una quimera, pero pronto sabré cuál es. Espero estar de vuelta en unas horas". Cortó una rebanada de carne de vaca de la junta en el aparador, la intercaló entre dos rondas de pan, y empujando esta comida ruda en su bolsillo se puso en marcha en su expedición.

Acababa de terminar mi té cuando regresó, evidentemente de muy buen humor, blandiendo una vieja bota elástica en la mano. La tiró en un rincón y se sirvió una taza de té.

"Sólo miré al pasar", dijo. "Voy a seguir adelante".

"¿Adónde?"

"Oh, al otro lado del West End. Puede pasar algún tiempo antes de que regrese. No me esperes despierto por si me retraso".

"¿Cómo te va?"

"Oh, muy bien. Nada que objetar. He ido a Streatham desde la última vez que te vi, pero no he pasado por casa. Es un pequeño problema muy agradable, y no me lo habría perdido por nada del mundo. Sin embargo, no debo sentarme a cotillear aquí, sino que tengo que quitarme esta ropa de mala reputación y volver a ser la persona más respetable".

Pude ver, por su forma de actuar, que tenía razones más fuertes para estar satisfecho de lo que sus palabras implicaban. Sus ojos brillaron, e incluso hubo un toque de color en sus cetrinas mejillas. Se apresuró a subir las escaleras, y unos minutos más tarde oí el portazo de la puerta del vestíbulo, que me indicó que había salido una vez más a su agradable cacería.

Esperé hasta la medianoche, pero no hubo señales de su regreso, así que me retiré a mi habitación. No era raro que se ausentara durante días y noches enteras cuando se encontraba acalorado por un rastro, por lo que su tardanza no me causó ninguna sorpresa. No sé a qué hora llegó, pero cuando bajé a desayunar por la mañana allí estaba con una taza de café en una mano y el periódico en la otra, tan fresco y arreglado como era posible.

"Disculpe que empiece sin usted, Watson", dijo, "pero recuerde que nuestro cliente tiene una cita bastante temprana esta mañana".

"Bueno, ya son más de las nueve", respondí. "No me sorprendería que fuera él. Me pareció oír un timbre".

Era, en efecto, nuestro amigo el financiero. Me sorprendió el cambio que se había producido en él, ya que su rostro, que era naturalmente ancho y macizo, estaba ahora pellizcado y caído, mientras que su pelo me pareció al menos un tono más blanco. Entró con un cansancio y un letargo aún más doloroso que su violencia de la mañana anterior, y se dejó caer pesadamente en el sillón que yo le adelanté.

"No sé lo que he hecho para que me pongan a prueba tan severamente", dijo. "Hace sólo dos días era un hombre feliz y próspero, sin ninguna preocupación en el mundo. Ahora me encuentro en una edad solitaria y deshonorada. Una pena se suma a otra. Mi sobrina, Mary, me ha abandonado".

"¿Te ha abandonado?"

"Sí. Esta mañana no había dormido en su cama, su habitación estaba vacía y una nota para mí estaba sobre la mesa del vestíbulo. Anoche le dije, con pena y no con rabia, que si se hubiera casado con mi hijo todo habría

ido bien con él. Tal vez fue desconsiderado por mi parte decirlo. Es a esa observación a la que se refiere en esta nota:

"Mi queridísimo tío:-Siento que te he traído problemas, y que si hubiera actuado de otra manera esta terrible desgracia nunca habría ocurrido. No puedo, con este pensamiento, volver a ser feliz bajo tu techo, y siento que debo dejarte para siempre. No te preocupes por mi futuro, pues ya está previsto; y, sobre todo, no me busques, pues será un trabajo infructuoso y un mal servicio para mí. En la vida o en la muerte, soy siempre tu querida

-Mary."

"¿Qué podría significar esa nota, Sr. Holmes? ¿Cree que apunta al suicidio?"

"No, no, nada de eso. Es quizás la mejor solución posible. Confío, señor Holder, en que se esté acercando al final de sus problemas".

"¡Ja! ¡Usted lo dice! Ha escuchado algo, Sr. Holmes; ¡ha averiguado algo! ¿Dónde están las gemas?"

"¿No le parece que 1.000 libras por cada una es una suma excesiva por ellas?"

"Yo pagaría diez".

"Eso sería innecesario. Tres mil cubrirán el asunto. Y hay una pequeña recompensa, me imagino. ¿Tiene su chequera? Aquí hay una pluma. Será mejor que lo extienda por 4.000 libras".

Con rostro aturdido, el banquero extendió el cheque requerido. Holmes se dirigió a su escritorio, sacó una pequeña pieza triangular de oro con tres gemas dentro y la arrojó sobre la mesa.

Con un grito de alegría, nuestro cliente lo agarró.

"¡Lo tienes!", jadeó. "¡Estoy salvado! Estoy salvado".

La reacción de alegría fue tan apasionada como su dolor, y abrazó sus gemas recuperadas contra su pecho.

"Hay otra cosa que debe, señor Holder -dijo Sherlock Holmes con bastante severidad.

"¡Debe!" Cogió una pluma. "Diga la cantidad y la pagaré".

"No, la deuda no es conmigo. Debe usted una humilde disculpa a ese noble muchacho, su hijo, que se ha comportado en este asunto como me enorgullecería ver hacerlo a mi propio hijo, si alguna vez tuviera uno."

"¿Entonces no fue Arthur quien los tomó?"

"Te dije ayer, y te repito hoy, que no fue".

"¡Estás seguro de ello! Entonces vayamos de inmediato a verle para hacerle saber que la verdad es conocida".

"Él ya lo sabe. Cuando lo hube aclarado todo, tuve una entrevista con él, y al ver que no quería contarme la historia, se la conté, con lo cual tuvo que confesar que yo tenía razón y añadir los escasos detalles que aún no estaban del todo claros para mí. Tu noticia de esta mañana, sin embargo, puede abrir sus labios".

"¡Por el amor de Dios, dígame, entonces, cuál es este extraordinario misterio!"

"Lo haré, y os mostraré los pasos por los que he llegado a él. Y déjeme decirle, en primer lugar, lo que más me cuesta decir y que usted escuche: ha habido un entendimiento entre Sir George Burnwell y su sobrina Mary. Ahora han huido juntos".

"¿Mi Mary? Imposible!"

"Desgraciadamente es más que posible; es seguro. Ni usted ni su hijo conocían el verdadero carácter de este hombre cuando lo admitieron en su círculo familiar. Es uno de los hombres más peligrosos de Inglaterra: un jugador arruinado, un villano absolutamente desesperado, un hombre sin corazón ni conciencia. Su sobrina no conocía a esos hombres. Cuando él le hizo sus votos, como había hecho con cien antes que ella, se halagó pensando que sólo ella había tocado su corazón. El diablo sabe mejor lo que dijo, pero al final ella se convirtió en su herramienta y tenía la costumbre de verlo casi todas las noches."

"¡No puedo ni quiero creerlo!", gritó el banquero con el rostro ceniciento.

"Le diré, entonces, lo que ocurrió en su casa anoche. Su sobrina, cuando usted, como creía, se había ido a su habitación, se deslizó hacia abajo y habló con su amante a través de la ventana que da al carril del establo. Las huellas de sus pies habían atravesado la nieve, de tanto tiempo que llevaba

allí. Ella le habló de la corona. Su perversa lujuria por el oro se encendió ante la noticia, y la doblegó a su voluntad. No dudo de que le amara, pero hay mujeres en las que el amor de un amante extingue todos los demás amores, y creo que ella debió de ser una de ellas. Apenas había escuchado sus instrucciones cuando le vio a usted bajar las escaleras, ante lo cual cerró rápidamente la ventana y le contó una escapada de los criados con su amante de patas de palo, todo lo cual era perfectamente cierto.

"Tu chico, Arthur, se fue a la cama después de su entrevista contigo, pero durmió mal a causa de su inquietud por las deudas del club. En medio de la noche oyó un suave paso por delante de su puerta, así que se levantó y, al asomarse, se sorprendió al ver a su prima caminando muy sigilosamente por el pasillo hasta desaparecer en tu vestidor. Petrificado por el asombro, el muchacho se puso algo de ropa y esperó allí, en la oscuridad, a ver qué salía de este extraño asunto. Al poco tiempo, ella volvió a salir de la habitación y, a la luz de la lámpara de paso, su hijo vio que llevaba la preciosa corona en las manos. Ella bajó las escaleras, y él, aterrorizado, corrió y se deslizó detrás de la cortina cerca de su puerta, desde donde pudo ver lo que pasaba en el vestíbulo de abajo. La vio abrir sigilosamente la ventana, entregar la corona a alguien en la penumbra, y luego, cerrándola una vez más, apresurarse a volver a su habitación, pasando bastante cerca de donde él estaba escondido detrás de la cortina.

"Mientras ella estaba en la escena, él no podía hacer nada sin exponer horriblemente a la mujer que amaba. Pero en el momento en que ella se fue, se dio cuenta de la aplastante desgracia que esto suponría para usted, y de lo importante que era enderezar la situación. Bajó corriendo, tal como estaba, con los pies descalzos, abrió la ventana, saltó a la nieve y corrió por el carril, donde pudo ver una figura oscura a la luz de la luna. Sir George Burnwell trató de alejarse, pero Arthur lo atrapó, y se produjo un forcejeo entre ambos, en el que tu muchacho tiraba de un lado de la corona y su oponente del otro. En la refriega, su hijo golpeó a Sir George y le hizo un corte en el ojo. Entonces, algo se rompió de repente, y su hijo, al ver que tenía la corona en sus manos, se apresuró a volver, cerró la ventana, subió a su habitación, y acababa de observar que la corona se había torcido en el forcejeo y se esforzaba por enderezarla cuando usted apareció en escena."

"¿Es posible?", jadeó el banquero.

"Entonces usted despertó su cólera insultándole en un momento en que él sentía que había merecido su más caluroso agradecimiento. No podía explicar el verdadero estado de las cosas sin traicionar a alguien que ciertamente merecía bastante poca consideración en sus manos. Sin embargo, adoptó el punto de vista más caballeroso y preservó su secreto".

"Y por eso gritó y se desmayó cuando vio la corona", exclamó el señor Holder. "¡Oh, Dios mío! ¡Qué tonto ciego he sido! ¡Y su petición de poder salir cinco minutos! El querido compañero quería ver si la pieza que faltaba estaba en el lugar de la lucha. Qué cruelmente le he juzgado mal!"

"Cuando llegué a la casa -continuó Holmes-, enseguida la rodeé con mucho cuidado para observar si había alguna huella en la nieve que pudiera ayudarme. Sabía que no había caído ninguna desde la noche anterior, y también que había habido una fuerte helada para conservar las huellas. Pasé por el camino de los comerciantes, pero lo encontré todo pisoteado e indistinguible. Sin embargo, un poco más allá, al otro lado de la puerta de la cocina, una mujer se había quedado hablando con un hombre, cuyas huellas redondas en un lado mostraban que tenía una pata de palo. Incluso pude saber que los habían molestado, porque la mujer había vuelto corriendo a la puerta, como lo demostraban las profundas marcas de los dedos y los ligeros tacones, mientras que Pata de Palo había esperado un poco y luego se había ido. En aquel momento pensé que se trataba de la criada y de su novia, de las que ya me había hablado usted, y las averiguaciones demostraron que así era. Pasé por el jardín sin ver nada más que huellas al azar, que supuse que eran de la policía; pero cuando llegué al camino del establo, una historia muy larga y compleja estaba escrita en la nieve frente a mí.

"Había una doble línea de huellas de un hombre con botas, y una segunda línea doble que vi con deleite pertenecía a un hombre con los pies desnudos. Por lo que me había dicho, me convencí enseguida de que este último era su hijo. El primero había caminado en ambos sentidos, pero el otro había corrido velozmente, y como su pisada se marcaba en algunas partes sobre la depresión de la bota, era obvio que había pasado después del otro. Los seguí y descubrí que conducían a la ventana del vestíbulo, donde Botas había desgastado toda la nieve mientras esperaba. Luego caminé hasta el otro extremo, que estaba a unos cien metros o más por el carril. Vi el lugar donde Botas había dado la vuelta, donde la nieve estaba cortada como si hubiera habido un forcejeo y, finalmente, donde habían caído unas gotas de

sangre, para demostrarme que no me había equivocado. Botas había corrido entonces por el sendero, y otra pequeña mancha de sangre demostraba que era él quien había sido herido. Cuando llegó a la carretera en el otro extremo, descubrí que el pavimento había sido limpiado, por lo que esa pista había terminado.

"Al entrar en la casa, sin embargo, examiné, como usted recuerda, el alféizar y el marco de la ventana del vestíbulo con mi lente, y enseguida pude ver que alguien había salido. Pude distinguir el contorno de un empeine en el lugar donde se había colocado el pie mojado al entrar. Entonces empecé a formarme una opinión sobre lo que había ocurrido. Un hombre había esperado fuera de la ventana; alguien había traído las gemas; el acto había sido supervisado por su hijo; éste había perseguido al ladrón; había luchado con él; cada uno había tirado de la corona, y su fuerza unida había causado daños que ninguno de los dos por sí solo podría haber efectuado. Había regresado con el premio, pero había dejado un fragmento en manos de su adversario. Hasta aquí estaba claro. La pregunta ahora era, ¿quién era el hombre y quién le había traído la corona?

"Es una vieja máxima mía que cuando se ha excluido lo imposible, lo que queda, por improbable que sea, debe ser la verdad. Ahora bien, yo sabía que no eras tú quien lo había traído, así que sólo quedaban tu sobrina y las criadas. Pero si fueron las sirvientas, ¿por qué su hijo se dejaría acusar en su lugar? No podía haber ninguna razón posible. Sin embargo, como amaba a su prima, había una excelente explicación para que guardara su secreto, tanto más cuanto que el secreto era vergonzoso. Cuando recordé que usted la había visto en aquella ventana, y cómo se había desmayado al ver de nuevo la corona, mi conjetura se convirtió en una certeza.

"¿Y quién podría ser su cómplice? Evidentemente, un amante, pues ¿quién más podría compensar el amor y la gratitud que debía sentir hacia usted? Yo sabía que usted salía poco y que su círculo de amigos era muy limitado. Pero entre ellos estaba Sir George Burnwell. Había oído hablar de él como un hombre de mala reputación entre las mujeres. Debía ser él quien llevaba esas botas y retenía las gemas perdidas. Aunque supiera que Arthur lo había descubierto, podía seguir halagándose de que estaba a salvo, pues el muchacho no podía decir una palabra sin comprometer a su propia familia.

"Bueno, tu propio sentido común te sugerirá las medidas que tomé a continuación. Fui en apariencia de vagabundo a la casa de Sir George, me las arreglé para conocer a su ayuda de cámara, me enteré de que su amo se había hecho un corte en la cabeza la noche anterior y, finalmente, a costa de seis chelines, me aseguré comprando un par de sus zapatos desechados. Con ellos bajé a Streatham y vi que se ajustaban exactamente a las huellas".

"Ayer por la tarde vi a un vagabundo mal vestido en el carril", dijo el señor Holder.

"Precisamente. Era yo. Me di cuenta de que tenía a mi hombre, así que volví a casa y me cambié de ropa. Fue un papel delicado el que tuve que desempeñar entonces, pues vi que había que evitar una acusación para evitar el escándalo, y sabía que un villano tan astuto vería que teníamos las manos atadas en el asunto. Fui a verle. Al principio, por supuesto, lo negé todo. Pero cuando le di todos los detalles que habían ocurrido, trató de fanfarronear y bajó un salvavidas de la pared. Sin embargo, yo conocía a mi hombre y le puse una pistola en la cabeza antes de que pudiera atacar. Entonces se volvió un poco más razonable. Le dije que le daríamos un precio por las piedras que tenía: 1.000 libras por cada una. Eso hizo que aparecieran los primeros signos de dolor que había mostrado. Pero, ¡maldita sea! - dijo-, ¡las he dejado ir a seiscientas por las tres! No tardé en conseguir la dirección del receptor que los tenía, prometiéndole que no se le perseguiría. Me puse en contacto con él y, después de muchos rodeos, conseguí nuestras piedras a 1.000 libras cada una. Luego vi a su hijo, le dije que todo estaba bien, y finalmente llegué a mi cama alrededor de las dos, después de lo que puedo llamar un día de trabajo realmente duro."

"Un día que ha salvado a Inglaterra de un gran escándalo público", dijo el banquero, levantándose. "Señor, no encuentro palabras para agradecerle, pero no me encontrará ingrato por lo que ha hecho. Su habilidad ha superado todo lo que he oído de ella. Y ahora debo ir a ver a mi querido muchacho para disculparme con él por el mal que le he hecho. En cuanto a lo que me dice de la pobre María, me llega al corazón. Ni siquiera tu habilidad puede informarme de dónde está ahora".

"Creo que podemos decir con seguridad", respondió Holmes, "que está dondequiera que esté Sir George Burnwell. Es igualmente seguro, también,

que cualesquiera que sean sus pecados, pronto recibirán un castigo más que suficiente."

EL MISTERIO DE COPPER BEECHES

"Para el hombre que ama el arte por sí mismo -comentó Sherlock Holmes, tirando a un lado la hoja de publicidad del Daily Telegraph-, es a menudo en sus manifestaciones menos importantes y más bajas donde se encuentra el mayor placer. Me complace observar, Watson, que ha comprendido usted tan bien esta verdad que en estos pequeños informes de nuestros casos, que ha tenido usted la bondad de redactar y, debo decir, de adornar ocasionalmente, ha dado usted importancia no tanto a las numerosas causas célebres y a los juicios sensacionales en los que he figurado, sino más bien a aquellos incidentes que pueden haber sido triviales en sí mismos, pero que han dado cabida a esas facultades de deducción y de síntesis lógica que he convertido en mi especialidad."

"Y, sin embargo", dije, sonriendo, "no puedo considerarme absuelto de la acusación de sensacionalismo que se ha hecho contra mis registros".

"Tal vez se haya equivocado -observó, cogiendo con las pinzas una ceniza incandescente y encendiendo con ella la larga pipa de madera de cerezo que solía sustituir a la de arcilla cuando estaba más bien de humor contencioso que meditativo-, tal vez se haya equivocado al intentar dar color y vida a cada una de sus declaraciones en lugar de limitarse a la tarea de dejar constancia de ese severo razonamiento de causa a efecto que es realmente la única característica notable del asunto."

"Me parece que le he hecho plena justicia en el asunto", comenté con cierta frialdad, pues me repugnaba el egoísmo que más de una vez había observado como un fuerte factor en el singular carácter de mi amigo.

"No, no es egoísmo ni presunción", dijo él, respondiendo, como era su costumbre, a mis pensamientos más que a mis palabras. "Si reclamo plena justicia para mi arte, es porque es una cosa impersonal, una cosa más allá de mí. El crimen es común. La lógica es rara. Por lo tanto, es en la lógica y no en el crimen en lo que debes detenerte. Has degradado lo que debería haber sido un curso de conferencias en una serie de cuentos".

Era una fría mañana de principios de primavera, y nos sentamos después del desayuno a ambos lados de un alegre fuego en la vieja habitación de Baker Street. Una espesa niebla descendía entre las líneas de casas de color pardo, y las ventanas opuestas asomaban como borrones oscuros e informes a través de las pesadas coronas amarillas. El gas estaba encendido y brillaba sobre el paño blanco y el brillo de la vajilla y el metal, pues la mesa aún no se había recogido. Sherlock Holmes había permanecido en silencio durante toda la mañana, sumergiéndose continuamente en las columnas de anuncios de una sucesión de periódicos, hasta que por fin, habiendo aparentemente renunciado a su búsqueda, salió con un humor no muy dulce para sermonearme sobre mis deficiencias literarias.

"Al mismo tiempo", comentó después de una pausa, durante la cual se sentó a dar una calada a su larga pipa y a mirar hacia el fuego, "es difícil que se le pueda acusar de sensacionalismo, ya que de estos casos en los que ha tenido la amabilidad de interesarse, una buena proporción no tratan del crimen, en su sentido legal, en absoluto. El pequeño asunto en el que me esforcé por ayudar al rey de Bohemia, la singular experiencia de la señorita Mary Sutherland, el problema relacionado con el hombre del labio torcido y el incidente del noble soltero, fueron todos asuntos que están fuera del ámbito de la ley. Pero al evitar lo sensacional, me temo que puede haber rozado lo trivial".

"El fin puede haber sido así", respondí, "pero los métodos los considero novedosos y de interés".

"¡Pshaw, mi querido amigo, qué le importa al público, al gran público inobservador, que apenas podría distinguir a un tejedor por su diente o a un compositor por su pulgar izquierdo, los matices más finos del análisis y la deducción! Pero, en verdad, si son triviales, no puedo culparlos, pues los días de los grandes casos han pasado. El hombre, o al menos el hombre criminal, ha perdido toda empresa y originalidad. En cuanto a mi pequeña

práctica, parece estar degenerando en una agencia para recuperar lápices de plomo perdidos y dar consejos a las jóvenes de los internados. Sin embargo, creo que por fin he tocado fondo. Esta nota que recibí esta mañana marca mi punto cero, me parece. Léala". Me lanzó una carta arrugada.

Estaba fechada en Montague Place la noche anterior, y decía así:

"Querido señor Holmes: Estoy muy interesada en consultar con usted si debo o no aceptar un puesto que se me ha ofrecido como institutriz. Vendré mañana a las diez y media, si no le causo molestias. Atentamente,

"Violet Hunter".

"¿Conoces a la joven?" Pregunté.

"Yo no".

"Ya son las diez y media".

"Sí, y no tengo ninguna duda de que ese es su anillo".

"Puede resultar más interesante de lo que cree. Recuerda que el asunto del carbunco azul, que al principio parecía un mero capricho, se convirtió en una investigación seria. Puede que en este caso también sea así".

"Bueno, esperemos que así sea. Pero nuestras dudas se resolverán muy pronto, porque aquí, a menos que me equivoque mucho, está la persona en cuestión."

Mientras hablaba, la puerta se abrió y una joven entró en la habitación. Iba vestida de forma sencilla pero pulcra, con una cara brillante y rápida, pecosa como un huevo de chorlito, y con los modales enérgicos de una mujer que se ha abierto camino en el mundo.

"Disculpe que la moleste, estoy segura", dijo, cuando mi acompañante se levantó para saludarla, "pero he tenido una experiencia muy extraña, y como no tengo padres ni parientes de ningún tipo a los que pueda pedir consejo, pensé que tal vez usted tendría la amabilidad de decirme qué debo hacer".

"Por favor, tome asiento, señorita Hunter. Estaré encantado de hacer todo lo que pueda para servirle".

Pude ver que Holmes estaba favorablemente impresionado por las maneras y el discurso de su nueva cliente. La miró a su manera escrutadora y luego se recompuso, con los párpados caídos y las puntas de los dedos juntas, para escuchar su historia.

"He sido institutriz durante cinco años -dijo ella- en la familia del coronel Spence Munro, pero hace dos meses el coronel recibió un nombramiento en Halifax, en Nueva Escocia, y se llevó a sus hijos a América con él, de modo que me encontré sin trabajo. Me anuncié y respondí a los anuncios, pero sin éxito. Por fin, el poco dinero que había ahorrado empezó a escasear y no sabía qué hacer.

"Hay una conocida agencia de institutrices en el West End, llamada Westaway's, y allí solía llamar una vez a la semana para ver si había algo que pudiera convenirme. Westaway era el nombre del fundador del negocio, pero en realidad lo dirige la señorita Stoper. Ella se sienta en su pequeña oficina, y las señoras que buscan empleo esperan en una antesala, y luego se les hace pasar una por una, cuando ella consulta sus libros de contabilidad y ve si tiene algo que les convenga.

"Cuando llamé la semana pasada, me hicieron pasar a la pequeña oficina como de costumbre, pero descubrí que la señorita Stoper no estaba sola. Un hombre prodigiosamente corpulento, con una cara muy sonriente y una gran barbilla pesada que se enrollaba en pliegues sobre su garganta, estaba sentado a su lado con un par de gafas en la nariz, mirando muy seriamente a las damas que entraban. Cuando entré, dio un salto en su silla y se volvió rápidamente hacia la señorita Stoper.

" 'Esto es suficiente', dijo; 'no podría pedir nada mejor. Es una maravilla, es una maravilla'. Parecía muy entusiasmado y se frotaba las manos de la manera más genial. Era un hombre de aspecto tan agradable que era un placer mirarlo.

"¿Busca usted un puesto, señorita?", preguntó.

"Sí, señor.

"¿Como institutriz?"

"Sí, señor'.

"¿Y qué salario pide?"

" Me pagaban 4 libras al mes en mi último puesto con el Coronel Spence Munro.

" '¡Oh, tut, tut! ¡Sudando, sudando!' gritó, lanzando sus gordas manos al aire como un hombre que está en una pasión hirviente. ¿Cómo puede alguien ofrecer una suma tan lamentable a una dama con tales atractivos y logros?

" 'Mis logros, señor, pueden ser menores de lo que usted imagina', dije. 'Un poco de francés, un poco de alemán, música y dibujo...'

" '¡Tut, tut!' gritó. Todo esto no viene al caso. La cuestión es: ¿tiene usted o no tiene el porte y la conducta de una dama? Ahí está en una cáscara de nuez. Si no los tiene, no está preparada para criar a un niño que algún día puede desempeñar un papel importante en la historia del país. Pero si lo tiene, ¿por qué, entonces, cómo podría cualquier caballero pedirle que se digne a aceptar algo por debajo de las tres cifras? Su salario conmigo, señora, comenzaría con 100 libras al año".

"Puede usted imaginar, señor Holmes, que a mí, indigente como era, semejante oferta me pareció casi demasiado buena para ser cierta. El caballero, sin embargo, viendo tal vez la expresión de incredulidad en mi rostro, abrió una cartera y sacó un billete.

"También es mi costumbre -dijo, sonriendo de la manera más agradable hasta que sus ojos eran sólo dos pequeñas rendijas brillantes en medio de las blancas arrugas de su rostro- adelantar a mis jóvenes la mitad de su salario por adelantado, para que puedan hacer frente a los pequeños gastos de su viaje y su vestuario.

"Me pareció que nunca había conocido a un hombre tan fascinante y tan atento. Como ya estaba endeudado con mis comerciantes, el anticipo era una gran conveniencia, y sin embargo había algo poco natural en toda la transacción que me hacía desear saber un poco más antes de comprometerme del todo.

" '¿Puedo preguntar dónde vive, señor?', dije.

" 'Hampshire. Un lugar rural encantador. En Copper Beeches, a cinco millas de Winchester. Es el país más encantador, mi querida joven, y la casa de campo más querida.'

"¿Y mis deberes, señor? Me gustaría saber cuáles serían.

" 'Un niño, un pequeño y querido niño de apenas seis años. ¡Oh, si pudieras verlo matando cucarachas con una zapatilla! ¡Golpe! ¡Golpe! ¡Golpe! Tres se fueron antes de que pudieras guiñar el ojo'. Se recostó en su silla y volvió a reír con los ojos en la cabeza.

"Me sorprendió un poco la naturaleza de la diversión del niño, pero la risa del padre me hizo pensar que tal vez estaba bromeando.

" 'Mis únicas obligaciones, entonces', pregunté, '¿son hacerse cargo de un solo niño?

" 'No, no, no es la única, no es la única, mi querida joven', gritó. Tu deber sería, como estoy seguro de que tu sentido común te sugeriría, obedecer cualquier pequeña orden que mi esposa pudiera dar, siempre y cuando fueran órdenes que una dama pudiera obedecer con propiedad. No ve ninguna dificultad, ¿eh?

" 'Estaría feliz de ser útil'.

" 'Así es. En la vestimenta, por ejemplo. Somos gente elegante, ya sabes, elegante pero de buen corazón. Si te pidieran que te pusieras cualquier vestido que te diéramos, no te opondrías a nuestro pequeño capricho. ¿Eh?

" 'No', dije, considerablemente asombrada por sus palabras.

" 'O que se sentara aquí, o allí, ¿no le resultaría ofensivo?'

" 'Oh, no'.

" '¿O cortarte el pelo bien corto antes de venir a vernos?'

"Apenas podía creer lo que oía. Como puede observar, Sr. Holmes, mi pelo es algo frondoso, y de un tinte castaño bastante peculiar. Se ha considerado artístico. No podría soñar con sacrificarlo de esta manera tan poco elegante.

"Me temo que eso es imposible -dije-. Él me había observado atentamente con sus pequeños ojos, y pude ver que una sombra pasaba por su rostro mientras yo hablaba.

"Me temo que es esencial -dijo-. Es un pequeño capricho de mi esposa, y los caprichos de las damas, ya sabe, señora, los caprichos de las damas de-

ben ser consultados. Entonces, ¿no se cortará el pelo?

" 'No, señor, realmente no podría', respondí con firmeza.

" 'Ah, muy bien; entonces eso resuelve el asunto. Es una pena, porque en otros aspectos lo habrías hecho muy bien. En ese caso, señorita Stoper, será mejor que inspeccione a algunas más de sus jóvenes".

"La directora había estado todo este tiempo ocupada con sus papeles sin decirnos una palabra a ninguno de los dos, pero ahora me miró con tanta molestia en su rostro que no pude evitar sospechar que había perdido una bonita comisión por mi negativa.

" '¿Desea usted que su nombre se mantenga en los libros?', preguntó.

" 'Si es tan amable, señorita Stoper'.

" 'Bueno, realmente, parece bastante inútil, ya que usted rechaza las ofertas más excelentes de esta manera', dijo ella bruscamente. No puede esperar que nos esforcemos en encontrar otra oportunidad como ésta para usted. Que tenga un buen día, señorita Hunter". Hizo sonar un gong sobre la mesa y el paje me hizo salir.

"Bien, señor Holmes, cuando volví a mi alojamiento y encontré bastante poco en el armario, y dos o tres billetes sobre la mesa, empecé a preguntarme si no había hecho una gran tontería. Al fin y al cabo, si esta gente tenía extrañas veleidades y esperaba obediencia en los asuntos más extraordinarios, al menos estaba dispuesta a pagar por su excentricidad. Muy pocas institutrices en Inglaterra cobran cien libras al año. Además, ¿de qué me servía el pelo? Muchas personas mejoran llevándolo corto y quizás yo debería estar entre el número. Al día siguiente me sentí inclinada a pensar que había cometido un error, y al día siguiente estaba segura de ello. Casi había superado mi orgullo hasta el punto de volver a la agencia y preguntar si el lugar seguía abierto cuando recibí esta carta del propio caballero. La tengo aquí y se la leeré:

"The Copper Beeches, cerca de Winchester.

"Querida señorita Hunter: La señorita Stoper me ha dado muy amablemente su dirección, y le escribo desde aquí para preguntarle si ha reconsiderado su decisión. Mi esposa está muy interesada en que usted venga, ya que se ha sentido muy atraída por mi descripción de usted. Estamos dispuestos a

dar 30 libras esterlinas al trimestre, o 120 libras esterlinas al año, para recompensarle por cualquier pequeña molestia que nuestras modas puedan causarle. No son muy exigentes, después de todo. A mi esposa le gusta un tono particular de azul eléctrico y le gustaría que usted llevara un vestido de este tipo por la mañana. Sin embargo, no es necesario que se gaste en comprar uno, ya que tenemos uno que pertenece a mi querida hija Alice (ahora en Filadelfia), que creo que le quedaría muy bien. Entonces, en cuanto a sentarse aquí o allá, o divertirse de cualquier manera indicada, eso no tiene por qué causarle ningún inconveniente. En cuanto a su cabello, es sin duda una lástima, especialmente porque no pude evitar destacar su belleza durante nuestra breve entrevista, pero me temo que debo mantenerme firme en este punto, y sólo espero que el aumento de salario pueda compensar su pérdida. Sus obligaciones, en lo que respecta al niño, son muy ligeras. Ahora trate de venir, y me reuniré con usted con el carro de los perros en Winchester. Hazme saber tu tren.

"Atentamente,

" 'Jephro Rucastle.'"

"Esa es la carta que acabo de recibir, señor Holmes, y estoy convencida de que la aceptaré. He pensado, sin embargo, que antes de dar el paso definitivo me gustaría someter todo el asunto a su consideración."

"Bueno, señorita Hunter, si su decisión está tomada, eso resuelve la cuestión", dijo Holmes, sonriendo.

"¿Pero no me aconsejará que me niegue?"

"Confieso que no es la situación que me gustaría ver solicitar a una hermana mía".

"¿Qué significa todo esto, señor Holmes?"

"Ah, no tengo datos. No puedo decirlo. ¿Quizás usted mismo se ha formado alguna opinión?"

"Bueno, me parece que sólo hay una solución posible. El señor Rucastle parecía ser un hombre muy amable y de buen carácter. ¿No es posible que su esposa sea una lunática, que desee mantener el asunto en secreto por temor a que la lleven a un manicomio, y que le siga la corriente a sus fantasías para evitar un estallido?"

"Esa es una posible solución; de hecho, tal como están las cosas, es la más probable. Pero, en cualquier caso, no parece un hogar agradable para una joven".

"¡Pero el dinero, señor Holmes, el dinero!"

"Bueno, sí, por supuesto que la paga es buena, demasiado buena. Eso es lo que me inquieta. ¿Por qué deberían darte 120 libras al año, cuando podrían tener su elección por 40 libras? Debe haber alguna razón de peso detrás".

"Pensé que si te contaba las circunstancias entenderías después si quería tu ayuda. Me sentiría mucho más fuerte si sintiera que me apoyas".

"Oh, puedes llevarte ese sentimiento contigo. Le aseguro que su pequeño problema promete ser el más interesante que se me ha presentado en los últimos meses. Hay algo claramente novedoso en algunas de las características. Si se encuentra en duda o en peligro..."

"¡Peligro! ¿Qué peligro prevé usted?"

Holmes sacudió la cabeza con gravedad. "Dejaría de ser un peligro si pudiéramos definirlo", dijo. "Pero en cualquier momento, de día o de noche, un telegrama me haría bajar en su ayuda".

"Eso es suficiente". Ella se levantó enérgicamente de su silla con la ansiedad borrada de su rostro. "Ahora iré a Hampshire con toda tranquilidad. Escribiré al señor Rucastle de inmediato, sacrificaré mi pobre cabello esta noche y partiré hacia Winchester mañana". Con unas palabras de agradecimiento a Holmes, nos dio las buenas noches a los dos y se marchó a toda prisa.

"Por lo menos -dije al oír sus pasos rápidos y firmes al bajar las escaleras-, parece ser una joven muy capaz de cuidarse sola".

"Y tendría que serlo", dijo Holmes con gravedad. "Me equivoco mucho si no tenemos noticias de ella antes de que pasen muchos días".

No pasó mucho tiempo antes de que se cumpliera la predicción de mi amigo. Pasaron quince días, durante los cuales mis pensamientos se dirigían con frecuencia hacia ella y me preguntaba en qué extraño callejón de la experiencia humana se había metido esta solitaria mujer. El inusual salario, las curiosas condiciones, las ligeras tareas, todo apuntaba a algo anormal, aun-

que si se trataba de una moda o de un complot, o si el hombre era un filántropo o un villano, estaba más allá de mis poderes para determinarlo. En cuanto a Holmes, observé que se sentaba con frecuencia durante media hora, con las cejas fruncidas y un aire abstraído, pero barrió el asunto con un gesto de la mano cuando lo mencioné. "¡Datos! ¡Datos! ¡Datos!", gritó impaciente. "No puedo hacer ladrillos sin arcilla". Y, sin embargo, siempre terminaba murmurando que ninguna hermana suya debería haber aceptado jamás una situación semejante.

El telegrama que acabamos recibiendo llegó una noche, justo cuando yo pensaba acostarme y Holmes se disponía a realizar una de esas investigaciones químicas que duraban toda la noche y a las que se entregaba con frecuencia, cuando le dejaba inclinado sobre una retorta y una probeta por la noche y le encontraba en la misma posición cuando bajaba a desayunar por la mañana. Abrió el sobre amarillo y luego, echando un vistazo al mensaje, me lo lanzó.

"Busca los trenes en Bradshaw", dijo, y volvió a sus estudios de química.

La citación era breve y urgente:

"Por favor, esté en el Hotel Black Swan de Winchester mañana a mediodía", decía. "¡Venga! Estoy al límite de mis fuerzas.

Hunter. "

"¿Vendrá usted conmigo?", preguntó Holmes, levantando la vista.

"Me gustaría".

"Entonces, búsquelo".

"Hay un tren a las nueve y media", dije, echando un vistazo a mi Bradshaw. "Llega a Winchester a las 11:30".

"Eso estará muy bien. Entonces, tal vez sea mejor que posponga mi análisis de las acetonas, ya que es posible que necesitemos estar al máximo por la mañana."

--

A las once del día siguiente ya estábamos en camino hacia la antigua capital inglesa. Holmes había estado ocupado con los periódicos de la mañana durante todo el trayecto, pero cuando pasamos la frontera de Hampshire los

tiró al suelo y se puso a admirar el paisaje. Era un día primaveral ideal, con un cielo azul claro, salpicado de pequeñas nubes blancas que se desplazaban de oeste a este. El sol brillaba con fuerza y, sin embargo, había un estimulante viento en el aire, que ponía un límite a la energía del hombre. Por toda la campiña, hasta las onduladas colinas que rodean Aldershot, los pequeños tejados rojos y grises de las granjas asomaban entre el verde claro del nuevo follaje.

"¿No son frescos y hermosos?" grité con todo el entusiasmo de un hombre recién salido de las nieblas de Baker Street.

Pero Holmes sacudió la cabeza con gravedad.

"Sabe usted, Watson -dijo-, que una de las maldiciones de una mente con un giro como el mío es que debo mirar todo con referencia a mi propio tema especial. Usted mira estas casas dispersas y queda impresionado por su belleza. Yo las miro, y el único pensamiento que me viene es un sentimiento de su aislamiento y de la impunidad con la que se puede cometer un crimen allí."

"¡Cielos!" grité. "¿Quién asociaría el crimen con estos viejos y queridos caseríos?"

"Siempre me llenan de cierto horror. Creo, Watson, basándome en mi experiencia, que los callejones más bajos y viles de Londres no presentan un registro de pecado más espantoso que el sonriente y hermoso campo."

"¡Me horroriza!"

"Pero la razón es muy obvia. La presión de la opinión pública puede hacer en la ciudad lo que la ley no puede lograr. No hay calle tan vil que el grito de un niño torturado, o el golpe de un borracho, no suscite simpatía e indignación entre los vecinos, y entonces toda la maquinaria de la justicia está siempre tan cerca que una palabra de queja puede ponerla en marcha, y no hay más que un paso entre el crimen y el banquillo. Pero mirad esas casas solitarias, cada una en su campo, llenas en su mayor parte de pobres ignorantes que poco saben de la ley. Piensa en los actos de crueldad infernal, en la maldad oculta que puede ocurrir, año tras año, en esos lugares, sin que nadie lo sepa. Si esta señora que nos pide ayuda hubiera ido a vivir a Winchester, nunca habría temido por ella. Son las cinco millas de campo las que

hacen el peligro. Sin embargo, está claro que no está amenazada personalmente".

"No. Si puede venir a Winchester a reunirse con nosotros, puede escapar".

"Así es. Ella tiene su libertad".

"¿Cuál puede ser el problema, entonces? ¿No puede sugerir ninguna explicación?"

"He ideado siete explicaciones distintas, cada una de las cuales cubriría los hechos hasta donde los conocemos. Pero cuál de ellas es la correcta sólo puede ser determinada por la nueva información que sin duda encontraremos esperándonos. Bueno, ahí está la torre de la catedral, y pronto sabremos todo lo que la señorita Hunter tiene que contar".

El Black Swan es una posada de renombre en High Street, a poca distancia de la estación, y allí encontramos a la joven esperándonos. Había reservado un salón y nuestro almuerzo nos esperaba en la mesa.

"Estoy encantada de que hayan venido", dijo seriamente. "Es muy amable por parte de ambos, pero no sé qué hacer. Su consejo será muy valioso para mí".

"Le ruego que nos cuente lo que le ha sucedido".

"Lo haré, y debo ser rápida, porque le he prometido al señor Rucastle estar de vuelta antes de las tres. Conseguí su permiso para venir a la ciudad esta mañana, aunque él no sabía con qué propósito".

"Hagamos que todo esté en su debido orden". Holmes extendió sus largas y delgadas piernas hacia el fuego y se recompuso para escuchar.

"En primer lugar, puedo decir que, en general, no he recibido ningún maltrato por parte del señor y la señora Rucastle. Es justo para ellos decir eso. Pero no puedo entenderlos, y no me resulta fácil pensar en ellos".

"¿Qué es lo que no puede entender?"

"Las razones de su conducta. Pero lo tendrás todo tal y como ocurrió. Cuando bajé, el señor Rucastle me recibió aquí y me llevó en su carro de perros a Copper Beeches. Como él dijo, está muy bien situada, pero no es hermosa en sí misma, porque es un gran bloque cuadrado de una casa, enca-

lada, pero toda ella manchada y manchada por la humedad y el mal tiempo. Está rodeada de terrenos, con bosques en tres de sus lados, y en el cuarto un campo que desciende hasta la carretera de Southampton, que pasa en curva a unos cien metros de la puerta principal. El terreno de enfrente pertenece a la casa, pero los bosques que la rodean forman parte de las reservas de Lord Southerton. Un grupo de hayas cobrizas situado justo delante de la puerta del vestíbulo ha dado su nombre al lugar.

"Fui conducido por mi patrón, que era tan amable como siempre, y esa noche me presentó a su esposa y al niño. No había nada de cierto, señor Holmes, en la conjetura que nos pareció probable en sus habitaciones de Baker Street. La señora Rucastle no está loca. La encontré como una mujer silenciosa y de rostro pálido, mucho más joven que su marido, no más de treinta años, creo, mientras que él difícilmente puede tener menos de cuarenta y cinco. De su conversación he deducido que llevaban unos siete años casados, que él era viudo y que su único hijo de la primera esposa era la hija que se ha ido a Filadelfia. El señor Rucastle me dijo en privado que la razón por la que ella los había dejado era que sentía una aversión irracional hacia su madrastra. Como la hija no podía tener menos de veinte años, me imagino que su posición debía ser incómoda para la joven esposa de su padre.

"La señora Rucastle me pareció una persona incolora tanto en su mente como en sus rasgos. No me impresionó ni favorablemente ni al contrario. Era una nulidad. Era fácil ver que estaba apasionadamente dedicada tanto a su marido como a su pequeño hijo. Sus ojos grises y claros iban continuamente de uno a otro, observando cada pequeña necesidad y previniéndola si era posible. Él también era amable con ella, a su manera brusca y bulliciosa, y en general parecían ser una pareja feliz. Sin embargo, esta mujer tenía una pena secreta. A menudo se perdía en profundos pensamientos, con la mirada más triste en su rostro. Más de una vez la sorprendí llorando. A veces he pensado que era el carácter de su hijo lo que pesaba en su mente, porque nunca he conocido una criatura tan mimada y tan maleducada. Es pequeño para su edad, con una cabeza desproporcionadamente grande. Toda su vida parece transcurrir en una alternancia de salvajes arrebatos de pasión y sombríos intervalos de enfurruñamiento. Hacer sufrir a cualquier criatura más débil que él parece ser su única idea de diversión, y muestra un talento bastante notable en la planificación de la captura de ratones, pajaritos e insectos.

tos. Pero prefiero no hablar de la criatura, señor Holmes, y, de hecho, tiene poco que ver con mi historia."

"Me alegro de todos los detalles", comentó mi amigo, "te parezcan relevantes o no".

"Trataré de no perder nada de importancia. Lo único desagradable de la casa, que me llamó la atención de inmediato, fue el aspecto y la conducta de los sirvientes. Sólo hay dos, un hombre y su esposa. Toller, que así se llama, es un hombre rudo y tosco, con el pelo y los bigotes canosos, y un perpetuo olor a bebida. Desde que estuve con ellos, se emborrachó dos veces y, sin embargo, el señor Rucastle no pareció darse cuenta de ello. Su esposa es una mujer muy alta y fuerte, con un rostro agrio, tan silenciosa como la señora Rucastle y mucho menos amable. Son una pareja de lo más desagradable, pero afortunadamente paso la mayor parte del tiempo en la guardería y en mi propia habitación, que están una al lado de la otra en una esquina del edificio.

"Durante los dos días siguientes a mi llegada a Copper Beeches mi vida fue muy tranquila; al tercero, la señora Rucastle bajó justo después del desayuno y le susurró algo a su marido.

" 'Oh, sí', dijo él, volviéndose hacia mí, 'estamos muy agradecidos con usted, señorita Hunter, por haber cedido a nuestros caprichos hasta el punto de cortarse el pelo. Le aseguro que no le ha restado ni un ápice de su aspecto. Ahora veremos cómo le sienta el vestido azul eléctrico. Lo encontrará usted en la cama de su habitación, y si tiene la bondad de ponérselo, le estaremos muy agradecidos".

"El vestido que encontré esperándome era de un peculiar tono de azul. Era de un material excelente, una especie de beige, pero tenía signos inconfundibles de haber sido usado antes. No podría haberme quedado mejor si me hubieran tomado las medidas. Tanto el Sr. como la Sra. Rucastle expresaron un placer por su aspecto, que parecía bastante exagerado en su vehemencia. Me esperaban en el salón, que es una habitación muy grande, que se extiende a lo largo de toda la fachada de la casa, con tres largas ventanas que llegan hasta el suelo. Habían colocado una silla cerca de la ventana central, con el respaldo vuelto hacia ella. En ella me pidieron que me sentara, y entonces el señor Rucastle, caminando arriba y abajo por el otro lado de la habitación, comenzó a contarme una serie de las historias más divertidas

que jamás he escuchado. No se puede imaginar lo cómico que era, y me reí hasta el cansancio. Sin embargo, la señora Rucastle, que evidentemente no tiene sentido del humor, ni siquiera sonrió, sino que se sentó con las manos en el regazo y una mirada triste y ansiosa. Al cabo de una hora más o menos, el señor Rucastle comentó de repente que era hora de empezar los deberes del día, y que podía cambiarme de vestido e ir con el pequeño Edward a la guardería.

"Dos días más tarde, esta misma actuación se llevó a cabo en circunstancias exactamente similares. Volví a cambiarme de vestido, volví a sentarme en la ventana y volví a reírme a carcajadas de las divertidas historias de las que mi patrón disponía de un inmenso repertorio y que contaba de forma inimitable. Luego me entregó una novela de lomo amarillo, y moviendo mi silla un poco hacia un lado, para que mi propia sombra no cayera sobre la página, me rogó que le leyera en voz alta. Leí durante unos diez minutos, comenzando en el corazón de un capítulo, y de repente, en medio de una frase, me ordenó que cesara y que me cambiara de vestido.

"Puede imaginarse fácilmente, señor Holmes, la curiosidad que me produjo el significado de esta extraordinaria actuación. Observé que siempre tenían mucho cuidado de apartar mi cara de la ventana, por lo que me consumió el deseo de ver lo que ocurría a mis espaldas. Al principio me pareció imposible, pero pronto ideé un medio. Mi espejo de mano se había roto, así que una feliz idea se apoderó de mí, y oculté un trozo de vidrio en mi pañuelo. En la siguiente ocasión, en medio de mis risas, me llevé el pañuelo a los ojos, y pude, con un poco de manejo, ver todo lo que había detrás de mí. Confieso que me decepcioné. No había nada. Al menos esa fue mi primera impresión. Al segundo vistazo, sin embargo, percibí que había un hombre de pie en la carretera de Southampton, un hombre pequeño y barbudo con un traje gris, que parecía estar mirando en mi dirección. La carretera es una vía importante, y normalmente hay gente en ella. Este hombre, sin embargo, estaba apoyado en la barandilla que bordeaba nuestro campo y miraba seriamente hacia arriba. Bajé mi pañuelo y miré a la señora Rucastle para encontrar sus ojos fijos en mí con una mirada muy escrutadora. No dijo nada, pero estoy convencido de que había adivinado que yo tenía un espejo en la mano y había visto lo que había detrás de mí. Se levantó de inmediato.

"Jephro", dijo, "hay un tipo impertinente en el camino que mira fijamente a la señorita Hunter".

" '¿No es amigo suyo, señorita Hunter?' preguntó él.

" 'No, no conozco a nadie en estos lugares'.

" '¡Caramba! ¡Qué impertinente! Tenga la amabilidad de darse la vuelta y pedirle que se vaya'.

" 'Seguramente sería mejor no hacer caso'.

" 'No, no, tendríamos que tenerlo siempre merodeando por aquí. Por favor, date la vuelta y hazle señas para que se vaya'.

"Hice lo que me dijeron, y en el mismo instante la señora Rucastle bajó la persiana. Eso fue hace una semana, y desde entonces no he vuelto a sentarme en la ventana, ni he llevado el vestido azul, ni he visto al hombre en el camino."

"Por favor, continúe", dijo Holmes. "Su relato promete ser de lo más interesante".

"Me temo que la encontrará bastante inconexa, y puede que haya poca relación entre los distintos incidentes de los que hablo. El primer día que estuve en Copper Beeches, el señor Rucastle me llevó a una pequeña dependencia que se encuentra cerca de la puerta de la cocina. Cuando nos acercamos a él, oí el agudo traqueteo de una cadena y el sonido de un gran animal moviéndose.

"¡Mira aquí!", dijo el señor Rucastle, mostrándome una rendija entre dos tablas. '¿No es una belleza?'

"Miré a través y fui consciente de dos ojos brillantes, y de una vaga figura acurrucada en la oscuridad.

" 'No te asustes', dijo mi patrón, riéndose del sobresalto que había dado. Es sólo Carlo, mi mastín. Lo llamo mío, pero en realidad el viejo Toller, mi mozo de cuadra, es el único hombre que puede hacer algo con él. Le damos de comer una vez al día, y no demasiado, para que esté siempre tan entusiasmado como la mostaza. Toller lo suelta todas las noches, y que Dios ayude al intruso al que le ponga los colmillos. Por el amor de Dios, no pongas nunca, bajo ningún pretexto, el pie en el umbral de la puerta por la noche, porque es tanto como tu vida".

"La advertencia no fue en vano, pues dos noches después me asomé por la ventana de mi habitación a eso de las dos de la mañana. Era una hermosa noche de luna, y el césped frente a la casa estaba plateado y casi tan brillante como el día. Estaba de pie, embelesada por la pacífica belleza de la escena, cuando fui consciente de que algo se movía bajo la sombra de las hayas cobrizas. Al salir a la luz de la luna vi lo que era. Era un perro gigante, tan grande como un ternero, de color leonado, con la papada colgando, el hocico negro y enormes huesos salientes. Caminó lentamente por el césped y desapareció en la sombra del otro lado. Aquel espantoso centinela me produjo un escalofrío en el corazón que no creo que ningún ladrón hubiera podido provocar.

"Y ahora tengo una experiencia muy extraña que contarte. Como sabes, me había cortado el pelo en Londres y lo había colocado en un gran rollo en el fondo de mi baúl. Una noche, después de que el niño se acostara, comencé a entretenerme examinando los muebles de mi habitación y reorganizando mis propias cositas. Había una vieja cómoda en la habitación, las dos superiores vacías y abiertas, la inferior cerrada. Había llenado los dos primeros con mi ropa de cama, y como todavía tenía mucho que guardar, naturalmente me molestaba no poder usar el tercer cajón. Se me ocurrió que podía estar cerrado por un simple descuido, así que saqué mi manojito de llaves y traté de abrirlo. La primera llave encajó a la perfección y abrí el cajón. Sólo había una cosa en él, pero estoy seguro de que nunca adivinarían lo que era. Era mi bobina de pelo.

"La cogí y la examiné. Tenía el mismo tinte peculiar y el mismo grosor. Pero entonces la imposibilidad de la situación se me impuso. ¿Cómo podía estar mi pelo encerrado en el cajón? Con las manos temblorosas, abrí el baúl, saqué el contenido y extraje del fondo mi propio cabello. Puse los dos mechones juntos, y le aseguro que eran idénticos. ¿No era extraordinario? Por mucho que lo intentara, no podía entender lo que significaba. Devolví el extraño cabello al cajón, y no dije nada del asunto a los Rucastles, pues me pareció que me había equivocado al abrir un cajón que ellos habían cerrado con llave.

"Soy observadora por naturaleza, como habrá observado usted, señor Holmes, y pronto tuve un plano bastante bueno de toda la casa en mi cabeza. Sin embargo, había un ala que parecía no estar habitada en absoluto. Una puerta que daba a la que conducía a los aposentos de los Toller se abría

a esta suite, pero siempre estaba cerrada con llave. Un día, sin embargo, al subir la escalera, me encontré con el señor Rucastle saliendo por esa puerta, con las llaves en la mano y una expresión en el rostro que lo convertía en una persona muy diferente al hombre redondo y jovial al que yo estaba acostumbrado. Tenía las mejillas enrojecidas, la frente arrugada por la ira y las venas de las sienes resaltadas por la pasión. Cerró la puerta con llave y se apresuró a pasar junto a mí sin una palabra ni una mirada.

"Esto despertó mi curiosidad, así que cuando salí a dar un paseo por los terrenos con mi pupilo, me dirigí hacia el lado desde el que podía ver las ventanas de esta parte de la casa. Había cuatro en fila, tres de las cuales estaban simplemente sucias, mientras que la cuarta estaba cerrada. Evidentemente, todas estaban desiertas. Mientras paseaba de un lado a otro, echando un vistazo de vez en cuando, el señor Rucastle salió a mi encuentro, con un aspecto tan alegre y jovial como siempre.

"¡Ah!", dijo, "no debe usted pensar que soy un maleducado si me he cruzado con usted sin decir una palabra, mi querida joven. Estaba preocupado por asuntos de negocios".

"Le aseguré que no me había ofendido. Por cierto -dije-, parece que tiene usted un buen conjunto de habitaciones libres ahí arriba, y una de ellas tiene las persianas subidas".

"Parecía sorprendido y, según me pareció, un poco asustado por mi comentario.

"La fotografía es una de mis aficiones", dijo. He hecho mi cuarto oscuro allí arriba. Pero, ¡vaya por Dios! qué joven tan observadora hemos encontrado. ¿Quién lo hubiera creído? ¿Quién lo hubiera creído? Hablaba en tono de broma, pero no había ninguna broma en sus ojos cuando me miraba. Leí que había sospecha y molestia, pero no broma.

"Pues bien, señor Holmes, desde el momento en que comprendí que había algo en ese conjunto de habitaciones que yo no debía conocer, estaba deseando recorrerlas. No era mera curiosidad, aunque tengo mi parte de eso. Era más bien un sentimiento de deber, un sentimiento de que algo bueno podría venir de mi penetración en este lugar. Se habla del instinto de la mujer; tal vez fue el instinto de la mujer el que me dio esa sensación. En

cualquier caso, estaba allí, y estaba muy atenta a cualquier oportunidad de pasar la puerta prohibida.

"Ayer mismo se presentó la oportunidad. Puedo decirle que, además del señor Rucastle, tanto Toller como su esposa encuentran algo que hacer en estas habitaciones desiertas, y una vez le vi llevar consigo una gran bolsa de lino negro a través de la puerta. Últimamente ha estado bebiendo mucho, y ayer por la noche estaba muy borracho; y cuando subí, estaba la llave en la puerta. No me cabe la menor duda de que la había dejado allí. El señor y la señora Rucastle estaban abajo, y el niño estaba con ellos, de modo que tuve una oportunidad admirable. Giré suavemente la llave en la cerradura, abrí la puerta y me colé por ella.

"Frente a mí había un pequeño pasillo, sin empapelar y sin alfombrar, que giraba en ángulo recto en el extremo más alejado. Alrededor de esta esquina había tres puertas en línea, la primera y la tercera de las cuales estaban abiertas. Cada una de ellas conducía a una habitación vacía, polvorienta y sin alegría, con dos ventanas en una y una en la otra, tan llenas de suciedad que la luz del atardecer brillaba tenuemente a través de ellas. La puerta del centro estaba cerrada, y a través de ella se había sujetado uno de los anchos barrotes de una cama de hierro, cerrado con candado en un extremo a una argolla de la pared, y sujetado en el otro con una robusta cuerda. La propia puerta también estaba cerrada, y la llave no estaba allí. Esta puerta atrincherada se correspondía claramente con la ventana enrejada del exterior y, sin embargo, pude ver por el resplandor de debajo de ella que la habitación no estaba a oscuras. Evidentemente, había una claraboya que dejaba entrar la luz desde arriba. Mientras permanecía en el pasillo mirando la siniestra puerta y preguntándome qué secreto podría ocultar, oí de repente el sonido de unos pasos dentro de la habitación y vi una sombra que avanzaba y retrocedía por la pequeña rendija de luz tenue que brillaba por debajo de la puerta. Un terror loco e irracional se apoderó de mí al verlo, señor Holmes. Mis nervios me fallaron de repente, y me di la vuelta y corrí... corrí como si una mano espantosa estuviera detrás de mí agarrando la falda de mi vestido. Me precipité por el pasillo, atravesé la puerta y fui directa a los brazos del señor Rucastle, que me esperaba fuera.

"Así que", dijo él, sonriendo, "eras tú, entonces. Pensé que debía serlo cuando vi la puerta abierta".

" ¡Oh, estoy tan asustada! jadeé.

" ¡Mi querida jovencita! ¡Mi querida jovencita!" -no puede imaginarse lo acariciadores y tranquilizadores que fueron sus modales- "¿Y qué la ha asustado, mi querida jovencita?"

"Pero su voz era un poco demasiado convincente. Se excedió. Me puse muy en guardia contra él.

"Fui lo suficientemente tonta como para entrar en el ala vacía", respondí. Pero es tan solitario y espeluznante con esta luz tenue que me asusté y salí corriendo de nuevo. Oh, es tan terriblemente silencioso ahí dentro".

" "¿Sólo eso?", dijo él, mirándome intensamente.

" '¿Por qué, qué pensabas? pregunté.

" '¿Por qué crees que cierro esta puerta?"

" 'Estoy segura de que no lo sé'.

" 'Es para mantener fuera a la gente que no tiene nada que hacer allí. ¿Lo ves? Seguía sonriendo de la manera más amable.

"Estoy segura de que si lo hubiera sabido..."

" 'Bueno, entonces, ahora lo sabes. Y si vuelves a poner el pie en ese umbral -aquí, en un instante, la sonrisa se endureció hasta convertirse en una mueca de rabia, y me miró con la cara de un demonio-, te echaré al mastín".

"Estaba tan aterrada que no sé lo que hice. Supongo que debí pasar corriendo junto a él hacia mi habitación. No recuerdo nada hasta que me encontré tumbada en la cama temblando. Entonces pensé en usted, señor Holmes. No podía vivir allí más tiempo sin algún consejo. Tenía miedo de la casa, del hombre, de la mujer, de los criados, incluso del niño. Todos eran horribles para mí. Si pudiera bajarlos, todo estaría bien. Por supuesto que podría haber huido de la casa, pero mi curiosidad era casi tan fuerte como mis temores. Pronto me decidí. Le enviaría un telegrama. Me puse el sombrero y la capa, bajé a la oficina, que está a media milla de la casa, y luego regresé, sintiéndome mucho más tranquila. Al acercarme a la puerta me asaltó una horrible duda, por si el perro estaba suelto, pero recordé que Toller se había emborrachado hasta quedar insensible aquella noche, y supe que era el único de la casa que tenía alguna influencia sobre la salvaje cria-

tura, o que se atrevería a liberarla. Me coloqué a salvo y pasé la mitad de la noche en vela por la idea de verle. No me costó mucho conseguir permiso para ir a Winchester esta mañana, pero debo volver antes de las tres, porque el señor y la señora Rucastle van a hacer una visita y estarán fuera toda la tarde, así que debo cuidar del niño. Ahora le he contado todas mis aventuras, señor Holmes, y me gustaría mucho que me dijera qué significa todo esto y, sobre todo, qué debo hacer."

Holmes y yo habíamos escuchado embelesados esta extraordinaria historia. Mi amigo se levantó ahora y se paseó de un lado a otro de la habitación, con las manos en los bolsillos y una expresión de la más profunda gravedad en su rostro.

"¿Sigue Toller borracho?", preguntó.

"Sí. He oído a su mujer decir a la señora Rucastle que no podía hacer nada con él".

"Eso está bien. ¿Y los Rucastle salen esta noche?"

"Sí."

"¿Hay una bodega con una buena cerradura fuerte?"

"Sí, la bodega".

"Me parece que ha actuado durante todo este asunto como una chica muy valiente y sensata, señorita Hunter. ¿Cree que podría realizar una hazaña más? No se lo pediría si no la considerara una mujer excepcional".

"Lo intentaré. ¿De qué se trata?"

"Estaremos en el Copper Beeches a las siete en punto, mi amigo y yo. Los Rucastles se habrán ido a esa hora, y Toller será, esperamos, incapaz. Sólo queda la Sra. Toller, que podría dar la alarma. Si pudieras enviarla al sótano a hacer algún recado, y luego girar la llave sobre ella, facilitarías enormemente las cosas."

"Lo haré".

"¡Excelente! Entonces investigaremos a fondo el asunto. Por supuesto, sólo hay una explicación posible. Usted ha sido llevada allí para personificar a alguien, y la persona real está encarcelada en esta cámara. Eso es obvio. En cuanto a quién es este prisionero, no tengo ninguna duda de que es

la hija, la señorita Alice Rucastle, si no recuerdo mal, de la que se dijo que había ido a América. Usted fue elegida, sin duda, por parecerse a ella en altura, figura y color de pelo. El suyo había sido cortado, muy posiblemente en alguna enfermedad por la que ha pasado, y así, por supuesto, el suyo tuvo que ser sacrificado también. Por una curiosa casualidad te encontraste con sus mechones. El hombre que estaba en el camino era, sin duda, algún amigo de ella -posiblemente su prometido- y, sin duda, como usted llevaba el vestido de la muchacha y era tan parecida a ella, se convenció por su risa, cada vez que la veía, y después por su gesto, de que la señorita Rucastle era perfectamente feliz, y que ya no deseaba sus atenciones. El perro se suelta por la noche para evitar que intente comunicarse con ella. Todo esto está bastante claro. El punto más grave del caso es la disposición de la niña".

"¿Qué diablos tiene eso que ver?" exclamé.

"Mi querido Watson, usted, como médico, está continuamente ganando luz en cuanto a las tendencias de un niño por el estudio de los padres. ¿No ve que lo contrario es igualmente válido? Con frecuencia he obtenido mi primera visión real del carácter de los padres estudiando a sus hijos. La disposición de este niño es anormalmente cruel, por el mero hecho de serlo, y ya sea que lo derive de su sonriente padre, como debo sospechar, o de su madre, es un mal presagio para la pobre niña que está en su poder."

"Estoy seguro de que tiene usted razón, señor Holmes", exclamó nuestro cliente. "Me vienen a la memoria mil cosas que me hacen estar convencida de que ha dado usted en el clavo. Oh, no perdamos ni un instante en llevar ayuda a esta pobre criatura".

"Debemos ser circunspectos, pues estamos tratando con un hombre muy astuto. No podemos hacer nada hasta las siete. A esa hora estaremos con usted, y no tardaremos en resolver el misterio".

Cumplimos nuestra palabra, pues eran justo las siete cuando llegamos a Copper Beeches, después de haber tendido nuestra trampa en un bar de carretera. El grupo de árboles, con sus hojas oscuras brillando como metal bruñido a la luz del sol poniente, era suficiente para señalar la casa incluso si la señorita Hunter no hubiera estado de pie sonriendo en el umbral.

"¿Lo has conseguido?", preguntó Holmes.

Se oyó un fuerte ruido sordo procedente de algún lugar del piso inferior. "Es la señora Toller en el sótano", dijo ella. "Su marido está roncando en la alfombra de la cocina. Aquí están sus llaves, que son los duplicados de las del señor Rucastle".

"¡Ha hecho usted un buen trabajo!", gritó Holmes con entusiasmo. "Ahora dirija el camino, y pronto veremos el final de este negro asunto".

Subimos la escalera, desbloqueamos la puerta, seguimos por un pasillo y nos encontramos frente a la barricada que la señorita Hunter había descrito. Holmes cortó la cuerda y retiró la barra transversal. Luego probó las distintas llaves de la cerradura, pero sin éxito. Ningún sonido provenía del interior, y ante el silencio el rostro de Holmes se nubló.

"Confío en que no sea demasiado tarde", dijo. "Creo, señorita Hunter, que será mejor que entremos sin usted. Ahora, Watson, ponga el hombro y veremos si no podemos entrar".

Era una puerta vieja y desvencijada y cedió de inmediato ante nuestra fuerza unida. Juntos nos apresuramos a entrar en la habitación. Estaba vacía. No había más muebles que una pequeña cama de paletas, una pequeña mesa y un cesto lleno de ropa blanca. El tragaluz de arriba estaba abierto y el prisionero había desaparecido.

"Aquí ha habido alguna villanía", dijo Holmes; "esta belleza ha adivinado las intenciones de la señorita Hunter y se ha llevado a su víctima".

"¿Pero cómo?"

"A través de la claraboya. Pronto veremos cómo lo ha conseguido". Se subió al tejado. "Ah, sí", gritó, "aquí está el extremo de una larga escalera de mano contra el alero. Así es como lo hizo".

"Pero es imposible", dijo la señorita Hunter; "la escalera no estaba allí cuando los Rucastles se fueron".

"Ha vuelto y lo ha hecho. Le digo que es un hombre inteligente y peligroso. No me extrañaría mucho que fuera él cuyo paso oigo ahora en la escalera. Creo, Watson, que sería conveniente que tuvieras tu pistola preparada".

Apenas había pronunciado estas palabras cuando un hombre apareció en la puerta de la habitación, un hombre muy gordo y corpulento, con un pesa-

do bastón en la mano. La señorita Hunter gritó y se encogió contra la pared al verle, pero Sherlock Holmes se adelantó y se enfrentó a él.

"¡Villano!", dijo, "¿dónde está su hija?".

El hombre gordo miró a su alrededor y luego al tragaluz abierto.

"Eso lo tengo que preguntar yo", gritó, "¡ladrones! ¡Espías y ladrones! Os he atrapado, ¿verdad? Estáis en mi poder. Os serviré". Se dio la vuelta y bajó las escaleras con tanta fuerza como pudo.

"¡Ha ido a por el perro!" gritó la señorita Hunter.

"Tengo mi revólver", dije.

"Será mejor cerrar la puerta principal", gritó Holmes, y bajamos todos juntos las escaleras. Apenas habíamos llegado al vestíbulo cuando oímos el aullido de un sabueso, y luego un grito de agonía, con un horrible sonido preocupante que era espantoso escuchar. Un anciano con la cara roja y los miembros temblorosos salió tambaleándose por una puerta lateral.

"¡Dios mío!", gritó. "Alguien ha soltado al perro. Lleva dos días sin comer. ¡Rápido, rápido, o será demasiado tarde!"

Holmes y yo salimos corriendo y rodeamos el ángulo de la casa, con Toller corriendo detrás de nosotros. Allí estaba la enorme bestia hambrienta, con su negro hocico enterrado en la garganta de Rucastle, mientras éste se retorció y gritaba en el suelo. Corriendo, le volé los sesos, y cayó con sus afilados y blancos dientes aún encontrándose en los grandes pliegues de su cuello. Con mucho trabajo los separamos y lo llevamos, vivo pero horriblemente destrozado, a la casa. Lo pusimos en el sofá del salón, y después de enviar al sobrio Toller para que diera la noticia a su esposa, hice lo que pude para aliviar su dolor. Estábamos todos reunidos a su alrededor cuando se abrió la puerta y entró en la habitación una mujer alta y enjuta.

"¡Señora Toller!", gritó la señorita Hunter.

"Sí, señorita. El señor Rucastle me dejó salir cuando volvió antes de subir con usted. Ah, señorita, es una pena que no me haya hecho saber lo que estaba planeando, porque le habría dicho que sus esfuerzos eran inútiles."

"¡Ja!", dijo Holmes, mirándola con agudeza. "Está claro que la señora Toller sabe más que nadie sobre este asunto".

"Sí, señor, lo sé, y estoy bastante dispuesta a contar lo que sé".

"Entonces, por favor, siéntese y déjenos escucharla porque hay varios puntos en los que debo confesar que aún estoy en la oscuridad".

"Pronto te lo aclararé", dijo ella; "y lo habría hecho antes si hubiera podido salir del sótano. Si hay un asunto policial sobre esto, recordarás que yo fui quien defendió a tu compañera, y que también era amiga de la señorita Alice.

"Nunca fue feliz en casa, la Srta. Alice no lo fue, desde que su padre se casó de nuevo. Fue despreciada como y no tenía voz en nada, pero nunca se puso realmente mal para ella hasta después de que conoció al Sr. Fowler en casa de un amigo. Por lo que pude saber, la señorita Alice tenía derechos propios por voluntad propia, pero era tan tranquila y paciente, que nunca dijo una palabra sobre ellos, sino que se limitó a dejar todo en manos del señor Rucastle. Él sabía que estaba a salvo con ella; pero cuando surgió la posibilidad de que se presentara un marido que pidiera todo lo que la ley le diera, entonces su padre pensó que era el momento de ponerle fin. Quería que ella firmara un papel para que, se casara o no, él pudiera utilizar su dinero. Como ella no quiso hacerlo, él siguió preocupándola hasta que le dio una fiebre cerebral, y durante seis semanas estuvo a las puertas de la muerte. Entonces se recuperó por fin, toda desgastada hasta la sombra, y con su hermoso cabello cortado; pero eso no hizo cambiar a su joven, y él se apegó a ella tan fielmente como puede serlo un hombre."

"Ah -dijo Holmes-, creo que lo que ha tenido usted la bondad de contar-nos aclara bastante el asunto, y que puedo deducir todo lo que queda. El señor Rucastle, entonces, supongo que aceptó este sistema de encarcelamiento?"

"Sí, señor".

"Y trajo a la señorita Hunter desde Londres para librarse de la desagradable persistencia del señor Fowler".

"Eso fue, señor".

"Pero el señor Fowler, siendo un hombre perseverante, como debe ser un buen marino, bloqueó la casa, y habiéndose reunido con usted logró, mediante ciertos argumentos, metálicos o de otro tipo, convencerla de que sus intereses eran los mismos que los de él."

"El señor Fowler era un caballero muy amable y de mano libre", dijo la señora Toller con serenidad.

"Y de esta manera se las arregló para que a su buen hombre no le faltara la bebida, y para que una escalera estuviera lista en el momento en que su señor saliera".

"Lo tenéis, señor, tal y como sucedió".

"Estoy seguro de que le debemos una disculpa, señora Toller", dijo Holmes, "pues ciertamente ha aclarado usted todo lo que nos desconcertaba". Y aquí vienen el cirujano de campo y la señora Rucastle, así que creo, Watson, que será mejor que acompañemos a la señorita Hunter de vuelta a Winchester, pues me parece que nuestro locus standi ahora es bastante dudoso."

Y así se resolvió el misterio de la siniestra casa con las hayas de cobre frente a la puerta. El señor Rucastle sobrevivió, pero siempre fue un hombre destrozado, que se mantuvo vivo únicamente gracias a los cuidados de su abnegada esposa. Todavía viven con sus antiguos sirvientes, que probablemente saben tanto de la vida pasada de Rucastle que le resulta difícil separarse de ellos. El señor Fowler y la señorita Rucastle se casaron, con licencia especial, en Southampton al día siguiente de su huida, y él es ahora titular de un nombramiento gubernamental en la isla de Mauricio. En cuanto a la señorita Violet Hunter, mi amigo Holmes, para mi decepción, no manifestó más interés por ella cuando dejó de ser el centro de uno de sus problemas, y ahora es directora de una escuela privada en Walsall, donde creo que ha tenido un éxito considerable.